
Una Noche
con el
CEO
D. SEMPERE

© 2026 D. Sempere
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización del autor.

SUMARIO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

"Yo pensaba que el amor era algo tranquilo, seguro, predecible. Entonces conocí a un hombre que lo desordenó todo en mí… y, por primera vez, eso pareció exactamente el lugar correcto para estar."

— Maddy Mitchell

CAPÍTULO 1

La Noticia Que Esperé

La luz de la mañana se escurría por la ventana del apartamento de Maddy como si hubiera decidido, por algún capricho, hacer de aquel lugar pequeño un escenario digno de recomienzo. El sol atravesaba las persianas medio torcidas, dibujando rayas claras en el piso de madera ya gastado y en el sofá compacto que ella había comprado de segunda mano, pero que, con una manta beige y dos almohadas, parecía más acogedor de lo que debería.

El apartamento era del tamaño de un suspiro —sala y cocina compartiendo el mismo espacio, un pasillo corto llevando al dormitorio—, pero tenía una energía que era solo de ella. Había plantas intentando sobrevivir en la encimera, una estantería con libros de diseño y novelas arrugadas, y, sobre la mesa pegada a la pared, el caos organizado que siempre delataba cuando ella no dormía bien: hojas esparcidas, post-its, bocetos de envases y prototipos dibujados a mano, recortes de referencia, una regla metálica y un lápiz con la punta mordida.

Un vaso de café, olvidado al lado del portátil, ya había perdido el calor hacía tiempo. La superficie oscura, quieta, reflejaba una versión temblorosa del techo. Maddy ni recordaba haberse sentado para beber. Recordaba apenas haber abierto el correo electrónico. Y haberlo abierto de nuevo. Y de nuevo.

Estaba descalza, usando un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca sencilla, con el tipo de sencillez que no parecía descuido —solo una pausa. Aun así, había algo en ella que nunca era exactamente casual. Tal vez fuera la postura, el cuidado inconsciente con las líneas, la forma en que ella sujetaba el dobladillo de la camiseta con dos dedos cuando pensaba.

Maddy Mitchell tenía veintiséis años, y su rostro llevaba la mezcla exacta de agotamiento y expectativa que suele existir antes de que una vida cambie. El cabello castaño oscuro, ondulado, caía suelto hasta la altura de los hombros, un poco desordenado de quien se pasó la mano por él demasiadas veces. Los ojos verdes eran grandes y expresivos, casi transparentes bajo aquella luz —ojos que no sabían fingir indiferencia ni cuando ella lo intentaba. Había pecas leves, discretas, como si el sol hubiera tocado su piel lo suficiente como para dejar recuerdos. Y, incluso en casa, incluso sin maquillaje, ella tenía un aire naturalmente elegante, como si todo en ella tuviera una intención.

El portátil estaba abierto en la mesa, la pantalla brillando con una frase que ella ya había memorizado en cada lectura, pero que aun así parecía nueva. Maddy se inclinó, los dedos flotando sobre el teclado como si cualquier movimiento equivocado pudiera borrar aquello.

Se desplazó hacia arriba. Leyó de nuevo.

"Tenemos el placer de confirmar..."

El pecho se le apretó, pero no de ansiedad —de algo demasiado dulce para ser real. Parpadeó despacio. Tragó saliva. El aire parecía lleno, denso, como si el apartamento hubiera contenido la respiración junto con ella.

— Esto es real… lo logré… — la voz salió baja, como una confesión al piso, a las hojas, al café frío.

Se pasó la mano por la cara, frotándose la mejilla, luego la frente, intentando despertarse de un sueño que no quería interrumpir. Los dedos temblaban, un temblor sutil, irritante, que traicionaba cuánto importaba aquello. Cuánto había repetido "no te hagas ilusiones" en las últimas semanas. Cuánto había fingido que la entrevista era solo un intento más.

Y, aun así, ahí estaba.

Se levantó de repente, el movimiento brusco haciendo que la silla chirriara. Dio dos pasos por el espacio estrecho y volvió, como si el cuerpo no supiera dónde poner la energía. El corazón latía rápido; podía sentir el pulso en la garganta.

En el fregadero, una taza sucia; en la encimera, un paquete de pasta cerrado; en el suelo, un rollo de papel vegetal que se había deslizado de la mesa. Maddy se fijaba en todo y en nada al mismo tiempo. Fue hasta la ventana y apoyó la mano en el vidrio, sintiendo el frío de la mañana. Afuera, Nueva York ya tenía aquel sonido de fondo —bocinas distantes, un camión descargando, pasos apresurados de alguien que no tenía tiempo. La ciudad no se detenía por su mundo. Pero, por primera vez en mucho tiempo, eso no dolía. Era solo… vida siguiendo.

Volvió a la mesa, miró la pantalla una vez más y, por impulso, hizo clic para actualizar la bandeja de entrada, como si la confirmación pudiera convertirse en una broma. La página se recargó. El correo seguía allí. Firme. Intacto. Absolutamente real.

Maddy soltó el aire que estaba conteniendo y empezó a caminar por el apartamento como una polilla alrededor de una lámpara. Manos en el cabello, luego en el bolsillo del chándal, luego en el aire. Sonreía sin darse cuenta. Una sonrisa que nacía y se escapaba, como agua encontrando una rendija.

Respira, pensó. Necesitas respirar.

Respiró hondo, llenando los pulmones hasta que dolió un poco, y soltó despacio. La sonrisa volvió más grande, casi tonta. Las ganas de gritar vinieron como una ola, pero solo dejó salir un sonido bajo, una risa corta e incrédula, y se llevó la mano a la boca, como si alguien pudiera oír a través de las paredes finas.

El móvil estaba debajo de algunas hojas. Lo sacó con cuidado, haciendo que los dibujos se deslizaran y revelaran, debajo, un prototipo de logo que había hecho de madrugada —líneas precisas, tentaciones de futuro. Maddy deslizó el dedo por la pantalla, buscó el contacto que conocía de memoria, y apretó "llamar" antes de que el valor se evaporara.

Sonó dos veces. Tres.

— ¿Maddy? — la voz de Lily llegó clara, sin sueño, sin prisa. Como si estuviera lista para una hoja de cálculo a las ocho de la mañana o para una crisis emocional a las tres de la tarde. Lily siempre parecía preparada.

Maddy abrió la boca y las palabras salieron atropelladas.

— Lily, yo… lo logré, lo logré, lo logré, estoy mirando el correo y creo que voy a llorar, no sé si estoy respirando bien, yo…

Del otro lado, silencio por medio segundo. Luego, Lily, con aquella calma casi irritante que hacía que todo pareciera manejable.

— Ahora respiras y me explicas exactamente qué pasó.

Maddy se detuvo en medio de la sala, como si la orden tuviera peso. Cerró los ojos e hizo lo que Lily dijo: inspiró hondo, aguantó un segundo, soltó. Luego soltó una risita nerviosa.

— Vale. Vale. Perdón. Yo solo… abrí el correo hoy por la mañana y es una confirmación, una confirmación de verdad, con mi nombre, y dijeron que quieren que empiece… y yo… Lily, conseguí la plaza.

— ¿Qué plaza? — preguntó Lily, directa, sin rodeos, pero la voz tenía una suavidad escondida en la esquina, como si ya estuviera sonriendo del otro lado.

Maddy empezó a caminar de nuevo, pero ahora parecía que los pies tocaban el suelo de una manera diferente.

— La de diseñadora de productos. Esa empresa grande en Manhattan, ¿te acuerdas? La que dije que era "imposible" y tú dijiste que tenía que dejar de llamar a las cosas imposibles antes de intentarlo.

— Me acuerdo. — Lily hizo una pausa mínima, y Maddy pudo imaginar exactamente su mirada: racional, afilada, pero atenta. — ¿La empresa que tiene tres pisos solo de desarrollo y un portafolio que todo el mundo cita en entrevistas?

— Esa. — Maddy apretó el móvil contra la oreja como si eso anclara la realidad. — Voy a trabajar allí, Lily. Voy a trabajar allí. Yo… voy a diseñar cosas que van a existir de verdad. En Manhattan. No… no es freelance suelto, no es "ya veremos el mes que viene", no es… — la voz falló al final, tomada por una emoción que intentó tragar, pero que subió de todos modos. — Lo logré.

Del otro lado de la línea, Lily soltó un suspiro corto. No era sorpresa teatral. Era orgullo contenido. Lily nunca derramaba nada sin necesidad —ni lágrimas, ni elogios. Cuando decía algo, era porque era verdad.

— Bien. — dijo, y Maddy casi se rió de la elección de palabra, tan Lily. — Entonces vas a hacer lo que sabes hacer. Y te van a pagar por eso. Por fin.

Maddy apoyó la mano en la mesa, los dedos tocando una hoja garabateada, y sintió que la garganta se le apretaba.

— Tengo miedo de… de que sea demasiado grande. Como… ¿y si no soy lo bastante buena?

Lily no dudó.

— Te eligieron. Eso responde la pregunta. — Su voz se mantuvo calmada, pero firme, como si fuera una línea recta atravesando la ansiedad de Maddy. — No llegaste ahí por suerte. Llegaste porque trabajas, porque estudias, porque eres buena. Y porque te negaste a rendirte incluso cuando estaba difícil.

Maddy parpadeó rápido, mirando la luz en la ventana para no llorar. El brillo se volvió borroso por un segundo.

— Eres la mejor persona racional que conozco — murmuró, intentando convertir la emoción en broma.

— Lo sé. — respondió Lily, y Maddy oyó la sonrisa contenida, esa que solo aparecía cuando ella la dejaba. — Entonces dime: ¿cuándo empiezas?

— Todavía no hay fecha exacta, solo dijeron que me van a mandar los próximos pasos y… — Maddy miró la pantalla del portátil como si la respuesta pudiera estar escondida allí. — Todavía lo estoy procesando. Yo… quería contártelo primero.

Hubo una pausa, y esa pausa parecía llena de cosas que a Lily no le resultaba fácil decir. Cuando habló, salió simple, directo, y por eso mismo dio de lleno.

— Te lo mereces.

Maddy se quedó callada un instante, el pecho apretado de una manera buena. El apartamento parecía más pequeño y más acogedor al mismo tiempo, como si las paredes estuvieran más cerca para sostener la alegría.

— Gracias — dijo, y la palabra salió cargada, no solo por el trabajo, sino por todas las veces que Lily había sido un puerto seguro sin necesidad de hacer drama. — En serio. Gracias.

— ¿Vas a celebrarlo? — preguntó Lily, volviendo al modo práctico, como si ya estuviera haciendo una lista mental.

Maddy respiró hondo, la sonrisa reapareciendo.

— Voy. Pero antes necesito contárselo a Kevin. Y… — dudó, sintiendo el impulso crecer como una chispa. — Y se lo voy a contar a Lucas también. En persona.

Lily se quedó en silencio un segundo, el tipo de silencio que parecía una ceja levantada.

— Vale. — dijo, sin comentar. Lily era así: no aprobaba ni desaprobaba de inmediato, solo registraba. — Me actualizas más tarde.

— Te actualizo. — respondió Maddy, sintiendo esa energía eléctrica recorriéndole los brazos. — Lily…

— ¿Hm?

— Tú también te mereces cosas buenas, ¿vale? — dijo Maddy rápido, antes de perder el valor.

La respuesta llegó con un suspiro corto y un tono casi impaciente, de la manera en que Lily escondía el cariño.

— Ve a vivir tu momento, Maddy. Luego hablamos de mí.

Maddy se rió bajito.

— Vale. Hasta luego.

— Hasta. Y felicidades. — añadió Lily, y colgó antes de que la emoción se alargara demasiado.

Maddy se quedó mirando la pantalla del móvil un instante, como si todavía pudiera oír la frase "Te lo mereces" resonando en el silencio del apartamento. Entonces, con el corazón latiendo demasiado fuerte para alguien que estaba solo parada en su propia sala, buscó el contacto de Kevin y apretó "llamar".

Sonó una vez y él contestó, como si estuviera esperando.

— ¡AMIGA! — Kevin explotó del otro lado, con una energía que parecía salir por los altavoces. — ¡ESTOY SINTIENDO UNA VIBRACIÓN! ¿QUÉ PASÓ? ¿GANASTE LA LOTERÍA? ¿MATASTE A ALGUIEN? ¡TÚ—

— ¡Conseguí el trabajo! — Maddy lo cortó, riendo, incapaz de contener la euforia como había intentado con Lily. Con Kevin, no había contención posible.

Hubo un silencio dramático, teatral, como si Kevin se hubiera apoyado la mano en la frente para no desmayarse. Entonces gritó:

— ¿ESTÁS BROMEANDO CONMIGO?

Maddy se alejó un poco del móvil, riendo más alto.

— ¡Lo juro! ¡Tengo el correo! ¡Lo leí unas cincuenta veces!

— NO, NO, NO, VOY A LLORAR — dijo Kevin, ya en modo espectáculo. — ¿Estoy de pie? No sé si estoy de pie. Dímelo todo. Todo. Empieza desde el principio. ¿Cuál es la empresa? ¿Dónde? ¿Tienen café gratis? ¿Tienen gente guapa? ¿Tienen…

— ¡Kevin! — Maddy intentó controlar la risa, pero la alegría le hacía cosquillas. — Es esa empresa grande en Manhattan de la que te

hablé. La plaza de diseñadora de productos. Yo… yo voy a trabajar allí.

— Manhattan. — repitió, como si fuera una palabra sagrada. — AMIGA. Vas a convertirte en la mujer misteriosa con abrigo caro caminando por la acera con un café de ocho dólares.

— Apenas puedo pagar mi café de tres dólares — replicó Maddy, riendo.

— Eso es porque todavía no encontraste a tu patrocinador emocional — disparó Kevin, sin perder el ritmo. — Vale, pregunta importante: ¿el CEO está bueno?

Maddy se quedó paralizada medio segundo, tomada por sorpresa. La pregunta era tan de Kevin que casi parecía un abrazo.

— Ni siquiera conozco al CEO, Kevin.

— Pero lo vas a conocer. Y entonces me vas a mandar un informe completo. Quiero: altura, voz, si usa reloj caro, si tiene esa cara de "compro edificios por impulso".

— Dios mío. — Maddy se cubrió la boca con la mano, riéndose de verdad ahora, una risa que parecía limpiar el pecho. Era la primera vez que se reía así ese día, suelta, sin el miedo de romper la felicidad con ansiedad.

— Amiga, presta atención — continuó Kevin, con la convicción de quien estaba a punto de dar una clase. — Si hay un multimillonario ahí, yo ya estoy listo para cambiar de vida.

Maddy se rió más, apoyando la frente en el brazo un instante, como si el cuerpo por fin hubiera encontrado un lugar para descargar la energía.

— Tú no cambias de vida, Kevin. Te cambias de ropa y ya crees que eres otra persona.

— ¡Y funciona! — respondió, ofendido solo por deporte. — Vale, pero hablando en serio. Estoy muy orgulloso de ti. Mucho. Te lo mereciste, Maddy.

Esa frase, dicha con su exageración típica, aun así tenía peso. Maddy enderezó el cuerpo y miró el correo abierto en la pantalla del portátil, la confirmación brillando como un letrero.

— Gracias — dijo, más bajo, y luego carraspeó como si necesitara volver a la superficie. — Voy a celebrarlo. Pero antes… quiero contárselo a Lucas en persona.

— ¿Lucas? — Kevin repitió el nombre como si fuera un elemento sospechoso. — Vale. ¿En persona por qué?

Porque quería ver su reacción. Porque quería ese momento en que alguien importante para ella miraba y decía "yo lo sabía". Porque quería sentir que la victoria era compartida, que el esfuerzo había valido también para el "nosotros" que ella creía que existía.

Maddy no puso eso en palabras. Solo dijo:

— Porque… quiero. Creo que se va a poner feliz.

Kevin soltó un sonido que podría ser un "hm", pero no insistió. No ahora. En vez de eso, volvió al modo fiesta.

— Vale. Entonces vas allí, das la noticia, recibes un beso en la frente, quizá un regalo caro, y después vienes conmigo porque voy a arrastrarte a celebrarlo como se debe. Comida. Música. Yo. — hizo una pausa y añadió, como si fuera obvio: — Yo siendo lindo y esencial.

— Eres insoportable — dijo Maddy, sonriendo.

— Y tú me amas. Ahora ve. Pero prométeme: después me llamas. Necesito detalles. Necesito el drama. Necesito tu brillo.

— Te llamo. Lo prometo.

— Felicidades, amor. En serio. — Kevin suavizó la voz, y, por un instante, el humor dio paso a una ternura sin filtros. — Trabajaste para esto. Ahora ve a vivir.

Maddy sintió que la garganta se le apretaba otra vez, pero esta vez dejó que el sentimiento pasara sin miedo.

— Vale. Voy. Te quiero.

— Yo también te quiero. Y ve ahí a hacer que el mundo recuerde tu nombre. — declaró, y colgó con la certeza de quien acababa de dar una bendición.

El silencio volvió al apartamento, pero ya no era el silencio pesado de las mañanas difíciles. Era un silencio lleno de posibilidades. Maddy se quedó quieta un momento, el móvil aún en la mano, como si el cuerpo se estuviera adaptando a la nueva información: lo había conseguido.

Miró a su alrededor. La mesa desordenada, el café frío, los dibujos esparcidos. Todo aquello había sido el bastidor de un sueño que muchas veces parecía demasiado grande para caber allí. Y, aun así, había cabido. Había nacido allí, en ese desorden, en esa persistencia.

Maddy dejó el móvil en la mesa y fue al dormitorio. Abrió el armario —pocas opciones, pero elegidas con cuidado— y sacó una chaqueta ligera. Se recogió el cabello en una media coleta rápida, dejando algunas ondas sueltas alrededor del rostro. Se puso un poco de corrector, más por costumbre que por necesidad. Se calzó una bota sencilla, pero bonita. El tipo de elección que decía “me importa” sin gritar.

En la sala, cogió el bolso colgado en la silla, comprobó las llaves, la tarjeta, el móvil. Antes de salir, volvió al portátil, leyó el correo una última vez —como un ritual— y cerró la tapa despacio, como si estuviera guardando el futuro ahí dentro.

En la puerta, su mano dudó un segundo en el pomo. La emoción vibraba bajo la piel, inquieta, casi impaciente. Maddy respiró hondo, sintiendo el aire entrar y salir como una promesa.

Sonrió sola, ya imaginando la escena, la expresión, el impacto de la noticia.

— Se va a volver loco cuando lo sepa. — dijo, y abrió la puerta.

CAPÍTULO 2

Lo Que Nunca Debí Ver

El edificio de Lucas no tenía portero que sonriera, ni fachada que invitara. Era una lámina de vidrio y acero clavada en el cielo de Manhattan, tan limpia y perfecta que parecía haber sido diseñada en un software antes de existir. La entrada reflejaba el mundo de vuelta con indiferencia: taxis apresurados, gente bien vestida, el brillo frío del final de la tarde en los paneles oscuros.

Maddy se detuvo por un segundo en la acera, acomodándose la correa del bolso en el hombro como si ese fuera el gesto que pondría el corazón en su lugar. Los dedos estaban helados a pesar del abrigo. Ella inspiró hondo, dejando que la expectativa le llenara el pecho — una alegría casi infantil, demasiado urgente para ser controlada.

El correo electrónico de confirmación aún parecía ardiendo en la memoria. La palabra "felicidades" no había salido de dentro de ella. Y Lucas… Lucas iba a ser el primero en oírlo. Lucas iba a mirarla del modo en que miraba cuando pensaba que ella era el centro del mundo.

El vestíbulo la recibió con un silencio pulido. Mármol claro en el suelo, paredes sin un cuadro, sin un exceso. Un perfume discreto en el aire, casi nada — apenas la sensación de dinero guardado con cuidado. Había una recepción minimalista, un hombre de traje

hablando bajo por teléfono, un jarrón alto con hojas verdes que parecían más decorativas que vivas.

Maddy sonrió por reflejo al caminar hasta la mesa, pero no llegó a hablar. La recepcionista, impecable, levantó los ojos y vaciló como si calculase si Maddy pertenecía allí. Fue solo un segundo — tiempo suficiente para que el entusiasmo de Maddy rozara algo extraño, como una corriente fría.

— Yo… voy a subir — dijo Maddy. Ya estaba acostumbrada a entrar en el apartamento de Lucas sin avisar.

La recepcionista asintió sin emoción, tecleando algo. La credencial de visitante fue entregada como si fuera una formalidad inevitable. El ascensor de acero cepillado abrió la puerta con una suavidad que parecía ensayada. Maddy entró y sintió el aire allí dentro más helado que afuera.

Ella apretó el piso de Lucas. El panel se encendió en azul. El silencio la acompañó en la subida, interrumpido solo por el sonido bajo y casi imperceptible del sistema de ventilación. Maddy miró el reflejo en el espejo del ascensor: el cabello castaño oscuro ondulado caía sobre los hombros, los ojos verdes brillaban con esa mezcla de nerviosismo y esperanza. Ella parecía… alguien a punto de empezar una vida nueva.

Las puertas se abrieron a un pasillo que parecía no terminar. Alfombra gris, paredes con textura mate, iluminación empotrada sin sombras. Al final, la puerta del apartamento de Lucas — grande, pesada, con un número discreto.

Maddy no tocó el timbre. No hacía falta. Tenía la llave.

El metal helado tocó la palma de la mano, una intimidad antigua, y giró con un clic suave. Ella empujó la puerta despacio, esperando oír el sonido familiar de la televisión encendida, tal vez Lucas

quejándose del correo en el celular, tal vez una música baja. Cualquier cosa que dijera: llegaste.

Pero lo que vino fue… nada.

Un vacío pulido. El aire quieto. La sala de estar se extendía en líneas rectas, muebles caros como esculturas, una mesa de centro que parecía no haber sido usada nunca. Las ventanas enormes enmarcaban Manhattan como si la ciudad fuera una pantalla privada. Todo allí tenía presencia — menos el calor.

Maddy cerró la puerta detrás de sí, el sonido amortiguado por la alfombra. El silencio era tan completo que su propio paso parecía indebido. Caminó unos metros más, el corazón aún acelerado por la expectativa, y entonces percibió la primera disonancia.

Una risa.

Femenina. Lo bastante alta como para cortar el aire. No era la risa contenida de alguien que visita. Era suelta, íntima, como si perteneciera al espacio.

Maddy se detuvo, el cuerpo reaccionando antes que el pensamiento. La alegría en el pecho dio un tirón, como si hubiera tropezado con un escalón invisible. Parpadeó, intentando entender. Tal vez fuera la televisión. Tal vez Lucas estuviera en una reunión por video. Tal vez fuera…

Otro sonido vino justo después — un murmullo masculino, bajo, entrecortado, con una familiaridad que hizo que a Maddy se le erizara la nuca. La voz era la de Lucas, sin duda. Pero no tenía el tono de quien está hablando con un colega o con la madre por teléfono.

Hubo un chasquido, el crujido de algo — cama, tal vez, o un mueble desplazándose sobre el suelo.

Maddy tragó en seco. El aire en los pulmones pareció más superficial. Se quedó donde estaba por dos segundos más de lo que debía, como si el cuerpo intentara convencerse de que aquello era un error y, si esperaba, el sonido cambiaría y todo volvería a tener sentido.

No cambió.

La risa vino de nuevo, esta vez con una nota de triunfo que no combinaba con nada que Maddy conociera como amor.

Ella dio un paso. Luego otro. Los dedos apretaron la correa del bolso con fuerza. Los pies se movieron despacio por el pasillo, como si cada centímetro exigiera permiso. El apartamento parecía más grande de lo que era, alargado por el eco de su propio silencio, y a cada paso la certeza crecía como una sombra cerrándose detrás de ella.

Cuando llegó cerca del dormitorio, la puerta estaba entreabierta.

La rendija parecía una línea de cuchilla. Maddy vio primero la luz más cálida allí dentro, distinta del resto del apartamento. Luego el olor — un perfume femenino, dulce y caro, invadiendo el pasillo con autoridad.

Apoyó la mano en la pared al lado de la puerta, la piel buscando apoyo. El corazón latía tan fuerte que parecía un sonido físico.

Y entonces empujó.

El dormitorio era amplio, con una cama enorme y sábanas blancas arrugadas como si hubieran sido tiradas a las prisas. Cortinas pesadas dejaban entrar una franja de luz dorada que atravesaba el espacio y se posaba sobre dos cuerpos.

Lucas estaba sentado en el borde de la cama, sin camisa, el cabello ligeramente despeinado. Su postura era demasiado relajada, como si

aquel escenario fuera solo otra tarde común. Un brazo apoyado detrás, el otro sosteniendo una copa con un resto de líquido ámbar.

A su lado, apoyada en las almohadas como si fuera dueña del lugar, estaba Scarlett Monroe.

Maddy la reconoció incluso antes de pensar en el nombre. Había personas que parecían haber sido montadas con precisión: la piel iluminada de un modo imposible, el cabello rubio perfectamente alineado, como si ningún mechón osara existir fuera de lugar. Scarlett llevaba una bata de seda abierta lo suficiente como para sugerir más que mostrar. Las piernas cruzadas exhibían una confianza ensayada. Tenía el tipo de belleza que no pedía disculpas y no necesitaba permiso.

Los ojos de Scarlett se posaron en Maddy y, en lugar de sorpresa, solo hubo una evaluación rápida — de arriba abajo — como alguien mirando un objeto fuera de lugar en un escaparate.

El mundo se detuvo en un silencio tan pesado que hasta el aire pareció esconderse.

Maddy se quedó en la puerta, el cuerpo entero paralizado, incapaz de decidir si avanzaba o retrocedía. Sus ojos recorrían la escena como si pudieran encontrar una versión distinta de la realidad, una en la que Lucas estuviera solo, una en la que la risa hubiera sido un video cualquiera, una en la que todo aquello fuera una broma mala.

Pero había demasiadas marcas para ser negadas: la camisa de Lucas tirada en el suelo, el pintalabios suave en el vaso al lado de la cama, el modo en que Scarlett ocupaba el espacio con naturalidad.

Lucas finalmente levantó la mirada.

Por un instante, pareció sorprendido — no por estar allí con otra mujer, sino por Maddy haber invadido aquella burbuja sin aviso. Su expresión hizo que algo dentro de ella se resquebrajara, porque no

había culpa inmediata. Había cálculo. Control. Un segundo de "cómo resuelvo esto".

Maddy oyó su propia voz salir como si no fuera suya, fina, quebrada a la mitad.

— Yo… yo solo quería contarte…

Las palabras quedaron colgando en el aire, sin destino. Ella había ensayado mentalmente una sonrisa, tal vez un abrazo, tal vez el modo en que Lucas la giraría en el cuarto y diría que siempre lo supo. En vez de eso, la frase sonó ridícula — como alguien llegando demasiado temprano a una fiesta que no era suya.

Scarlett inclinó la cabeza, la sonrisa formándose con lentitud, como si estuviera saboreando.

— Creo que interrumpiste — dijo, la voz demasiado suave para ser educada. El sarcasmo venía disfrazado de seda.

Maddy parpadeó. La sangre zumbaba en los oídos. La respiración se hizo corta, atrapada entre el shock y la vergüenza. Miró a Lucas, esperando que se levantara, que dijera algo definitivo, que borrara a Scarlett del dormitorio con una palabra.

Lucas se movió, dejó la copa en la mesita de noche con una calma irritante y se pasó la mano por la cara.

— Maddy… — dijo, como si estuviera hablando con alguien que entró en el momento equivocado en una reunión. — No es lo que parece.

La frase cayó como una piedra. No es lo que parece. No es lo que parece cuando él estaba medio desnudo, sentado en la cama, con otra mujer en bata de seda como si fuera rutina. El cuerpo de Maddy tembló, y se dio cuenta demasiado tarde de que estaba sujetando el bolso contra el pecho como un escudo.

— ¿No es lo que parece? — repitió ella, la voz subiendo a un tono que no reconoció. La risa que tenía dentro antes — aquella alegría por el trabajo, aquella esperanza — ahora parecía algo distante, casi ofensivo. — Lucas…

Scarlett observaba como quien asiste a un espectáculo. Sus ojos brillaban con diversión y una superioridad tranquila.

Lucas se levantó, agarrando el pantalón que estaba tirado en una silla. El movimiento fue rápido, práctico. No corrió hacia Maddy. No intentó abrazarla. No se desesperó. Solo se vistió con la urgencia de alguien intentando evitar un escándalo, no de alguien que acaba de destruir su propia vida.

— Puedo explicarlo — dijo, ya abotonándose los vaqueros. — No hagas que esto se convierta en…

— Ibas a pedirme matrimonio. — La frase salió antes de que Maddy pudiera pensar en tragársela.

El dormitorio quedó aún más silencioso, como si incluso Scarlett hubiera perdido por un segundo las ganas de reír.

Lucas se detuvo con las manos a la altura de la cintura, la mirada fija en ella. Hubo un segundo de tensión, un segundo en que pareció medir el daño.

— Maddy… — lo intentó de nuevo, y su nombre sonó como una herramienta. — No tenemos que dramatizar.

Dramatizar.

La palabra fue una bofetada. Algo dentro de Maddy estalló — no como una explosión, sino como un vidrio finísimo agrietándose por dentro, invisible, irreversible. El pecho le dolió de un modo físico, como si alguien hubiera apretado con fuerza. Intentó hablar, pero la garganta se cerró. La lengua parecía demasiado pesada.

Scarlett cruzó las piernas con delicadeza, la bata resbalando un poco, el gesto hecho para ser visto. Parecía cómoda con el dolor ajeno, como si fuera un accesorio del dormitorio.

— No sabía que tenías… compañía — comentó Scarlett, la palabra elegida con precisión para herir, y miró a Lucas como si aquello fuera, como mucho, un inconveniente divertido.

Maddy sintió que la cara le ardía. La humillación no era solo estar siendo traicionada; era estar siendo observada. Ser la pieza fuera de lugar en una escena que no debería existir. Ser la interrupción.

Lucas dio un paso en dirección a Maddy, los brazos medio abiertos, como si la proximidad pudiera borrar lo que ella vio.

— Maddy, escucha. Lo estás entendiendo mal. Esto… esto pasó, ¿vale? Pero no significa nada. Llevamos tanto tiempo juntos, yo… — hizo un gesto vago, buscando una salida. — Tú sabes cómo son las cosas.

"Las cosas". Como si fuera un fenómeno natural. Como si traicionar fuera una tormenta inesperada, no una elección.

Maddy lo miró y, por primera vez, no vio al hombre que solía apoyar la frente en la de ella en la cocina pequeña de su apartamento, prometiendo futuros. Vio a un extraño demasiado cómodo mintiendo.

Ella respiró, y el aire salió tembloroso.

— Yo entré… yo oí… — Las palabras no encajaban. Tragó, con los ojos ardiendo. — Yo vi.

Lucas suspiró, impaciente, como si ella estuviera dificultando lo inevitable.

— Vale, vale. Lo viste. Pero eso no quiere decir que… — bajó el tono, como si pudiera controlar el daño con el volumen. — No quiere decir que no me importes. Lo resolvemos. Solo necesito que tú… no hagas una escena ahora.

No hagas una escena.

Maddy sintió que su propio cuerpo se encogía por un instante, como si intentara desaparecer. Y entonces, de repente, algo se endureció por dentro — no valentía, aún no. Era una lucidez amarga.

Se dio cuenta de que no había explicación que arreglara aquello. Porque el problema no era Scarlett. No era el dormitorio. No era la bata de seda. El problema era el modo en que Lucas estaba de pie, intentando administrar. El problema era la ausencia completa de desesperación en él. Como si Maddy fuera solo una variable a ajustar.

Scarlett alzó su copa — Maddy no había notado antes que había otra — y dio un sorbo, sin apartar los ojos de Maddy. Un brindis silencioso por la derrota.

Maddy sintió que la vista se le nublaba y obligó a las lágrimas a quedarse donde estaban. No por orgullo. Por supervivencia.

Ella dio un paso atrás.

Lucas extendió la mano.

— Maddy, no te vayas. No así.

Su mano se quedó en el aire, y Maddy no la tocó. El gesto era tan simple y, aun así, definitivo. Giró el rostro lo suficiente como para no mirar a Scarlett de nuevo. No quería guardar esa sonrisa como última imagen.

Maddy salió del dormitorio.

El pasillo pareció inclinarse. Sus piernas se movieron sin que el cerebro acompañara. Atravesó la sala impecable — el lujo frío ahora tenía sabor a veneno — y abrió la puerta del apartamento con manos que temblaban tanto que la llave casi se cayó.

Desde dentro, Lucas llamó su nombre una vez más, la voz ya distante, como si viniera de una televisión en otra habitación.

Maddy no respondió.

Cerró la puerta y el clic del pestillo sonó como un punto final.

El ascensor tardó una eternidad en llegar, y cuando las puertas se abrieron, Maddy entró como quien cae. Apoyó la mano en la pared de metal, la frente casi tocando su propio reflejo, pero no pudo mirar. El espejo devolvería un rostro que no reconocía — alguien que entró allí con un futuro en el bolsillo y salió vacía.

En la planta baja, el vestíbulo seguía igual, indiferente. La recepcionista levantó los ojos, vio a Maddy pasando rápido y, por un instante, pareció entender. No hizo pregunta. No ofreció ayuda. Solo dejó que el silencio hiciera el trabajo sucio.

Allá afuera, Nueva York la engulló con la brutalidad de siempre.

El viento frío le tocó las mejillas e hizo que las lágrimas amenazaran con caer. Maddy caminó sin elegir dirección, esquivando a personas apresuradas, a turistas mirando hacia arriba, a ejecutivos con cafés en la mano. El mundo seguía con una normalidad ofensiva. Como si nada se hubiera acabado dentro de ella.

Cruzó una esquina sin mirar el semáforo. Un coche tocó la bocina, alguien insultó, pero Maddy no reaccionó. El cuerpo estaba en piloto automático; la mente, atrapada en el dormitorio con sábanas blancas y una bata de seda.

El celular vibró en el bolsillo.

El sonido fue pequeño, pero pareció un golpe. Maddy sacó el aparato con dedos rígidos. La pantalla se encendió con un mensaje de Kevin, como si él hubiera sentido el terremoto al otro lado de la ciudad.

"Si él hizo una cagada, voy para ahí."

Maddy miró la frase hasta que las letras perdieron el foco. El nombre de Kevin en la parte superior de la pantalla, tan familiar, tan seguro, abrió una brecha en el control frágil que ella sostenía con las dos manos.

Se detuvo en medio de la acera, cerca de un escaparate iluminado que reflejaba un pedazo de su rostro — ojos verdes brillando de agua, boca entreabierta intentando recordar cómo se respira.

El llanto vino sin sonido, como si el cuerpo no tuviera permiso para ocupar espacio. Las lágrimas corrieron calientes y rápidas, y Maddy apretó el celular contra la palma como si fuera la única cosa sólida en un mundo que se había puesto patas arriba.

Las personas pasaron alrededor, algunas mirando rápido y desviándose. Nadie se detuvo. Nadie preguntó.

Maddy lloró en silencio en medio de la ciudad, el abrigo cerrado hasta el cuello, la esperanza del trabajo — aquella alegría que había traído para contar — aplastada junto con todo lo que creyó que era suyo.

CAPÍTULO 3

Caos Controlado

El apartamento de Maddy tenía ese tipo de silencio que no era silencio — era peso. Un peso que se apoyaba en los muebles, se infiltraba en las cortinas, se escurría por el fregadero lleno de vasos y se estacionaba, sin pudor, en medio de la sala.

La luz de la tarde entraba por la ventana con una honestidad casi cruel, iluminando el desorden que la noche había dejado atrás: dos botellas de vino vacías en la alfombra, una tercera tumbada de lado como si se hubiera rendido a mitad de camino, pañuelos arrugados en la mesa de centro, un plato con algo intacto que ya no parecía comida. El aroma de uva fermentada y perfume barato aún flotaba en el aire, mezclado con el olor de un apartamento demasiado pequeño para demasiada tristeza.

Maddy estaba en el sofá como si la hubieran puesto allí y se hubieran olvidado de ella. Las piernas dobladas, la sudadera ancha engullendo el cuerpo, el cabello castaño oscuro recogido de un modo improvisado que dejaba mechones ondulados escaparse y pegarse a la piel. Sus ojos verdes, normalmente vivos, parecían ahora sombras de sí mismos — rojos en los bordes, hinchados, fijos en algún punto entre el suelo y la nada.

Lily ocupaba el sillón al lado, postura recta a pesar del escenario. Sostenía una taza de café frío como si fuera un ancla, los dedos firmes alrededor de la cerámica. La mirada iba y volvía de Maddy al

apartamento, calculando el daño con una precisión silenciosa — no de juicio, sino de quien ya había decidido quedarse de guardia hasta que pasara la tormenta.

La puerta de entrada se abrió con prisa, golpeando más fuerte de lo que hacía falta.

Kevin entró como una explosión de aire en la habitación. El abrigo abierto, el cabello perfectamente arreglado a pesar de todo, y una expresión que mezclaba indignación con la certeza absoluta de que él era capaz de resolver cualquier cosa… si tan solo lo dejaran.

— ¿Dónde está él que lo arreglo esto ahora.

Lily ni parpadeó. Solo levantó la taza, dio un sorbo pequeño, como si estuviera tomando paciencia en dosis.

— No vas a matar a nadie.

Kevin dejó la bolsa en el suelo, caminando por la sala como un animal enjaulado que había aprendido a usar tenis caros.

— Pero ganas no faltan.

Maddy parpadeó despacio, como si las palabras necesitaran atravesar una niebla antes de alcanzar cualquier parte de ella capaz de reaccionar. Intentó respirar hondo y el aire pareció rasparle la garganta.

Kevin se acercó al sofá, agachándose frente a ella con un cuidado que contradecía la energía caótica.

— Solo dime la dirección. Te juro que soy civilizado. Voy a llegar allí y hablar con él bien. — Levantó la mano como si jurara sobre una Biblia invisible. — Voy a… conversar.

Lily arqueó una ceja.

— Tu idea de "conversar" implica gritar en la recepción de su edificio y ser retirado por guardias de seguridad.

— Solo si la recepción es cómplice de la traición, Lily. — Kevin señaló al techo como si Dios fuera el juez del caso. — Tengo principios.

Una sombra de sonido se escapó de Maddy. No llegó a ser risa. Fue más un sollozo intentando disfrazarse.

Kevin se dio cuenta. Su mirada se suavizó, y se sentó en la alfombra, frente a ella, como si redujera su propia presencia para caber en el mundo que ella tenía en ese momento.

— Está bien. Sin homicidio. Lo prometo. — Respiró. — Pero necesito entender. Porque la versión que tengo es: Lucas Grant — o sea cual sea el apellido del demonio — hizo la peor mierda posible y quiero detalles para alimentar mi rabia con precisión.

— Lucas Reed, Kevin — corrigió Lily, automática, como quien endereza un cuadro torcido incluso con la casa ardiendo.

— Lucas Reed. Claro. Nombre de villano de telenovela que vive en un ático y cree que el sentimiento es inversión. — Kevin apoyó la cabeza en el sofá, mirando a Maddy. — Habla conmigo. ¿Qué viste? ¿Qué dijo? ¿Y quién era… la Barbie satánica?

Maddy tragó saliva. El recuerdo llegó como un fogonazo: la risa ahogada, la puerta entreabierta, la sábana blanca, la piel de él, la piel de ella, la naturalidad con la que él se había girado como si Maddy fuera una interrupción inconveniente.

Apretó las manos en la sudadera, los dedos temblando.

— Yo… llegué allí sin avisar. — La voz salió baja, áspera. — Yo estaba… feliz. Pensé que…

Las palabras se atascaron. El aire se volvió denso otra vez.

Lily se inclinó hacia delante, voz calma, casi clínica, pero con algo cálido por debajo.

— No tienes que hablar si no quieres.

Maddy cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera contener las imágenes dentro de la cabeza.

— Necesito. Porque se pone peor si no hablo. — Abrió los ojos y los miró a ellos, uno por uno, como si pidiera permiso para derrumbarse. — Oí una risa. Una… risa de mujer. Pensé que era la tele. Que era… cualquier cosa.

Kevin soltó un sonido por la nariz, indignación lista.

— Claro. Porque Lucas es tan creativo que su traición vino con banda sonora en vivo.

Lily le lanzó una mirada de advertencia, pero Kevin levantó las manos en un gesto de rendición.

— Perdón. Sigue, amor.

"Amor". La palabra golpeó a Maddy de un modo extraño. No estaba acostumbrada a que la llamaran así en ese contexto. No por Lucas. No últimamente. Se le apretó el pecho.

— Yo… fui hasta el dormitorio. No sé por qué. — Se rió sin humor, y la risa se volvió aire entre los dientes. — Podría haberme ido. Podría haber… fingido que no oí. Pero yo… abrí la puerta.

El silencio que siguió pareció hacer que todo el apartamento contuviera la respiración.

— Y él estaba allí — continuó Maddy, la voz volviéndose más firme a medida que el shock se transformaba en una especie de rabia cansada. — En la cama. Con ella.

Kevin entrecerró los ojos, como si fuera un dolor físico.

— Ay, Dios mío. Odio tanto al hombre guapo con acceso a terapia y cero uso.

Maddy parpadeó, tragándose el nudo en la garganta.

— Ella… me miró como si yo fuera la equivocada. Como si yo hubiera invadido algo. — Maddy tomó aire y lo soltó despacio, intentando mantener el control. — Ella dijo… "Creo que interrumpiste."

Lily apretó la mandíbula.

— Scarlett Monroe — dijo, como si el nombre supiera a metal.

Maddy asintió, un movimiento pequeño, doloroso.

— Parecía perfecta. Demasiado perfecta. Como si la hubieran montado para eso. — Maddy sintió que los ojos le ardían otra vez. — Y él… levantó la cabeza y… no parecía culpable al principio. Parecía… molesto.

— Molesto contigo. — repitió Kevin, incrédulo. — Se molestó contigo. Maddy, voy a echarme atrás en la promesa de no matar.

Lily se movió en el sillón, su calma ganando una capa de hielo.

— Kevin.

— Está bien, está bien. — Hizo un gesto con la mano como si arrojara la rabia a un rincón. — Maddy, ¿qué dijo?

La imagen del rostro de Lucas se formó tan clara que Maddy tuvo ganas de vomitar. Recordó el tono, la familiaridad con la que él intentó convertir aquello en un malentendido.

— Dijo “Maddy, no es lo que parece”. — Escupió las palabras como si fueran suciedad. — Como si yo fuera… tonta.

Kevin se quedó con la boca abierta por un segundo, como si el universo hubiera sobrepasado el límite de lo absurdo.

— Me encanta esa frase. Me encanta cuando el tipo es atrapado literalmente con otra persona e intenta vender la idea de que es un holograma. “No es lo que parece.” Claro, Lucas. Debe ser un ejercicio de fisioterapia pélvica.

A pesar de todo, se le escapó un sonido a Maddy. Una risa corta, rota, que terminó en un sollozo.

Lily se levantó despacio y se sentó a su lado en el sofá, lo bastante cerca para ofrecer calor, no tan cerca como para asfixiar. Le pasó un brazo alrededor de los hombros a Maddy con cuidado.

— ¿Intentó explicar? — preguntó Lily, en voz baja.

Maddy se mordió el labio hasta sentir sabor a sal.

— Intentó… controlar. Dijo que podíamos hablar, que yo estaba exagerando. Y ella solo… se quedó allí. Observando. — Maddy tragó saliva. — Y yo… dije… dije “Ibas a pedirme matrimonio.”

Kevin se detuvo, su sarcasmo tropezando con algo más serio. Miró a Maddy con una expresión que dolía.

— ¿Te prometió eso?

Maddy asintió, y esta vez las lágrimas cayeron de verdad, calientes, sin pedir perdón.

— Venía hablando de eso. Haciendo planes. Comentando de… anillo. — La voz falló. — Yo lo creí. Yo estaba… construyendo cosas en mi cabeza. Yo estaba… feliz.

Lily le apretó el hombro, los ojos fijos en el suelo como si estuviera armando una lista mental de todo lo que quería decirle a Lucas y nunca diría, porque Maddy la necesitaba entera allí.

Kevin respiró hondo, la indignación volviendo con fuerza.

— Está bien, escucha: Lucas Reed es un idiota. Un idiota con buena mandíbula, pero aun así un idiota. Y Scarlett… — Hizo una mueca. — Scarlett es el tipo de persona que compra empatía en oferta y todavía se queja del servicio.

Maddy se limpió la cara con la manga de la sudadera, el gesto infantil en contraste con el dolor adulto.

— Lo peor… — intentó. Las palabras no salían.

— Dilo. — animó Lily, voz firme.

— Lo peor fue que… fui hasta allí porque quería contar una cosa. — Maddy miró la mesa de centro, el portátil cerrado, el correo que había abierto y cerrado tantas veces que parecía un sueño distante. — Quería… iba a contar que conseguí el trabajo.

El aire cambió. Como si todo el apartamento hubiera entendido la crueldad matemática de ese timing.

Kevin se quedó inmóvil, el rostro perdiendo el color de broma.

Lily tragó saliva, y el apretón en el hombro de Maddy se volvió más protector, casi posesivo.

— Maddy…

— No pude decirlo. — Maddy soltó una risa que no tenía nada de humor. — Me quedé con esa frase atrapada en la garganta. Yo… tenía ganas de decir "Lo conseguí". Tenía ganas de… compartir. Y entonces vi… eso.

Cerró los ojos, y la imagen del dormitorio volvió con violencia: la cama, la sábana, la arrogancia de Scarlett, la defensiva de Lucas.

Lily tomó la mano de Maddy, entrelazando los dedos. Su palma era cálida, firme, real.

— Conseguiste el trabajo — dijo Lily, con un énfasis que sonaba como promesa. — Y eso sigue siendo verdad. Aunque él haya intentado destruirlo todo.

Maddy le apretó los dedos, aferrándose a esa frase como si fuera el borde de una piscina.

Kevin parpadeó unas cuantas veces, como si tuviera que empujar la rabia de vuelta a su sitio para no desbordarse de un modo peligroso.

— Está bien. — Inspiró. — Entonces hoy vamos a hacer lo siguiente: vamos a fingir que Lucas Reed no existe. Se va a convertir en una leyenda urbana. Un rumor. Una historia para asustar a becarios.

Maddy soltó un sonido débil, casi una protesta.

— Kevin…

— No, escucha. — Se levantó, señalándola con la solemnidad de un juez a punto de golpear el mazo. — No vas a pasar la noche aquí. No vas a sufrir en pijama.

— Yo no estoy… — intentó Maddy, pero su cuerpo se hundió más en el sofá, traicionando cualquier argumento. — Yo solo… no quiero salir.

Kevin entrecerró los ojos.

— Y es exactamente por eso que vas. Cuando queremos quedarnos, es cuando más necesitamos irnos. — Miró alrededor, hizo una mueca hacia las botellas vacías. — Además, tu apartamento tiene energía

de funeral. Si me quedo cinco minutos más aquí, empiezo a hablar en latín.

Lily soltó un suspiro que podría ser risa si ella lo permitiera.

— Kevin, afloja.

— Estoy aflojando. — Se señaló el pecho. — No estás viendo mi modo "pesado".

Maddy se pasó la mano por la cara, demasiado cansada para discutir. Miró a Kevin con los ojos aún húmedos.

— ¿A dónde? — La pregunta salió pequeña, como si estuviera probando el terreno.

Kevin abrió una sonrisa que tenía más ternura que malicia.

— A cualquier lugar con luz baja y música decente. Un lugar donde nadie te conoce, nadie te pregunta nada, y puedes existir por unas horas sin ser "la mujer engañada". Vas a ser solo Maddy. — Inclinó la cabeza. — Y, si el universo está de buen humor…

Lily cruzó los brazos, anticipando la tragedia.

— No.

Kevin fingió ofensa.

— Ni siquiera he dicho nada todavía.

— Conozco tu mente — respondió Lily, seca.

Kevin volvió la mirada a Maddy, teatralmente serio, como si fuera a revelar un secreto de Estado.

— Amiga, escucha… si un multimillonario apareciera frente a mí ahora…

— Venderías el alma — cortó Lily, sin dudar.

Kevin la señaló como si ella hubiera arruinado la punchline a propósito.

— Te vendería a ti también, con cariño.

Lily lo miró por un segundo, incrédula. Luego negó con la cabeza, y la comisura de su boca cedió lo mínimo — el tipo de concesión rara que, viniendo de ella, era casi una carcajada.

Maddy, contra su propia voluntad, soltó una risa que vino junto con lágrimas nuevas. Rió y lloró al mismo tiempo, como si el cuerpo ya no supiera elegir un solo camino. Se llevó la mano a la boca, intentando controlarse, pero la risa se escapó de nuevo, rota, humana.

Kevin se acercó, arrodillándose al lado del sofá para quedar a su nivel.

— ¿Ves? — dijo, más bajo ahora. — Todavía estás ahí. Te oí.

Maddy respiró con dificultad, intentando calmar el pecho. Lily mantuvo su mano atrapada, firme, como si dijera sin palabras: estoy aquí.

Kevin se levantó, frotándose las manos como quien decide una misión.

— Ok, basta. Vamos a salir hoy.

Maddy negó levemente con la cabeza, los ojos cansados.

— No tengo ropa. No tengo… energía. No tengo ganas de mirar a gente normal haciendo cosas normales.

— Sí tienes — replicó Kevin, ya yendo hacia el pasillo como si conociera el apartamento. — Solo no sabes dónde la guardaste. Y yo

la voy a encontrar. Soy prácticamente un perro rastreador de autoestima.

Lily suspiró, pero no lo discutió. Soltó la mano de Maddy solo para tomarle el rostro con delicadeza, obligándola a mirar la realidad inmediata y simple.

— No necesitas ser increíble hoy. Solo necesitas estar fuera de aquí — dijo Lily. — Una ducha. Un vestido. Un poco de aire. Y volvemos cuando tú quieras volver.

Maddy tragó saliva. El pensamiento de volver al apartamento vacío después todavía dolía, pero la idea de seguir allí, en ese sofá, con el olor de la noche y del fracaso, parecía peor.

Desde el pasillo, Kevin gritó:

— ¡Maddy! ¿Dónde guardas tu ropa de "voy a arruinarle la vida a mi ex sin decir una palabra"?

A pesar del agotamiento, Maddy soltó otra risa, más pequeña, pero real.

— En el armario, Kevin — respondió, la voz fallando al final.

— ¡Genial! — devolvió él, como si eso arreglara el mundo. — Porque hoy vas a salir de aquí y Lucas Reed va a sentir un dolor en el universo sin saber de dónde vino.

Lily se levantó y le tendió la mano a Maddy.

— Ven. Un paso a la vez.

Maddy miró su mano. Luego el apartamento. Las botellas, los pañuelos, la luz entrando sin piedad. El correo en la mente, brillando como algo bueno perdido en medio del desastre.

Respiró hondo, como si sacara valor de un lugar que aún no había sido destruido.

— Está bien — dijo Maddy, casi en un susurro.

Aceptó la mano de Lily y se levantó del sofá. Las piernas vacilaron un poco, pero se mantuvo en pie.

— Voy a ir — completó, la voz aún frágil, pero lo bastante decidida para existir. — Voy a salir.

CAPÍTULO 4

Olvidar Por Una Noche

El bar parecía existir en un mundo paralelo al de la ciudad allá afuera. Manhattan seguía pulsando, ruidosa y urgente, pero allí dentro todo estaba controlado: la luz baja caía como terciopelo sobre las mesas, reflejándose en copas de cristal y en la barra pulida; la música elegante, un jazz moderno con un ritmo discreto, llenaba los espacios entre risas contenidas y conversaciones en un tono calculado. El aire olía a perfume caro, madera calentada y algo cítrico que venía de los tragos. La gente se movía como si hubiera ensayado antes —bien vestida, segura, perteneciente.

Maddy Mitchell no se movía así.

Estaba justo en la entrada, aún con la sensación de afuera aferrada a la piel: viento frío, prisa, el sabor amargo de una semana que no terminaba. El vestido que Kevin había insistido en que usara era simple, negro, un corte que intentaba ser discreto en ese lugar que no entendía la palabra. El cabello castaño oscuro, ondulado, caía sobre los hombros como si pidiera disculpas por no ser una producción de salón. Y los ojos verdes —siempre tan expresivos cuando ella dibujaba o explicaba una idea— ahora buscaban algún punto de apoyo, como si el ambiente entero fuera una superficie demasiado lisa para mantener el equilibrio.

Kevin, por otro lado, entró como si estuviera volviendo a casa.

Pasó junto a la hostess con una sonrisa amplia, casi insolente, y una confianza que Maddy estaba segura de que era mitad natural, mitad construida a base de puro descaro. Llevaba una camisa que ciertamente no era barata —y, si lo era, él mentía tan bien como sonreía— y miraba alrededor con un interés divertido, evaluándolo todo: a la gente, las mesas, el bar, los pequeños detalles que delataban el precio de cada cosa.

Lily caminó detrás de ellos, silenciosa y alerta. No parecía intimidada, pero tampoco estaba impresionada. Su mirada recorría el lugar como una lectura técnica: entrada, salidas, empleados, grupos de personas, quién estaba de pie, quién ocupaba las mesas más reservadas. Racional, como siempre, incluso cuando aceptaba salir con ellos en plena noche de caos emocional.

Maddy sintió la mano de Kevin rozarle levemente la espalda, conduciéndola hacia adentro. El gesto no era invasivo. Era casi protector —como si él dijera, sin palabras, que ella no necesitaba saber cómo caminar en ese mundo; él caminaría por tres.

— Respira —murmuró, cerca de su oído, con el humor habitual escondiendo una ternura cuidadosa.

Maddy soltó el aire despacio, pero no encontró alivio. Cada paso parecía demasiado alto en el piso que no crujía. Cada mirada que pasaba por ella era rápida y pulida, pero aun así dolía. Se sentía como un error de tipeo en una página perfecta.

Kevin se detuvo por un instante, girando el rostro lentamente, absorbiendo el escenario con la satisfacción de quien asiste a un espectáculo hecho a medida.

— Amiga… Manhattan… esto huele a dinero.

Maddy soltó una risa corta, sin humor, más un soplo que una reacción. Lily arqueó una ceja, como si dijera "obvio", pero no lo contradijo.

— Es solo un bar —intentó minimizar Maddy, como si la frase pudiera disminuir también la presión en el pecho.

Kevin señaló discretamente con la barbilla a un hombre en la barra, el reloj brillando en la muñeca, el traje demasiado ajustado para ser casual.

— Un bar donde el hielo es más caro que mi alquiler.

Lily tocó el brazo de Maddy con dos dedos, un gesto corto y firme. Maddy la miró y entendió el mensaje: quédate aquí, conmigo. Lily no necesitaba decirlo.

Consiguieron una mesa pequeña, cerca de la barra, donde la luz incidía lo suficiente para ver los detalles, pero no tanto como para exponer inseguridades. La silla de Maddy era demasiado blanda, lo que solo empeoraba —como si se hundiera un centímetro más de lo necesario. Puso el bolso en el regazo por reflejo, sujetándolo como si fuera una boya.

Kevin se inclinó hacia la mesa, apoyando los codos sin ceremonia.

— Ok. Plan de supervivencia. —Levantó un dedo. —Primero: beber algo que no tenga sabor a trauma. —Un segundo dedo. —Segundo: mirar alrededor y darse cuenta de que nadie aquí sabe que Lucas es una basura. —Un tercer dedo. —Tercero: divertirse solo para irritar al universo.

Maddy apretó la correa del bolso.

— Yo no vine aquí para…

— ¿Para qué? ¿Para llorar? —interrumpió Kevin, pero su voz no era dura; era firme. —Ya lloraste. Ya sufriste. Ahora vas a existir sin pedir perdón por existir.

Lily, a su lado, cruzó las piernas con una elegancia automática. Observaba a Maddy con una calma que no era frialdad —era estructura. La persona que sostenía el edificio cuando el viento golpeaba.

— Un trago no resuelve nada —dijo Lily, en tono neutro.

Kevin guiñó un ojo.

— No resuelve, pero ayuda a olvidar por una noche, que es el nombre del juego.

La frase golpeó a Maddy como una ola pequeña, pero fría. Olvidar por una noche. Era todo lo que ella quería desde que había visto aquel cuarto, aquella cama, aquella risa femenina, aquella sonrisa de Scarlett como si Maddy fuera una intrusa en su propia vida.

Un camarero se acercó. Hablaba bajo, como si cualquier decibel por encima de lo aceptable pudiera romper la atmósfera. Kevin pidió algo con nombre francés y apariencia cara. Lily pidió una copa de vino, seco. Cuando el camarero miró a Maddy, ella dudó.

— ¿Qué recomienda… para quien quiere dejar de pensar? —se le escapó, antes de que pudiera filtrar.

El camarero sonrió, profesional.

— Un clásico funciona bien. Un Negroni. Fuerte, equilibrado.

Maddy asintió, como si entendiera de equilibrio.

Cuando el camarero se alejó, Kevin se recostó y volvió a analizar el ambiente, los ojos recorriendo los grupos, las expresiones, el brillo de los accesorios. Maddy intentó acompañar, intentando sentirse parte, pero su cuerpo traicionaba el intento: hombros tensos, manos inquietas, la mirada huyendo cuando encontraba un par de ojos desconocidos.

Fue entonces cuando la puerta del bar se abrió de nuevo.

No hubo alboroto visible. Nadie anunció. Nadie detuvo la música. Y aun así, algo cambió —como si el aire hubiera sido reorganizado con una precisión imperceptible.

Maddy no lo notó al principio. Estaba demasiado ocupada intentando parecer normal, intentando no ser la chica que acababa de perderlo todo. Fue Kevin quien se quedó callado por un segundo, cosa rara en él. Lily también alzó la mirada, instintiva.

El hombre que entró no se apresuró. Caminó con una calma que no era pereza, era dominio. Alto. Hombros anchos bajo una chaqueta oscura de corte impecable, camiseta simple debajo, como si su sofisticación no necesitara esfuerzo. El cabello era oscuro, peinado de un modo despreocupado que probablemente exigía un barbero caro. El rostro tenía líneas definidas, mandíbula firme, boca que no sonreía porque sí. Y la mirada… la mirada era la parte más peligrosa: intensa, directa, como si estuviera acostumbrado a ser obedecido sin tener que pedirlo.

No parecía un CEO. No tenía la rigidez calculada de quien vive detrás de mesas y reuniones. Parecía, más bien, alguien que entraba en cualquier lugar y naturalmente se convertía en el punto de referencia. Poder sin exhibición.

Kevin se inclinó hacia la mesa como si estuviera a punto de narrar un evento histórico.

— Amiga… encontré a tu multimillonario.

Maddy soltó una exhalación por la nariz, fingiendo tedio.

— Kevin…

— No. —Señaló con discreción, los ojos brillando. —Mira eso. No es gente, es… es un concepto.

Maddy puso los ojos en blanco, más por hábito que por verdadera indignación. No quería mirar. Mirar significaba admitir que alguna parte de ella aún respondía a algo. Y ella no quería responder a nada. No esa noche. No después de Lucas. No después de la humillación.

Aun así, el impulso vino —tal vez por curiosidad, tal vez porque el silencio de Lily indicaba que había algo más allá de la broma.

Maddy giró el rostro, despacio, como quien no quiere que la vean haciéndolo.

El hombre estaba a unos metros, cerca de la barra, conversando con alguien que parecía demasiado importante para sonreír de verdad. Pero no estaba totalmente presente allí. Su postura estaba orientada hacia el interlocutor, pero la mirada… la mirada barrió el ambiente con una precisión silenciosa.

Y encontró a Maddy.

Fue instantáneo. No hubo choque teatral; hubo reconocimiento de algo que ninguno de los dos nombró. Maddy sintió como si el espacio entre ellos se hubiera estrechado, como si el bar entero hubiera sido empujado hacia los bordes del mundo y quedara solo esa línea invisible, estirada desde la mirada de él hasta la de ella.

Ella intentó apartar la vista primero. Falló.

Su corazón, que hasta entonces latía en un ritmo ansioso y desorganizado, encontró un compás diferente —más fuerte, más consciente. Era ridículo. Ni siquiera lo conocía. Él era solo otro hombre guapo en un lugar caro.

Pero su mirada no era guapa. Era… atenta. Como si estuviera viendo cosas que ella escondía incluso de sí misma.

Kevin, al percibir el cambio, soltó un sonido satisfecho, un "te lo dije" sin palabras.

— Está mirando —susurró Kevin, triunfante.

Lily no sonrió, pero sus ojos se entrecerraron levemente, analizando al hombre como si fuera un riesgo y una oportunidad al mismo tiempo.

Maddy por fin forzó la vista hacia abajo, mirando la mesa, como si el barniz oscuro pudiera ofrecer una salida. Oyó el tintinear del hielo, el murmullo de conversaciones, la música de fondo —todo distante, como si estuviera bajo el agua.

Cuando alzó los ojos de nuevo, él ya no estaba quieto.

Caminaba hacia ellos.

No con prisa. No con vacilación. Como si hubiera decidido y punto. A cada paso, Maddy sentía su propia resistencia reacomodarse. No debía estar allí. No debía interesarse por nadie. No debía querer nada más que dormir y despertar sin recordar. Pero su cuerpo traicionaba el discurso interno: la columna se enderezó ligeramente; los dedos dejaron de estrujar el bolso; la respiración se hizo corta.

Kevin, en cambio, parecía a punto de aplaudir.

— Yo voy… —empezó, ya moviéndose en la silla, con ese talento especial de retirarse sin parecer que se estaba retirando.

— Kevin —siseó Maddy, una advertencia.

Lily tocó la rodilla de Maddy por debajo de la mesa, un gesto rápido. No era incentivo. Era presencia: estoy aquí. Aunque Lily no fuera a intervenir, no dejaría a Maddy completamente sola en terreno desconocido.

El hombre se detuvo junto a la mesa, lo bastante cerca como para que Maddy sintiera un leve aroma amaderado y limpio, como si él estuviera hecho de noches caras y elecciones correctas. Miró a Kevin por un segundo —una evaluación tan rápida que casi no existió— luego a Lily, que sostuvo la mirada con una frialdad educada. Por último, sus ojos volvieron a Maddy, y allí se quedaron.

Su voz salió baja, firme, sin esfuerzo.

— No pareces cómoda aquí.

Maddy abrió la boca para responder con algo ligero, una mentira socialmente aceptable, pero lo que salió fue la verdad cruda, atravesada por el cansancio y por el alcohol que aún ni había llegado.

— Tal vez porque no lo estoy.

La comisura de su boca se movió solo un milímetro, como si eso lo divirtiera. No una sonrisa completa. Una señal de interés.

— Justo —dijo. Y sacó una silla sin pedir permiso, pero también sin invadir. El gesto era confiado, pero controlado. Se sentó de modo que quedara frente a Maddy, ignorando con perfección todo el resto del bar.

Kevin abrió los ojos, como si viera materializarse su propia fantasía.

— Yo voy allí… a pedir… una cosa —anunció, ya levantándose, la excusa más frágil del mundo. —Lily, ¿vienes…?

Lily miró a Maddy por un segundo, preguntando sin palabras. Maddy no estaba segura de lo que quería. Quería que Lily se quedara. Quería que se fuera. Quería desaparecer.

Lily se levantó con calma, decidiendo por ellas.

— Voy con él —dijo. El tono era neutro, pero la mirada a Maddy llevaba una advertencia silenciosa: cualquier cosa, me llamas.

En pocos segundos, Kevin y Lily estaban a una distancia segura, en la barra, pero no lo bastante lejos como para realmente abandonarla. Kevin se inclinó hacia Lily, demasiado animado para disimular, mientras Lily mantenía la postura de quien finge no estar prestando atención, pero presta.

Maddy se quedó con el extraño.

El silencio entre ellos no era vacío. Era cargado. El bar seguía vivo alrededor, pero la mesa parecía un microcosmos separado, como si la luz hubiera decidido concentrarse solo allí.

Él inclinó la cabeza levemente, observando a Maddy con una curiosidad que la dejaba incómoda —y, al mismo tiempo, extrañamente calentada por dentro.

— Viniste con ellos —dijo, como si eso fuera una información importante. —Pero parece que estás en otro lugar.

Maddy apretó los labios. No quería ser leída. No quería ser transparente.

— Tal vez esté cansada —respondió, seca, como una barrera.

— El cansancio tiene varios nombres —dijo él, calmado. La manera en que hablaba era irritante: sin prisa, sin necesidad de llenar el espacio, como si supiera que el silencio trabajaba a su favor.

Maddy sostuvo la mirada, decidida a no ser la primera en ceder.

— ¿Y tú? —preguntó, señalando con la barbilla levemente. —¿Vienes aquí solo para abordar a gente que parece perdida?

Pareció gustarle eso también. Esa casi sonrisa reapareció, más nítida, pero aún contenida.

— Vengo aquí cuando necesito pensar —dijo. —Hoy llegué y vi a alguien que claramente no estaba pensando en nada. Solo… intentando respirar.

La frase tomó a Maddy desprevenida. Porque era exactamente eso. Respirar era todo lo que ella conseguía hacer desde la tarde en que su vida se puso patas arriba.

Bajó los ojos a la mesa por un instante, como si fuera más fácil encarar su propio reflejo en el barniz que encarar el de él. Cuando volvió a mirar, él seguía allí, inmóvil, esperando, sin presionar, pero tampoco sin retroceder.

— Tú no me conoces —dijo Maddy, más bajo.

— No —respondió él. —Pero conozco esa mirada.

Maddy sintió un escalofrío, no de frío. El tipo de escalofrío que venía cuando alguien acertaba un punto sensible sin tocarlo.

Del otro lado, Kevin prácticamente vibraba, sosteniendo un vaso como si fuera una antorcha olímpica, mientras observaba la escena. Lily, a su lado, mantenía el rostro impasible, pero los ojos no se apartaban de Maddy.

El camarero volvió con los pedidos, y por un instante el mundo encajó de nuevo: vasos posándose en la mesa, hielo girando, el olor cítrico subiendo del Negroni de Maddy. El hombre —Ryan, Maddy aún no sabía el nombre, solo la presencia— miró el trago de ella y luego el rostro de ella, como si memorizara detalles.

— Fuerte —comentó, mirando el vaso de ella. —Pareces alguien que necesita eso.

Maddy alzó el vaso corto, el líquido rojizo reflejando la luz ámbar del bar. Sintió la resistencia dentro de ella vacilar, no por confianza, sino por agotamiento. Ser fuerte era cansado. Fingir que estaba bien era aún más cansado.

— Parezco muchas cosas —respondió, y dio un sorbo.

El sabor fue amargo y caliente, quemándole la lengua antes de bajar, como si apagara un poco del ruido interno. Tragó despacio, sintiendo el alcohol esparcir un valor que no estaba segura de querer.

Él observó el movimiento de su garganta por un segundo demasiado largo para ser solo casual. Luego volvió a sus ojos.

— ¿Y qué eres? —preguntó, con la misma calma controlada.

Maddy soltó una risa pequeña, sin alegría.

— ¿Hoy? —Inclinó la cabeza, mirándolo con una honestidad que sorprendió incluso a ella misma. —Hoy soy alguien intentando olvidar.

Su mirada se oscureció un tono, como si esa confesión hubiera abierto una puerta.

— ¿Olvidar qué? —preguntó, y no parecía curiosidad vacía. Parecía interés real, el tipo de interés que no se ofrece a cualquiera.

Maddy debería mentir. Debería decir “un día malo”, “trabajo”, “nada importante”. Pero las palabras se quedaron atrapadas. Porque hablar de Lucas significaba revivir. Y ella no había venido allí para revivir; había venido para borrar.

Respiró, y en lugar de eso respondió con otra pregunta, un escudo.

— ¿Y tú? —Se inclinó un poco hacia adelante, lo suficiente para sentir el perfume de él más fuerte. —¿Siempre haces preguntas como si tuvieras derecho a las respuestas?

Por un segundo, pareció considerar. No se ofendió. No retrocedió. Solo la miró como si estuviera evaluando un movimiento en un juego.

— No creo que tenga derecho —dijo. —Solo creo que quieres hablar. Y que tal vez sea más fácil hablar con alguien que no va a pedir nada a cambio.

La frase se alojó en Maddy con un impacto silencioso. Sintió el estómago apretarse, no de nervios, sino de reconocimiento: era exactamente por eso que la gente besaba a extraños, por eso que bebía de más, por eso que buscaba lugares caros que no la conocían. Porque los extraños no tenían memoria. Los extraños no tenían contexto. Los extraños no te miraban y veían la versión rota comparada con la versión anterior.

No respondió de inmediato. Solo sostuvo su mirada, y el mundo siguió girando alrededor, pero más lento, como si la música hubiera bajado unos grados y la luz hubiera elegido un foco único.

El hombre —poderoso sin necesidad de probarlo— no apartó la mirada primero. Maddy sintió surgir su propia terquedad, una parte de ella que aún existía, a pesar de Lucas, a pesar de la humillación. Podía estar rota y aun así no ser débil.

— Hablas bonito —dijo, la voz más firme de lo que esperaba. —¿Eso suele funcionar con mujeres incómodas en bares caros?

Soltó aire por la nariz, casi una risa, pero contenida. Sus ojos brillaron con algo que podía ser diversión, o desafío.

— No hago esto con frecuencia —respondió. —Pero tú… no estás solo incómoda. Estás… armada.

Maddy sintió que la palabra daba en el blanco. Armada. Sí. Cada músculo de ella era un arma apuntada hacia dentro y hacia fuera al mismo tiempo. Estaba lista para defenderse de cualquier cosa —incluso de sentir.

Apretó el vaso entre los dedos. El vidrio estaba frío, contraste con el calor que subía por el cuerpo, y también con la presencia de él tan cerca. Podía contar las pequeñas imperfecciones del iris de él, el tipo de detalle que solo se nota cuando la distancia entre dos personas deja de ser segura.

Desde la barra, Kevin prácticamente se apoyaba en la punta de los pies para ver mejor, y Lily, aun fingiendo indiferencia, mantenía la mirada fija como una guardia.

El hombre se inclinó levemente, no lo suficiente para invadir el espacio de Maddy, pero lo suficiente para que su voz llegara más baja, más íntima, recortando la música del bar.

— Si quieres olvidar —dijo— tal vez estás en el lugar equivocado.

El pecho de Maddy se apretó. Alzó la barbilla, desafiándolo con la mirada, negándose a ser guiada.

— ¿Y cuál sería el lugar correcto? —preguntó, y se dio cuenta demasiado tarde de cómo sonaba la frase: no como resistencia, sino como apertura.

El silencio que vino después fue tan denso que pareció tener peso. No respondió de inmediato. Solo la miró, largamente, como si estuviera midiendo la distancia exacta entre la decisión y la consecuencia.

Maddy sintió que el mundo entero se estrechaba en ese instante. El bar, la gente, el brillo de los vasos, la noche allá afuera —todo se volvió telón de fondo. Quedó solo la mirada de él sosteniendo la de ella, sin prisa, sin piedad, sin promesas.

Y ella, que había salido de casa jurando que solo quería olvidar, se dio cuenta de que tal vez la peor parte era la sensación de que ya no quería apartar la vista.

Sus ojos quedaron atrapados el uno en el otro por demasiado tiempo para ser educado, demasiado tiempo para ser inocente, tiempo suficiente para convertir a un extraño en amenaza.

Y Maddy no rompió el contacto.

CAPÍTULO 5

Un Error Que No Parece Erróneo

El bar seguía siendo el mismo —las risas calculadas, los vasos tintineando, la música deslizándose por la penumbra como seda cara —, pero para Maddy todo a su alrededor perdió nitidez, como si alguien hubiera girado la lente del mundo y hubiera dejado solo un punto enfocado.

Él estaba lo bastante cerca como para que ella percibiera el detalle absurdo de cómo el perfume de él no parecía un perfume, sino una presencia. Madera limpia, algo cítrico, un calor discreto. La corbata inexistente, la camisa abierta en el primer botón, la postura de quien no necesitaba demostrar nada a nadie. Y aun así, la mirada… la mirada era una pregunta que no daba tregua.

Maddy mantuvo el mentón en alto, un intento de dignidad cuando todo dentro de ella estaba inclinado hacia la decisión equivocada. La boca aún tenía sabor a trago. El corazón, a venganza —o a libertad. Tal vez fuera lo mismo.

Él inclinó la cabeza, y su voz llegó baja, atravesando el bar como si hubiera sido hecha para no competir con el resto.

—¿Todavía quieres fingir que no estás pensando en salir de aquí?

Ella sintió que la pregunta le rozaba la piel, no el oído.

Maddy respiró despacio, buscando el suelo. El problema era que el suelo parecía más inestable que la mirada de él.

—Ni siquiera te conozco.

Él no sonrió de un modo obvio. Fue solo un movimiento mínimo en la comisura de la boca, como si estuviera asistiendo a una escena que ya esperaba.

—Tal vez por eso todavía estás aquí.

La respuesta quedó suspendida entre ellos, densa. El bar palpitaba alrededor, pero aquella pequeña burbuja de silencio se formó, silenciosa y sofocante, hecha de expectativas y de todo lo que Maddy estaba intentando negar desde que entró allí con Lily y Kevin: no quería conversar. No quería ser vista. Quería desaparecer de sí misma— y él había aparecido como una salida.

El aire parecía más caliente. O tal vez era su sangre, corriendo demasiado rápido bajo la piel.

Él dio un paso casi imperceptible, reduciendo la distancia con una calma peligrosa. No la tocó, no invadió de forma vulgar. Solo se acercó lo suficiente para que Maddy sintiera la diferencia entre estar cerca y estar atrapada en una órbita.

Ella percibió el contorno de la mandíbula de él cuando giró levemente el rostro, como si buscara su reacción sin prisa. Los ojos, oscuros, no vacilaban. No parecía borracho. No parecía fuera de control.

Y esa era la parte más aterradora.

Maddy apretó los dedos alrededor del vaso, pero no bebió. El líquido tembló un poco, delatando lo que ella intentaba esconder.

Del otro lado del bar, Kevin se inclinó sobre la mesa, los codos casi tirando el menú. Su sonrisa era tan grande que parecía una amenaza a la propia discreción.

—Amiga, te doy cinco minutos para que desaparezcan.

Lily, al lado, ni siquiera giró el rostro de inmediato. Observaba como si estuviera analizando un riesgo en tiempo real. Cuando por fin habló, la voz salió baja, firme.

—Esto va a salir mal.

Kevin soltó una risa que intentó ahogar con el dorso de la mano.

—Mal de la manera correcta.

Maddy no oyó sus palabras con claridad, pero sintió el peso del juicio silencioso, como si el universo entero estuviera con los brazos cruzados esperando su decisión.

Ryan mantuvo los ojos en ella, como si no existiera nadie más. Y, por un segundo, Maddy odió lo cómodo que era aquello.

Cómodo no en el sentido de seguridad— sino en el sentido de inevitable.

Podría decir que no. Podría reír, hacer una broma, volver a la mesa, terminar la noche con los amigos y con el dolor conocido. Podría ser la versión de ella que sobrevivía con prudencia.

Pero la otra versión… la que quería olvidar… la que quería equivocarse sin pedir disculpas… esa ya estaba de pie por dentro.

Maddy tragó saliva. El bar parecía más pequeño. La música, más distante.

Dejó el vaso sobre la barra. El sonido del vidrio tocando la madera fue simple, pero definitivo.

Los ojos de él bajaron a su mano y volvieron al rostro, como si marcaran aquel gesto en el cuerpo, en la memoria.

—Vámonos de aquí —dijo ella.

No fue una invitación delicada. Fue una rendición consciente.

Ryan no celebró. No hizo preguntas. Solo inclinó el cuerpo, más cerca, y su voz llegó como una promesa dicha sin prisa.

—Está bien.

Maddy se dio la vuelta antes de tener tiempo de reconsiderarlo. Sintió el calor de la mirada de él en la espalda mientras se alejaba de la barra, atravesando el bar como si caminara por una línea estrecha entre la lucidez y el abismo.

Cuando pasó por la mesa de Kevin y Lily, no se detuvo. No explicó. Ni tuvo el valor de mirar a Lily a los ojos por mucho tiempo, porque Lily era el tipo de persona que veía las decisiones antes de que sucedieran.

Kevin levantó la mano en un saludo exagerado, como si estuviera despidiendo un barco rumbo al desastre.

—¡Ve, Maddy! —susurró demasiado alto, entusiasmado e incrédulo.

Lily solo la observó, la expresión cerrada, pero no la detuvo. Había preocupación, sí. Pero también había esa comprensión silenciosa de quien sabe que ciertas caídas se eligen.

Maddy siguió.

En la puerta, el aire frío de la noche le golpeó el rostro como una bofetada que despierta. Manhattan de madrugada no era silenciosa; era una respiración constante de motores, pasos, luces y prisa. Los

edificios se alzaban como promesas de éxito y soledad, y los escaparates reflejaban versiones fragmentadas de quienes pasaban.

Ryan apareció a su lado sin alarde, como si siempre hubiera pertenecido a aquel espacio.

—Tú no sueles hacer esto —dijo él, y había algo en esa frase que no era juicio; era constatación. Como si estuviera leyendo el lenguaje de su cuerpo, y no la ropa que llevaba.

Maddy apretó el abrigo contra el cuerpo, más por el gesto que por el frío. Su tacón golpeaba el concreto en un ritmo apresurado, como si la ciudad estuviera marcando el tiempo de una decisión que ella no quería prolongar.

—Hoy no es un día normal —respondió ella.

Ryan la miró de lado. La luz de un semáforo cambió, tiñendo su rostro de un verde breve antes de volver al amarillo de las farolas. Por un instante, Maddy vio una sombra de algo en su mirada —curiosidad, tal vez. Un tipo de interés que no parecía solo físico.

Ella no quería eso. No quería ser interesante. Quería ser olvidable. Quería ser nada.

Pero él la miraba como si ella fuera un secreto.

Caminaron rápido. Maddy no preguntó adónde. La ausencia de preguntas era parte del acuerdo silencioso. Solo lo acompañó, sintiendo la noche tragarse el resto del mundo.

En algún momento, Ryan abrió la puerta de un hotel que parecía más un escenario que un lugar real. El vestíbulo era amplio, con mármol claro que reflejaba luces doradas. El olor era limpio, sofisticado, como si nadie allí sudara, llorara o se equivocara.

Maddy pasó por el lobby con la sensación de estar invadiendo una vida que no era la suya. El sonido de sus propios pasos sonó demasiado alto, resonando como una advertencia.

Ryan saludó a alguien en la recepción con un gesto corto, casi automático. No hubo ostentación. No hubo conversación. Solo la eficiencia silenciosa de quien está acostumbrado a que las puertas se abran.

El ascensor subió en un deslizamiento suave. Maddy miró su reflejo en el espejo interior —los ojos verdes más brillantes de lo que deberían, las mejillas calientes, el cabello castaño oscuro ondulado un poco desalineado. Parecía otra persona. O tal vez, por primera vez aquella semana, parecía ella misma sin filtro.

Ryan se quedó a su lado, sin tocarla. La proximidad era una línea eléctrica. El perfume de él mezclado con el aire frío del ascensor hizo que Maddy apretara los dedos, como si necesitara sujetar algo invisible para no caer.

Cuando las puertas se abrieron, el pasillo era silencioso, alfombrado, con luz baja. Cada paso parecía absorbido por el lujo, como si hasta el sonido estuviera controlado allí.

La habitación —suite, apartamento, fuera lo que fuera— tenía ventanales enormes y una vista que hacía que la ciudad pareciera una constelación al alcance de la mano. La iluminación era tibia, indirecta, y el espacio era demasiado amplio para ser íntimo, pero la presencia de ellos lo volvió todo más pequeño, más apretado, más… inevitable.

En cuanto la puerta se cerró, el silencio llegó pesado. No había música. No había ruido de vasos. Solo su respiración, la de él, y el sonido distante de Nueva York allá abajo, como un mar urbano.

Ryan se quedó cerca de la puerta un momento, las manos en los bolsillos, como si le estuviera dando a ella el control final.

—Puedes irte ahora —dijo él.

La frase no tenía ironía. No tenía prisa. Era una salida ofrecida con honestidad— y, de algún modo, eso hizo que Maddy sintiera más vértigo que si él hubiera intentado impedírselo.

Ella lo miró. La luz baja dibujaba sombras en su rostro, destacando la línea de la nariz, la boca firme, la mirada atenta. Parecía hecho de autocontrol.

Lo opuesto a ella, en ese momento.

Maddy se pasó la lengua por los labios secos, sintiendo su propio pulso en la garganta. La puerta estaba detrás de él. La libertad era un metro. Un paso.

No se movió.

—No quiero irme —respondió ella.

Las palabras salieron con una claridad que la asustó. Sin disculpas. Sin explicaciones. Sin la versión de ella que intentaba ser sensata.

Ryan inspiró, lento. Su pecho subió de un modo contenido, como si estuviera reteniendo algo dentro de sí.

Se acercó despacio, dando tiempo para que Maddy retrocediera, si quisiera. Pero ella no retrocedió. Su cuerpo hizo lo contrario— se inclinó casi imperceptiblemente hacia su presencia, como una planta buscando luz.

Ryan levantó la mano con una delicadeza inesperada. Sus dedos tocaron el rostro de ella, primero en el pómulo, luego deslizándose por el contorno de la mandíbula. El toque fue cálido y ligero, pero llevaba una intención que quemaba.

Maddy cerró los ojos por un segundo, y la simple presión de piel contra piel pareció tirar de un hilo dentro de ella, desatando todo lo que venía sosteniendo desde la escena en el apartamento de Lucas.

Cuando abrió los ojos, Ryan estaba lo bastante cerca como para que ella viera el detalle de los iris, el brillo oscuro de quien no estaba jugando. No tenía prisa. Eso era lo que más la desarmaba— como si él quisiera que ella eligiera cada segundo.

—Maddy… —dijo él, y su nombre, en su voz, sonó demasiado íntimo para un extraño.

La respuesta de ella no llegó en palabras.

Levantó la mano y le sujetó la muñeca, no para apartar. Para anclar. Para probar que aquello era real. Su piel era firme, y había una vena palpitando bajo sus dedos, como si el cuerpo de él también estuviera mintiendo sobre el control.

Ryan apoyó la frente en la de ella por un instante. Un intervalo mínimo. Un silencio que parecía una última advertencia.

Y entonces la besó.

No fue delicado en el sentido inocente. Fue un beso que empezó contenido y se transformó rápido en necesidad. Su mano aún en el rostro de ella, los dedos afirmando la línea de la mandíbula como si necesitara sentir su estructura para creer que ella no iba a desaparecer. Su boca era cálida, la presión precisa, como si supiera exactamente lo que hacía.

Maddy respondió con la misma hambre que venía intentando negar. Su cuerpo se acercó, pegándose al de él, y la sensación fue una especie de choque— como si por fin encontrara un lugar para volcar todo lo que estaba acumulado: rabia, humillación, deseo, tristeza, impulso.

Sus manos subieron a los hombros de él, agarrando la tela de la camisa. No tenía intención de ser suave. No esa noche. No después de haber sido dejada en el suelo de su propia vida.

Ryan la atrajo más hacia él por la cintura, sin fuerza excesiva, pero con firmeza suficiente para decir: estoy aquí. Y el beso se profundizó, el aire entre ellos desapareciendo.

Maddy oyó un sonido bajo escaparse de su propia garganta —una mezcla de sorpresa y entrega— y eso pareció romper la última resistencia que tenía. Giró el rostro, buscando más, como si cada segundo fuera una forma de borrar el resto.

Ryan la guio por el espacio sin que ella se diera cuenta de cuándo dejó de estar cerca de la puerta y pasó a estar en el centro de aquella habitación enorme. La luz de la ciudad entraba por las ventanas como un brillo distante, un mundo que miraba sin participar.

El beso no se detenía; solo cambiaba. A veces era lento, como si él quisiera memorizar. A veces era urgente, como si él quisiera olvidar.

Entre un respiro y otro, Maddy sintió su mano subir por la nuca de ella, los dedos enterrándose en el cabello. El toque hizo que su cuerpo se erizara entero, y se odió un poco por lo bien que era aquello.

Pero odiar era fácil. Difícil era resistir.

El resto de la noche se convirtió en una sucesión de sensaciones más que de tiempo: su piel calentada bajo la mano de él, la tela cayendo en algún lugar del camino, el mundo reducido a respiración y contacto. No había nada explícito en su pensamiento, solo la conciencia vertiginosa de que se estaba entregando porque quería. Porque necesitaba. Porque, por unas horas, podía ser solo cuerpo y deseo, sin pasado reciente, sin nombre para el dolor.

Cuando todo se desaceleró, fue como volver de una inmersión profunda. El silencio de la habitación parecía otro— menos amenazante, más lleno. Maddy estaba acostada, la sábana cubriendo parte del cuerpo, la piel aún con la memoria del toque de él. El techo arriba era una superficie clara, distante, y se quedó mirándolo como si allí pudiera encontrar alguna explicación.

Su respiración aún no había vuelto a la normalidad. El corazón latía en un ritmo que no combinaba con la quietud del ambiente.

Parpadeó despacio, intentando encajar su propia mente de vuelta en su sitio. La habitación olía a piel, a calor y a lujo. La ciudad afuera seguía existiendo, indiferente.

A su lado, Ryan estaba apoyado en un brazo, el cuerpo parcialmente cubierto, la mirada fija en ella sin prisa. No parecía satisfecho en el sentido superficial. Parecía atento. Como si estuviera leyendo su expresión, como si quisiera descifrar qué significaba aquello— y, tal vez, lo que no debería significar.

Maddy tragó saliva, y la garganta aún parecía seca a pesar de todo. No sabía qué decir. Un gracias sería absurdo. Un arrepentimiento sería mentira.

Solo se quedó allí, sintiendo el peso de su propio pensamiento intentar subir, pero siendo empujado hacia abajo por una sensación más primitiva: alivio. Presencia. Un tipo extraño de paz.

Debería sentirse vacía. Debería sentirse culpable. Debería sentirse… cualquier cosa que tuviera sentido.

Pero lo que sentía era peligroso precisamente porque no parecía erróneo.

Ryan pasó los dedos, muy suavemente, por un mechón de su cabello que estaba esparcido en la almohada. El gesto fue simple. Casi demasiado cuidadoso.

Maddy no giró el rostro. Siguió mirando hacia arriba, como si el techo fuera el único lugar donde pudiera esconderse de lo que estaba empezando a formarse dentro de ella.

Porque aquello —aquello no debería significar nada.

Era solo una noche. Un error. Un impulso. Una huida.

Y, aun así, con el cuerpo todavía caliente y la mirada de él sobre ella como una marca, Maddy supo, con una lucidez cruel, que ya significaba.

CAPÍTULO 6

El Hombre Que No Olvidé

Lo primero que Maddy sintió fue el silencio.

No el silencio de su apartamento —ese que siempre venía acompañado de una tubería quejándose, del vecino caminando de un lado a otro, del sonido distante de la ciudad insistiendo en existir. Era un silencio suave, caro. Un silencio que parecía absorber cualquier ruido incluso antes de que naciera.

Abrió los ojos despacio, como si el propio acto de despertar pudiera romper algo. La luz que entraba por las rendijas de la cortina era suave, filtrada, lo bastante dorada como para hacer que la colcha clara pareciera aún más limpia de lo que debería ser. Sábanas que no olían a jabón común, sino a algo discreto y sofisticado —un perfume que no se explicaba, simplemente estaba allí.

Maddy parpadeó. Una vez. Dos.

El techo era alto. Sin manchas. Sin grietas. Sin la pequeña filtración que ella prometía arreglar desde hacía meses y nunca arreglaba porque, en el fondo, eso era la cara de su vida: soportable con defectos.

Dónde…

La memoria llegó en oleadas, sin pedir permiso.

El bar en Manhattan, luz baja, el brillo del vaso en su mano. La música que parecía golpear en el pecho. Kevin con esa cara de quien ya había escrito una película entera en la cabeza. Lily mirando como si estuviera haciendo cálculos y no juicios.

Una mirada del otro lado del ambiente. Firme. Cálida. Y peligrosamente calma.

"No pareces cómoda aquí."

La manera en que su voz había entrado en ella sin esfuerzo —baja, como si él no necesitara competir con nada.

El pasillo de un hotel. Un ascensor. La ciudad allá abajo pareciendo un tablero. Sus dedos en el rostro de ella, como si supieran exactamente dónde quedarse. El beso que no tuvo prisa y, por eso mismo, le robó toda la suya. Un calor que tenía sabor a riesgo.

Maddy inspiró, el corazón dando un salto tardío —como si acabara de recordar que aún latía.

Giró el rostro hacia un lado.

El espacio a su lado estaba vacío. La almohada intacta, la marca mínima de alguien que tal vez hubiera estado allí y se hubiera ido antes de que la noche se transformara por completo en mañana. La sábana demasiado estirada para sugerir pereza. No había un traje tirado, una corbata olvidada, nada que gritara "hombre" en un ambiente impecable.

Ryan.

El nombre apareció en su cabeza con una intimidad irritante.

Maddy se sentó, la colcha deslizándose por la piel, y miró alrededor como si el cuarto fuera a responder alguna pregunta. Había un sillón cerca de la ventana, una mesa auxiliar con una botella de agua y un

vaso perfectamente alineados, y, encima de una encimera discreta, un reloj digital marcando la hora con crueldad.

07:18.

El aire salió de sus pulmones de golpe.

— Mi primer día…

La frase se le escapó ronca, como si la realidad le hubiera arañado la garganta al pasar.

Por un segundo, llegó una sensación absurda, casi infantil: frustración. Un pinchazo porque él no estuviera allí. Porque no hubiera un "buenos días" con la misma voz que ayer había desarmado todas sus defensas. Porque no hubiera tiempo para entender lo que había pasado sin que el mundo volviera a exigir postura, currículum, profesionalismo.

Pero, justo detrás, llegó el alivio. La parte de ella que aún tenía sentido común —o miedo— respiró como si la hubieran soltado de una cuerda apretada. Era más fácil así. Él yéndose. Ella yéndose. Un error en un cuarto caro que nunca más se repetiría.

Maddy se levantó casi tropezando con su propio impulso. Los pies tocaron el suelo frío, y eso la despertó de verdad. Encontró la ropa sin pensar mucho, se vistió con lo que pudo, se arregló el cabello con los dedos, agarró el bolso como quien se aferra a un salvavidas.

El espejo del baño le devolvió un rostro con los ojos un poco hinchados de sueño —y tal vez de algo más— y una boca con una leve señal de ayer. No era pintalabios corrido. Era memoria.

Se lavó la cara con prisa, como si pudiera borrar la noche junto con el agua. No borró.

Cuando salió del cuarto, el pasillo del hotel parecía aún más silencioso que por dentro. Alfombra gruesa, paredes en tonos neutros, puertas iguales y cerradas. Maddy lo atravesó como alguien que no quiere ser percibida. En el ascensor, su reflejo en el metal pulido parecía una versión más frágil y más audaz al mismo tiempo.

Al llegar a la calle, Nueva York la golpeó con el peso de siempre: bocinas, pasos, conversaciones cortadas en el aire, el viento entre los edificios. A la ciudad no le importaba lo que ella había hecho la noche anterior. La ciudad solo quería que caminara más rápido.

El taxi hasta el apartamento fue una mezcla de ansiedad e intento de organizarse mentalmente. Revisó el celular. Ningún mensaje. Ninguna llamada. Ni de él, ni de nadie. Solo notificaciones inútiles y el reloj corriendo.

Cuando por fin subió las escaleras de su edificio —porque el ascensor estaba, como siempre, "en mantenimiento"—, el sudor leve en la nuca era mitad esfuerzo, mitad nerviosismo.

La puerta del apartamento se abrió con el chirrido familiar. El aire allí dentro tenía su olor: café, papel, una vela que Lily le había dado y ella encendía solo en días malos —y que, de alguna manera, ahora parecía necesaria.

El contraste golpeó como una bofetada.

El hotel era silencio caro. El apartamento era vida apretada.

El sofá con una manta doblada torcida. La mesa llena de dibujos y proyectos esparcidos, lápices y bolígrafos como si hubieran caído allí en medio de una batalla creativa. Una taza olvidada con café frío de ayer —o anteayer— haciendo un anillo marrón en la madera.

Maddy entró apresurada, cerró la puerta con el hombro, tiró el bolso en el sofá sin ceremonia y fue directo al cuarto, como si la velocidad

pudiera cambiar el hecho de que se había acostado con un desconocido.

O peor: con alguien que parecía demasiado grande para ser solo un desconocido.

Abrió la puerta del armario y miró la hilera de ropa como si estuviera eligiendo una armadura. No podía llegar el primer día pareciendo insegura. No podía dejar que nada se notara. Nada de la noche. Nada del llanto que aún vivía en algún rincón del pecho por culpa de Lucas. Nada del beso que aún quemaba.

Eligió un pantalón de sastrería negro, de corte moderno, y una blusa de tela ligera en tono crema —elegante sin ser llamativa. Un blazer azul marino, que hacía que sus hombros parecieran más firmes de lo que se sentían. Zapatos de tacón medio, lo suficiente para la postura, no lo suficiente para la tortura.

Mientras se arreglaba, el espejo del cuarto la acompañaba como un juez silencioso.

El cabello castaño oscuro, ondulado, caía en ondas que intentó domar con horquillas y un poco de spray. Los ojos verdes, normalmente expresivos, estaban demasiado enfocados —como si pudiera controlar la vida con la mirada. Un corrector para esconder la noche, una máscara de pestañas rápida, un pintalabios neutro. No era vanidad. Era estrategia.

Maddy respiró hondo, apoyando las manos en el lavabo del baño.

— Tú puedes —murmuró para sí misma, la voz más firme que la sensación en el estómago.

El celular vibró en la encimera, y casi se le cayó el cepillo de pelo del susto. En la pantalla, una videollamada.

Kevin y Lily.

Maddy dudó un segundo, los ojos en su propio reflejo como si se pidiera permiso a sí misma para sobrevivir a aquello. Contestó.

La pantalla se dividió en dos ventanas. Kevin apareció primero, con la cara demasiado cerca de la cámara, ojos muy abiertos, el cabello impecablemente despeinado como si hubiera pasado la noche entera ensayando indignación. Lily apareció al lado, más distante, sentada con postura recta, expresión neutra —el tipo de neutralidad que escondía una curiosidad afilada.

— ¡TE DESAPARECISTE! —Kevin prácticamente gritó, la voz resonando en el micrófono como si estuviera en una arena y no en un apartamento.

Maddy apoyó el celular en la repisa del baño, intentando parecer casual mientras se ponía los pendientes.

— Buenos días para ti también.

Lily inclinó el rostro, mirando a Maddy como si estuviera evaluando un proyecto.

— No mandaste ningún mensaje —dijo, demasiado calmada. — Ni un "estoy viva", ni un "no me morí", nada.

Maddy se puso el blazer y se acomodó la solapa, evitando mirar su propia cara en la cámara.

— Yo… estuve ocupada.

Kevin se llevó la mano al pecho, teatral.

— ¿Ocupada? Amiga, desapareciste con un hombre misterioso en Manhattan. Ocupada es poco. Eso es un secuestro consentido.

Maddy contuvo una sonrisa nerviosa mientras se ponía perfume en la muñeca —poco, discreto, porque necesitaba oler a "profesional" y

no a “mujer que cometió un error en un hotel”.

— Kevin…

— No, no, no —interrumpió, señalando la pantalla. — Ese hombre era un pecado. Todavía estoy procesando eso. Yo lo vi. Yo estaba allí. Yo sentí la energía. El aura. El magnetismo del dinero.

Lily cruzó los brazos, una ceja arqueada.

— ¿Por lo menos sabes su nombre?

Maddy se detuvo con la mano en el pintalabios, el gesto suspendido. Su nombre parecía demasiado grande para salir así, arrojado al aire como una información cualquiera. Pero también parecía ridículo esconderlo.

— Ryan…

Kevin abrió una sonrisa que era mitad diversión, mitad amenaza.

— ¿Ryan qué? ¿Ryan problema? ¿Ryan destructor de vidas? ¿Ryan “Dios mío, cómo nunca te vi antes”?

Maddy soltó una risa corta, involuntaria. Era la primera desde que se había despertado— y el sonido salió extraño, como si se hubiera oxidado.

Lily observó eso con atención. Sus ojos no perdieron el detalle.

— No pareces arrepentida —dijo, sin acusación, solo constatación.

Maddy apretó los labios y, por un instante, la imagen de Lucas con Scarlett le atravesó la mente como una cuchilla. La sensación de haber sido descartada. De haber sido tomada por tonta. Y, justo después, el recuerdo de la mirada de Ryan, como si hubiera visto algo en ella que nadie más había visto.

Bajó la voz.

— No sé lo que estoy.

Kevin se acercó aún más a la cámara, como si pudiera agarrar a Maddy por el cuello a través de la pantalla.

— Estás viva, amiga. Y si es para hacer una tontería… hazla bien.

Maddy negó con la cabeza, pero no discutió. Porque, por más absurdo que sonara, una parte de ella estaba de acuerdo. Había sentido algo— y eso era lo que la asustaba.

Agarró el bolso, comprobó rápido si la cartera estaba allí, si los documentos estaban allí, si la credencial provisional que habían enviado por correo electrónico estaba guardada en el celular.

— Tengo que irme. Primer día.

Kevin hizo un puchero dramático.

— Arrasa. Y si el CEO es guapo, mándame foto.

Maddy puso los ojos en blanco.

— Kevin…

Lily, del otro lado, soltó un suspiro corto, como si estuviera intentando mantener el mundo en orden con la respiración.

— Buena suerte. Y trata de no meterte en más problemas.

— Lo intentaré —respondió Maddy, y la palabra "intentar" salió más verdadera de lo que le gustaría.

— Hablamos —canturreó Kevin. — Y exijo informe.

Antes de que Maddy pudiera responder, la llamada terminó. La pantalla se quedó negra y le devolvió el reflejo rápido de su propio rostro por un segundo, antes de apagarse.

Maddy se quedó quieta, con el celular en la mano, oyendo el ruido distante de la ciudad a través de la ventana. Ese era el momento en que el pánico podría apoderarse. En que la noche podría volverse culpa. En que Lucas podría volver a ser un fantasma demasiado pesado.

Pero no tenía ese lujo.

Respiró hondo, enderezó los hombros y salió del apartamento.

En la calle, el aire estaba más frío de lo que parecía desde dentro. El cielo entre los edificios era un recorte azul claro, y el flujo de gente era un río apresurado. Maddy entró en él como quien entra en un compromiso con su propia vida.

El rascacielos de la empresa surgió en el horizonte como una decisión. Vidrio y acero, líneas limpias, reflejo del cielo y de la ciudad en el mismo cuerpo. Imponente, moderno, tan alto que parecía no necesitar demostrar nada a nadie.

Allí estaba Walker & Co, una de las empresas de tecnología más influyentes de Nueva York.

Cuando se detuvo frente a la entrada, por un segundo, tuvo la sensación de que estaba a punto de cruzar una frontera invisible. Como si allí dentro la versión de ella que sufrió, que fue traicionada, que lloró en medio de la calle, tuviera que quedarse del lado de afuera.

Las puertas se abrieron con un soplo de aire acondicionado y discreción.

La recepción era minimalista, sofisticada, silenciosa. Suelo pulido reflejando pasos. Paredes claras con detalles metálicos. Pantallas digitales exhibiendo gráficos e imágenes abstractas en movimientos lentos e hipnotizantes. La iluminación era elegante, sin lámparas aparentes, como si la luz fuera un recurso natural de ese lugar.

Maddy entró despacio, no por falta de prisa, sino porque todo allí pedía compostura. La gente pasaba con ropa impecable y expresiones enfocadas, hablando bajo, llevando tablets como si fueran extensiones del cuerpo. Nadie miraba de más. Nadie chocaba. Todo parecía ensayado.

Y ella… ella parecía una intrusa bien vestida.

Incluso con el blazer y la postura entrenada, Maddy sintió la diferencia entre pertenecer y estar. Ella estaba. Aún no pertenecía.

Una recepcionista detrás de un mostrador blanco la miró con una sonrisa profesional —perfecta, sin exceso.

— Buenos días. ¿Puedo ayudarla?

Maddy tragó saliva, mostró una sonrisa que esperaba que pareciera natural.

— Buenos días. Maddy Mitchell. Hoy es mi primer día. Me indicaron que viniera a la… reunión de integración.

La recepcionista tecleó con rapidez, los ojos alternando entre la pantalla y Maddy.

— Bienvenida, señorita Mitchell. Un momento.

Presionó un botón en el interfono con delicadeza quirúrgica.

— Tengo a la nueva diseñadora de producto aquí. ¿Puede indicarle el camino?

Minutos después, apareció una asistente —elegante, eficiente, con una credencial que parecía tan natural en ella como su propia piel.

— ¿Maddy? Por aquí, por favor.

Maddy la siguió, el tacón haciendo un sonido discreto en el suelo pulido. Los pasillos eran una secuencia de vidrio y líneas rectas. Salas con paredes transparentes donde la gente discutía frente a pantallas enormes. Puertas que se abrían con tarjetas. Aroma a limpieza y buen café. Tecnología en cada rincón, sin ostentación.

La asistente hablaba mientras caminaba, voz baja y objetiva.

— Vamos a empezar con una breve presentación. Algunos directores estarán presentes. Hoy es un día importante.

Maddy asintió, pero la palabra "importante" se le alojó en el pecho con un peso distinto al esperado. Importante era bueno. Importante también era aterrador.

Se detuvieron frente a una puerta de vidrio esmerilado. La asistente tocó una pequeña pantalla al lado, y la puerta se destrabó con un clic discreto.

— Puede entrar. Ya empezaron.

Maddy entró.

La sala de reuniones era amplia, con una mesa larga y sillas cómodas que parecían costar más que su alquiler. Una pared entera era una pantalla, mostrando el logo de la empresa en un diseño limpio. Había agua, café, bolígrafos alineados. La gente ya estaba sentada, conversando en tono bajo, ropa oscura, relojes caros. El ambiente era formal y controlado, como si hasta la respiración siguiera un protocolo.

Maddy encontró un lugar vacío y se sentó, manteniendo la sonrisa educada. Una que otra mirada vino en su dirección —rápida, evaluativa, y luego se apartaba, como si ella fuera un artículo nuevo en la sala.

Intentó seguir la conversación fragmentada a su alrededor.

— …la adquisición se cerró la semana pasada…

— …el nuevo dueño quiere cambios rápidos…

— …él conducirá la reunión personalmente…

"El nuevo dueño."

"El nuevo CEO."

El estómago de Maddy se le apretó, no por miedo a jefes —ya había lidiado con gente difícil antes— sino por la sensación de que algo grande estaba a punto de suceder. Del tipo de grande que no pide permiso.

Una mujer en la cabecera —directora de RR. HH., dedujo Maddy por el tono y por la carpeta delante— golpeó levemente el bolígrafo en la mesa, llamando la atención con una gentileza firme.

— Gracias por la presencia de todos. Antes de comenzar, me gustaría presentar oficialmente al nuevo CEO.

El aire cambió. No dramáticamente, pero lo suficiente para que Maddy lo sintiera en la piel. Las conversaciones se callaron. Las posturas se ajustaron. Las miradas se volvieron hacia la puerta.

La puerta de vidrio, del lado opuesto, se abrió lentamente.

Y Ryan entró.

Por un segundo, Maddy tuvo la certeza física de que el tiempo se desaceleró —no como metáfora, sino como sensación. Como si su cuerpo hubiera decidido registrar cada detalle antes de que el mundo volviera a girar.

Él estaba diferente.

No era solo la ropa —un traje oscuro impecable, camisa clara, sin esfuerzo aparente y, aun así, perfecto. Era la postura rígida, la manera en que sus hombros parecían cargar una autoridad que no necesitaba ser anunciada. La mirada estaba fría. Controlada. No había rastro del hombre que, horas antes, le había tocado el rostro como si fuera lo más natural del mundo.

Era como si la noche no existiera.

Maddy se quedó paralizada.

Su corazón latió una vez, pesado, y la sangre pareció subir demasiado rápido. Sintió calor en el rostro, pero mantuvo el mentón firme. Nadie en la sala podía ver el terremoto interno. Nadie podía adivinar que su boca ya había conocido la de él.

Ryan caminó hasta el frente con pasos medidos. El sonido del cuero del zapato en el suelo fue el único ruido real por un instante. La gente se levantó levemente en señal de respeto, lo saludó con asentimientos discretos.

Maddy no podía hacer nada más que mirar.

Cuando sus ojos recorrieron la sala, pasaron por rostros con la indiferencia entrenada de quien evalúa y decide rápido. Hasta que encontraron los de ella.

El contacto duró poco. Un segundo, tal vez dos.

Pero en ese segundo, Maddy sintió como si alguien le hubiera puesto una mano firme en la nuca y la hubiera tirado de vuelta al cuarto elegante, a la sábana cara, a la manera en que él había dicho casi nada y, aun así, lo había dicho todo.

Ryan no mostró reacción emocional. Ninguna ceja arqueada. Ninguna señal de reconocimiento visible. Nada.

Simplemente siguió caminando, como si ella fuera una empleada más. Como si su cuerpo no hubiera estado bajo el de él. Como si el nombre "Maddy" no hubiera sido un sonido posible en su boca.

Ella tragó saliva y forzó la respiración a entrar y salir al ritmo correcto.

Ryan se detuvo frente a la mesa, las manos apoyadas con ligereza en el respaldo de una silla, y entonces se sentó con la calma de quien sabe que el mundo espera.

La directora de RR. HH. sonrió, casi aliviada.

— Señoras y señores, este es Ryan Walker.

Un murmullo de saludo recorrió la sala. Maddy oyó "bienvenido" y "un placer" como si vinieran de debajo del agua. El único sonido nítido era su voz cuando por fin habló.

— Buenos días.

Dos palabras. Y, aun así, la sala se alineó en torno a ellas.

El tono era firme y controlado, sin esfuerzo. La voz que ayer había sido baja e íntima ahora era una herramienta afilada. Ryan continuó, hablando de visión, estrategia, próximos pasos —frases bien colocadas, objetivas, que dibujaban una dirección sin abrir espacio para debate emocional.

Conducía la reunión como quien conduce una ciudad.

Maddy mantenía la mirada en el bloc de notas delante, fingiendo escribir, fingiendo absorber, fingiendo ser solo la nueva diseñadora intentando impresionar. El bolígrafo se movía, pero ella apenas veía las palabras.

Ninguna mención a lo que pasó. Ninguna pausa. Ningún desliz.

Él estaba fingiendo que no pasó nada.

El choque llegó primero, como una bofetada: ¿cómo podía?

Después, la irritación, ardiente y orgullosa: él simplemente… ¿borró?

Luego, la confusión, porque una parte de ella quería agradecerle que no hiciera eso público, y otra parte quería sacudirlo hasta que admitiera que había sido real.

Y, por debajo de todo, la atracción —terca, viva, casi ofensiva— recordándole que su cuerpo aún reconocía el de él incluso con traje y distancia.

Ryan siguió hablando, y Maddy intentó aferrarse a cualquier cosa profesional que pudiera salvarla. "Metas." "Integración." "Resultados." Palabras seguras.

En algún momento, giró la cabeza levemente. La mirada cruzó la sala. Y se detuvo en ella otra vez.

No fue una mirada larga. No fue obvia. Fue clínica. Pero había algo allí —un segundo más de lo necesario, un peso que no combinaba con la indiferencia.

Maddy sintió la piel erizarse bajo la tela del blazer.

No reaccionó. No podía. Solo sostuvo el bolígrafo con más fuerza y mantuvo la expresión neutra, como si el mundo no acabara de

reorganizarse en torno a ese hombre.

Cuando volvió a mirar al resto de la sala, Maddy se quedó con la sensación de que había sido marcada y nadie lo había notado.

Parpadeó despacio, intentando expulsar el vértigo. El ruido de la ciudad parecía distante, detrás de vidrios gruesos. Todo allí dentro era control. Y, sin embargo, sentía que había perdido el suyo.

"Él sabía exactamente quién era yo… y aun así no dijo nada."

CAPÍTULO 7

Te Necesito

El aire del pasillo parecía más frío de lo que debería, como si el edificio entero hubiera decidido mantener la compostura por ella.

Maddy salió de la sala de reuniones con la misma postura que había ensayado en el espejo aquella mañana: hombros hacia atrás, barbilla en alto, pasos firmes. Por dentro, todo venía en olas desordenadas — su rostro, su voz, la presencia que se apoderaba del ambiente como si fuera dueño incluso del oxígeno.

Mantuvo la sonrisa profesional que ni siquiera estaba segura de haberse puesto en la cara cuando se cruzó con dos empleados conversando cerca del ascensor. Los dos se detuvieron por un segundo, educados, y ella asintió, como si su mundo no acabara de ponerse patas arriba dentro de una sala con paredes de vidrio.

El suelo reflejaba la luz blanca del techo en líneas tan limpias que daban rabia. Las paredes eran una secuencia de paneles transparentes, metal cepillado y pantallas digitales con gráficos en los que apenas conseguía enfocarse. Pasó por una ventana interior donde un grupo analizaba alguna presentación y oyó palabras sueltas: "proyección", "adquisición", "estructura". Nada llegaba a fijarse. Todo se escurría.

Lo que se fijaba era la mirada.

Su mirada cuando entró. Cuando no mostró nada. Cuando recorrió la sala con la naturalidad de quien ya había elegido el destino de cada persona allí. Cuando se detuvo en ella un segundo de más — no lo suficiente para delatar, pero lo suficiente para insinuar que ella no había imaginado la noche anterior.

El corazón le latió más fuerte, y apretó la correa del bolso con más fuerza también, como si eso pudiera sujetar algo en su sitio.

No entres en pánico. No aquí.

El letrero discreto que indicaba el baño de mujeres apareció al final del pasillo. Maddy aceleró un poco y empujó la puerta con la mano que no temblaba.

El interior era demasiado sofisticado para ser llamado baño sin ironía: mármol claro, encimera larga con lavabos rectangulares, grifos cromados que parecían joyas, espejos enormes iluminados por una luz suave. Hasta el olor estaba controlado — un perfume limpio, caro, que recordaba a hotel.

Se encerró en la primera cabina solo para oír el clic de la cerradura, como si necesitara ese sonido para saber que estaba, por unos segundos, fuera del alcance de ojos curiosos.

Respiró. Una, dos, tres veces. El aire entró corto, como si el pecho no tuviera espacio suficiente para acomodar lo que estaba pasando.

Salió sin usar la cabina y fue directo al lavabo. Apoyó las dos manos en la encimera y miró su propio reflejo. La mujer del espejo parecía competente: cabello castaño oscuro recogido de un modo elegante, maquillaje ligero, blusa que caía bien sobre los hombros, un collar sencillo. Los ojos verdes, sin embargo, lo delataban todo — demasiado abiertos, brillando de un modo inestable.

Maddy abrió el grifo, dejó correr el agua y se pasó un poco por las muñecas. Fría. Real.

El reflejo parpadeó junto con ella, y por un segundo el recuerdo llegó como un golpe: la sombra de una habitación elegante por la mañana, sábanas blancas, una piel caliente contra la suya, la voz baja diciendo cosas que ahora parecían peligrosas solo por haber existido.

La mirada de Ryan en la reunión partió el recuerdo en dos, como si él pudiera atravesar hasta allí y recordarle que aquella noche no era un secreto seguro, era un hilo tensado entre los dos.

Maddy tragó saliva y se inclinó un poco más cerca del espejo, como si pudiera intimidar a su propia expresión para reorganizarse.

— Puedes lidiar con esto — dijo bajo, casi sin sonido, la voz saliendo ronca.

Sostuvo su propia mirada durante unos segundos. Intentó encontrar una versión de sí misma que no estuviera flotando. La versión que había pasado por Lucas y Scarlett y aun así consiguió levantarse de la cama. La versión que creyó que un trabajo nuevo sería un nuevo comienzo.

Nuevo comienzo.

Soltó una risa corta, sin humor, y cerró el grifo. La gota final cayó con una paciencia irritante.

No. No iba a poder lidiar con eso sola. No con Ryan Walker sentado en la cima de la empresa donde ella necesitaba demostrar su valor, y encima con su cuerpo recordando cosas que no deberían tener espacio allí dentro.

Maddy se secó las manos en el papel suave, sacó el móvil del bolso y lo miró como si fuera una cuerda.

Lily.

Salió del baño al pasillo de nuevo, pero se quedó apoyada en la pared, en un punto discreto entre dos salas acristaladas. Había un jarrón alto con una planta minimalista al lado y un panel de metal oscuro que daba la ilusión de privacidad. Lo suficiente para no parecer que estaba escondida. Lo suficiente para respirar.

Su dedo dudó un segundo antes de tocar el nombre de Lily. Cuando la llamada empezó a sonar, el sonido parecía demasiado alto en el silencio controlado de aquella planta.

— ¿Maddy? — Lily contestó rápido, la voz firme, sin azúcar. El tipo de voz que siempre hacía que Maddy se sintiera más anclada, incluso cuando odiaba admitir que necesitaba eso.

Maddy cerró los ojos por un instante. No había una manera ligera de decirlo.

— El CEO… es él.

Del otro lado, un silencio tan corto que aun así pareció una pausa estudiada.

— ¿"Él" quién? — preguntó Lily, y se notaba que ya estaba en modo lógico, intentando encajar las piezas.

Maddy apretó el móvil con fuerza, como si el aparato pudiera escapársele de la mano y caer con toda aquella verdad en el suelo pulido del pasillo.

— El hombre de ayer. — Habló rápido, en una sola bocanada, antes de que la vergüenza y el shock se transformaran en trabas en la garganta. — Ryan. Él es… él es el nuevo CEO.

El silencio volvió, ahora más pesado. Maddy oyó un ruido distante del otro lado — tal vez Lily moviéndose, tal vez poniendo algo sobre la mesa. Como si también necesitara un apoyo físico para sostener la información.

— Eso lo complica todo — dijo Lily, y la frase salió sin dramatización, lo que la hacía peor. Lily nunca exageraba. Si ella lo llamaba complicación, era porque ya estaba calculando el tamaño del desastre.

Maddy abrió los ojos y miró la línea recta del pasillo, la gente pasando al fondo con carpetas y portátiles, como si el mundo fuera predecible y obediente.

— Entró en la sala y… — Se detuvo, porque el "y" la arrastraba de vuelta al recuerdo de su rostro impasible, del control frío, del segundo de más de mirada. — No mostró nada. Nada. Como si yo fuera… como si yo fuera solo una más.

— ¿Y tú? — preguntó Lily, más baja ahora.

Maddy soltó el aire despacio. Lo que sentía era un nudo de cosas incompatibles: humillación, rabia, miedo… y, peor, un calor insistente de atracción que quería arrancarse de dentro del pecho.

— Yo… yo casi no pude respirar. — Apoyó la cabeza levemente en el metal frío del panel detrás de ella. — Lily, te necesito aquí conmigo.

La frase se escapó antes de que pudiera volver aquello elegante. No lo era. Era cruda, era vulnerable, y la dejaba expuesta de un modo que odiaba. Pero era verdad.

Del otro lado, Lily no respondió de inmediato. Cuando respondió, vino con la cautela práctica que era su marca.

— ¿Aquí cómo? Maddy, estoy trabajando. Yo tengo… — hizo una pausa, y Maddy casi vio a Lily pasándose la mano por el pelo, acomodando la idea por partes — tengo compromisos. ¿Quieres que vaya hasta ahí ahora? ¿Quieres que yo… cambie algo?

El pasillo pareció estrecharse, como si las paredes de vidrio quisieran oír también. Maddy se giró un poco, fingiendo trastear con el móvil,

solo para evitar que alguien cruzara la mirada con su cara en ese momento.

— Todavía no sé lo que quiero — admitió, y eso salió con un temblor irritante. — Solo sé que… no quiero enfrentar esto sola.

Un golpeteo de pasos se acercó y pasó. Maddy esperó a que el sonido desapareciera para volver a respirar bien.

Lily suspiró — un suspiro que cargaba decisión, incluso sin promesas.

— Mándame los detalles. Ahora. El nombre de la empresa, la dirección, en qué planta estás. Dime exactamente lo que pasó en la reunión.

Maddy cerró los ojos por un segundo, aliviada de un modo que dolió. Lily no había dicho "voy", pero había dicho "mándame". Y eso, viniendo de ella, ya era un tipo de presencia.

— Vale — respondió Maddy. — Vale, voy a mandar.

— Y, Maddy… — Lily la llamó antes de que colgara.

— ¿Sí?

— Respira. Y no hagas nada impulsivo solo porque él te desestabilizó. — La firmeza era tan típica que casi pareció una mano en el hombro. — Tu trabajo es tuyo. No dejes que nadie te lo robe.

Maddy abrió los ojos y miró el reflejo difuso de sí misma en el vidrio de una de las salas. Una mujer elegante, con un teléfono en la oreja y una expresión un poco demasiado tensa para ser casual.

— Lo voy a intentar — dijo, y odió que sonara como una petición de permiso en lugar de una promesa.

— Intenta más que eso. — Lily suavizó un poco la voz. — Mándame todo. Voy a ver qué puedo hacer, ¿ok?

— Ok.

Maddy colgó antes de que la gratitud se convirtiera en llanto. Guardó el móvil, respiró hondo y enderezó la postura, como si el cuerpo pudiera engañar a la mente.

Diez segundos de silencio. El mundo no explotó. El pasillo siguió con su flujo de gente bien vestida yendo de una sala a otra. Y, aun así, ella sentía como si estuviera atravesando un campo minado invisible.

Volvió a sacar el móvil para mandarle un mensaje a Lily, pero la pantalla se encendió con otra llamada entrante — un nombre que le hizo apretar los labios automáticamente, porque Kevin tenía el don de aparecer exactamente cuando no debía.

Maddy contestó con una prisa tensa, ya preparada para cortar cualquier exageración.

— Hola.

— ¿HOLA? — Kevin sonó lo bastante alto como para que Maddy instintivamente apartara el teléfono de la oreja. — Maddy, acabo de recibir un mensaje de Lily diciendo "CEO" y "él" y yo exijo contexto, porque mi vida se mueve por contexto y cafeína.

Maddy cerró los ojos, apretándose el puente de la nariz con los dedos.

— Kevin, ahora no.

— Ahora es exactamente cuando — respondió, teatral. — Espera. Espera, espera, espera. — Su voz cambió a un tono que Maddy conocía bien: el tono de cuando montaba una teoría como quien monta un espectáculo. — No me digas que…

— Kevin… — advirtió ella, mirando alrededor. Una mujer pasó por su lado y sonrió educadamente; Maddy le devolvió un gesto automático, como si no estuviera a punto de tener un colapso en directo.

— ¿Te acostaste con el CEO sin saberlo?

La frase salió tan directa y tan alta — incluso del otro lado de la línea — que Maddy sintió que se le calentaba la cara como si alguien le hubiera apuntado un foco en medio del pasillo.

— Kevin — repitió, ahora con el nombre cargado de amenaza.

— Dios mío. — Aspiró aire como si estuviera ante una obra de arte. — Amiga, esto no es un problema, esto es una trama premiada.

Maddy soltó un sonido que era medio risa, medio desesperación. Quería mandarlo callar. Quería agradecer que existiera. Quería ambas cosas al mismo tiempo.

— Deja de hablar así — susurró, pero su propia voz temblaba, traicionando lo bien que se sentía oír a alguien convertir aquello en algo que no fuera solo miedo.

— Yo pedí un multimillonario y el universo se lo entregó a la persona equivocada — siguió Kevin, indignado. — Yo estoy aquí, soltero, disponible, emocionalmente listo para que me mantengan, y el destino te elige a ti, que solo querías olvidar a un ex imbécil.

Maddy se mordió el labio para contener una risa más alta. Una risa nerviosa, de esas que aparecen cuando el cuerpo no sabe si corre o si llora.

— Eres imposible.

— Soy necesario — corrigió Kevin, satisfecho. — Soy la válvula de escape. Soy la amiga voz del pueblo. Soy—

— Enfócate — Lily entró en la llamada, su voz cortando a Kevin con precisión quirúrgica. Maddy parpadeó, sorprendida; solo entonces se dio cuenta de que Lily había puesto a Kevin en conferencia o algo parecido. — Ella necesita ayuda, no guion.

— Yo soy ayuda emocional — replicó Kevin, sin perder el ritmo. — ¿Tú crees que eso no va a convertirse en historia? Porque va a hacerlo. Mira, Maddy, escúchame: vas a estar bien. ¿Vale? Eres inteligente. Eres talentosa. Y, si ese Ryan cree que puede jugar contigo, yo personalmente voy a llamar a su puerta con un PowerPoint de amenazas.

Maddy volvió a apoyarse en la pared, los ojos yéndose por un segundo al suelo, y sintió que el pecho se le aliviaba un poco. El nudo no desapareció, pero la sensación de estar sola, sí. Había dos personas al otro lado de la línea, tirando de ella de vuelta al lugar donde ella todavía era ella misma.

— Yo solo… — empezó Maddy y se detuvo, porque la voz falló. Se aclaró la garganta levemente, controlándose. — Yo solo no esperaba esto. Vine aquí pensando que iba a empezar de cero. Y entonces él abre la puerta y…

— Y casi te desmayas de deseo corporativo — completó Kevin, y Maddy oyó a Lily soltar un sonido de reprimenda contenida.

— Kevin — avisó Lily.

— Está bien, está bien. — Cedió, pero la teatralidad era parte de su estructura. — Sin deseo corporativo. Solo… tensión. Tensión corporativa.

Maddy soltó otra risa corta, esta vez un poco más real. El sonido pareció extraño allí, entre vidrio y metal, pero también pareció una prueba de vida.

Lily volvió, firme.

— Maddy, mándame todo por mensaje. E intenta no aislarte ahí dentro. Es tu primer día. Necesitas mantenerte… funcional.

Maddy cerró los ojos y asintió, aunque sabía que Lily no podía ver.

— Lo haré. Lo haré bien.

— Eso — dijo Lily, como si encajara la palabra en el lugar correcto. — Y sobre él… lo manejamos cuando tengas información suficiente para manejarlo. No ahora, en medio del pasillo.

Kevin hizo un sonido dramático, como si estuviera conteniendo un comentario.

— Habla — autorizó Lily, ya cansada.

— Solo quería decir que, si no te reconoció a la mañana siguiente, eso significa dos cosas — dijo Kevin, con una seriedad inesperada por medio segundo. — O tiene un problema de memoria, lo cual es pésimo. O es muy bueno fingiendo. Lo cual es peor.

Maddy tragó saliva. El pensamiento se alineó con algo que ya le estaba arañando por dentro desde la reunión: su control no era ausencia. Era elección.

— Sí — dijo bajito. — Es eso lo que yo…

Se detuvo, porque una puerta de vidrio se abrió a unos metros más adelante y un grupo salió en silencio, todos con credenciales, todos con esa prisa disciplinada. Maddy se enderezó de inmediato, instinto de supervivencia. La conversación en el móvil se convirtió en un secreto escondido detrás de una expresión neutra.

Cuando el grupo pasó, volvió a respirar.

— Voy a mandar los detalles, Lily — dijo Maddy, más firme ahora. — Y… gracias. A los dos.

— Siempre — respondió Kevin al instante, como si la palabra hubiera sido hecha para que él la dijera.

— Envía — añadió Lily, práctica, pero su voz tenía una capa de cuidado que Maddy reconocía.

Maddy colgó y se quedó un segundo mirando la pantalla apagada. El pasillo seguía allí, impecable, indiferente. Ella seguía dentro de la empresa. Seguía siendo el primer día. Seguía teniendo un CEO que no era solo un CEO — era el hombre al que había dejado tocarla cuando creyó que nada tendría consecuencias.

Desbloqueó el móvil y empezó a escribirle a Lily: nombre de la empresa, dirección, planta, lo esencial. Las palabras salían con una precisión que no combinaba con el torbellino detrás de ellas, y eso, de algún modo, ayudaba. Convertía el caos en líneas.

Cuando terminó, guardó el móvil con cuidado, como si estuviera guardando valor también. Enderezó los hombros otra vez, se acomodó el bolso en el hombro, y el reflejo del metal al lado le devolvió una imagen más controlada de lo que se sentía.

Maddy respiró hondo, una vez, como Lily le había ordenado. Y dio el primer paso hacia adelante con la decisión pegada en la garganta, pesada y necesaria: iba a traer a Lily cerca. Iba a construir una base. Iba a enfrentar aquello.

Porque Ryan Walker podía fingir que no había pasado nada.

Pero ella no podía fingir que no necesitaba a alguien al lado para no perderse en lo que estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 8

Reglas No Escritas

El escritorio de Maddy Mitchell estaba cerca del pasillo principal, como si la empresa aún no hubiera decidido si ella merecía un rincón protegido o si debía ser puesta a prueba bajo luz directa. Estaba demasiado limpio, demasiado nuevo, con un monitor ultrafino ya encendido mostrando un plan de bienvenida, un teclado sin marcas y una silla que parecía diseñada para imponer postura. Al lado, un soporte metálico sostenía una credencial recién impresa con su nombre en letras negras, perfectas, impersonales.

Ella deslizó los dedos por el borde de la tarjeta como si necesitara confirmar que aquello existía. El aire allí tenía el olor discreto de café caro y aire acondicionado calibrado. El silencio no era silencio: era una coreografía de ruidos controlados — el clic rápido de teclas, el deslizar de sillas, pasos amortiguados en la alfombra, el sonido bajo de una impresora en algún lugar. La gente pasaba con tablets y carpetas, con auriculares diminutos, con expresiones que no se abrían para extraños.

Maddy ajustó el bolso en el gancho lateral del escritorio y respiró hondo, intentando ignorar el peso invisible en el pecho. Abrió el correo de onboarding que ya había leído dos veces en el metro. Pasó la mirada por las instrucciones como si fuera una forma de anclarse en algo concreto: inicios de sesión, permisos, canales internos, reuniones futuras — todo organizado, todo previsto. Menos lo que realmente importaba.

Levantó los ojos levemente, casi sin querer, y percibió lo que ya sospechaba desde que había pisado allí: la estaban observando.

No de manera obvia, no como en una escuela nueva donde las miradas se vuelven de golpe. Era más sutil. Un par de ojos que se levantaba del monitor y volvía demasiado rápido. Una mujer elegante, con el cabello recogido en un moño impecable, que hizo una pausa al lado de la impresora y midió a Maddy con la neutralidad de quien evalúa una pieza nueva en un tablero. Un hombre con traje gris que pasó dos veces por el mismo pasillo sin motivo aparente, la mirada escapando en el instante en que Maddy intentó encontrarla.

Ella mantuvo la columna erguida y el rostro compuesto, como si fuera imposible que notaran la pulsación acelerada en el cuello. Sus dedos tocaron el mouse, abrieron una carpeta compartida, la cerraron, abrieron otra. Cualquier cosa para parecer ocupada. Cualquier cosa para impedir que la memoria se infiltrara — la noche anterior, la voz de él demasiado cerca, la manera en que el mundo se había reducido a una sola presencia.

Entonces el aire cambió.

No hubo anuncio, no hubo ruido fuerte. Solo un desplazamiento casi físico, como si la atención colectiva del piso hubiera sido atraída por un imán. Los clics disminuyeron, las conversaciones en susurro murieron. Hasta el aire acondicionado pareció más frío por un segundo.

Ryan Walker cruzó el open space con la naturalidad de alguien que no necesitaba demostrar nada.

No caminaba rápido, pero cada paso tenía dirección. El traje oscuro caía con precisión sobre los hombros anchos, y la camisa clara parecía aún más blanca bajo la luz de la oficina. El cabello estaba arreglado de un modo que no sugería vanidad — sugería hábito. El tipo de hombre que no necesitaba alzar la voz para ser escuchado.

Las personas se movían a su alrededor como si ajustaran su propia órbita. Una asistente surgió de la nada con una tablet, lista para acompañar. Un ejecutivo se detuvo a medio camino de un escritorio y retrocedió discretamente, abriendo paso. Un grupo que conversaba cerca de la ventana se calló sin ponerse de acuerdo.

Maddy mantuvo los ojos en la pantalla por instinto, como si mirar directamente fuera una invitación. Solo que alguna parte de ella — terca, curiosa, herida — levantó la mirada en el mismo momento en que Ryan giró el rostro un poco, como si ya supiera exactamente dónde estaba ella.

El contacto fue breve. Un segundo, tal vez dos.

Pero fue suficiente para que el cuerpo de Maddy reaccionara como si hubiera sido tocado.

La mirada de él no llevaba sorpresa. Ni calor. Era lisa, controlada, la misma frialdad medida que él había usado en la reunión. Aun así, detrás de aquella superficie, había algo que le atrapó el aire en los pulmones. Un recuerdo sin forma que latía — manos, boca, el espacio entre los dos desapareciendo.

Ryan no se detuvo. No disminuyó. No cambió el ritmo.

Pasó por el pasillo principal, a pocos metros del escritorio de ella, y Maddy sintió el perfume discreto, amaderado, atravesar la distancia como un hilo invisible. Apretó el mouse con demasiada fuerza, el cursor temblando casi imperceptible en la pantalla.

Cuando él ya estaba casi más allá, la voz de él cortó el ambiente — baja, firme, suficiente para no necesitar competir con nada.

— Maddy Mitchell.

El sonido de su propio nombre en la voz de él tuvo un impacto indecente.

Ella se levantó de inmediato, porque era lo que se hacía allí. Porque era lo que se esperaba. El corazón intentó latir en el cuello. Trago saliva y rodeó la silla.

Ryan se detuvo por fin y giró el cuerpo hacia ella. De cerca, la diferencia entre el hombre de la noche anterior y el CEO era aún más cruel. La misma estructura, el mismo rostro, la misma boca — pero ahora había un muro levantado en cada línea del cuerpo.

— En mi despacho. Ahora.

No fue una petición. No fue una amenaza. Fue una regla no escrita en forma de frase.

Maddy asintió, porque cualquier cosa más allá de eso podría parecer debilidad o insolencia. Tomó un bloc y un bolígrafo, una máscara útil, y lo siguió.

En el camino, sintió las miradas pegarse a ella como polvo fino. La curiosidad de todo el piso se inclinaba. ¿Por qué la llamaba? ¿Qué tenía de especial la recién llegada? La pregunta vibraba en cada cabeza girada, aunque nadie se atreviera a verbalizarla.

Ryan no miró hacia atrás ni una sola vez. Simplemente supo que ella venía.

La puerta de su despacho era de vidrio, alta, con una película sutil que daba privacidad sin ocultar del todo. La asistente — la misma que lo acompañaba con la tablet — se apartó cuando Ryan se acercó, como si hubiera sido entrenada para evaporarse cuando él entraba en modo privado. Ryan pasó una credencial por un lector invisible y la puerta se abrió con un clic suave.

Él entró primero. Maddy cruzó a continuación, y el sonido de la puerta cerrándose detrás de ellos fue leve — y aun así definitivo.

El despacho era amplio, minimalista, calculado. Un escritorio grande de superficie oscura, casi sin objetos; una lámpara fina, un portátil cerrado, un soporte con algunas carpetas alineadas con precisión. Un sofá de cuero claro en un rincón, dos sillones enfrente, una pequeña mesa lateral con una jarra de agua y vasos impecables.

Pero la vista era lo que dominaba todo: Manhattan abierta en ventanas de suelo a techo, el recorte de los edificios contra un cielo de mañana clara, la ciudad vibrando allá abajo como si fuera un organismo entero.

Maddy se quedó de pie a unos pasos del escritorio, manteniendo distancia como un escudo. Se colocó el bloc contra el cuerpo, los dedos apretando la espiral con fuerza.

Ryan caminó hasta el lateral del escritorio, no se sentó. Se quedó frente a ella con las manos relajadas a los lados del cuerpo. Un hombre que no necesitaba ocupar la silla para ocupar el espacio.

— Lo que pasó ayer — empezó él, sin rodeos, sin dudar — no interfiere aquí.

La frase cayó en medio del despacho como un objeto pesado. Directa. Limpia. Como si estuviera firmando una cláusula.

Maddy sintió que el rostro quería calentarse, pero se negó a permitirlo. Levantó el mentón un milímetro, lo suficiente para no parecer disminuida.

— Nunca interfirió — devolvió ella, la voz firme a pesar del estómago apretado. — Ni por un segundo.

Los ojos de él se entrecerraron casi imperceptiblemente, como si estuviera evaluando la estabilidad de esa respuesta. No había sonrisa. No había suavidad. Solo aquella concentración fría, como si Maddy fuera un proyecto bajo análisis.

El silencio que vino después tenía textura.

No era la pausa cómoda de una conversación que termina. Era una pausa tensa, un espacio donde cosas no dichas se apilaban. La noche anterior existía allí, aunque ninguno de los dos la nombrara. La forma en que él pronunció "ayer" trajo de vuelta, con crueldad, el sabor de una elección que debería haber sido anónima y había ganado un apellido corporativo.

Ryan respiró con calma, como si el silencio fuera parte del método.

— Te contrataron por tu trabajo.

Lo dijo como si se lo estuviera recordando a ella — y a sí mismo — lo que era aceptable en ese territorio. Como si el contrato fuera una línea dibujada en el suelo.

Maddy sintió una ola de indignación subir sin pedir permiso. Porque había algo en esa frase que parecía una advertencia, pero también un control. Una manera de decir: yo decido lo que esto significa. Yo determino el límite.

Ella no parpadeó.

— Entonces trátalo así.

Las palabras salieron sin temblor. Cortas. Precisas. Un corte limpio.

Por un instante, el aire pareció disminuir. Ryan miró a Maddy como si estuviera oyendo no solo la respuesta, sino todo lo que ella escondía detrás de ella: el orgullo herido, la rabia de ser invisible en la reunión, la incomodidad de ser recordada solo cuando convenía, la parte de ella que aún sentía — y odiaba sentir.

La mirada de él bajó por un segundo — no de un modo obvio, no como un hombre que se permite. Como alguien que registra. Como un CEO que lee informes. Pero el efecto en el cuerpo de ella fue el

mismo que el de un toque: una corriente rápida, traicionera, pasando por la piel.

Ryan volvió a fijar los ojos en el rostro de ella.

— Perfecto.

Una palabra. Sin elogio, sin concesión. Inclinó la cabeza levemente, casi imperceptible, como si diera por cerrado un asunto que él tenía total autoridad para iniciar y terminar.

Maddy no se movió de inmediato. No porque esperara más, sino porque quería asegurarse de que no la empujarían fuera de aquel despacho como si fuera una empleada cualquiera sin derecho a aire. Odiaba la sensación de estar reaccionando al ritmo de él.

— ¿Era solo eso? — preguntó antes de poder pensarlo dos veces.

Ryan sostuvo la mirada, y algo duro, antiguo, pareció afirmarse detrás de los ojos de él.

— Sí.

Simple. Y, aun así, cargado de un mensaje que no necesitaba ser dicho: tú no controlas este espacio.

Maddy asintió una vez. Guardó el bloc contra el pecho como una armadura ridícula y se giró hacia la puerta. Cada paso hasta el vidrio fue calculado, como si el suelo estuviera hecho de cuchillas. Puso la mano en el picaporte y, por un segundo, su reflejo en el vidrio mostró algo que ella no quería ver: la rigidez en los hombros, el brillo tenso en los ojos, la línea de la boca demasiado apretada.

Abrió la puerta.

Antes de cruzar, sintió la mirada de él en la espalda. No como un gesto casual, sino como un peso. Como si estuviera midiendo la

distancia entre lo que había pasado y lo que él acababa de decretar. Como si estuviera confirmando que ella obedecería.

Maddy no se giró. No le daría a él ese último segundo.

Del lado de fuera, el pasillo pareció más claro y más frío. Caminó de vuelta por el open space con la misma postura con la que había entrado, la cabeza erguida, el paso firme. Pero por dentro, la sangre parecía correr demasiado rápido. Su cuerpo estaba lleno de reacciones que no tenían lugar en aquel edificio: recuerdos, rabia, un eco de deseo que ella quería negar hasta el final de la jornada — y el resto de la vida, si pudiera.

Cuando se acercó a su propio escritorio, vio que la gente volvió a los monitores con prisa. Las miradas desaparecieron como si nunca hubieran existido. Nadie preguntaría nada. Nadie admitiría que había mirado. Allí, las reglas no escritas eran más fuertes que cualquier chisme.

Maddy se sentó, encajando la silla con un clic suave. Los dedos quedaron suspendidos sobre el teclado por un instante, sin saber exactamente qué hacer primero. Abrió cualquier carpeta, solo para llenar la pantalla con algo que pareciera trabajo.

El móvil vibró en silencio dentro del bolso. Lo sacó despacio y vio el nombre de Kevin en la pantalla, como un respiro de otro mundo.

MENSAJE DE KEVIN: “¿Ya te peleaste con el CEO?”

Maddy miró las palabras por medio segundo. La garganta se le cerró con unas ganas absurdas de reír — o de gritar. Tal vez las dos cosas.

Escribió con cuidado, los ojos yendo y viniendo hacia el pasillo como si alguien pudiera leer por encima del hombro.

“Todavía no.”

La respuesta de Kevin llegó casi de inmediato, como si él estuviera esperando con el móvil en la mano y una sonrisa lista.

KEVIN: “Perdiste tiempo.”

Maddy soltó una exhalación corta por la nariz, una casi-risa que no llegó a formarse. Bloqueó la pantalla y dejó el móvil a un lado, volviendo a mirar el monitor.

En la superficie, ella era solo una empleada más frente a una pantalla. Por dentro, algo se había activado — un tipo de juego que ella no recordaba haber aceptado jugar.

Y lo peor era darse cuenta, con una lucidez amarga, de que Ryan Walker también lo sabía.

CAPÍTULO 9

Primer Impacto

La recepción de Walker & Co. tenía el tipo de silencio que parecía caro. No era ausencia de sonido —había pasos suaves sobre el suelo pulido, el susurro de un aire acondicionado invisible, el clic distante de teclas—, pero todo ocurría como si alguien hubiera ajustado el volumen del mundo a "profesional".

Maddy apretó la correa del bolso contra el hombro, como si ese gesto pudiera anclarla. Afuera, Manhattan rugía. Ahí dentro, la ciudad se volvía escenario.

Miró hacia la puerta giratoria en el exacto momento en que Lily atravesó el vidrio.

Lily Turner no entró; ocupó el espacio con una naturalidad que hacía que el ambiente pareciera menos intimidante. Llevaba un blazer en tono neutro, corte impecable, el cabello recogido con precisión —nada rígido, solo intencional. El tacón no hacía ruido, como si hasta el sonido hubiera sido entrenado. Sus ojos barrieron la recepción, atentos, calculando distancia, rutas, rostros, antes de fijarse en Maddy.

Hubo un segundo en que Maddy solo respiró. Un alivio inesperado, casi físico, desatando algo en el pecho.

— Llegaste —dijo Maddy, cuando Lily ya estaba lo bastante cerca como para que la voz no tuviera que competir con la grandiosidad del lugar.

Lily inclinó la cabeza, evaluando a Maddy como si estuviera comprobando signos vitales.

— Dije que vendría.

Era la manera de Lily de ofrecer consuelo: estabilidad. Ningún drama, ninguna conmoción. Solo presencia.

Maddy soltó un aire corto, medio risa, medio temblor.

— Lo sé. Solo… gracias.

Lily se acercó un paso más. Su perfume era discreto, limpio, como ropa recién planchada.

— ¿Dormiste? —preguntó, lo bastante bajo como para no convertirse en parte del décor corporativo.

Maddy vaciló. Las imágenes del cuarto elegante, la luz suave, el vacío a su lado… todo pinchó la memoria con una insistencia inconveniente.

— Lo suficiente —respondió, eligiendo la mentira más funcional.

Los ojos de Lily se entrecerraron un poco, como si marcaran esa respuesta para una auditoría futura. Entonces solo asintió.

— Bien. Muéstrame dónde te quedas.

La recepcionista observó a las dos con una sonrisa ensayada, y Maddy percibió, por la forma en que Lily devolvió la sonrisa —pulida, sin ceder un milímetro—, que su amiga sabía hablar con el mundo sin empequeñecerse ante él. Eso ayudaba. Ayudaba más de lo que Maddy admitiría.

Pasaron por los torniquetes con credenciales y permisos que Maddy aún se esforzaba por no tratar como un privilegio temporal. Los pasillos eran largos, de vidrio y metal, con pantallas mostrando gráficos en movimiento, prototipos girando en 3D, números que parecían respirar. Gente bien vestida circulaba con vasos térmicos y expresiones concentradas, como si hubieran nacido en ese ritmo.

Maddy volvió a sentirse como alguien que había entrado por error en una sala de reuniones de adultos.

Lily, a su lado, parecía haber sido invitada.

— Guau —murmuró Lily, sin la exageración que Kevin pondría en la palabra. Su "guau" sonó como análisis. — Realmente les gusta el vidrio.

Maddy tomó aire, aliviada por la normalidad del comentario.

— Te juro que hay lugares aquí donde puedes ver tu alma reflejada.

Lily la miró de reojo.

— No vas a dejar que nadie vea la tuya.

Maddy tragó saliva. Eso también era apoyo. Un recordatorio firme de lo que Lily veía en ella cuando Maddy empezaba a olvidarlo.

Llegaron al open space del piso de diseño y producto. El ambiente era amplio, claro, con mesas organizadas en islas, monitores grandes, muestras de materiales en estanterías, tableros de inspiración en paneles magnéticos. Había una energía de creación contenida bajo reglas. Era bonito. Intimidaba, pero también llamaba.

Cuando Maddy apareció con Lily, algunas miradas se alzaron. Curiosidad rápida. Evaluación.

Kevin Brooks, que se había asignado a sí mismo la función de "celebridad local" desde que Maddy había llegado, se levantó de una mesa cercana como si estuviera en una pasarela invisible.

— ¡Ella vino! —anunció, con una alegría contenida que aun así logró romper un poco el hielo alrededor.

Maddy le señaló con la mirada: no.

Kevin lo ignoró como siempre.

— Lily Turner, por fin en carne y hueso —dijo él, extendiendo los brazos en un gesto dramático, pero sin invadir. — Yo soy Kevin. La leyenda. El mito. El único que mantiene intacta la cordura de Maddy por mensajes.

Lily le estrechó la mano con firmeza, expresión neutra.

— Entonces tú eres el motivo de la mitad de sus notificaciones — respondió.

Kevin se llevó la mano al pecho, ofendido y orgulloso al mismo tiempo.

— ¿La mitad? Yo esperaba más.

Maddy sonrió antes de poder impedirlo. Era pequeño, pero era real.

— Lily —dijo ella, tirando levemente de su amiga en dirección a las mesas—, este es nuestro rincón. Yo todavía estoy… encajando.

Lily observó las mesas, la gente, las pantallas, como si estuviera trazando un mapa mental en segundos.

— ¿Quién es tu líder directa? —preguntó, ya con el tono de quien quiere entender la estructura antes de pisar.

— La gerente de producto es Dana —Maddy señaló discretamente a una mujer de pelo corto conversando con alguien cerca de una pantalla—. Y el equipo de diseño está aquí. Yo… todavía estoy conociendo a todo el mundo.

Lily asintió, absorbiendo.

— Bien. El primer día es supervivencia. Después dominas.

— Lily… —empezó Maddy, y la voz le salió demasiado baja, cargando lo que no quería nombrar allí—. Necesitaba que vinieras de verdad. No solo por… logística. Yo…

Lily giró el cuerpo hacia ella, bloqueando el resto del mundo con su propia presencia. Sus ojos, de cerca, eran aún más firmes. Sin juicio. Solo verdad.

— Lo sé —dijo—. Y estoy aquí. No vas a pasar por esto sola.

Maddy sintió que se le apretaba la garganta e intentó disimular con una respiración profunda.

— Siempre hablas como si tuvieras un manual.

Lily alzó una ceja.

— Lo tengo. Se llama "no entrar en pánico en público". Funciona la mayoría de las veces.

Se le escapó a Maddy una risa corta —el tipo de risa que era más agotamiento que humor, pero aun así aliviaba.

— Vale. Bien.

El movimiento en el pasillo principal llamó la atención de todo el piso. No fue una orden explícita; fue una reacción casi automática, como si el aire cambiara de densidad.

Maddy sintió antes de ver. Ese tipo de presencia que no necesitaba anunciar nada.

Ryan Walker atravesaba el espacio con pasos medidos. No miraba alrededor como alguien que busca aprobación; miraba como quien mide propiedad. Traje oscuro, caída perfecta, nada de ostentación estridente— solo control. La gente se alineaba en el camino sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Maddy mantuvo la mirada fija en algún punto cualquiera de la mesa, como si la superficie de madera de repente se hubiera vuelto fascinante. Su corazón, sin embargo, no recibió el memo de "profesional". Latió como la noche anterior, traicionero.

Sintió, más de lo que vio, cuando Ryan disminuyó el ritmo.

El silencio no ocurrió de verdad —pero la percepción de Maddy lo embudó todo hasta convertirse en una línea: ella, Lily y la posibilidad de que Ryan mirara.

Cuando por fin alzó los ojos, lo encontró observando.

No a ella.

A Lily.

Ryan se quedó a una distancia que preservaba la etiqueta corporativa, pero su mirada no era casual. Era afilada, estratégica, como si Lily fuera una variable nueva en una ecuación que él ya había resuelto.

Maddy sintió un escalofrío de irritación y, al mismo tiempo, un extraño alivio. Al menos por un segundo, el foco no era ella.

Ryan hizo un gesto discreto con la cabeza, no exactamente un saludo— más bien un reconocimiento de presencia. Lily sostuvo la

mirada con calma, sin apresurarse a sonreír. El tipo de equilibrio que no pedía permiso.

Entonces Ryan siguió adelante, y la tensión que él cargaba en el ambiente continuó incluso después de que pasó, como un perfume caro que no se va del aire.

Kevin se inclinó hacia Maddy, susurrando como si estuviera narrando un documental.

— La miró como si estuviera calculando cuánto cuesta —susurró, ojos brillando de curiosidad—. Eso fue… interesante.

Maddy le lanzó una mirada de advertencia.

— Kevin.

— ¡No dije nada! —se defendió, levantando las manos—. Yo solo… observo. Como un científico.

Lily no pareció afectada por el breve enfrentamiento silencioso con el CEO. Simplemente se volvió de nuevo hacia Maddy, como si aquello hubiera sido solo un hecho más del ambiente, tipo iluminación o temperatura.

— ¿Vas a presentarme formalmente a alguien? —preguntó Lily—. ¿O solo voy a existir aquí hasta que alguien me confunda con consultoría?

Maddy parpadeó, volviendo al mundo.

— Sí. Perdón. Ven. Voy a presentarte al equipo.

Caminaron entre las mesas. Maddy presentó a Lily a dos personas de diseño, a un analista de producto que parecía recién salido de la universidad y a Dana, que le estrechó la mano a Lily con entusiasmo

profesional. Lily respondió con la misma eficiencia: cordialidad sin abrir espacio para intimidad.

Maddy vio a su amiga moverse en ese escenario como si perteneciera allí, y algo dentro de ella se relajó. Lily no era solo refuerzo emocional; era estructura. Si Maddy fuera un cable flojo, Lily era el conector.

— ¿Van a trabajar juntas? —preguntó Dana, interesada.

Maddy abrió la boca, pero Lily respondió primero, sin atropellar— solo ocupando el espacio con claridad.

— Vine a ayudar a Maddy a adaptarse a la rutina y entender los proyectos —dijo—. Si necesitan apoyo en organización de procesos, también puedo contribuir. Pero no voy a entorpecer el flujo.

Dana sonrió, obviamente satisfecha.

— Toda ayuda es bienvenida. Sobre todo con… cambios ocurriendo.

Maddy oyó el subtexto. Cambios era una manera elegante de decir "nuevo dueño". De decir Ryan Walker sin decir Ryan Walker.

Cuando terminaron la vuelta, regresaron a la isla de mesas donde se quedaba Maddy. Kevin ya había retomado su silla, pero mantenía la mirada curiosa de reojo.

Fue entonces cuando un hombre apareció en el pasillo lateral, como si hubiera sido diseñado con el mismo cuidado que el edificio: elegante, sin esfuerzo aparente.

Brian Grant.

Maddy lo reconoció de reojo— lo había visto en la reunión, escuchando más de lo que hablaba, con esa postura ligera de quien

sabe exactamente cuándo es necesario apretar la mano y cuándo es mejor sonreír.

De cerca, Brian parecía aún más cómodo. Tenía una sonrisa fácil, de esas que sugieren que el mundo es menos complicado de lo que realmente es. Camisa bien cortada, mangas dobladas en la medida justa, reloj discreto, cabello arreglado de un modo que no gritaba "arreglado". Miró en dirección a Maddy como si fuera a saludarla y, a mitad de camino, sus ojos se posaron en Lily.

Y se quedaron.

No fue una mirada invasiva. Fue… interesada. Como si hubiera encontrado algo que no esperaba ver allí.

Brian se acercó con pasos tranquilos, y Maddy sintió que Kevin contenía el aliento a su lado, como quien detecta entretenimiento en vivo.

— Maddy —dijo Brian, con un gesto educado con la cabeza. Su voz tenía un tono fácil, sin prisa—. Bienvenida oficialmente al caos organizado.

Maddy respondió con una sonrisa cuidadosa.

— Gracias. Todavía estoy intentando entender dónde está la línea entre caos y organizado.

Brian soltó una risa baja, y entonces desplazó el foco hacia Lily con naturalidad, como si hubiera sido invitado.

— Y tú debes ser…?

Maddy iba a presentar, pero Lily dio un paso al frente antes, ofreciendo la mano con firmeza. El gesto fue simple. El mensaje, no: sé presentarme.

— Lily Turner.

Brian le estrechó la mano y mantuvo el contacto un segundo más de lo estrictamente necesario para ser solo formal. Su sonrisa se amplió, pero la mirada quedó curiosa, atenta.

— Ya he oído hablar de ti.

Lily no cambió la expresión. Solo inclinó la cabeza, un microgesto de desafío educado.

— Espero que bien.

Brian pareció gustar de la forma en que ella no ofreció una sonrisa fácil. Como si eso fuera una invitación para que él intentara ganarse una.

— Depende de lo que consideres bien —respondió, y la provocación vino con tanta ligereza que casi pasaba por encanto inocente.

Lily soltó el aire por la nariz, una casi risa que no llegó a existir.

— Yo considero bien cuando las personas hacen el trabajo y no entorpecen el de los demás —dijo, con un tono calmado, directo—. Así que… ya veremos.

Brian alzó las cejas, claramente impresionado de que ella no se hubiera desviado ni un milímetro.

— Justo —dijo, y había algo en la forma en que lo dijo que sonaba menos a concordancia y más a interés real—. Entonces Maddy está en buenas manos.

— Ella siempre lo ha estado —respondió Lily, y esta vez miró a Maddy, no a Brian. El comentario fue simple, pero le cayó a Maddy como una manta en un día frío.

Kevin se inclinó de nuevo, más cerca de Maddy, prácticamente vibrando.

— Hay una energía rara pasando ahí —susurró, ojos alternando entre Lily y Brian como si estuviera viendo un partido.

Maddy cerró los ojos por un segundo, pidiéndole paciencia al universo.

— No empieces —murmuró, sin quitarse la sonrisa profesional del rostro.

Kevin se llevó la mano al pecho, teatral.

— ¿Yo? Yo solo observo talentos.

Del otro lado, Brian aún miraba a Lily con esa atención que no se apagaba. Lily, por su parte, ya había girado ligeramente el cuerpo hacia la mesa de Maddy, como si el asunto estuviera terminado. Tomó una silla vacía y la acercó, sin pedir permiso, pero también sin exigir. Solo instalándose en el lugar de quien vino para quedarse por ahora.

— Muéstrame en qué estás trabajando —le dijo Lily a Maddy, como si Brian no fuera más que parte del mobiliario.

Maddy abrió la pantalla en el monitor, los dedos aún un poco tensos en el ratón.

— Es una propuesta inicial de interfaz para el nuevo producto. Estoy alineando con el equipo de producto, pero… —se interrumpió, recordando dónde estaba, quién circulaba allí, cuánto podía ser evaluada cualquier palabra.

Lily percibió el retroceso y se inclinó para ver la pantalla, enfocándose en el trabajo, dándole a Maddy lo que necesitaba: un punto de apoyo concreto.

— Bien —dijo Lily, analizando—. Primero, respira. Segundo, esto aquí tiene sentido. La jerarquía está limpia. Solo necesitas defenderlo con datos si alguien cuestiona.

Maddy asintió, sintiendo que el pecho le bajaba un poco.

Mientras tanto, Brian permaneció al lado unos segundos más, como si buscara una razón legítima para no irse. Miró la pantalla, pero era en Lily donde su interés volvía, insistente. Cuando por fin dio un paso atrás, la sonrisa aún estaba allí.

— Buen trabajo, Maddy —dijo, pero sus ojos volvieron a Lily al final de la frase—. Y… un placer conocerte, Lily Turner.

Lily alzó los ojos hacia él, y por un instante hubo una pausa tan precisa que parecía ensayada. Un silencio pequeño, denso.

— Igualmente —respondió, sin impresionarse, y volvió la atención a la pantalla como si Brian fuera solo una interrupción más del ambiente.

Brian no se ofendió. Al contrario: la comisura de su boca se elevó, como si eso fuera exactamente el tipo de desafío que no sabía que quería. Se alejó, pero no sin mirar una vez más por encima del hombro.

Maddy lo vio.

Kevin lo vio.

Y, por la forma en que Lily ajustó la silla y siguió analizando el trabajo como si nada hubiera pasado, Lily eligió fingir que no lo vio.

Brian siguió por el pasillo, pero su mirada volvió una última vez —rápida, casi inconsciente— y se posó en Lily con una curiosidad que ya no era broma.

Como si acabara de encontrar un problema demasiado interesante para ignorarlo.

CAPÍTULO 10

Esto No Va A Salir Bien

El ascensor subió con un silencio pulido, de esos que parecían parte del diseño. Maddy mantuvo los ojos en el panel luminoso, viendo los números aumentar como si cada piso fuera un recordatorio: ella estaba aquí de verdad. A su lado, Lily apoyaba el hombro en la pared espejada, brazos cruzados, postura demasiado firme para quien había entrado en aquel edificio como "apoyo emocional".

El olor del almuerzo aún se pegaba levemente a la ropa —algo cítrico, sal y pimienta— mezclado con el perfume impersonal del aire acondicionado. Maddy sujetaba la correa del bolso con fuerza suficiente para sentir la costura marcada en la palma. En la mente, el proyecto del smartwatch se repetía en capas: las pantallas, las curvas del cuerpo, el encaje del sensor, el flujo de notificaciones. Todo parecía listo y al mismo tiempo frágil, como si bastara que alguien mirara durante demasiado tiempo para encontrar un fallo.

Cuando el ascensor se abrió en el piso de producto, el pasillo se extendió en líneas rectas y vidrio. La luz era clara, casi blanca, reflejándose en superficies sin manchas. La gente pasaba con tablets, auriculares discretos, conversaciones bajas. Nadie corría. Nadie parecía perdido. Era como si todos hubieran nacido sabiendo exactamente qué hacer allí.

Maddy caminó al lado de Lily intentando copiar aquel ritmo: firme, eficiente, sin vacilación. Aun así, sentía que su propio cuerpo

delataba el nerviosismo en el microtemblor de los dedos, en la respiración corta, en la conciencia incómoda de que Ryan Walker ocupaba ese mismo piso como un centro de gravedad. No lo veía, pero el recuerdo de él no necesitaba presencia física.

El área de café quedaba en una especie de recoveco del pasillo, una "isla" planificada para pausas rápidas y networking disfrazado. Un mostrador minimalista de piedra clara cortaba el espacio, con una máquina moderna empotrada —brillante, con un panel digital que parecía más una pantalla de celular que un equipo de cocina. Vasos alineados en filas perfectas, azúcar en frascos transparentes, removedores de madera sin una astilla fuera de lugar.

Pero lo que realmente atrapaba la mirada era la pared de vidrio, abierta a Manhattan como un cuadro vivo. Los edificios recortaban el cielo en ángulos, y el tráfico allá abajo era solo un movimiento silencioso. La ciudad parecía distante, controlada —una miniatura que cabía en esa vista.

Maddy fue directo a la máquina. Necesitaba algo para ocupar las manos, para darle a ese instante un propósito simple. Tocó el panel, eligió un café que ni leyó bien, y se quedó observando la boquilla metálica, esperando que el flujo oscuro cayera como un hilo constante.

Lily se acercó a la ventana, las manos aún cruzadas, y por un momento su reflejo se mezcló con la ciudad.

— Está… —dijo Lily, con un tono que intentaba parecer indiferente y fallaba por un detalle mínimo. — Voy a admitirlo. La empresa es aún más bonita vista desde aquí arriba.

Maddy soltó un aire que no llegaba a ser una risa.

— Bonita y aterradora —murmuró, tomando el vaso cuando la máquina pitó.

El calor atravesó el papel y se extendió por la punta de los dedos como una advertencia. Soplo por instinto, incluso sin beber, e intentó encajar los pensamientos de vuelta en su lugar. Su proyecto estaba casi listo. Casi. Era solo un refinamiento de transiciones, un ajuste en la jerarquía visual, una revisión del material del cuerpo para parecer premium sin parecer… exagerado. Solo eso. Cosas pequeñas. Cosas controlables.

— Maddy —llamó Lily, sin apartar los ojos de la vista, pero con la atención claramente en ella. — Tienes esa cara.

— ¿Qué cara?

— La cara de "si me muevo un centímetro, todo se derrumba".

Maddy apretó el vaso con más fuerza, como si pudiera arrugar el papel y con él su propio pánico.

— Solo estoy… intentando no pensar demasiado.

— Entonces deja de pensar en el CEO y piensa en el reloj —dijo Lily, por fin girándose, la mirada directa y práctica. — Tú puedes.

Maddy abrió la boca para responder, pero una puerta al fondo se abrió con un movimiento silencioso, como si el edificio entero estuviera coordinado para no interrumpir a nadie. Vio primero el reflejo en la superficie brillante de la máquina: un hombre alto, traje impecable, postura demasiado relajada para quien cargaba decisiones caras sobre los hombros.

Brian Grant salió de la sala de Ryan con pasos tranquilos, ese tipo de tranquilidad que no era pereza —era dominio. Se ajustó el reloj en la muñeca con un gesto natural, como si el tiempo fuera algo que le obedecía. El rostro tenía una sonrisa fácil, pero los ojos evaluaban todo con rapidez.

Se dio cuenta de las dos casi al mismo tiempo.

Maddy sintió el estómago contraerse incluso antes de que Brian cambiara la dirección del cuerpo. El recuerdo de él en el momento anterior —la forma en que había surgido en medio del ambiente, ligero y confiado— volvió con un peso nuevo. Brian no parecía solo alguien simpático del equipo. Parecía alguien que podía abrir puertas… o empujarte dentro de ellas.

Brian se acercó con un ritmo medido, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

— Maddy —dijo él, y su nombre sonó con una naturalidad demasiado íntima para un primer día. — Pasé por tu mesa más temprano.

El vaso de café crujió discretamente en su mano. Maddy tuvo que recordarse mantener el rostro neutro, sostener la expresión que quería escaparse en forma de "¿por qué?". No sabía quién había pasado por su mesa. No sabía quién había visto qué. Y, sobre todo, no sabía lo que Ryan sabía.

— Ah —respondió, intentando una sonrisa educada, el tipo de sonrisa que usas cuando no quieres incentivar conversación. — Claro.

Brian inclinó la cabeza, como si aquel "claro" confirmara algo.

— Vi el proyecto del smartwatch.

El pecho de Maddy se apretó. Sintió la sangre subirle al rostro con una rapidez absurda, y tuvo que dar un paso mínimo hacia atrás, más para afirmarse que por distancia.

— Aún está en desarrollo —dijo, la voz más estable de lo que se sentía por dentro. — Yo… aún estoy refinando algunas cosas.

Lily se puso ligeramente más erguida a su lado, sin decir nada, pero con el cuerpo entero comunicando "estoy aquí".

Brian no pareció molesto con la respuesta. Al contrario. Su sonrisa se convirtió en una línea discreta, como si estuviera a punto de decir algo que a ella no le gustaría oír.

— Se lo comenté a Ryan.

El café, que estaba demasiado caliente, eligió ese momento para convertirse en una trampa. Maddy llevó el vaso a la boca por reflejo, y la frase la golpeó como un empujón en el pecho. Se atragantó, tosiendo fuerte, girando el rostro hacia un lado con una prisa torpe. El sonido resonó en el espacio limpio y silencioso, demasiado alto para el estándar de ese piso.

Lily extendió la mano de inmediato, sujetando el antebrazo de Maddy por un segundo.

— Respira —murmuró.

Maddy recuperó el aire, parpadeando rápido, odiando la sensación de estar siendo observada. Cuando consiguió hablar, la voz salió baja, incrédula.

— No hiciste eso.

Brian no pareció divertirse con la reacción; solo mantuvo la calma, como si acabara de informar el pronóstico del tiempo.

— Lo hice.

Maddy sintió el corazón latirle en el oído. Por un instante, la vista de Manhattan quedó desenfocada, y el mundo entero se resumió a esa certeza: Ryan ahora tenía el proyecto en la cabeza. Ryan ahora sabía que ella tenía algo entre manos. Ryan tenía un motivo más para mirarla —y Maddy no necesitaba ninguno más.

— Brian —dijo, controlando la urgencia, pero sin conseguir ocultar el temblor sutil. — Hoy todavía es mi primer día. El proyecto ni siquiera

está listo.

Brian la miró con una seriedad que no tenía arrogancia, pero sí peso. Era como si estuviera eligiendo palabras que no admitían retroceso.

— La empresa te contrató porque eres la mejor —dijo. — No porque necesitara más tiempo para parecer lista.

La frase entró donde dolía: en ese lugar inseguro que Maddy intentaba cubrir con trabajo impecable. Se quedó sin respuesta por un segundo, no porque estuviera de acuerdo, sino porque la lógica era cruelmente simple. La mejor no pide tiempo. La mejor entrega.

Brian continuó, implacable en la gentileza.

— Al final del día, presentas al equipo.

— ¿Al final del día? —repitió Maddy, como si las palabras pudieran reorganizarse y formar algo más sensato. — Yo… yo no—

Intentó argumentar, tirar de algún protocolo, inventar una etapa de validación. El cerebro corrió tras justificaciones con la misma velocidad con la que el cuerpo quería huir. Pero Brian levantó la mano en un gesto pequeño, no de silencio, sino de límite.

— Tienes potencial, Maddy. Y este proyecto también —dijo, con la voz lo bastante baja para no atraer atención, pero lo bastante firme para borrar la posibilidad de "no". — Solo necesitas tratarlo como si ya fuera tuyo.

Maddy apretó los labios. El vaso de café temblaba casi imperceptible. Sintió la presencia de Lily como un punto fijo al lado, un ancla.

Entonces Brian giró el rostro hacia Lily, como si solo ahora recordara que existía —lo cual era mentira. Había notado a Lily desde el

instante en que entró en el área de café. Su mirada era demasiado atenta para eso.

— Y quiero a tu amiga en la sala también.

Lily arqueó una ceja, sin moverse ni un centímetro hacia atrás.

— Yo no trabajo aquí —respondió, seca. — Solo la estoy ayudando con el proyecto.

Brian sostuvo su mirada un segundo más de lo que sería "normal". Había una leve sonrisa en la comisura de la boca, algo que no era exactamente coqueteo, pero tampoco era solo cordialidad. Era desafío.

— Ahora trabajas —dijo.

El silencio que vino después pareció más denso que el aire acondicionado. Lily se quedó callada un instante, como si estuviera decidiendo si él estaba bromeando o probando límites. Maddy observó el microajuste en la mandíbula de Lily, esa tensión mínima que aparecía cuando alguien intentaba ponerla en una posición que ella no pidió.

Brian completó, antes de que Lily respondiera por impulso.

— Si ayudaste a refinar el proyecto, también quiero oír tu lectura técnica.

Lily desvió los ojos solo lo suficiente para mirar a Maddy de reojo, como si preguntara sin palabras: "¿Estás oyendo esto?". Maddy apenas consiguió responder con una mirada de "no sé qué hacer".

Entonces Lily volvió a mirar a Brian, y su voz salió lisa, controlada.

— ¿Sueles contratar a la gente así? ¿En el pasillo, entre un café y otro?

Brian no se ofendió. Pareció, incluso, más interesado. Su sonrisa se amplió solo lo necesario para mostrar que apreciaba la resistencia.

— Solo cuando parecen lo bastante buenas.

Hubo una fracción de segundo en que los dos se quedaron quietos, frente a frente, y Maddy tuvo la sensación nítida de que existía una conversación entera ocurriendo sin sonido. Lily no era el tipo de persona que se impresionaba con el poder. Brian parecía exactamente el tipo de persona que sabía eso —y le parecía más divertido por eso.

Lily inclinó levemente la cabeza, como si estudiara un objeto raro.

— Entonces espero que sepas lo que estás haciendo.

Brian no dudó. La respuesta salió simple, segura, casi demasiado íntima para un escenario corporativo.

— Lo sé.

El aire pareció vibrar por un instante, y Maddy se dio cuenta de su propia respiración retenida, olvidada. Estaba nerviosa, sí, pero había allí otra cosa: la evidencia de una química que no pedía permiso. Una tensión fina, peligrosa, que empezaba como chispa y podía volverse incendio con facilidad.

Maddy se aclaró la garganta, más para recordarse a sí misma que aún existía en la conversación que para interrumpir. El movimiento rompió la mirada continua entre Brian y Lily, y Brian volvió la atención a ella como quien regresa a un asunto principal.

Hizo un gesto discreto de despedida, un saludo corto.

— Las veo al final del día.

Y entonces se alejó, la misma calma confiada en los pasos, como si no acabara de poner el mundo de Maddy patas arriba con una frase. Desapareció por el pasillo de vidrio, tragado por la rutina impecable del piso.

Maddy se quedó mirando su propio café, como si el líquido oscuro pudiera explicar algo. Su mano aún estaba rígida alrededor del vaso. Notó que había contenido la respiración y soltó el aire despacio, intentando no temblar.

— Bueno… —dijo Lily en voz baja, acercándose un poco. La voz tenía una nota de humor controlado, como si estuviera intentando aliviar la presión sin disminuir la gravedad. — Parece que tu primer día se volvió un poco más interesante.

Maddy soltó una risa corta que no tenía ninguna alegría.

— Creo que me voy a poner mal.

Lily le tocó el brazo levemente, firme, un contacto rápido y eficiente, como una instrucción.

— No lo harás. Vas a presentar el mejor proyecto de esa sala.

Maddy miró a Lily, buscando duda, buscando miedo, cualquier cosa que justificara el pánico. Pero Lily le devolvió una mirada estable, casi fría, del tipo que presta valentía cuando la tuya se acabó.

— ¿Y tú…? —empezó Maddy, recordando el "ahora trabajas".

— Yo voy a estar allí —interrumpió Lily, simple. — Relájate.

Relajarse parecía una palabra extranjera, pero Maddy asintió aun así, porque era eso o derrumbarse allí, delante del mostrador minimalista y de la vista perfecta de Manhattan.

Volvieron a la mesa de Maddy con pasos más rápidos. La tarde se convirtió en una secuencia de enfoque afilado y pequeños ajustes. Maddy abrió el archivo del proyecto como quien abre una herida y, al mismo tiempo, una oportunidad. Los elementos estaban casi listos: el concepto era fuerte, la interfaz era limpia, la propuesta tenía personalidad sin perder la elegancia.

Lily se sentó a su lado cuando podía —a veces en silencio, a veces con comentarios cortos, técnicos, certeros. Ajustaron el contraste de una pantalla, la distancia entre iconos, la microanimación de una notificación. Discutieron el material de la correa como si eso fuera cuestión de vida o muerte, y, en ese contexto, lo era. Maddy revisó cada diapositiva como si Ryan fuera capaz de ver fallos por telepatía.

El reloj en la esquina de la pantalla parecía correr con crueldad. 14 h. 15 h. 16 h. Con cada correo que llegaba, con cada persona que pasaba por detrás, Maddy sentía el cuerpo reaccionar como si algo pudiera explotar.

Casi a las 17 h, la luz de afuera había cambiado, y Manhattan parecía dorada, más cálida, como si hasta la ciudad se estuviera preparando para el final de un acto.

Maddy guardó la versión final con las manos levemente temblorosas. El archivo quedó allí, quieto, y aun así parecía demasiado pesado para que el ordenador lo aguantara. Cerró los ojos por un segundo, respiró hondo, y cuando los abrió, Lily ya estaba de pie, tomando su propio bolso.

— Vamos —dijo Lily, como si "vamos" fuera un botón para encender la valentía.

Maddy se levantó también. El estómago aún estaba apretado, pero había algo nuevo por debajo del nerviosismo: determinación. Si Brian la había tirado al agua sin avisar, entonces iba a nadar. Y iba a hacer que eso pareciera una elección.

Caminaron juntas por el pasillo de vidrio. El sonido de sus propios pasos parecía demasiado alto. Maddy sostenía el portátil como si fuera un escudo, sintiendo la esquina presionar contra el antebrazo. Al acercarse a la sala de reuniones, la puerta cerrada parecía una línea definitiva: del otro lado, el equipo. Del otro lado, Ryan.

Maddy se detuvo un segundo delante de la puerta, sintiendo a Lily al lado como una presencia firme. Tragó saliva, ajustó la postura y tocó el picaporte.

El metal estaba frío bajo los dedos.

Y, incluso antes de abrir, Maddy tuvo la certeza de que Ryan estaría esperando.

CAPÍTULO 11

Entre Líneas

La sala de reuniones parecía haber sido diseñada para contener a las personas —y las emociones— dentro de líneas rectas.

Maddy cruzó la puerta con Lily justo detrás y sintió el cambio de ambiente como si alguien hubiera girado un botón invisible. El aire era más frío allí dentro, demasiado limpio, con un leve perfume metálico que venía de las pantallas encendidas y del vidrio por todas partes. La luz directa del techo caía sin piedad, quitándole la gentileza a cualquier sombra. El silencio no era ausencia de sonido; era un control impuesto, como si hasta el aire supiera que debía comportarse.

En el centro, una mesa larga de superficie oscura reflejaba los rectángulos de las pantallas montadas en la pared. El brillo azul de los monitores creaba una segunda iluminación, más clínica. El tipo de lugar donde las ideas eran diseccionadas con precisión.

Ryan Walker estaba en la cabecera.

Impecable, como si lo hubieran colocado allí con unas pinzas. Traje oscuro, corte perfecto, la postura demasiado recta para ser casual. La mirada, sin embargo, era lo que hacía que el espacio pareciera más pequeño. Fría, clara, sin concesiones. No parecía el hombre de manos calientes y respiración demasiado cerca; parecía el CEO al que toda la empresa temía decepcionar.

A su lado, Brian Grant ocupaba una de las sillas con una facilidad casi provocadora, como si aquel ambiente no pudiera intimidarlo. La corbata un poco más suelta, el cuerpo levemente inclinado hacia atrás, el rostro con un rasgo de curiosidad permanente. Había en él una tranquilidad que irritaba y aliviaba al mismo tiempo.

Del otro lado, tres directores ya estaban preparados para el juicio.

El de ingeniería mantenía un portátil abierto, los dedos descansando cerca del teclado como si pudiera teclear una objeción en cualquier momento. El de marketing tenía una tableta en las manos, deslizando la pantalla con movimientos cortos y precisos, ojos atentos y cálculo en la mandíbula. El de producto hojeaba anotaciones en papel —un detalle casi anacrónico en aquel ambiente — con un bolígrafo sujeto entre los dedos, listo para subrayar un error.

Maddy dio dos pasos y encontró la mirada de Ryan.

No fue un choque. Fue un impacto que se expandió por dentro, como una ola silenciosa atravesando costillas y piel. Esos ojos azules —imposiblemente claros bajo la luz blanca— parecían recordar el cuerpo de ella más de lo que la cabeza de ella quería recordar. El estómago se le apretó en un reflejo traicionero. La garganta se le secó. Y, por un segundo, el suelo pareció distante, como si el tacón hubiera olvidado cómo cumplir su función.

La micro pausa fue mínima. Ridículamente mínima.

Pero Maddy sintió como si la sala entera lo hubiera registrado. Como si el aire se hubiera detenido junto con ella.

Se obligó a seguir. Un paso, luego otro, como quien cruza un puente estrecho sin mirar hacia abajo. Aspiró el aire por las fosas nasales con cuidado para que no pareciera un suspiro. Puso el portátil sobre la mesa con manos que insistían en recordar la piel de él —y no el teclado.

Lily entró justo detrás, cerrando la puerta con un clic discreto. Su mirada pasó por Maddy de reojo, lo bastante rápido como para no llamar la atención, pero cargada de lectura. No necesitaba explicaciones; la tensión estaba en la forma en que Maddy mantenía los hombros demasiado firmes, en la manera en que los dedos tardaban una milésima más en encontrar el touchpad.

Ryan no cambió la expresión. Pero su mirada sostuvo a Maddy durante demasiado tiempo como para ser indiferente.

— Podemos empezar —dijo él, voz baja y firme, cortando el aire como una línea.

Maddy asintió, ajustando la pantalla, conectando el cable. El sonido del clic de la conexión pareció demasiado alto.

Apareció la primera diapositiva: un fondo claro, tipografía limpia, la silueta minimalista del smartwatch que ella llevaba dibujando desde hacía meses en fragmentos de noches y madrugadas, antes de ser aprobada para trabajar en aquella empresa.

Se puso de pie, en el lugar correcto, como si el propio cuerpo supiera la coreografía. El corazón, sin embargo, latía como si estuviera fuera del guion.

— Gracias por su tiempo —empezó Maddy, con la voz saliendo más estable de lo que ella se sentía. — Lo que voy a mostrar hoy es una propuesta de diseño y experiencia para un smartwatch enfocado en la integración de salud y productividad. La idea central es simple: reducir ruido, aumentar utilidad, mantener elegancia.

Los directores miraron la pantalla con la atención de quien busca fallos. Brian alternaba la mirada entre Maddy y las diapositivas, como si estuviera viendo algo más interesante que un producto. Ryan mantenía los ojos en ella —no en las diapositivas. Al menos no todavía.

Maddy pasó a la siguiente pantalla: el reloj en tres ángulos, correas con encaje casi invisible, interfaz que parecía flotar sobre el vidrio.

— El diseño es minimalista por una razón: necesita ser un objeto que no canse. La mayoría de los smartwatchs intentan gritar "tecnología". Este susurra —señaló con el láser el contorno. — El borde se reduce, pero sin sacrificar lectura. La corona lateral es táctil, discreta, para evitar el gesto constante de tocar la pantalla con el dedo sudado durante el entrenamiento o el desplazamiento.

Mientras hablaba, se apoyaba en lo que sabía. Y ella sabía. El proyecto era el tipo de cosa que vivía dentro de ella como un mapa.

Pero entonces, cuando giró el rostro, encontró a Ryan observando como si cada palabra de ella tuviera un subtexto.

La memoria llegó sin pedir permiso: la boca de él en la comisura del cuello de ella, la voz baja diciendo cosas que no tenían nada que ver con productividad. El calor de una habitación elegante. El silencio después.

Maddy contuvo el aire medio segundo y se obligó a volver a la sala. A la luz blanca. A los ojos evaluadores.

— En términos de interfaz —continuó, haciendo clic para la siguiente diapositiva—, trabajamos con dos ejes principales: salud y enfoque. Salud no solo como conteo de pasos, sino como lectura real de hábito: sueño, estrés, hidratación, pausas. Y productividad sin convertirse en una colección de notificaciones.

El director de marketing levantó la mano levemente, como quien interrumpe por costumbre.

— Las notificaciones son uno de los principales factores de retención —dijo, con la tableta reflejándose en el rostro. — ¿Cómo mantienes el engagement reduciendo eso?

Maddy no dudó; esa era una pregunta esperada.

— La propuesta es cambiar el tipo de engagement —respondió. — En lugar de recompensa por volumen, recompensa por decisión. El reloj no vibra por todo. Aprende patrones: cuándo el usuario suele responder mensajes, cuándo suele enfocarse, cuándo está en reunión. Sugiere ventanas de atención, no interrupciones constantes. El engagement viene de la sensación de control.

El director de ingeniería inclinó el cuerpo hacia adelante, por fin sacando los dedos de la posición de ataque.

— ¿Y en cuanto al consumo de batería, si está analizando patrón todo el tiempo?

Maddy ya tenía esa respuesta en la punta de la lengua, pero la tensión en la nuca reapareció cuando vio a Ryan apoyar el antebrazo en la mesa, la postura aún impecable, pero más presente. Como si hubiera decidido prestar atención con todo el cuerpo.

— No es análisis constante en tiempo real —dijo. — Es una combinación de procesamiento local por bloques y sincronización inteligente. El reloj lee eventos y consolida en ciclos. Y la función más pesada queda opcional, activada solo cuando el usuario elige el modo avanzado. El default es ligero.

El director de producto, que hasta entonces solo anotaba, levantó la mirada.

— Estás proponiendo una experiencia casi... silenciosa —comentó, bolígrafo entre los dedos. — El mercado tiene prisa. El usuario también. ¿Cómo garantizas que no le parezca "demasiado simple"?

Maddy hizo clic una vez más. La pantalla mostró una secuencia de microinteracciones: una respiración guiada que aparecía como un círculo cerrándose; un resumen del día en tres líneas; una meta

semanal que se reorganizaba de forma visual, sin números agresivos.

— Simple no es vacío —dijo, y sintió que la firmeza aparecía de verdad. — Es intencional. La interfaz da respuestas rápidas, pero no exige atención continua. Y lo de "demasiado simple" se resuelve a nivel de personalización: el usuario puede profundizar cuando quiera. El producto no obliga. Ofrece.

El silencio que vino después no fue malo. Fue el tipo de silencio que ocurre cuando nadie encuentra un agujero obvio para meter el dedo.

Avanzó a la parte de integración entre salud y productividad: un modo "agenda" que recomendaba pausas basadas en niveles de estrés; un modo "entrenamiento" que entendía la rutina y evitaba alertas de trabajo; un panel de prioridad que filtraba notificaciones por contexto.

Maddy hablaba y, poco a poco, la sala empezaba a desaparecer. No completamente —Ryan seguía allí, una presencia que tiraba del aire —, pero el proyecto ocupaba espacio suficiente para sostenerla.

Aun así, en algunos instantes, sus ojos se escapaban. Y cada vez que se escapaban, era como tocar algo demasiado caliente.

Ryan no demostraba nada con el rostro. Pero había señales sutiles. La atención intensa, la mirada sostenida, la forma en que parecía no parpadear cuando ella explicaba una elección específica. Como si estuviera evaluando no solo el producto, sino a la persona que lo creó —y todo lo que ella escondía entre una frase y otra.

— La identidad visual —dijo Maddy, pasando a una diapositiva de colores— está construida para no competir con la vida real. El reloj es un accesorio, no un letrero. Los colores son neutros, con acentos que aparecen solo cuando hay algo que necesita ser visto.

El director de marketing hizo una anotación en la tableta. El de ingeniería tecleó algo. Brian apoyó la barbilla en la mano, ojos levemente entrecerrados, como si estuviera viendo un juego silencioso.

Maddy avanzó una diapositiva más —y entonces Ryan habló.

— ¿Estás segura de esas elecciones?

La pregunta llegó sin prisa. No era agresiva, pero tenía peso. La sala, que ya estaba quieta, pareció encogerse un poco más.

Maddy sintió el impulso idiota de bajar los ojos. Una parte de ella quiso agradar. Una parte de ella quiso pedir perdón por existir, por estar allí, por tener una historia que no cabía en una sala corporativa.

No cedió.

Levantó la barbilla y sostuvo la mirada de él.

— Lo estoy.

Ryan no apartó la mirada.

— Demasiada confianza puede ser arriesgada —dijo, la voz tan controlada como la postura. Como si fuera solo un comentario de gestión. Como si no pudiera tener otras capas.

El corazón de Maddy dio un golpe sordo en el pecho. La noche anterior intentó invadir de nuevo —la forma en que él le había hablado, sin pedir permiso para entrar en los lugares frágiles de ella.

Respiró, lenta, y respondió en el mismo tono profesional, aunque por dentro algo temblara.

— Solo cuando no está sustentada.

El silencio que cayó fue diferente. Espeso. Lleno de ojos que fingían mirar pantallas.

Brian inclinó la cabeza casi imperceptiblemente, un brillo de diversión contenida en la comisura de la boca, como si acabara de ver un golpe bien aplicado.

Maddy hizo clic para la siguiente diapositiva antes de que alguien pudiera convertir aquel momento en algo explícito. La pantalla mostró un comparativo de mercado y la posición del producto: premium, pero no ostentación; inteligente, pero no invasivo.

— La propuesta es lanzar con dos modelos —continuó, retomando el flujo. — Uno estándar y uno "pro", con diferencias claras en materiales y funciones avanzadas. La base de la experiencia es la misma. Así, la marca crece sin fragmentar a los usuarios.

El director de producto hizo una pregunta sobre el roadmap. El de ingeniería presionó sobre sensores. El de marketing insistió en público objetivo y lenguaje de campaña. Maddy respondió una por una, sin atropellar, sin dudar demasiado, manteniendo el enfoque como si estuviera sosteniendo algo afilado y precioso.

En determinado momento, el director de ingeniería señaló una cuestión de compatibilidad con un protocolo específico y Maddy vio el riesgo de que la respuesta se volviera demasiado técnica para el resto.

Antes de que ella ajustara, Lily dio un paso sutil hacia adelante, voz calmada, precisa.

— La compatibilidad que él está citando es viable con la versión actual del firmware, pero existe un cuello de botella en la sincronización en dispositivos más antiguos —explicó Lily, sin robarse la escena, como quien encaja una pieza en el lugar exacto. — Si la propuesta es mantener la experiencia fluida, tiene sentido limitar el

soporte a partir de un corte de sistema operativo. Eso reduce quejas y mantiene la promesa del producto.

El director de ingeniería asintió, satisfecho. El de marketing anotó algo. Maddy le lanzó a Lily una mirada rápida, agradecida, casi invisible.

Brian soltó un sonido que no llegó a ser risa, pero cargaba la misma intención. Miró a Lily y dijo, con una naturalidad indecente para una sala formal:

— Siempre entras cuando hace falta.

Lily no se movió. No sonrió. Solo sostuvo la mirada de él con una frialdad elegante.

— No me gustan los errores evitables.

Brian pareció gustar de la respuesta más de lo que debería. Pero no insistió. Solo se recostó de nuevo, como si aquello hubiera sido suficiente para él por ahora.

Maddy retomó las diapositivas finales: prototipos de correa, materiales, paleta de interfaz, un video corto de navegación. Mientras la animación corría, observó de reojo a los directores. Estaban involucrados; eso era bueno. Era más que bueno. Era la diferencia entre "prometedor" y "vamos a hacerlo".

Cuando el video terminó, Maddy apagó el láser y dejó las manos descansar al frente del cuerpo, postura que había aprendido a la fuerza: firme, sin parecer defensiva.

Ryan miró la pantalla por un segundo, como si absorbiera el conjunto. Luego volvió la mirada hacia Maddy.

— Entonces este es el nuevo producto.

La pausa que hizo después fue mínima, pero cargada. Como si midiera el espacio entre las palabras y el efecto que causaban. Como si supiera que, para Maddy, cada frase suya venía con un eco que no era corporativo.

— Este es exactamente el tipo de producto que esta empresa necesitaba lanzar —concluyó Ryan.

Por un instante, Maddy no sintió alivio. Sintió una especie de vértigo —porque la aprobación de él no era simple. La aprobación de él venía del mismo hombre que le había tocado el rostro con delicadeza en la oscuridad. Y ahora, bajo luz directa, le ofrecía reconocimiento como si fuera solo trabajo.

Los directores se miraron entre sí y empezaron a asentir con movimientos cortos, profesionales.

— Estoy de acuerdo —dijo el de producto, anotando una línea más.
— Está bien amarrado.

— La propuesta de posicionamiento tiene espacio —comentó el de marketing, ya pensando en campaña, los ojos más vivos.

— Con los ajustes de ingeniería, es totalmente ejecutable — completó el de ingeniería, cerrando el portátil con un chasquido satisfecho.

Ryan hizo un gesto pequeño, definitivo. La reunión estaba terminada.

Las sillas se movieron al unísono, un ruido controlado de metal y tela. Los directores recogieron dispositivos, intercambiaron despedidas rápidas, profesionales. Brian se levantó con la misma calma con la que había permanecido sentado, lanzándole a Maddy una mirada que parecía decir bienvenida al juego sin necesidad de verbalizarlo.

Lily tocó levemente el brazo de Maddy al pasar, como un recordatorio silencioso de que no estaba sola. Y salió con el mismo control con el que había entrado.

Maddy tardó lo suficiente para guardar el cable, cerrar el portátil, respirar una vez con profundidad. Cuando levantó la mirada, la sala estaba casi vacía.

Casi.

Ryan aún estaba en la cabecera, recogiendo un bolígrafo que ni parecía haber usado. No parecía tener prisa. No parecía con ganas de terminar aquel momento.

Maddy se apretó el portátil contra el cuerpo y se giró para salir, cada paso calculado para no delatar cuánto quería correr de allí —o quedarse.

— Maddy.

La voz de él la alcanzó antes de la puerta.

Se detuvo.

Y se giró lentamente, como si cada centímetro del movimiento necesitara permiso.

La mirada que Ryan lanzó no era la de minutos atrás, dirigida al proyecto. Era más profunda. Más quieta. Una mirada que parecía buscar algo entre las líneas de lo que ella había dicho, de lo que había hecho, de lo que había intentado esconder desde que entró en aquella empresa.

Por un segundo, Maddy creyó que diría algo que no cabía allí. Algo que no pertenecía a pantallas ni a mesas largas. Algo que traería la noche de vuelta dentro del día.

La boca de él se entreabrió, como si una frase estuviera a punto de nacer—y entonces retrocedió. No con el cuerpo. Con la elección.

— Buen trabajo —dijo Ryan, la misma voz controlada de siempre, como si fuera solo eso.

Como si no existiera nada más.

Maddy sintió el pecho apretarse de una manera idiota, una presión pequeña e insistente que no era tristeza ni rabia, sino una mezcla que quemaba despacio. Sujetó el portátil con más fuerza, como si eso fuera un ancla.

Respiró. Y la respuesta salió con una educación que costó caro.

— Gracias.

Se giró de nuevo, abrió la puerta, y salió.

En el pasillo, la luz parecía menos cruel que dentro de la sala. Aun así, su cuerpo cargaba la reunión como si fuera una marca en la piel: la aprobación, la mirada, la frase que casi existió y no existió.

Maddy caminó sin mirar atrás, pero sintiendo —con una certeza incómoda— que Ryan Walker seguía allí, incluso cuando ella ya no estaba en la sala.

CAPÍTULO 12

Control Frágil

El restaurante parecía uno de esos lugares donde Manhattan se volvía más suave. La luz era cálida, dorada, derramada en puntos sobre las mesas, como si cada conversación mereciera un escenario discreto. El bar al fondo reflejaba copas y siluetas en vidrio pulido; un jazz bajo se mezclaba con el tintineo de los cubiertos y con el murmullo controlado de gente acostumbrada a hablar sin exponerse.

Maddy sentía el cuerpo finalmente desacelerar. Todo el día aún vibraba en ella, pero allí, entre Lily y Kevin, con una servilleta de lino en el regazo y un plato que olía a mantequilla y ajo, el mundo parecía permitir una pausa.

Kevin, del otro lado de la mesa, estaba recostado como si hubiera comprado el lugar entero. Sus manos gesticulaban incluso antes de que saliera cualquier frase. Sus ojos brillaban con esa hambre de drama que solo él tenía el valor de llamar "curiosidad".

— No lo puedo creer — empezó, con la voz cargada de indignación teatral. La cuchara se detuvo en el aire, apuntando a Maddy como si fuera un micrófono. — Te topaste con el tipo con el que te acostaste ayer.

Maddy apretó el vaso de agua con hielo y sintió el frío morderle la palma de la mano. La garganta intentó secarse por reflejo. Lanzó

una mirada rápida a Lily, como si pidiera un extintor para aquel incendio.

— Kevin… — intentó, la palabra saliendo más fina de lo que pretendía.

Él no aceptó el freno. Kevin era una avalancha cuando veía una pendiente.

— Y él es el CEO de tu empresa — completó, ahora con la satisfacción de quien recita el plot twist de una serie y espera aplausos.

Lily, al lado de Maddy, mantuvo la barbilla en alto, la calma intacta. Su rostro no delataba escándalo; delataba cálculo. Cortó un pedazo pequeño del plato, masticó como si eso fuera una reunión, y solo entonces miró a Kevin con una paciencia afilada.

— Habla más bajo — dijo, sin elevar la voz. Era peor así. — No necesitas anunciarlo a todo Manhattan.

Kevin se llevó la mano al pecho, ofendido, y susurró con exageración, como si susurrar fuera una virtud.

— Estoy hablando bajo. Este es mi bajo.

Maddy respiró por la nariz, intentando recuperar el control que había mantenido todo el día en ambientes de vidrio y silencio corporativo. Allí, con velas y música y el perfume ligero del vino, era diferente. Su cuerpo recordaba otras luces, otra piel, una mirada que había atravesado su control como si aquello fuera una puerta sin llave.

— Ni siquiera sé cómo pasó esto — dijo, más para sí que para ellos, y percibió su propia voz con una vibración de risa nerviosa. — Quiero decir… lo sé, pero…

Kevin abrió una sonrisa amplia, indecente.

— “Lo sé, pero…” es el comienzo de todas las malas decisiones que se vuelven buena historia.

Lily tomó la copa y dio un sorbo pequeño. Sus ojos pasaron por Maddy con cuidado, como si evaluaran cuánto de aquello había dejado marcas invisibles.

— Fuiste profesional — dijo Lily, señalando a Maddy con el tenedor, un gesto mínimo. — Hiciste lo que tenías que hacer.

Maddy asintió, pero la palabra “profesional” parecía demasiado pequeña para lo que había sentido en aquella sala, con Ryan al otro lado de la mesa, frío por fuera y atento por dentro, como si viera cada temblor que ella escondía.

Kevin se inclinó hacia delante, la emoción empujando su torso casi por encima de los platos.

— Vale, pero explícame una cosa — dijo, con el tipo de seriedad que precedía el caos. — ¿Te miró con cara de “me acuerdo” o con cara de “quién eres”? Porque eso lo cambia todo. Eso cambia el universo.

— Él… — Maddy intentó encontrar una respuesta que fuera verdad sin ser confesión. Movió la servilleta, doblando y desdoblando la punta. — Actuó como si no hubiera pasado nada.

Kevin hizo un sonido de revuelta, como si la etiqueta fuera un crimen.

— Eso es peor. Eso es mucho peor. Porque significa que se acuerda y solo está… jugando.

Lily inclinó la cabeza, la mirada volviéndose más estrecha.

— O significa que realmente no te reconoció. Solo reconoció tu apellido. Lo cual tampoco es bueno.

Maddy sintió un escalofrío subirle por la nuca cuando Lily dijo "apellido", porque era eso: el momento exacto en que él había dicho "Mitchell" con una calma pesada, como si esa sílaba fuera una pieza encajando en un engranaje.

Kevin golpeó la punta de los dedos en la mesa, impaciente.

— ¿Y ahora Lily trabaja allí también? — soltó, girando el asunto como quien cambia la cámara de un personaje a otro.

Lily ni parpadeó.

— Todavía no — respondió, y el "todavía" salió como una coma, no como una promesa. — No empieces.

Kevin levantó las manos, demasiado inocente para ser real.

— Solo lo digo. Porque entras para ayudar en un proyecto y, de repente, hay un tipo contratándote en el pasillo. Eso no es empresa, es fanfic corporativa.

Maddy se rió, a pesar del peso en el pecho. El sonido salió más suelto de lo que esperaba, y eso ya parecía una victoria: reír sin sentir culpa. Reír sin oír la voz de Lucas al fondo de la mente, sin el recuerdo de la traición apretándole el estómago como una mano.

Kevin aprovechó su risa como incentivo. Vivía de migajas de reacción.

— Multimillonario — enumeró, levantando un dedo. — CEO — otro dedo. — Empresa absurda — uno más, y su mano ya parecía un cartel humano. — Ustedes dos están viviendo una serie y yo estoy fuera.

— No estás fuera — dijo Maddy, apuntándole con el tenedor. — Tú literalmente nos arrastraste a ese bar.

— Fui instrumento del destino — respondió Kevin, con falsa dignidad. — Y el destino, al parecer, tiene preferencia por ustedes dos. Porque mira esto. Mira la vida de ustedes.

Lily soltó un suspiro que era casi una risa contenida. Miró a Maddy, y por un segundo sus ojos se ablandaron, algo protector.

— ¿Estás bien? — preguntó, directa. Lily siempre preguntaba de la manera que permitía responder con verdad.

Maddy abrió la boca para decir "sí", simple, automático. Pero la imagen de Ryan en la sala, su mirada demorándose un segundo más de lo que debía, atravesó la mentira antes de que existiera.

— Yo… — Maddy apoyó la espalda en la silla, sintiendo el tapizado suave. — Tuve un buen día. De verdad. Presenté. Les gustó. Yo… parecía yo.

Kevin ablandó el rostro, sorprendentemente humano por un instante.

— Estuviste genial — dijo, con una certeza cálida. — Sabes que lo estuviste.

El elogio, viniendo de él, tenía un peso extraño. Kevin solía ser broma y ruido; cuando se ponía serio, parecía que el mundo se detenía para escuchar.

Lily asintió, simple.

— Lo estuvo — confirmó.

Maddy sintió el pecho abrirse un poco. Como si alguien hubiera aflojado un nudo que ella ni sabía que estaba haciendo.

Kevin no aguantó la ternura por mucho tiempo. Volvió a su propio hábitat.

— Pero vayamos a lo que importa — dijo, abriendo mucho los ojos. — ¿No habrá una vacante para mí allí también?

Maddy soltó una risita corta, casi atragantándose.

— Kevin…

— En serio. — Apoyó el codo en la mesa, conspirador. — ¿Te imaginas yo con un set multimillonario? Me convertiría en empleado del mes en dos días. Haría networking con el camarero y saldría dueño de una startup.

Lily puso los ojos en blanco tan lentamente que parecía una protesta elegante.

— Te despedirían en la primera hora.

— Mentira — respondió, ofendido. — Me ascenderían. Tengo carisma. El carisma es una habilidad corporativa.

Maddy los observó a los dos y sintió una gratitud honda, silenciosa, como una mano en el corazón. Estaban allí, haciendo que el mundo pareciera menos afilado. Haciendo que el día, con todas sus tensiones, se volviera algo que cabía en una mesa con comida y risa.

Cuando el camarero pasó para retirar los platos, Kevin dio las gracias como si fuera íntimo del hombre. Lily pidió la cuenta sin dudar. Maddy se quedó mirando la ventana por un momento: la calle brillaba con faros, la gente pasaba rápida, abrigos oscuros, pasos decididos. Manhattan no esperaba a nadie, pero tampoco dejaba de ofrecer luz.

Fuera, el aire de la noche llegó más frío, limpiando el olor de comida y vino. La acera estaba viva, coches deslizándose, risas distantes, un claxon impaciente. Maddy se acercó el abrigo al cuerpo y sintió la tela abrazarla.

Kevin se estiró, como si hubiera comido lo suficiente para sentirse invencible. Abrió los brazos de repente y envolvió a Maddy en un abrazo apretado, dramático, de esos que parecían querer aplastar la tristeza a la fuerza.

— Si se casan con un multimillonario, llévenme con ustedes — murmuró en su oído, con la seriedad de un juramento.

Maddy se rió, apretándolo de vuelta, y por un segundo su abrazo fue más firme que el de él. Una petición silenciosa: quédate.

Lily apoyó la mano en el hombro de Kevin, apartándolo de ella con delicadeza práctica.

— Buenas noches, Kevin — dijo Lily, y el tono cargaba ese afecto contenido que reservaba para las personas que realmente importaban.

— Buenas noches, mi jefa no oficial — respondió Kevin, guiñando un ojo. — Buenas noches, futura Sra. CEO — añadió para Maddy, demasiado rápido para que ella replicara.

— Vete a casa — ordenó Maddy, riendo, y le empujó el brazo suavemente.

Kevin se fue caminando de espaldas unos pasos, saludando a las dos como si estuviera en un escenario. Luego se dio la vuelta y se mezcló con la multitud, ya buscando otro motivo para reírse del mundo.

Maddy y Lily caminaron juntas hasta el metro, la conversación bajando de volumen a medida que el viento soplaba entre los edificios. Cuando se despidieron en el andén, Lily sujetó el antebrazo de Maddy por un instante, firme.

— Cualquier cosa, llámame — dijo Lily.

— Te voy a llamar — prometió Maddy, y la palabra pareció verdadera.

En casa, el apartamento de Maddy la recibió con el silencio conocido. Era un silencio diferente del silencio corporativo; era más humano, lleno de pequeños sonidos: el refrigerador funcionando, el crujido discreto del suelo, el eco distante de la ciudad subiendo por la ventana. Cerró la puerta detrás de sí y se quedó un segundo parada, con la frente casi apoyada en la madera, como si necesitara sentir algo sólido.

Dejó caer el bolso en el sofá con un golpe suave. El abrigo fue a parar a la silla. Caminó hasta el baño como quien cruza un puente lejos de un día entero.

Encendió la ducha y esperó a que el agua se calentara. El vapor empezó a subir rápido, empañando el espejo, borrando su reflejo incluso antes de que pudiera mirarse. Cuando entró, el agua caliente le dio en la piel y se llevó el resto del perfume del restaurante, el olor de oficina, la tensión que se quedaba atrapada en los hombros.

Maddy cerró los ojos.

El agua le golpeaba la cabeza, corría por el rostro, por las pestañas, por el cuello. Respiró hondo, y el sonido de su propio aire mezclado con el chorro fuerte se volvió un tipo de protección. Como si, por unos minutos, nada pudiera alcanzarla allí dentro.

Pero su mente tenía la crueldad suave de no obedecer. Su mente atravesaba puertas cerradas.

Cuando apagó la ducha y salió, envuelta en la toalla, el aire frío del baño le erizó la piel. Se pasó la mano por el pelo mojado, quitando el exceso de agua, y caminó descalza hasta el dormitorio. La luz de la lámpara era baja, amarillenta, domesticada.

Cogió el móvil de encima de la cómoda por impulso, como si fuera solo parte de la rutina. La pantalla se encendió y, con ella, llegó el pasado como un ataque pequeño y repetido.

Varios mensajes. Uno tras otro. El nombre de Lucas en la parte superior, insistente, como si su presencia aún tuviera derecho a un espacio.

"Maddy, tenemos que hablar."

"Sé que estás enfadada, pero no fue así."

"Contesta."

"Por favor."

Se quedó mirando, inmóvil. No era el dolor agudo de antes; era algo más frío, más cansado. Como tocar una pared que aún estaba caliente del incendio, pero ya no quemaba con la misma furia. Sus palabras parecían vacías, iguales, previsibles.

Su pulgar se quedó suspendido sobre la pantalla, y por un segundo consideró responder cualquier cosa — un "no", un "déjame", un "se acabó". Pero la idea de darle una migaja de su atención le dio náuseas.

Bloqueó la pantalla.

Dejó el móvil a un lado, boca abajo, como si eso pudiera silenciar no solo las notificaciones, sino el recuerdo de lo que él le había quitado. El silencio volvió a llenar el dormitorio, más seguro ahora.

Maddy se acostó. La sábana estaba fresca y limpia, y la cama parecía demasiado pequeña para la cantidad de pensamientos que llevaba. Miró al techo, donde sombras suaves se movían con la luz de la calle entrando por la cortina mal cerrada.

El día había sido bueno. Bueno de una manera casi peligrosa, porque hacía parecer posible. Posible empezar de nuevo. Posible existir sin estar siempre en ruinas.

Sintió que la boca se le tensaba en una sonrisa mínima, involuntaria. La imagen de Lily en la sala de reuniones, la manera en que había entrado cuando hacía falta, firme. La broma de Kevin en el restaurante. La aprobación en la reunión, la sensación de que su trabajo tenía valor, real, objetivo.

Buen día, repitió en silencio, como si fuera una frase que pudiera volverse amuleto.

Entonces, como una ola que cambia de dirección sin avisar, sus pensamientos se deslizaron.

Y, con ellos, su cuerpo respondió primero.

El recuerdo no llegó como una escena completa, no llegó con detalles visuales nítidos. Llegó como sensación. Como un peso en el aire. Como la temperatura de una piel que aún podía sentir en lugares demasiado específicos para ser ignorados.

La mirada.

Contuvo la respiración por un segundo cuando el recuerdo de la mirada de Ryan encajó en su pecho como una mano cerrada.

No era solo deseo. No era esa mirada fácil, satisfecha, común. Era una mirada fija, azul, intensa, como si no parpadeara por miedo a perder algo. Como si, por un instante, su control se hubiera resbalado — y esa hubiera sido la parte más aterradora.

Maddy recordó cómo aquella mirada la mantenía atrapada incluso sin tocarla. Cómo se sentía vista de una manera que no encajaba con "una noche". Demasiado vista. Como si él hubiera aprendido su mapa demasiado rápido.

Su pecho subió y bajó más rápido. Su mano, encima de la sábana, apretó la tela entre los dedos sin darse cuenta. Su cuerpo respondió antes de que su mente formulara cualquier argumento. Una corriente discreta, eléctrica, atravesándole el vientre, la garganta, la piel.

Odiò eso durante medio segundo.

Y, en el medio segundo siguiente, se rindió al recuerdo como si lo hubiera elegido.

La manera en que él se quedaba cerca. Demasiado cerca para ser casual, demasiado cerca para ser solo química. La intensidad silenciosa, como si las palabras fueran innecesarias y, por eso mismo, todo se hiciera más grande. Como si el sonido de su respiración fuera lo único que importaba.

Maddy tragó saliva, el corazón latiendo con una prisa ridícula para alguien sola en su propia cama. Intentó pensar en cualquier otra cosa — en la presentación, en el smartwatch, en tareas, en hojas de cálculo inexistentes.

Pero su mente volvía siempre al mismo punto: el momento en que había dejado de pensar.

No porque estuviera borracha. No porque estuviera perdida. Sino porque su cuerpo había confiado en él sin pedir permiso.

Recordaba el peso de aquella mirada sobre ella, como si la sostuviera allí, presente, real. Como si él quisiera grabar su reacción y, al mismo tiempo, estuviera luchando por no dejarse grabar también.

Un control perdido por un segundo.

El segundo más peligroso.

Maddy soltó el aire despacio y se dio cuenta de que la respiración se le había quedado alta, corta. Presionó la palma de la mano contra el esternón, como si pudiera calmar su propio cuerpo con fuerza física.

— Para — susurró al techo, la palabra saliendo débil y sincera.

Pero el "para" no tenía dueño. No era una orden para el pensamiento; era una petición para lo que aquello significaba.

Giró el rostro hacia un lado, mirando la sombra de la cortina. Intentó aferrarse a la idea de que había sido solo una noche. Un error. Un impulso. Un desvío de ruta.

Solo que su cuerpo, terco, no aceptaba la simplicidad.

Y ahí era donde vivía el miedo: en el hecho de que no parecía haber sido solo una noche.

Lo que más asusta, pensó, sintiendo que la frase le apretaba el pecho con una calma sombría, es que yo tampoco quiero que lo haya sido.

Cerró los ojos, como si oscurecer el cuarto pudiera borrar el azul de aquellos ojos.

No lo borró.

No fue solo una noche.

Y eso era lo que más la asustaba.

CAPÍTULO 13

Línea Cruzada

Unos cuantos días fueron suficientes para que la empresa dejara de parecer un escenario inaccesible y se convirtiera… en un lugar. Aún demasiado grande, aún demasiado impecable, pero con rincones que Maddy ya reconocía con el cuerpo: la curva del pasillo que siempre estaba fría, el sonido exacto del ascensor abriéndose en su piso, el olor constante a café fuerte mezclado con algo demasiado limpio, demasiado caro.

Aquella mañana, entró en el edificio con el mismo paso decidido de quien aprendió a no mirar hacia arriba —porque mirar hacia arriba era admitir el tamaño. El vidrio reflejó su propio rostro por un segundo: cabello castaño oscuro recogido de un modo práctico, ondas empeñadas en escaparse, ojos verdes demasiado atentos. Ajustó la correa del bolso, respiró como si estuviera calibrando el propio pecho y siguió.

El gafete pitó. El torniquete se liberó. Todo funcionaba con una eficiencia que parecía personal.

Tomó el café en el piso de arriba antes de cualquier conversación, como si aquella primera quemadura en la lengua fuera un ritual de protección. El mostrador minimalista ya se había vuelto parte de su mapa mental: la máquina que hacía espuma perfecta, las cápsulas organizadas en filas, las tazas que parecían objetos de exposición.

Maddy eligió la más pequeña —como si eso fuera a impedir que el día se desbordara.

En el camino hasta su escritorio, los sonidos eran bajos y controlados. Teclados, notificaciones discretas, voces contenidas. Un mundo donde nadie decía "buenos días" lo bastante alto como para ser una emoción.

Se sentó, encendió la computadora, abrió los archivos del proyecto y, por unos minutos, dejó que el enfoque se tragara el resto. Líneas, medidas, proporciones. La pantalla era un lugar donde nada tenía ojos azules.

El problema era que su cuerpo tenía memoria.

Cualquier mención de su nombre —en un correo, en una conversación cruzada, incluso en un "Ryan quiere esto para el viernes" dicho como si fuera solo logística— hacía que algo en Maddy se replegara hacia dentro. Un músculo que no controlaba. Un segundo de silencio interno en el que la mente intentaba decidir si aquello era peligro, deseo o solo cansancio.

Era buena fingiendo. Siempre lo fue. Desde la infancia, desde entrevistas, desde el día en que le sonrió a Lucas y creyó. Fingir era una habilidad. Solo que ahora la habilidad tenía un costo: necesitaba moverse para no ser atrapada en el lugar equivocado, a la hora equivocada, con la cara equivocada.

La rutina de evitar a Ryan Walker no era exactamente un plan. Era un instinto que, de tanto repetirse, se volvía hábito.

Todo el piso tenía ritmos. Ryan tenía los suyos.

Aprendió rápido cuáles eran los horarios en que su presencia atravesaba el espacio antes de que apareciera su propio cuerpo: la gente enderezaba la espalda, las conversaciones bajaban un tono, el

aire parecía volverse más limpio —o era solo la forma en que Maddy contenía la respiración.

Cuando sentía que eso se acercaba, se levantaba.

A veces era para tomar agua —aunque no tuviera sed. A veces para mirar una impresión que no necesitaba. A veces para apoyarse en el escritorio de Daniel Foster, el compañero de al lado, y preguntar cualquier cosa que cupiera en una voz casual.

Daniel era el tipo de hombre que hacía el ambiente más fácil sin intentarlo. Unos treinta y tantos años, gafas de montura fina, sonrisa educada, aire ligero de quien nunca confundió amabilidad con invasión. Se volvió hacia ella cuando Maddy apareció al lado de su escritorio con el vaso de café como excusa.

—¿Ya viste la última versión del layout? —preguntó, señalando su propia pantalla como si no hubiera pasado la madrugada ajustando eso.

Daniel acercó un poco la silla, mirando con interés genuino.

—La vi ayer. Quedó limpio. —Inclinó la cabeza, examinando. —¿Cambiaste el grosor de ese contorno?

Maddy asintió rápido, agradecida de tener un tema técnico como escudo.

—Un poco. Estaba… pesado.

—Mejor ahora. Menos agresivo.

La palabra "agresivo" le cruzó la cabeza con una ironía que dolió. Agresivo no era el contorno. Era la manera en que un hombre podía existir tan cerca sin tocarla y aun así dejarla en alerta.

Del otro lado del pasillo, alguien rió bajo. Un sonido corto, profesional. Y entonces Maddy sintió que el aire cambiaba.

No necesitaba mirar. Lo sabía.

Aun así, su cuerpo traicionó a su cabeza y se endureció por un segundo. Se giró un poco más hacia Daniel, exagerando la concentración.

—¿Crees que la paleta está muy fría? —preguntó, ya sabiendo la respuesta, ya sabiendo que no importaba.

Daniel se encogió de hombros con tranquilidad.

—Creo que combina con la identidad. Pero si quieres calentar, puedes ajustar solo en los detalles.

—Cierto. —Maddy sonrió, pequeña, controlada. —Gracias.

Se quedó allí unos segundos más, hasta que el paso que no quería oír se alejó. Cuando volvió a su propio escritorio, lo hizo sin prisa, como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de esconderse en medio de una conversación sobre paleta de colores.

El día siguió en capas. Trabajo real por encima, tensión por debajo. Respondía correos, participaba en pequeñas reuniones, hacía anotaciones rápidas, revisaba prototipos. Todo normal, todo perfectamente normal.

Y, por fuera, era la mujer que había entrado en aquella empresa con talento, entrega y una presentación que había impresionado a directores.

Por dentro, era una línea demasiado estirada, a punto de romperse con cualquier tirón.

Al final de la tarde, el piso empezó a vaciarse. La luz natural fue cediendo y las lámparas internas asumieron un brillo más frío, más nítido, como si el espacio se volviera más honesto cuando había menos gente mirando.

Los sonidos también cambiaron. La alfombra absorbía pasos. El aire acondicionado parecía más alto. El "buenas noches" de algunos empleados era bajo y rápido, como una salida discreta de una obra en la que nadie quería ser el último en escena.

Maddy se quedó. Tenía cosas que terminar —y, si era honesta, quedarse era una forma de evitar el ascensor lleno, las conversaciones, cualquier posibilidad de oír su nombre otra vez en tono casual.

Guardó un archivo, lo renombró con cuidado, comprobó las versiones una última vez. Cuando estiró los dedos, sintió el peso del día en las articulaciones, un cansancio que era físico, pero también emocional —como si mantener el control consumiera más energía que cualquier proyecto.

Estaba concentrada en alinear un detalle en la pantalla cuando una sombra se detuvo al lado de su escritorio.

La sombra no pidió permiso para existir allí.

Maddy sintió antes de ver. El perfume discreto, el silencio que venía con él, la presencia que ocupaba espacio sin esfuerzo.

Levantó la mirada despacio. Y encontró a Ryan.

Estaba de pie al lado de su escritorio como si aquel fuera el lugar más lógico del mundo para él estar. Traje oscuro, ni un hilo fuera de lugar, postura de quien mandaba en todo el edificio —y en el aire entre los dos. Los ojos azules no tenían prisa.

La garganta de Maddy se apretó de un modo casi automático. Intentó tragar y el movimiento pareció demasiado alto dentro de ella.

Ryan no sonrió.

—Necesito hablar contigo.

El tono fue firme, sin espacio para "cuándo", sin espacio para "por qué". Una frase que no era invitación. Era dirección.

Alrededor, el piso estaba lo bastante vacío para que aquello pareciera aún más particular. Maddy sintió a Daniel mirando de reojo, curioso, pero sin valor para sostener la mirada. Desvió la atención de inmediato, como si cualquier testigo pudiera transformar lo que ya era peligroso en algo irreparable.

—Claro. —Su voz salió más controlada de lo que se sentía.

Guardó lo que estaba haciendo con dedos que fingían no temblar. Tomó el celular. Se levantó con una calma entrenada, el tipo de calma que se aprende cuando la alternativa es derrumbarse.

Ryan se dio la vuelta y empezó a caminar. Maddy lo siguió.

El pasillo parecía diferente cuando estaba más vacío. El vidrio los reflejaba a los dos, y aquel reflejo parecía una historia equivocada: ella intentando mantenerse pequeña, él inevitable.

Su oficina estaba al final, como siempre —la vista como un recordatorio constante de altura y poder. Cuando Ryan abrió la puerta, el ambiente los engulló con una luz más suave, del final de la jornada. La ciudad allá afuera ya empezaba a encenderse. Manhattan brillaba como si no tuviera idea de lo que pasaba dentro de una sala cerrada.

Maddy entró. La puerta se cerró detrás de ellos con un clic que no fue alto, pero fue definitivo.

El silencio que vino después no era vacío. Estaba lleno. Lleno de lo que no dijeron. Lleno de lo que los dos recordaban sin querer recordar.

Ryan permaneció a una distancia educada por unos segundos, como si estuviera probando el valor de ella para existir allí sin correr. Maddy se quedó cerca de la puerta, no por miedo —se dijo a sí misma que no era miedo— sino porque era donde su cuerpo instintivamente quería un punto de fuga.

Ryan fue el primero en romper el silencio.

—Me estás evitando.

No era una pregunta. Era una constatación fría, como un análisis de datos. Solo que su mirada decía que aquello no era sobre trabajo.

Maddy mantuvo el rostro neutro, como si estuviera en una reunión con directores. Como si su corazón no se hubiera acelerado.

—Estoy trabajando.

Ryan dio un paso hacia ella. Solo un paso. Pero la sala pareció encogerse.

—No.

La palabra cayó simple, certera, y Maddy sintió como si hubiera sido desmentida en el nivel más íntimo. Alzó la mirada de una vez, sin permitirse la cobardía de mirar al suelo.

—Fuiste tú quien dijo que olvidara aquella noche.

Ryan no parpadeó. Por un segundo, ella creyó que él volvería a ponerse aquella máscara de CEO impecable y repetir alguna frase

sobre profesionalismo.

Pero su voz llegó baja, directa —y diferente.

—No.

Una pausa corta. El tipo de pausa que no es indecisión. Es elección.

Se acercó un poco más, y Maddy sintió el calor de su presencia como una amenaza y un recuerdo al mismo tiempo.

—Es imposible olvidarte… entregándote completamente a mí.

El aire salió de sus pulmones como si alguien le hubiera presionado el pecho con la palma de la mano. Su respiración cambió antes de que pudiera impedirlo. El cuerpo respondió primero: un escalofrío subiendo por la nuca, una tensión en el abdomen, la memoria invadiendo en destellos que llevaba días intentando empujar debajo de la alfombra.

Forzó el rostro a permanecer firme, pero los ojos traicionaron un segundo de impacto.

—Aquello fue un error.

Ryan observó en silencio. No había juicio, no había rabia. Solo una atención absoluta, como si estuviera midiendo exactamente dónde se rompería.

Maddy apretó el celular en la mano con fuerza, como si aquel objeto pudiera anclarla en el presente.

—Solo caí en tu labia porque acababa de ser traicionada.

La frase salió más cruda de lo que pretendía. El tipo de verdad que prefería no poner en voz alta. Porque, cuando se volvía sonido, se volvía real de un modo que no podía ignorar.

Ryan frunció el ceño, una grieta mínima en aquella calma controlada.

—¿Traicionada?

Maddy sintió el sabor amargo del recuerdo. La imagen de Lucas. El cuarto. La risa de Scarlett. La sensación de haber sido la última en enterarse de su propia vida.

—Mi ex. —Respiró una vez, lenta, y continuó antes de que el orgullo la hiciera parar. —Lo pillé en la cama con una rubia siliconada.

El silencio que cayó no fue el mismo de antes. Tenía peso. Tenía un cambio de temperatura.

Ryan se quedó inmóvil por un instante, pero sus ojos se oscurecieron de un modo casi imperceptible, como si algo en él se hubiera activado.

Maddy sostuvo la mirada. No retrocedió. Si había algo que se negaba a ser de nuevo era la mujer que pedía disculpas por haber sido herida.

Ryan dio un paso más, y ahora la distancia entre los dos era demasiado pequeña para ser casual.

Habló más bajo, y el sonido de su voz pareció tocarle la piel antes de llegar a los oídos.

—Si fueras mi mujer… nunca te traicionaría.

La frase no debía significar nada. No debía. Pero la manera en que lo dijo —como si la posibilidad fuera real, como si fuera un hecho simple, como si fuera obvio— hizo que el estómago de Maddy se apretara.

“Mi mujer.”

Sintió rabia contra su propio cuerpo por reaccionar. Sintió rabia contra él por saber usar palabras como si fueran dedos. Pero no se movió.

El espacio entre ellos se volvió denso, cargado de lo que ella quería negar y de lo que él parecía no tener miedo de mirar de frente. Ryan estaba lo bastante cerca como para que Maddy percibiera detalles: la línea de la mandíbula, el enfoque de los ojos, la forma contenida en que respiraba —como si su control estuviera siendo sostenido por fuerza, no por naturaleza.

Abrió la boca para decir algo —cualquier cosa racional, profesional, segura— pero no salió sonido. El silencio se estiró, fino y peligroso.

Ryan inclinó un poco el rostro, como si pidiera permiso sin pedirlo. Maddy sintió su propia resistencia como una pared de papel. Tan fácil de rasgar, tan inútil.

El momento se rompió como un hilo reventando.

Cuando sus labios tocaron los de ella, no fue cuidadoso. Fue urgente. Un beso que no tenía paciencia para justificaciones. Maddy respondió antes de pensar, como si su cuerpo hubiera esperado días por aquello y estuviera cansado de fingir que no.

Su boca era caliente, firme, con un sabor que mezclaba café y algo más profundo —masculino, marcado, imposible de ignorar. Cuando su lengua encontró la de ella, fue un choque lento, intenso, como si estuviera probando, reconociendo, recordando.

Maddy sintió su propio sabor perderse y mezclarse con el de él, demasiado dulce, demasiado entregado, y eso solo volvió todo peor —o mejor.

Su mano subió al rostro de ella con firmeza, sin hacer daño —anclando. Maddy sintió que el mundo se encogía hasta ser solo presión, calor y la sensación humillante de necesitar.

Era el tipo de beso que no pedía permiso al futuro. Solo tomaba el presente y hacía de él una verdad.

Cuando se separaron, fue como si el aire hubiera vuelto de golpe. Maddy parpadeó, el pecho subiendo y bajando demasiado rápido. Ryan también respiraba distinto, pero su mirada seguía afilada, como si aún estuviera sujetando algo por dentro.

Los dos se quedaron un segundo quietos, cerca, encarando lo que acababan de hacer dentro de una sala de vidrio en la cima de Manhattan. El tipo de cosa que no podía pasar. El tipo de cosa que pasó de todos modos.

Maddy fue la primera en moverse. No por victoria. Por supervivencia.

Dio un paso atrás, como si necesitara espacio para recordar quién era. La mano fue a su propio cabello en un gesto automático, y se odió por parecer vulnerable.

—Yo… —La voz falló al principio. Se obligó a retomar. —Esto no puede.

No esperó respuesta. El miedo no era que él hiciera algo. El miedo era que ella hiciera algo. Se dio la vuelta, cruzó la sala con pasos demasiado firmes para el temblor interno, abrió la puerta y salió antes de que el silencio la arrastrara de vuelta.

El pasillo pareció demasiado largo. El sonido de sus propios tacones fue demasiado alto. Mantuvo el rostro en la expresión correcta —neutra, profesional— mientras todo su cuerpo ardía con lo que quería borrar.

El ascensor tardó una eternidad en llegar. Cuando se abrieron las puertas, entró y apretó el botón de la planta baja como si fuera una huida física de un error emocional.

En la calle, la noche tenía un frescor que no la calmó. Las luces de Manhattan parecían más distantes de lo normal, como si estuviera mirando a través de agua. El tráfico hacía su ruido habitual; la gente pasaba con prisa, existiendo en historias que no la incluían.

Maddy caminó hasta el metro con la sensación de que el cuerpo iba un paso detrás de la mente. Unos 40 minutos después, Maddy entró en su edificio y subió sin recordar exactamente el camino. Cuando por fin cerró la puerta del apartamento, el silencio cayó como una manta pesada.

Apoyó la espalda en la madera y cerró los ojos.

La respiración llegó entrecortada, como si hubiera corrido. La mano fue al pecho, sintiendo el corazón latir demasiado rápido, demasiado alto. El recuerdo del beso volvió con una claridad irritante: la firmeza de él, el hambre contenida, la manera en que ella había cedido sin lucha.

Abrió los ojos despacio. El apartamento era pequeño, familiar, seguro —y, aun así, parecía incapaz de contener lo que ella trajo de la empresa.

El primer impulso fue tomar el celular y llamar a Lily. Lily le diría que se controlara. Lily haría preguntas prácticas, pondría orden, recordaría consecuencias. La simple idea de aquella voz lúcida hizo que Maddy sintiera una vergüenza caliente subirle por el rostro.

El segundo impulso fue mandarle un mensaje a Kevin. Kevin le diría que se lanzara. Diría alguna frase absurda que la haría reír y, al mismo tiempo, empeoraría todo porque convertiría el error en broma.

Maddy se quedó quieta unos segundos más, el celular en la mano, el pulgar suspendido sobre la pantalla. Y entonces soltó el aire y dejó el aparato encima del aparador como si estuviera dejando un arma allí.

No habló con nadie.

Caminó hasta el dormitorio, sin quitarse el bolso, sin cambiarse de ropa, sin hacer nada que pareciera un ritual de normalidad. Solo fue hasta la cama y cayó de lado en ella, aún vestida, como si el colchón pudiera absorber el exceso del día.

Cerró los ojos.

Por un instante, pareció que podía, de hecho, terminar aquello allí. Borrar. Dormir. Empezar de nuevo mañana con un nuevo plan de fuga.

Hubo una pausa narrativa —un silencio tan completo que oyó su propia sangre.

Entonces el celular vibró.

Un zumbido insistente, amortiguado, viniendo de debajo de la almohada, como si el sonido hubiera elegido exactamente el lugar más íntimo para ocurrir. Maddy abrió los ojos de golpe, el corazón reaccionando antes que la cabeza. Tanteó la almohada, confundida, sacando el aparato con prisa.

La pantalla se encendió en la oscuridad del dormitorio.

Ryan Walker.

El nombre ocupó todo el espacio, y su cuerpo respondió como si hubiera sido llamado por el toque de una mano: corazón acelerándose, respiración atrapada en lo alto del pecho, la garganta cerrándose.

Maddy se quedó inmóvil, mirando la pantalla, como si contestar o rechazar fuera a cambiar su vida en direcciones demasiado distintas como para elegir con seguridad.

CAPÍTULO 14

Consecuencias

La habitación estaba lo bastante oscura como para parecer segura, pero no existía ninguna seguridad cuando el celular vibraba de ese modo — insistente, íntimo, como si supiera exactamente dónde rozar.

Maddy estaba acostada de lado, aún vestida, la sábana arrugada en la cintura y la almohada con la marca de su cabello húmedo. La pantalla iluminó su rostro en destellos cortos. Un nombre. Dos palabras.

Ryan Walker.

El sonido de la vibración parecía más alto en el silencio del apartamento. Ella se quedó mirando como si el aparato fuera a morder. Los dedos no obedecían en el primer intento; el corazón, sí — él ya había decidido correr, como si la hubieran pillado haciendo algo mal.

Maddy tragó saliva. Inspiró despacio, intentando darle al aire un camino que no temblara. El recuerdo del beso aún tenía textura, calor, y eso era lo que la dejaba sin aliento: no lo que había pasado, sino lo que había quedado.

La llamada siguió vibrando.

Ella cerró los ojos por un segundo, como si pudiera apagar el mundo junto con ellos, y entonces deslizó el dedo por la pantalla.

— Hola. — La voz salió casi nada. Un soplo que no se comprometía.

Del otro lado, un silencio corto. No era vacilación; era percepción. Como si la escuchara por debajo de las palabras.

— Estás respirando como si hubieras corrido. — Ryan habló bajo, con esa calma controlada que hacía que todo sonara como un comentario simple… incluso cuando no lo era.

Maddy apretó el celular contra la oreja, sintiendo su propia mano demasiado caliente. Se obligó a inspirar por la nariz. A exhalar con cuidado. Como si el cuerpo pudiera ser convencido de actuar con normalidad si la mente lo dijera con firmeza.

— Estoy bien. — Intentó darle a la frase un borde recto, un tono que no dejara una rendija para que él entrara.

— Bien. — La respuesta llegó seca, y el cambio de tema fue tan abrupto que pareció un corte de cuchilla. — El equipo de ingeniería acaba de dar el visto bueno para el lanzamiento.

Maddy parpadeó, el cerebro necesitando un segundo para seguir el ritmo. Por un momento, su nombre en la pantalla lo había desplazado todo: el día, el trabajo, la realidad. Y ahora él la tiraba de vuelta como si fuera así de simple.

Apoyó mejor la cabeza en la almohada, mirando el techo que conocía — pequeñas grietas, sombra del ventilador — intentando recordar quién era antes de convertirse en parte de su juego.

— Eso es… genial. — El entusiasmo salió con retraso. La palabra "lanzamiento" trajo la lista mental de tareas, plazos, ajustes finos, y la extraña sensación de orgullo que ella venía intentando permitirse. — Guau. Entonces… es oficial.

Una pausa. Oyó la respiración de él, baja, controlada, y odió cuánto eso bastaba para dejarla alerta.

— Podrías haberlo dejado para contármelo mañana. — dijo Maddy, e intentó que sonara como un comentario práctico. Como si el horario fuera lo único extraño allí.

Del otro lado, el silencio volvió — no vacío, sino lleno de cosas que ninguno de los dos estaba diciendo. Casi podía imaginárselo en algún lugar demasiado grande, luces apagadas, la ciudad afuera. Tal vez con una mano en el bolsillo, tal vez mirando a la nada.

Cuando respondió, la voz era diferente. Menos CEO. Más hombre.

— No iba a poder dormir sin oír tu voz.

Las palabras quedaron en el aire como una mano tocando sin tocar. Maddy sintió el estómago apretarse, y no fue nervios. Fue reconocimiento. Fue el tipo de frase que no cabía en un pasillo de oficina ni en una reunión con directores.

Abrió la boca, pero no salió nada. La garganta parecía demasiado pequeña.

— Ryan… — intentó. Su nombre salió como si cargara peso. Una súplica y una acusación al mismo tiempo.

— No digas nada, por favor. — la interrumpió de inmediato, y la firmeza de la frase no fue agresiva; fue contención. Como si estuviera sujetando una puerta con las dos manos y pidiéndole que no empujara.

Maddy cerró los ojos. La oscuridad detrás de los párpados trajo imágenes que ella no había llamado: su despacho, la distancia deshaciéndose, la prisa que no parecía prisa, y el choque después, cuando el mundo volvió a ser mundo.

Respiró de nuevo. Una vez. Dos. Intentó encontrar un lugar neutro dentro de sí.

Del otro lado, Ryan no dijo nada. El silencio entre ellos no era cómodo, pero era imposible soltarlo. Como si colgar fuera admitir que aquello había existido de verdad.

Maddy pasó la punta de los dedos por la sábana, buscando algo a lo que aferrarse. Encontró solo tela y su propia inquietud.

Abrió los ojos y miró el celular como si fuera un objeto extraño que acababa de caer en la habitación.

— Buenas noches, Ryan. — La voz salió baja, más suave de lo que planeó, pero lo bastante firme como para ser un límite.

Él respondió sin demora, como si estuviera esperando eso para poder respirar también.

— Buenas noches, Maddy. — La pausa corta vino a continuación, y ella sintió el corazón dar un pequeño salto, idiota y automático. — Hasta mañana.

No era una amenaza. No era una promesa. Pero sonó como ambas cosas.

La frase "hasta mañana" nunca había cargado nada más que rutina. Ahora, parecía contener el peso del ascensor, de los pasillos de vidrio, de su mirada atravesando una sala entera y encontrándola solo a ella. Parecía contener el beso. La llamada. El hecho de que él hubiera elegido llamar.

Maddy inspiró hondo, como si necesitara aire suficiente para atravesar un día entero incluso antes de que empezara.

— Hasta mañana. — respondió, y se dio cuenta de que su voz temblaba al final, solo un poco. Lo suficiente como para odiarlo.

El clic de la llamada terminada fue demasiado pequeño para lo que acababa de pasar. Se quedó mirando la pantalla apagada, su propia imagen reflejada en sombra. El silencio volvió a la habitación, pero ahora no era el mismo — parecía cargado, como si la llamada hubiera dejado un rastro en el aire.

Maddy dejó el celular al lado de la almohada y se quedó inmóvil. El pecho aún subía y bajaba rápido, como si el cuerpo hubiera corrido de verdad. Giró el rostro, mirando la pared, e intentó convencerse de que aquello había sido solo una noticia de trabajo.

Pero el trabajo no decía que no podía dormir sin oír su voz.

Apretó los ojos, un intento inútil de borrar la frase. La ciudad afuera seguía viva, indiferente. Y, aun así, parecía que algo había cambiado dentro del apartamento demasiado pequeño para soportar aquello.

A la mañana siguiente, la empresa parecía una versión acelerada de sí misma.

El vestíbulo de vidrio reflejaba gente yendo y viniendo con pasos más rápidos, credenciales balanceándose, voces bajas cruzándose en frases cortas. El sonido de los ascensores abriéndose y cerrándose parecía más constante. Había cajas siendo llevadas a algún lugar, pantallas mostrando gráficos con colores vibrantes, un aire de "ahora sí" que dejaba todo más tenso y más emocionante al mismo tiempo.

Maddy entró con el bolso al hombro y una sensación extraña de que había dormido poco, aunque no supiera decir si fue por falta de horas o exceso de pensamientos.

Pasó el torniquete, saludó a quien tenía que saludar, y siguió hacia su piso intentando mantener el rostro neutro — como si la noche anterior no hubiera existido; como si su nombre no hubiera brillado en su pantalla en la oscuridad.

Los ascensores se abrieron, y el pasillo de vidrio le devolvió su imagen en fragmentos: postura correcta, cabello recogido con cuidado, un labial discreto que intentaba parecer solo profesional. Caminó hasta el área de mesas con el mismo enfoque que usaría para atravesar una sala llena de gente mirando.

El aire allí estaba más agitado también. Personas conversando en grupos pequeños. Ingeniería y producto intercambiando información con prisa. Marketing hablando sobre el cronograma. Una energía eléctrica, difícil de ignorar.

Estaba poniendo el bolso en la silla cuando lo sintió antes de verlo.

Ryan pasando.

No hubo anuncio. No hubo necesidad. Su presencia cambiaba el ritmo del ambiente como un cambio en la presión del aire. Las conversaciones disminuían, los cuerpos se acomodaban, los ojos seguían.

Maddy mantuvo la atención en la mesa — al menos lo intentó. Fingió buscar algo en la pantalla del ordenador, como si estuviera atrasada, como si nada importara más que archivos y plazos.

Pero su cuerpo traicionó el plan.

Levantó la mirada en el mismo segundo en que él giró el rostro.

Fue rápido. Un segundo, tal vez menos.

Su mirada encontró la de ella con una precisión incómoda, como si supiera exactamente dónde estaría, como si el "hasta mañana" hubiera sido una línea trazada hasta ese momento. No hubo sonrisa. No hubo expresión obvia. Solo ese azul frío y atento, sosteniendo su mirada por demasiado tiempo para ser casual y por demasiado poco tiempo para ser cualquier cosa de la que alguien pudiera acusar.

Maddy apartó la mirada primero, lo que la irritó de inmediato. Se obligó a respirar y a abrir una carpeta en la pantalla, como si eso fuera urgente.

Cuando miró de nuevo, él ya había pasado. Pero el rastro quedó, como un toque invisible en su nuca.

Intentó trabajar. Lo consiguió por unos minutos, como mucho. Cada notificación parecía más alta. Cada paso detrás de ella parecía de él. Cuando el reloj por fin justificó una pausa, Maddy se levantó incluso antes de darse cuenta y fue hacia el área de café.

Allí, la vista de Manhattan era casi ofensiva — tan bonita, tan indiferente. La barra minimalista brillaba bajo la iluminación blanca. La máquina moderna hacía sonidos suaves, como si también estuviera trabajando.

Maddy tomó un vaso y apretó el botón del café sin prestar atención al tipo. El líquido oscuro cayó, llenando el espacio despacio, y ella se quedó mirando como si aquello fuera hipnótico.

El olor subió. Ella no sintió nada más que cansancio.

— No lo vas a creer. — La voz de Lily llegó detrás de ella con una energía inusual para esa hora. Cuando Maddy giró el rostro, encontró a su amiga con el cabello impecable, postura alineada, y un brillo de irritación divertida en los ojos. — Me encontré con Brian más temprano para hablar del proyecto.

Maddy intentó sonreír de verdad. El rostro cooperó solo a medias.

— ¿Y cómo fue? — preguntó, ya sabiendo por la expresión de Lily que vendría un informe completo, detallado y sin filtro.

Lily tomó un vaso también, como si necesitara un accesorio para sostener el desahogo.

— Se cree mucho. — dijo, con la misma calma con que anunciaría un pronóstico del tiempo. — Solo porque es rico y vicepresidente.

Maddy llevó el vaso a la boca y dio un sorbo. El café estaba demasiado caliente, pero agradeció el dolor pequeño, concreto, que la devolvía a su propio cuerpo.

— Ya me imagino. — murmuró Maddy, e intentó parecer presente.

Lily continuó, meciendo su propia indignación como si fuera una secuencia lógica inevitable:

— Cree que soy empleada suya. — removió el azúcar con una fuerza innecesaria. — Yo ni siquiera trabajo oficialmente aquí.

Maddy observó a su amiga por un segundo. Lily siempre había sido difícil de sacar de su propio eje. Cuando alguien lo conseguía, era porque había tocado el punto correcto.

— Ahora sí trabajas. — provocó Maddy con ligereza, dejando por fin que apareciera el humor. La frase salió demasiado fácil. Tal vez porque era más simple bromear con Lily que pensar en lo que había oído la noche anterior.

Lily lanzó una mirada de lado, la comisura de la boca casi cediendo.

— Maddy… — empezó, como si fuera a negarlo, pero no terminó. Solo resopló, resignada, y dio un sorbo.

Maddy apoyó la cadera en la barra, sosteniendo el vaso con las dos manos como si fuera un apoyo. Miró a Lily de arriba abajo con un aire teatral de evaluación.

— Y estás hablando demasiado de él… — Maddy inclinó la cabeza, fingiendo sospecha. — Para lo guapísimo que es.

Lily puso los ojos en blanco con una fuerza que sugería práctica. Pero no dijo "no". No de inmediato. Y ese retraso lo fue todo.

— Él es… — Lily se detuvo, como si la palabra siguiente pudiera usarse contra ella en un tribunal. — Irrelevante.

Maddy soltó una risa baja, corta, más por necesidad que por gracia. Lily sostuvo la mirada un segundo, y entonces también se rió, de esas que intentaba esconder.

El momento fue bueno. Pequeño. Normal.

Hasta que Lily la miró con más atención.

— Estás un poco distraída. — dijo Lily, y el tono cambió. Se volvió más bajo, más cuidadoso. No era acusación; era lectura.

Maddy sintió el instinto de cerrarse por dentro, como una puerta echando el cerrojo sola. Desvió la mirada hacia el café, hacia la espuma fina en la superficie, hacia cualquier cosa que no fuera el rostro de Lily.

El beso pasó por su mente como un relámpago: rápido, brillante, e imposible de fingir que no había ocurrido. Y, enseguida, la llamada. La frase dicha con su voz baja. El "no digas nada, por favor".

Maddy tragó saliva. Podía contarlo. Lily escucharía. Lily entendería. Pero Lily también traería lógica, reglas, consecuencias. Y Maddy no tenía energía para enfrentar una palabra más con peso hoy.

Eligió el camino más seguro. El más aceptable.

— Lucas me molestó con un montón de mensajes estos días. — dijo Maddy, con un suspiro que sonó lo bastante cansado como para parecer una verdad completa.

Lily se puso rígida de inmediato. Su mirada se volvió más dura, como si el nombre de Lucas fuera una afrenta al aire.

— Él no tiene ningún derecho. — dijo, y la indignación llegó limpia, dirigida. — Bloquéalo. O pásame el número y yo lo resuelvo.

Maddy sonrió levemente, una sonrisa pequeña que era más gratitud que diversión.

— Lo ignoré. — respondió, como si eso cerrara el asunto. Como si fuera fácil. — No es importante.

Pero Lily no parecía convencida. Se quedó observando a Maddy por más tiempo de lo normal, como si estuviera leyendo entre líneas en los espacios entre una palabra y otra.

Maddy sostuvo la mirada un segundo, y entonces la apartó de nuevo. La culpa apareció — no por mentir exactamente, sino por elegir una parte de la verdad que dolía menos.

Lily finalmente asintió, aunque el asentimiento no fuera rendición; era un "voy a aceptar por ahora".

— Él se va a cansar. — dijo Lily, más para sí misma. — Solo… no dejes que entre otra vez.

Maddy apretó el vaso entre los dedos, sintiendo el calor atravesar el lateral.

— No voy a dejarlo. — prometió, y la frase tenía más de una capa. No sabía exactamente de cuál estaba hablando.

Las dos se quedaron en silencio unos segundos, el tipo de pausa que amigas de verdad pueden tener sin necesidad de llenar. Alrededor, gente tomaba café, hablaba de plazos, salía apurada. La empresa seguía preparándose como un organismo en alerta.

Maddy terminó el café en dos tragos, como si necesitara que aquello acabara para poder volver a funcionar.

Enderezó la postura, como si se estuviera poniendo una versión más fuerte de sí misma encima de la que aún estaba temblando por dentro.

— Volvamos. — dijo Maddy, con un poco más de energía de la que sentía. — Tenemos un lanzamiento que hacer.

Lily alzó la ceja, aprobando el cambio de tono. Y, sin decir nada, la acompañó.

Las dos salieron del área de café lado a lado, pasos sincronizados en el pasillo de vidrio. Maddy sintió la ciudad afuera como un telón de fondo distante, y la empresa como un escenario que estaba encendiendo las luces.

No sabía qué traería el día. Solo sabía que, en algún lugar de ese edificio, Ryan Walker existía con la misma calma peligrosa del teléfono la noche anterior. Y que "hasta mañana" no había terminado en la despedida.

Mientras caminaba con Lily, Maddy respiró hondo — no para calmarse, sino para prepararse.

Algo grande estaba a punto de suceder.

CAPÍTULO 15

Demasiados Ojos

Unos pocos días fueron suficientes para que Maddy entendiera que el problema no era lo que había pasado con Ryan Walker.

El problema era lo que seguía pasando.

El edificio de vidrio en Manhattan era el mismo, la credencial aún pesaba en el cuello como pesaba el primer día, y el olor a café quemado en el piso de diseño seguía siendo un consuelo extraño. Pero el aire entre ella y Ryan… eso cambiaba de densidad sin aviso. Como si alguien bajara la iluminación de una habitación solo porque ellos estaban en ella.

Lo veía poco. Y, aun así, era demasiado.

A veces era solo la sombra pasando por el pasillo y su reflejo en la pared de vidrio; otras, era la presencia completa, el silencio abriendo espacio a su alrededor como si el mundo supiera moverse. Maddy intentaba concentrarse en las pantallas, en la alineación de márgenes, en los prototipos, en los correos. Intentaba volverse otra persona entre una tecla y otra.

Pero el cuerpo traicionaba. Siempre.

Cuando Ryan atravesaba el ambiente, había un segundo en que la nuca de ella se calentaba, como si su mirada tocara piel. Ella mantenía el rostro inmóvil, la columna recta, la mano firme en el

mouse. Solo que los ojos… los ojos la delataban, porque querían subir. Y cuando subían, siempre encontraban los de él.

Ryan no hacía nada. No sonreía, no saludaba, no se detenía para decir buenos días. Pasaba con la misma frialdad pulida de siempre, el mismo control impecable. Lo que cambiaba era el tiempo que sostenía la mirada cuando creía que nadie estaba contando. Un segundo más. A veces dos.

Como si fuera una advertencia.

O una prueba.

El miércoles, Maddy estaba revisando un conjunto de íconos del smartwatch cuando sintió, sin ver, que él estaba cerca. El sonido del ambiente disminuyó. La conversación de dos analistas al lado se volvió un ruido distante. Ella siguió trabajando, las líneas en el monitor tan precisas como podían ser, hasta percibir un reflejo en el vidrio de la divisoria: Ryan parado detrás, hablando con Brian Grant.

Brian se reía de algo, relajado, con esa facilidad irritante. Ryan no se reía. Solo escuchaba.

Y entonces, como si hubiera tirado del hilo exacto en el ovillo, la mirada de Ryan se despegó de Brian y vino directo hacia Maddy. No hacia la pantalla. Hacia ella.

Maddy no giró la cabeza. Pero sintió que el corazón se le desacompasaba.

Se mordió la parte interna de la mejilla, mantuvo el cursor en movimiento, abrió una nueva pestaña. Fingió que no había pasado.

Cuando por fin se permitió respirar hondo, ellos ya se habían ido.

Y, aun así, la sensación se quedó. Como un perfume que no se va de la muñeca.

Al final de esa misma tarde, llegó el correo con asunto en mayúsculas y formalidad corporativa: PRELANZAMIENTO — EVENTO EXCLUSIVO. Había un PDF adjunto con detalles de horario, dress code, invitados, prensa seleccionada. Y una línea, discreta como una amenaza, sobre credenciales.

"Acompañante permitido (1). Entrada sujeta a la lista."

Maddy lo leyó dos veces. Luego una tercera. No porque no lo hubiera entendido, sino porque aquello parecía destinado a complicarle la vida a propósito.

Era trabajo. Claro que lo era. Un evento para inversores y socios, una prueba social del producto antes del anuncio oficial. La empresa necesitaba parecer impecable por unas horas. Ella formaba parte del equipo principal del smartwatch; se esperaba que estuviera allí.

La parte del acompañante era lo que la dejaba incómoda. No por falta de opción — por falta de una opción segura.

Lily apareció en su mesa con un vaso de agua y la expresión práctica de quien ya había escaneado el correo y decidido cuáles serían los próximos pasos.

— ¿Ya lo viste? — preguntó, dejando el agua al lado del teclado.

— Lo vi. — Maddy hizo temblar el cursor sobre la pantalla. — "Acompañante permitido." ¿Eso es… normal?

Lily se encogió de hombros.

— ¿Para este tipo de evento? Sí. Y es una forma elegante de controlar quién entra. Si no llevas a alguien, queda como que no tienes red aquí. — Miró a Maddy por encima del hombro, evaluando. — ¿A quién vas a llevar?

Maddy abrió la boca para responder y no salió nada. Su mente intentó listar nombres y, como si fuera una broma del universo, el primero que apareció fue el de Ryan.

Casi se rió de nervios.

— No lo sé — dijo, bajando la voz. — Pensé en…

— No. — Lily la cortó, antes incluso de que Maddy terminara. El tono no era agresivo; era protector. — No inventes nada que se vuelva tema el lunes.

Maddy suspiró, agradecida de que Lily pensara por ella cuando su cerebro insistía en caminar hacia el precipicio.

— Kevin. — Maddy decidió en el acto, más por supervivencia que por lógica. — Voy a llevar a Kevin.

Lily arqueó una ceja.

— ¿Esa es tu versión de "seguro"?

— Es demasiado ruidoso para que pase algo malo. — Maddy intentó bromear, pero la verdad era que Kevin tenía una función específica: mantener la realidad a su alrededor. Él llenaba el ambiente. Él impedía silencios. Y, sobre todo, no dejaba que Maddy se hundiera sola dentro de su propia cabeza.

Lily solo negó con la cabeza, resignada, y volvió a la mesa al lado de la de Maddy. Porque ahora, por lo que a Brian le diera la gana, ella formaba parte de ese espacio, de ese proyecto y, quisiera o no, de esa empresa también.

Maddy tomó el celular y llamó a Kevin antes de poder pensar demasiado y desistir.

Él atendió al segundo timbre, como si estuviera esperando.

— Amiga. — Su voz llegó con una sonrisa. — Dime que vas a darme una noticia que involucre dinero, gente bonita e injusticia social.

— Necesito un acompañante para un evento de la empresa. — Maddy se recostó en la silla, mirando el techo por un instante. — Prelanzamiento del smartwatch. Elegante. Manhattan. Lista de invitados. Dress code. Todo eso.

Hubo un silencio dramático del otro lado, demasiado corto para ser real y lo bastante largo para ser Kevin.

— Voy. — decretó.

— Kevin…

— No, no. Voy y se acabó. — Su entusiasmo subió un escalón. — Ni aunque salga de ahí con un multimillonario o un Ricardo, no vuelvo solo.

Maddy se rió, la tensión aflojándose en los hombros como si alguien hubiera soltado un nudo.

— ¿Un Ricardo?

— Un Ricardo siempre es un buen plan B, amiga. — Ella podía oírlo caminando por el apartamento, ya activando el modo evento. — Mándame el dress code. Y dime que va a haber barra libre.

— Kevin.

— Yo solo trabajo con motivación.

La noche del evento, el apartamento de Maddy se convirtió en una pequeña línea de producción de ansiedad.

Se quedó parada frente al armario abierto demasiado tiempo, el dedo deslizándose por las telas como si buscar una prenda fuera, secretamente, buscar valor. Había vestidos que eran “lindos”,

vestidos que eran “seguros”, vestidos que eran “normales”. Ninguno servía.

El evento no era solo un evento. Era un lugar donde Ryan estaría. Un lugar donde la empresa estaría mirando. Un lugar donde Maddy tendría que existir sin parecer rota, sin parecer pequeña, sin parecer recién traicionada — y sin parecer… demasiado ligada a un hombre que era, oficialmente, el CEO.

Eligió un vestido que no permitía esconder nada.

Era elegante y ajustado, sofisticado en la medida justa, con líneas limpias que acompañaban el cuerpo sin vulgaridad. Un tono oscuro que dejaba su piel más luminosa, y un escote corazón discreto, pero suficiente para recordarle a cualquiera — incluso a ella — que era adulta, entera, capaz.

Cuando se lo puso, la tela abrazó su cintura como una mano firme. Se recogió el cabello de un modo que dejaba el rostro abierto, los ojos verdes más expuestos. Se puso lápiz labial con cuidado, como si eso fuera una armadura.

En la sala, Lily ajustaba su propio vestido azul, elegante, no palabra de honor, y el moño refinado le dejaba el cuello largo y serio. Lily parecía alguien que pertenecía a ese tipo de noche. Como si ya hubiera nacido lista para circular entre gente importante sin pedir permiso.

— Estás hermosa — dijo Lily, observando a Maddy en el espejo del pasillo.

Maddy tragó saliva.

— Estoy intentando parecer que no me voy a desmayar.

Lily se acercó, enderezó un tirante invisible en el hombro de Maddy, un gesto pequeño, íntimo, como las dos hacían desde la universidad.

— Entonces finge mejor. — Sostuvo la mirada en el reflejo. — Y recuerda: tienes motivo para estar allí. Tú construiste ese producto. Tú mereces ese lugar.

El timbre sonó como si fuera el inicio oficial del caos.

Kevin entró ya hablando demasiado alto, vestido como si fuera el personaje principal de un estreno de cine. El traje era impecable, el cabello estaba arreglado con un esfuerzo exagerado y, cuando vio a Maddy, se llevó la mano al pecho.

— Estás un escándalo. — Señaló a Lily enseguida. — Y tú eres una amenaza, Lily Turner. Si algún hombre rico te toca mal, voy a morder.

— Dios me libre — respondió Lily, sin sonreír mucho, pero con los ojos brillando.

Kevin sacó el celular.

— Foto. Porque necesito probarme a mí mismo que realmente fui invitado a este mundo.

Minutos después, los tres estaban en el coche rumbo a Manhattan, y las luces de la ciudad parecían más nítidas de lo normal, como si el aire estuviera cargado de electricidad. Maddy observó los edificios pasar, las ventanas encendidas, e intentó controlar la sensación de que iba a un lugar donde cualquier cosa podía pasar.

El evento ocupaba un espacio lujoso con entrada discreta y demasiada seguridad para un simple "cóctel". En la puerta, un empleado comprobó nombres en una tablet. Cuando apareció el nombre de Maddy, sonrió con profesionalidad y abrió paso sin dudar.

Dentro, el ambiente era cálido y dorado. Iluminación baja, música en vivo con instrumentos suaves, un bar sofisticado que parecía una obra de arte. La gente era influyente en la forma en que ocupaba

espacio: risas controladas, copas caras, conversaciones que sonaban a negocios incluso cuando fingían ser encanto.

Maddy respiró hondo.

Kevin entró como si hubiera sido hecho para eso, los ojos yendo de un lado a otro, hambriento de detalles.

— Dios mío — susurró, la voz por fin baja, como si la riqueza exigiera silencio. — No sé ni dónde mirar.

Lily le apretó el brazo, suave.

— Mira al frente. Y trata de no decir "Dios mío" cada cinco segundos.

— Soy una persona espiritual, Lily. — Kevin se acomodó la chaqueta. — Y esto aquí es un templo del dinero.

Maddy intentó sonreír, pero su atención ya había sido atraída por un imán invisible. Sintió antes de ver. El aire cambió. El ruido del ambiente pareció organizarse alrededor de un centro.

Ryan Walker estaba al otro lado del salón.

Conversaba con dos personas que Maddy reconoció vagamente de fotos de artículos: inversores, tal vez, o socios. Su postura era perfecta, el traje oscuro ajustado con precisión, la mano sosteniendo una copa sin prisa. Parecía… intocable. Como si el mundo fuera una extensión controlada de él.

Y entonces miró.

Los ojos azules encontraron los de ella de inmediato, sin buscar. Como si supiera exactamente dónde estaría desde el momento en que llegó. No era solo el color — era la forma en que esos ojos parecían ver a través de ella, superando cualquier intento de control.

Un azul profundo, intenso, peligroso… el tipo de azul que no existía en ningún cielo de Manhattan. El tipo de mirada que hacía que su cuerpo olvidara cómo respirar por un segundo. Y tal vez lo peor fuera eso: Ryan Walker la miraba como si, en medio de una sala llena de personas importantes, aun así solo existiera Maddy.

Maddy sintió que las piernas le temblaban levemente, un temblor pequeño, pero real, como si su cuerpo reconociera peligro y deseo con el mismo lenguaje. Mantuvo el mentón en alto, el rostro neutro. Pero su respiración falló por medio segundo.

Ryan no sonrió. No saludó. Solo sostuvo la mirada, firme, por demasiado tiempo para ser casualidad y demasiado poco para ser una invitación explícita. Y entonces volvió a la conversación, como si nada hubiera pasado.

Pero había pasado.

Kevin le dio un codazo a Maddy, siguiendo la dirección de su mirada.

— Ahí está. — Apenas movió los labios. — El hombre que destruyó la paz mundial dentro de ti.

— Kevin — siseó Maddy, con el rostro calentándose.

Lily disimuló una risa, llevando la copa a la boca como si fuera solo educación.

— Si hablas más alto, te juro que te dejo aquí — amenazó Maddy, y Kevin abrió una sonrisa demasiado inocente para alguien peligroso.

— Me estoy portando bien. — Señaló el salón con sutileza teatral. — Soy un invitado educado. Soy prácticamente aristocracia.

Maddy decidió concentrarse en cualquier otra cosa y siguió con los dos hacia el bar. La barra era de piedra oscura, el barman parecía alguien que había sido entrenado para no mostrar sorpresa por

nada. Detrás, las botellas brillaban como joyas. Ella pidió primero un agua con gas, como si necesitara demostrarse a sí misma que tenía autocontrol.

Kevin pidió algo con un nombre complicado y Lily pidió vino, simple y directo.

— Odio esto — confesó Maddy en voz baja, más para Lily que para Kevin. — Me siento… observada.

— Lo estás — respondió Lily, sin rodeos. — Todo el mundo aquí observa. Es su moneda.

Kevin se inclinó.

— Yo también observo. Observo y juzgo. — Dio un sorbo y abrió los ojos. — Esto cuesta un alquiler, seguro.

Maddy soltó una risa corta, pero la sensación de ser arrastrada de vuelta al centro de ese salón no se iba. Se dio cuenta de que, incluso cuando miraba el hielo en el vaso, su conciencia seguía atrapada en un lugar específico: donde estaba Ryan, donde podría estar, si miraba de nuevo.

— Lily — dijo Kevin de repente, y su tono cambió, bajando, cargado de chisme. — Mira quién te está mirando.

Lily no se giró en el acto. Esperó, como si fuera una estrategia. Entonces miró con calma.

Brian Grant estaba a unos metros, conversando con un grupo, pero sus ojos castaños oscuros estaban fijos en Lily con una concentración casi inconveniente. Cuando Lily lo miró de vuelta, él no desvió la mirada. Solo alzó la copa en un gesto mínimo, como si dijera “te vi”.

Lily cerró la expresión, pero había un rubor discreto que no combinaba con su postura fría.

— Tiene demasiados ojos — murmuró Kevin, satisfecho. — Lo sabía. Esto está pasando.

Maddy y Lily contuvieron la risa al mismo tiempo, como si fueran adolescentes intentando mantener la compostura en una ceremonia seria.

El salón giraba en conversaciones, risas y saludos, y los tres empezaron a circular, cumpliendo el ritual social exigido para quienes trabajaban allí. Maddy respondió elogios al producto con frases entrenadas, escuchó comentarios sobre diseño con atención profesional. Se obligó a existir como "Maddy Mitchell, diseñadora", no como "la mujer que…".

Kevin parecía divertirse más de lo que debería, haciendo encanto controlado con personas aleatorias y recibiendo tarjetas de visita como si fueran figuritas. Lily, en cambio, se mantenía cerca, sólida, el tipo de presencia que hacía a Maddy menos vulnerable.

Fue en medio de una conversación sobre plazos y expectativas de mercado cuando Maddy vio.

Al fondo, cerca de una entrada lateral, una figura que conocía demasiado bien surgió entre dos invitados. Un hombre alto, de traje impecable, cabello perfectamente arreglado, la sonrisa ensayada que había usado tantas veces para convencerla de que era seguro.

Lucas Reed.

A su lado, como si fuera parte del paquete, Scarlett Monroe — llamativa, segura, demasiado rubia para ser discreta, usando un vestido que exigía ser notado. Caminaba como quien cree que merece todas las miradas y, por algún motivo, con frecuencia las recibía.

El estómago de Maddy se hundió sin pedir permiso.

El sonido a su alrededor pareció distorsionarse por un segundo, como si ella estuviera bajo el agua. El vaso en su mano se volvió demasiado frío. Intentó tragar y se dio cuenta de que la garganta se le había cerrado. El pecho se le apretó, la respiración se le subió, corta.

Scarlett aún no la había visto.

Lucas miró alrededor, buscando a alguien — tal vez alguien importante, tal vez alguien a quien impresionar, tal vez solo el siguiente escalón. Estaba tan cómodo en ese tipo de ambiente que el recuerdo de la traición se volvió aún más humillante, como si Maddy hubiera sido solo un objeto desechable en su camino.

Maddy no esperó a que su cuerpo decidiera bloquearse por completo.

— Voy al baño — dijo, demasiado rápido, la voz un hilo.

Lily inmediatamente entrecerró los ojos.

— Maddy…

— Ya vuelvo.

Se dio la vuelta antes de que Lily pudiera detenerla, caminando con pasos firmes que no combinaban con el temblor interno. Necesitaba aire. Necesitaba dos minutos sin luz, sin música, sin Lucas.

Kevin apareció a su lado en dos segundos, como si hubiera olfateado el pánico.

— Eh, ¿adónde vas con tanta prisa? — preguntó, y entonces siguió la línea de su mirada por encima del hombro.

Su rostro cambió. La emoción se evaporó como si alguien hubiera apagado un interruptor.

— Dios mío… — susurró Kevin, y esta vez no era gracioso. — Está aquí.

Maddy no respondió. No confiaba en su propia voz. Solo siguió caminando, sintiendo la pulsación en el cuello como una amenaza de descontrol.

Kevin se quedó quieto un segundo, mirando entre Maddy y el fondo del salón, como si quisiera correr tras Lucas con las propias manos. Pero terminó yendo tras ella, porque eso era lo que hacía: protegía.

El pasillo hasta el lavabo parecía más largo de lo que debería, y el sonido de la fiesta se fue volviendo distante, amortiguado, hasta convertirse en solo un eco. Maddy empujó la puerta y entró.

El ambiente era sofisticado hasta el punto de parecer irreal: espejos amplios, mármol claro, iluminación cálida que dejaba la piel bonita incluso cuando la persona se estaba rompiendo por dentro. Había un olor leve a jabón caro y algo floral en el aire. Afuera, la música y las voces eran un rumor constante, como si el mundo estuviera pasando sin ella. El lavabo tenía solo una cabina reservada al fondo y, al lado del lavabo, un sillón claro y elegante, pensado para la comodidad — aunque en ese momento todo allí parecía demasiado sofocante.

Maddy atravesó el espacio directo hasta la puerta de la cabina. Todo lo que quería era entrar allí, sentarse unos minutos e intentar impedir que el propio pecho se derrumbara. Tal vez llorar un poco también. Agarró el picaporte, pero la puerta no se abrió. Cerrada con llave. Había alguien dentro.

Cerró los ojos por un segundo, frustrada, soltando el aire despacio antes de volver al lavabo.

El agua corrió, transparente, y el sonido ayudó a traerla de vuelta al cuerpo. Se lavó las manos lentamente, como si pudiera frotar el recuerdo de Lucas para alejarlo. Como si pudiera borrar la sensación de haber sido reemplazada.

Cuando levantó el rostro, encontró su propio reflejo.

Ojos verdes demasiado grandes para esconder cualquier cosa. Un brillo húmedo que intentó negar. El lápiz labial intacto, la postura alineada, el vestido perfecto. Por fuera, parecía exactamente como debía. Por dentro, estaba a un paso de derrumbarse.

Inspiró hondo. Aguantó. Soltó despacio.

"No vas a darles este espectáculo", pensó, mirándose a sí misma. "No hoy."

La puerta del lavabo se abrió.

Maddy no se giró de inmediato. Solo apretó el borde del lavabo un poco más fuerte. Oyó el clic elegante del tacón en el mármol y supo, antes de confirmarlo, quién era.

Scarlett apareció en el espejo detrás de ella.

Rubia impecable. Boca delineada. El vestido caro parecía hecho para decir "miren". La silicona exagerada marcaba tanto bajo la tela ajustada que casi parecía demasiado artificial para el propio cuerpo, como si hubiera sido hecha para llamar la atención incluso antes de que abriera la boca. Se detuvo al ver a Maddy, como si hubiera encontrado una escena que no esperaba. Por un segundo, la sorpresa resquebrajó su máscara. Y entonces llegó la sonrisa — superior, lenta, cruel.

— Mira nada más… — dijo Scarlett, con dulzura falsa. — No esperaba encontrarte aquí.

Maddy se obligó a girarse, pero no dio un paso atrás. El corazón le latía demasiado alto, y odió cuánto esa mujer aún tenía poder sobre su respiración.

No respondió. No de inmediato.

Scarlett se acercó a la encimera de al lado, como si aquello fuera su territorio. Se arregló el propio cabello con calma, como si estuviera en un comercial. Miró a Maddy de arriba abajo como si fuera una evaluación.

— Realmente desapareciste después de todo aquello — continuó Scarlett, la voz suave, cargada de veneno. — Pero, sinceramente, ¿sabes? Creo que fue mejor así.

Maddy apretó las manos en el lavabo hasta que los nudillos se le blanquearon.

— Lucas necesitaba a alguien más interesante — dijo Scarlett, inclinando la cabeza. — Tú eras medio aburrida, ¿no?

La frase llegó con precisión quirúrgica. No era sobre Lucas. Era sobre herir.

Maddy sintió el golpe como si fuera físico, caliente y frío al mismo tiempo. El instinto le gritó que respondiera, que devolviera, que humillara. Pero se aferró al silencio como si fuera el último pedazo de dignidad intacta.

Scarlett soltó una risita baja.

— Creo que en el fondo él solo se cansó.

El aire se volvió más pesado. Maddy tragó la náusea, forzando a que las lágrimas no subieran. Miró su propio reflejo y vio un mínimo borrón debajo de un ojo, casi nada, pero suficiente para delatar emoción. La vergüenza llegó enseguida, inmediata.

Scarlett inclinó el cuerpo un poco, analizando el vestido de Maddy como quien evalúa una pieza en un escaparate.

— Pero mírate aquí intentando seguir el ritmo — concluyó, y la sonrisa se ensanchó. — Qué esfuerzo.

Maddy inspiró, lenta. Sintió el pecho arder. Sintió la humillación antigua intentando reinstalarse como una sentencia.

Abrió la boca, por fin, para decir cualquier cosa — cualquier cosa que no fuera debilidad — cuando oyó otro sonido detrás de ellas: la puerta abriéndose de nuevo, más firme, más pesada. Un paso que no era vacilante, que no pedía permiso.

Scarlett fue la primera en darse cuenta.

Su rostro cambió como si alguien hubiera cambiado la máscara en segundos. La sonrisa venenosa se volvió encanto profesional. La postura quedó demasiado erguida, ensayada. Se giró con prisa controlada, los ojos abriéndose con un brillo de ambición.

— Presidente Ryan… — dijo Scarlett, como si fuera un placer personal. — Vaya, qué sorpresa.

Maddy se giró despacio, y el mundo pareció inclinarse.

Ryan Walker estaba allí.

Su traje parecía más oscuro bajo la luz cálida del lavabo, y la mirada azul era lo bastante fría como para bajar la temperatura del lugar. Tenía la expresión neutra de quien entra en cualquier ambiente como si ya perteneciera. Como si la puerta hubiera sido hecha para él.

Scarlett dio un paso al frente, toda simpatía.

— Evento increíble. Usted y su empresa realmente saben impresionar.

Ryan la miró sin prisa, su atención una cuchilla. Si había oído las últimas frases, no lo demostró. Solo extendió la mano cuando ella le ofreció la suya, un apretón breve, educado, sin calidez.

Scarlett parecía… impresionada. Casi sin aliento por su propia oportunidad.

Ryan entonces miró a Maddy.

El silencio que cayó fue distinto de cualquier otro. Era íntimo. Era peligroso. Maddy sintió que el estómago se le daba vuelta, porque supo, en el fondo, que él había oído. No necesitaba que lo confirmara. Estaba en la forma en que su mirada se oscureció un tono al posarse en ella, como si hubiera decidido algo.

Se acercó con naturalidad, atravesando el pequeño espacio del lavabo como si no hubiera nadie más allí.

Antes de que Maddy pudiera procesarlo — antes de que pudiera prepararse, retroceder, fingir — Ryan alzó la mano y le sostuvo el rostro con una delicadeza firme. Su pulgar tocó la línea de su mandíbula como si conociera ese lugar.

Y entonces la besó.

Fue un beso corto, calculado, pero suficiente para hacer explotar el mundo dentro de la cabeza de Maddy. El shock le atravesó el cuerpo en oleadas. Sintió su sabor — limpio, caro, demasiado real — y por un segundo olvidado, su corazón respondió como si aquello fuera lo más correcto del mundo.

Cuando se apartó, sus ojos permanecieron en ella, demasiado cerca.

— Mi amor… — dijo Ryan, en el tono más natural y posesivo que ella había oído en su vida. — Te estaba buscando.

Scarlett se quedó inmóvil, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo funcionar.

— ¿Ustedes… se conocen? — preguntó, y la voz le salió más fina de lo planeado.

Ryan ni siquiera miró de vuelta a Scarlett cuando respondió. Su foco era Maddy, como si todo aquello fuera por ella y a través de ella.

— Ella es mi novia.

La frase cayó con un peso brutal.

Maddy sintió que su propio cerebro tropezaba. Novia. La palabra no cabía. No tenía sentido. Y, aun así, dicha por Ryan, sonó como si el mundo tuviera que aceptar.

Scarlett parpadeó una vez. Luego otra. Su máscara se resquebrajó y, por un segundo pequeño y delicioso, Maddy vio lo que había debajo: rabia, envidia y humillación pura.

La mirada de Scarlett se deslizó hacia el vestido de Maddy, luego hacia su rostro, como si intentara recalcular el universo entero. Como si, de repente, todo lo que había creído saber — sobre estatus, sobre quién valía algo, sobre quién "ganaba" — le hubiera sido arrancado delante de un espejo.

Ryan permaneció cerca, la mano aún en el rostro de Maddy, como si estuviera marcando un punto que nadie podría cuestionar.

Entonces bajó la voz, solo para que ella lo oyera.

— Necesito volver para hablar con la gente ahí fuera.

Maddy aún estaba atrapada en la sensación de su toque, en el beso, en la palabra "novia" resonando en su cabeza. Parpadeó, intentando encontrar su propia voz en medio de la confusión.

— Claro — respondió, baja, automática.

Ryan alzó la otra mano y, con un gesto demasiado pequeño para ser exhibicionismo, apartó un mechón de su cabello del rostro. Su pulgar pasó por debajo de su ojo, limpiando discretamente el borrón que la emoción había dejado allí. El toque fue tan íntimo que Maddy sintió que el pecho se le apretaba por un motivo distinto.

Scarlett asistió a eso como si fuera una agresión personal.

— Con permiso — murmuró Scarlett, el tono controlado con esfuerzo, y salió del lavabo con demasiada prisa para ser elegante.

El espacio quedó, de repente, demasiado grande para dos.

Ryan mantuvo la mirada en Maddy por un instante largo, y había algo allí que no era solo estrategia. Era tensión, cruda, silenciosa. Era la pregunta que ninguno de los dos hacía en voz alta: ¿por qué?

Maddy no podía hablar. La garganta parecía apretada por manos invisibles.

Ryan dejó ir su mano, despacio, como si no quisiera soltar. Como si fuera demasiado peligroso quedarse, e demasiado imposible irse.

Dio un paso atrás.

— Quédate bien — dijo, simple, pero con una gravedad que no combinaba con la frase.

Y entonces salió, la puerta cerrándose detrás de él con un clic suave que pareció demasiado alto.

Maddy se quedó sola.

El sonido distante de la fiesta volvió a existir, la música infiltrándose por las paredes, las risas regresando como si nada hubiera pasado. Apoyó las dos manos en el lavabo, respirando hondo, intentando estabilizar su propio cuerpo.

Cuando levantó el rostro, el espejo devolvió una imagen que no reconoció del todo: ojos verdes muy abiertos, lápiz labial perfecto, un resto de calor en la boca que no era maquillaje. La marca invisible de un beso que había sido corto, pero que había cambiado algo.

Se encaró a su propio reflejo, el corazón latiendo pesado, y se dio cuenta de que la pregunta más aterradora no era por qué Ryan había hecho eso.

Era lo que significaba que a ella le hubiera gustado tanto sentir que él estaba de su lado.

CAPÍTULO 16

La Forma En Que Él Mira

Maddy se despertó antes del despertador, en el exacto segundo en que la ciudad aún parecía respirar bajo. La habitación estaba a media luz, filtrada por cortinas finas que dejaban entrar la mañana como un secreto. El silencio del apartamento era tan completo que ella oyó su propio corazón primero—un ritmo inquieto, sin motivo racional, como si algo aún estuviera pasando.

Se quedó acostada, con los ojos abiertos, mirando al techo. La memoria no venía en secuencia; venía en destellos, de la forma en que la mente elige torturar cuando el cuerpo aún no ha decidido si aquello fue un alivio o un riesgo.

"Mi novia."

La voz de Ryan, baja y demasiado natural, como si esa frase fuera una verdad antigua. El beso—corto, preciso—no había sido pedido ni explicado. Había sido puesto en el mundo, delante de Scarlett, como un movimiento calculado. Y la mano de él en la cara de ella… el pulgar limpiando, con una delicadeza que la dejó más expuesta que cualquier humillación.

Maddy giró el rostro en la almohada, como si pudiera aplastar el recuerdo allí. No sirvió. El cuerpo reaccionó de la misma manera: calor en el pecho, una respiración más rápida, esa sensación irritante de que él aún estaba demasiado cerca, aun no estando.

El celular vibró en el escritorio. No fue un susto; fue casi una invitación al caos.

Agarró el aparato y, aún acostada, abrió el grupo con Lily y Kevin. La luz de la pantalla dibujó el contorno del dedo de ella, pálido contra el brillo.

Kevin: "Buenos días, víctima del CEO enamorado."

Maddy soltó aire por la nariz, el tipo de risa que intenta nacer y se contiene a la mitad.

— Ustedes son dramáticos — tecleó, con los pulgares demasiado rápidos, como si la velocidad pudiera hacer que aquello pareciera menos real.

Antes de que ella soltara el celular, Lily respondió.

Lily: "Amiga… ese hombre está completamente por ti."

Maddy apretó los labios. La imagen de Scarlett deteniéndose, la postura cambiando al ver a Ryan—y luego derrumbándose por dentro—volvió con fuerza. La forma en que el aire en el lavabo se volvió pesado, como si todo el mundo hubiera entendido algo que ella misma aún no había entendido.

— No es así — escribió. Y, en el mismo impulso, completó: — Tal vez solo le dio pena de mí en esa situación.

Miró sus propias palabras. Pena. Sonaba seguro. Sonaba simple. Sonaba como una versión del mundo que no la obligaba a admitir cuánto había temblado con un simple toque.

Kevin respondió inmediatamente, como si estuviera esperando.

Kevin: "Un hombre billonario no arma escena en un lavabo por pena."

Lily: “Y mucho menos te llama novia delante de la actual de tu ex.”

Maddy se giró de lado, tirando de la sábana hasta la barbilla, como si fuera una barrera contra la insistencia de ellos. Tecleó de nuevo, probando una defensa que ni ella creía del todo.

— Él solo me estaba protegiendo, ¿ok? Lucas y Scarlett… eso iba a volverse un show. Él solo… evitó.

Casi en el mismo instante, apareció un audio de Kevin. Ella dudó un segundo, después apretó play.

“Amiga, por el amor de Dios,” la voz de Kevin vino alta y teatral, como si él estuviera en medio de la sala y no dentro de un archivo de audio, “yo reconozco a un hombre enamorado cuando lo veo. Eso fue un ‘te quiero’ en versión corporativa, ¿entiendes? El tipo te besó en medio del caos, y todavía te limpió la cara como si fuera… no sé, un marido de comercial de margarina, solo que rico y bueno.”

Maddy se mordió la parte interna de la mejilla, intentando no reírse —y falló.

El audio terminó, y Lily mandó, seca.

Lily: “Ni siquiera tienes novio.”

Kevin respondió en texto, ofendido por deporte.

Kevin: “Pero tengo práctica observando ricos guapos a distancia.”

Kevin: “En mi noviazgo todavía estoy esperando que aparezca la parte de rico.”

Maddy se rió de verdad esta vez. Una risa corta, pero entera. El pecho de ella se aflojó un poco, como si la noche anterior hubiera sido un nudo y ese sonido fuera el primer intento de deshacerlo.

Dejó caer el celular en el colchón al lado y se quedó mirando al techo por algunos segundos más, respirando despacio. El apartamento aún estaba quieto. La luz aún era suave. Pero algo en ella había cambiado de posición. Como si la vida hubiera desplazado un mueble pesado sin avisar, y ahora todo estuviera ligeramente fuera de lugar.

Cuando por fin se levantó, fue directo al baño. El agua fría en la mano, el espejo, el rostro sin maquillaje—un rostro que intentaba parecer el mismo de siempre y no conseguía esconder el brillo nervioso en los ojos verdes.

— Para con eso — murmuró a su propia imagen, en una voz baja, casi íntima. No sabía si estaba hablando del pensamiento en él o del modo en que el corazón aún se aceleraba cuando recordaba el "mi amor" que él había dicho tan fácil.

Volvió al cuarto y abrió el armario. El gesto fue automático al principio—camisa, pantalón, algo práctico—hasta darse cuenta de que su mano pasó por prendas que ella rara vez elegía en una mañana común.

¿Un vestido? No. "No seas ridícula."

Sacó una blusa de tela ligera, de corte impecable, y una falda lápiz que marcaba la cintura con elegancia sin gritar. La elección fue casi metódica. Añadió un blazer, como si la tela estructurada pudiera impedir pensamientos desestructurados.

En el maquillaje, fue "delicada". Corrector bien aplicado. Un toque de rubor. Máscara de pestañas suficiente para abrir la mirada sin parecer que ella había intentado demasiado. El labial quedó en un tono neutro, discreto, solo para dar vida.

El cabello—generalmente recogido en un moño apresurado—lo cepilló con calma, como si cada pasada del cepillo fuera una conversación silenciosa consigo misma. Luego lo ató en una coleta

baja alineada, dejando un mechón suelto a propósito, como si eso fuera casual y no un ensayo.

Cuando terminó, miró el resultado. Había algo de "demasiado arreglada" ahí. Y ella lo notó.

El estómago se le apretó con la conciencia.

— No es por él — dijo, para nadie. La mentira salió con una naturalidad irritante.

En la calle, Manhattan ya estaba despierta al volumen máximo. Bocinas en capas. Pasos apresurados. El sonido metálico del metro bajo el asfalto, como una vibración constante. El viento de otoño golpeaba los edificios y volvía, cortante, trayendo el olor a café y humo distante.

Maddy caminó con el ritmo de quien tiene un destino y no quiere darle espacio a la mente. El bolso en el hombro, el celular en la mano, la mirada intentando quedarse pegada al trayecto y no a los recuerdos.

"Mi novia."

Cruzó la calle con el semáforo, y la frase cruzó junto.

Al entrar en el edificio de la empresa, todo se volvió más silencioso otra vez—un silencio pulido. El mármol claro, la recepción minimalista, el brillo limpio de las pantallas. Saludó a la recepcionista, pasó la credencial, y el ascensor la tragó con un cierre suave de puertas.

En el piso, el ambiente ya era familiar: teclados, conversaciones bajas, el tintinear de tazas en el área del café, el perfume caro que parecía mezclarse con el aire acondicionado. Maddy fue hasta su mesa, encendió la computadora, respondió correos que habían

llegado durante la madrugada, anotó pendientes. Una reunión rápida encajada aquí, un ajuste de cronograma allá.

Se aferró a la rutina como si fuera una boya.

Pero la mañana tenía un hilo eléctrico corriendo por debajo, y Maddy lo sentía. Cualquier sonido de pasos más firmes en el pasillo hacía que su cuerpo se pusiera atento. Cualquier sombra pasando por el vidrio la dejaba rígida por un segundo más de lo que debía.

Estaba concentrada en una pantalla de diseño cuando oyó, a lo lejos, un pequeño desplazamiento en el ambiente—un tipo de silencio que se forma no porque alguien lo pida, sino porque todos aprenden a hacerlo.

Ryan Walker cruzó el piso.

Maddy no levantó la cabeza de inmediato. Los dedos siguieron en el teclado, como si ella fuera un robot entrenado. Pero su cuerpo ya lo sabía. El aire se volvió diferente. Lo sintió antes de ver.

Cuando por fin levantó la mirada, ya era demasiado tarde para fingir.

Los ojos de él estaban en ella.

Azules, fijos, con una intensidad que no combinaba con el ambiente corporativo. Él no sonreía. No había ninguna señal obvia de recuerdo. Y aun así… era como si él sostuviera la atención de ella en una mano invisible, sin fuerza, solo con certeza.

Maddy tragó en seco. El calor subió por el cuello antes de que pudiera controlar. Intentó desviar, pero la mirada de él duró un segundo más. Un segundo entero. Lleno.

Ryan siguió caminando, saludando a alguien con un gesto mínimo, y desapareció detrás de una divisoria de vidrio.

Maddy se dio cuenta de que había dejado de respirar bien. Soltó el aire despacio, como si estuviera intentando no llamar la atención sobre su propio colapso interno.

Y aun sin mirar alrededor, lo sintió.

Miradas.

Dos colegas cercanos intercambiaron una frase rápida que ella no oyó. Alguien se rió bajo. Una cabeza se inclinó hacia ella, luego desvió cuando Maddy levantó la mirada. Era sutil, pero existía: una curiosidad naciendo, alimentada por lo que no se decía.

Más adelante, Brian Grant estaba apoyado en un mostrador de apoyo, conversando con alguien. Su sonrisa era la de siempre—fácil, controlada. Pero los ojos… los ojos pasaron por Maddy como si hicieran una lectura.

Él lo notó. Claro que lo notó.

Lily apareció algunos minutos después, saliendo de una sala lateral con una tablet en la mano. Cuando llegó cerca, miró a Maddy y no preguntó nada—solo levantó una ceja, como quien confirma una teoría.

Maddy fingió estar demasiado ocupada para hablar. Lily aceptó el silencio por ahora, pero no le quitó los ojos por completo. Era el tipo de atención que protegía y juzgaba al mismo tiempo.

El resto de la mañana transcurrió con la normalidad posible. Maddy trabajó como si el enfoque pudiera ser una barrera. Ajustó detalles del producto. Respondió mensajes. Actualizó un archivo de presentación. Hizo pequeñas pausas para café que no tenían gusto a café.

Al mediodía, hubo una reunión con el equipo. Una sala moderna, mesa larga, pantallas encendidas, luz lo suficientemente fría como

para dejar a todo el mundo más serio. Maddy se sentó con el laptop abierto y una carpeta de anotaciones al lado. Lily se quedó cerca, con la postura de quien está ahí para apoyar sin interferir.

Ryan estaba en el otro extremo de la mesa. Impecable. Su presencia llenaba el espacio sin esfuerzo. Habló poco al principio, escuchando más de lo que parecía común. Y cuando miraba a Maddy, era como si todo lo demás quedara en segundo plano.

Maddy inició la presentación de una idea nueva relacionada con el producto — un ajuste en la interfaz que dejaba la experiencia más fluida, intuitiva y humana. Hablaba con seguridad, señalando detalles en la pantalla mientras las imágenes del prototipo se reflejaban en la mesa de vidrio de la sala. Por fuera, parecía firme. Por dentro, sentía su propio equilibrio sostenido por hilos demasiado finos.

Uno de los directores — un hombre de postura rígida, reloj demasiado caro y expresión constantemente irritada — soltó un suspiro impaciente incluso antes de que ella terminara el razonamiento.

— Esto se ve bonito en presentación — interrumpió, cruzándose de brazos. — Pero la empresa no vive de estética. ¿De verdad tienes base suficiente para defender esto o estás apostando por tu propio gusto personal?

La frase cayó seca en la sala. No era una pregunta. Era un intento de disminuir.

Maddy sintió el calor subirle por el pecho. Por un segundo corto y cruel, su voz casi falló. La sala entera pareció esperar para ver si ella aguantaría la presión o se rompería ahí mismo.

Abrió la boca para responder.

Pero Ryan fue más rápido.

Levantó los ojos despacio de la mesa hasta el director, y el cambio en el ambiente fue inmediato. No hubo aumento de voz. No hubo prisa. Lo peor era justamente la calma.

— Ella aún no ha terminado de hablar.

Silencio.

Ryan se inclinó levemente en la silla, los ojos azules fríos clavados en el hombre del otro lado de la mesa.

— Y si Maddy está proponiendo esta solución, sugiero que escuches hasta el final antes de presumir que ella no sabe exactamente lo que está haciendo.

El director apretó la mandíbula inmediatamente.

Nadie en la sala respiró bien.

Maddy sintió el corazón latir demasiado fuerte, no por la discusión — sino por la forma en que él dijo su nombre. Como si estuviera dejando claro para cualquier persona allí que no permitiría que la disminuyeran.

Ryan entonces giró el rostro lentamente hacia ella.

Y su mirada cambió completamente.

Más cálida. Más baja. Casi demasiado íntima para una sala llena.

— Continúa, Maddy.

La voz salió firme, pero había algo por debajo de ella. Confianza. Apoyo. Orgullo.

Y fue eso lo que desestabilizó a Maddy de verdad.

El director se recostó en la silla, los labios apretándose en una línea corta. Pero no insistió. No allí.

Maddy miró a Ryan por reflejo. Él no miró de vuelta por gentileza; sostuvo. Como si dijera sin palabras: continúa. Como si fuera obvio que ella tenía derecho a ocupar ese espacio.

El pecho se le apretó en un punto inesperado. No era solo alivio. Era algo más íntimo, más peligroso: la sensación de ser vista de verdad en ese lugar.

Retomó el habla. Esta vez, la voz salió más estable. Mostró los datos. Explicó el razonamiento. Señaló las métricas. Cuando alguien intentó cortar de nuevo, Maddy ya estaba lista, y el ambiente, de alguna forma, parecía inclinado a escucharla.

Durante toda la presentación, Ryan permaneció atento. No tocó el celular. No se desvió a conversaciones paralelas. Miraba como si aquello fuera importante—como si ella fuera importante.

Y en algunos momentos, cuando Maddy empezó a dudar de una palabra, de un número, de una decisión, bastaba sentir la mirada de él para que su cuerpo se alineara de nuevo. Como si la creencia de él le prestara firmeza a la de ella.

La reunión terminó con un cierre objetivo y tareas distribuidas. Las sillas se movieron, el sonido volvió en olas, las personas se levantaron en pequeños grupos.

Brian pasó por Maddy al salir, y sus ojos fueron rápidos hacia Lily—una mirada corta, cómplice, como si ambos hubieran asistido al mismo espectáculo sin necesidad de comentar.

Lily devolvió con una expresión neutra, pero su mano tocó el antebrazo de Maddy por un segundo, un gesto mínimo que decía: lo vi.

Maddy recogió las cosas y salió de última, con la cabeza dando vueltas. En el pasillo, respiró hondo y caminó demasiado rápido, como si pudiera dejar el momento atrás en la alfombra de la sala.

Al final de la jornada, salió del edificio con el cielo ya cambiando de color. La ciudad estaba más fría. El viento parecía tener más dientes. Maddy caminó hasta el metro con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la mente repitiendo la escena de la reunión con una insistencia que irritaba.

"Déjala terminar."

Él lo había dicho como si fuera la cosa más natural del mundo. Como si su voz pudiera poner orden en el espacio y, junto, en alguna parte de ella.

Por la noche, el apartamento de Maddy estaba diferente porque no estaba vacío. Kevin y Lily se habían esparcido como si fueran dueños del lugar: una caja de pizza abierta en la mesa de centro, servilletas arrugadas, dos latas de refresco, un pedazo de borde olvidado en un plato pequeño.

Maddy se quitó los zapatos y dejó el bolso en el sofá. El olor de comida caliente era reconfortante, simple, un tipo de normalidad que ella necesitaba más de lo que admitiría.

Kevin la señaló con la mano que sostenía un pedazo de pizza, teatral.

— Entonces…

Maddy apenas terminó de sentarse en el sofá y ya percibió el brillo peligroso en los ojos de Kevin. Ese brillo significaba problema. O chisme. Normalmente los dos juntos.

Ya levantó el dedo incluso antes de que él abriera la boca.

— Kevin, ni empieces.

Kevin se llevó la mano al pecho, ofendido de mentira.

— ¿Ni empieces? Amiga, el CEO billonario de tu empresa prácticamente humilló a un director en red corporativa en vivo por tu culpa. ¿Cómo quieres que yo "ni empiece"?

— Él no humilló a nadie. — Maddy intentó sonar firme, pero salió demasiado rápido.

Kevin giró lentamente el rostro hacia Lily como si estuviera pidiendo ayuda profesional.

— Lily. ¿Oíste eso? Ella perdió completamente la noción de la realidad.

Lily soltó una risa corta antes de beber un trago de la bebida.

— En realidad… él realmente la defendió.

Kevin abrió los ojos dramáticamente. Entonces dio palmaditas pequeñas y rápidas.

— AY, DIOS MÍO. Lily Turner entrando oficialmente en el chisme corporativo. Este día necesitaba ser celebrado nacionalmente.

— No estoy chismeando — respondió Lily conteniendo la sonrisa. — Solo estoy diciendo lo que pasó.

Maddy se levantó para agarrar agua en la cocina, intentando huir de la conversación. La cara aún le ardía cuando recordaba la reunión. Ryan mirando al director de esa manera. Ryan diciendo su nombre de esa manera.

Mientras bebía agua, oyó a Kevin seguir desde la sala:

— Amiga, los hombres ricos no defienden a mujeres bonitas así sin motivo. Eso ya es literatura femenina contemporánea.

— Tal vez solo estaba defendiendo el proyecto — rebatió Maddy volviendo a la sala.

Lily arqueó lentamente una ceja.

— Maddy… él interrumpió al director en medio de la reunión.

Maddy abrió la boca, pero Lily continuó antes de que ella inventara alguna excusa.

— Y después se quedó mirándote el resto entero de la presentación. No hace eso con nadie.

Kevin se llevó las dos manos a la cabeza dramáticamente.

— Gracias, Lily. ¡Gracias! Por fin alguien lúcido en esta casa.

Lily señaló con calma a Maddy.

— Kevin, tenías que haber visto la cara de él hoy en la reunión… y estoy segura de que definitivamente no haría eso por otra persona.

Kevin inmediatamente golpeó su propia pierna, escandalizado.

— ¡LISTO! Se acabó. Lily lo confirmó. Ya no hay discusión.

Maddy le lanzó un cojín.

— Ustedes dos son insoportables.

Kevin sostuvo el cojín en el pecho como si hubiera sido alcanzado mortalmente.

— Amiga, la forma en que ese hombre te mira debería estar prohibida por la ONU. Eso es un arma emocional.

Maddy soltó una risa nerviosa antes de poder impedirlo.

Kevin la señaló inmediatamente.

— ¡AHÍ! ¿Ves? Se rió como protagonista enamorada.

— Yo no estoy enamorada.

Kevin entrecerró los ojos teatralmente.

— Hm. Frase clásica dicha segundos antes de que ocurra el desastre emocional.

Hasta Lily se rió esta vez.

Y eso lo empeoró todo. Porque oír a Kevin exagerando era fácil de ignorar. Pero oír a Lily de acuerdo hacía que se le apretara el pecho de una manera diferente.

Porque Lily no exageraba. Nunca.

Y tal vez fuera exactamente eso lo que empezaba a asustar a Maddy de verdad.

CAPÍTULO 17

Demasiado Cerca

El viernes por la tarde tenía una manera propia de ablandar Manhattan por dentro. En el piso de la empresa, el ritmo todavía existía —pantallas encendidas, pasos apresurados, notificaciones discretas—, pero la urgencia se disolvía en las conversaciones susurradas sobre reservas, viajes en tren, películas que "por fin" iban a ver. El café se buscaba con menos prisa. En algún rincón, una playlist baja se escapaba de unos auriculares y se volvía casi ambiente.

Maddy Mitchell miraba la pantalla del ordenador como si las líneas del archivo pudieran, en cualquier segundo, reorganizarse solas. El cursor parpadeaba, insistente. Ella intentaba aferrarse a los detalles del diseño, a los márgenes, a las medidas, a la lógica de lo que tenía que hacerse —pero la mente, traicionera, volvía siempre al mismo lugar.

Ryan Walker.

A la manera en que él la había mirado en la reunión. A la forma en que su voz había cortado la sala cuando alguien la interrumpió. Al besito en el lavabo, tan rápido y tan definitivo que, por un segundo, ella casi creyó en la palabra novia más de lo que debía.

Maddy tecleó dos palabras y las borró. Luego otras dos. La mano derecha fue hasta la taza de café ya tibio, y ella ni recordaba cuándo

había cogido aquello. Dio un sorbo solo para tener algo que hacer con la boca, como si el cuerpo necesitara una excusa para existir allí sin delatar lo que estaba pasando por dentro.

Una risa estalló a pocos metros, cerca de la cocina. Alguien comentó que "el metro iba a estar un infierno" y otro respondió algo sobre "escaparse temprano". Maddy intentó fijar la atención en ese tipo de vida normal, pero fue como intentar fijar los ojos en un cartel mientras un tren pasaba delante de él.

La notificación de correo electrónico parpadeó en la esquina inferior de la pantalla.

Hizo clic sin pensar, automática, porque eso era lo que hacía desde que la habían contratado: hacer clic, responder, entregar. El título le llamó la atención como un tirón discreto por el cuello.

"Reunión externa — presentación estratégica".

Maddy frunció el ceño. Externa. Y… por la noche. La hora en el cuerpo del correo no dejaba espacio para interpretación: 20:30.

Desplazó el mensaje, buscando los nombres en copia, el resto del equipo, un grupo mayor. No había.

El estómago le dio una vuelta pequeña y silenciosa.

Antes de que terminara de leer la última línea, la sombra de alguien se detuvo al lado de la mesa, firme y conocida. Maddy alzó la mirada y se encontró con Lily Turner con la expresión de quien ya había entendido la mitad del problema y estaba decidiendo si la otra mitad era peligrosa.

—¿Abriste el correo? —preguntó Lily, bajo, como si el asunto tuviera dientes.

Maddy parpadeó, intentando parecer casual.

—Acabo de abrirlo.

Lily arrastró la silla vacía de al lado y se sentó sin pedir, cruzando las piernas con la calma de quien siempre elegía el lugar más estratégico de cualquier sala. En la mano, el móvil mostraba el mismo mensaje, la misma línea de asunto, la misma hora.

—A mí también me llamaron —dijo Lily—. Solo nosotras dos. No hay nadie más en copia.

Maddy volvió a mirar la pantalla, como si las palabras pudieran cambiar si miraba lo bastante fuerte.

—Reunión externa. Presentación estratégica —repitió, despacio—. Esto parece… demasiado grande para ser solo con nosotras.

—O demasiado pequeño —respondió Lily, y su tono no era supersticioso; era lógico—. Y cuando algo es demasiado pequeño, generalmente es porque no quieren que nadie más lo vea.

Maddy sintió que se le calentaba la cara, como si el cuerpo hubiera entendido la implicación antes de que la mente tuviera el valor de acompañarla.

—Puede ser solo… una conversación más enfocada sobre el producto —intentó—. Tal vez sobre el roadmap. Algo que no tiene sentido en una reunión formal.

Lily inclinó la cabeza.

—Tal vez. —Pausa—. ¿Quién lo envió?

Maddy miró de nuevo.

—La asistente de Ryan. Pero firmado por él.

Se instaló un silencio corto, lleno de cosas que las dos no estaban diciendo. Lily no era de las que se asustaban fácil —y eso, por algún

motivo, aumentaba el peso del nerviosismo discreto que tenía en los ojos.

—¿Vas a ir? —preguntó Lily.

Maddy cerró el correo y abrió cualquier archivo aleatorio, como si eso pudiera disimular algo incluso ante ella misma.

—Yo… no tengo cómo no ir.

—Entonces yo voy también —dijo Lily, firme.

Maddy soltó el aire despacio, agradecida e irritada al mismo tiempo. Agradecida por Lily ser esa presencia que sostenía. Irritada por necesitar eso.

El resto de la tarde pasó en una secuencia extraña de cosas normales con un subtexto que no dejaba de crecer. Maddy respondió a dos mensajes, revisó una página, firmó una aprobación. Sonrió a un compañero sin oír bien lo que decía. Cuando se dio cuenta, ya estaba apagando el ordenador y metiendo el portátil en el bolso con movimientos más rígidos de lo que quería admitir.

Fuera del edificio, el inicio de la noche en Nueva York tenía el brillo metálico de siempre, reflejado en vidrio y en prisa. El viento entre los edificios parecía saber de cada vacilación humana y pincharlas todas.

En casa, Maddy se quedó parada delante del armario abierto durante unos segundos, como si esperara que la ropa eligiera por ella. El apartamento estaba silencioso, demasiado pequeño para la cantidad de pensamientos que llevaba. Sacó una percha, luego otra, y por fin se quedó con un vestido azul que había comprado con la intención vaga de “algún día necesitarlo”.

La tela era elegante, ajustada en la medida justa sin ser vulgar, con un corte que dibujaba la cintura y un escote discreto que, aun así,

prometía atención. Al ponérselo, sintió el cambio inmediato: no era solo ropa. Era una versión de ella que caminaba con la cabeza más erguida.

En el espejo, se soltó el pelo castaño oscuro y lo dejó caer en ondas ligeras, arreglándolo con los dedos como si fingiera casualidad. Se puso un poco de maquillaje, lo suficiente para realzar los ojos verdes sin parecer que lo había intentado demasiado. Aun así, la impresión era de preparación para algo que no tenía nombre.

Cuando Lily llegó para encontrarse con ella —o cuando las dos se encontraron en el camino, sincronizadas en la prisa—, Maddy se dio cuenta de que la amiga también había elegido una armadura.

Lily llevaba un vestido nude, refinado, que hacía parecer que pertenecía naturalmente a cualquier lugar caro de la ciudad. El pelo castaño claro estaba recogido parcialmente, dejando algunos mechones sueltos enmarcando el rostro, y había algo diferente en la manera en que ajustaba la correa del bolso: un nerviosismo contenido, escondido bajo la disciplina.

—Estás preciosa —dijo Maddy, y la frase salió más como constatación que como cumplido.

—Tú también —respondió Lily, evaluando a Maddy con una mirada rápida y precisa—. Y odio que esto parezca… una cosa.

Maddy tragó, sintiendo el propio corazón latir en la garganta.

—Yo también lo odio.

El trayecto hasta el restaurante fue demasiado corto para el tiempo que Maddy necesitaba para convencerse de que aquello era solo trabajo. El coche se detuvo frente a una fachada elegante, con luces doradas y ventanas amplias que exhibían el interior como una invitación y una amenaza. Dentro, el skyline de Manhattan parecía

una pintura viva al fondo, como si hasta la ciudad hubiera sido elegida por alguien con mucho dinero y mucho control.

Entraron y el aire cambió. Olor a vino caro, a madera pulida, a perfume discreto. Música elegante, lo bastante baja para permitir conversaciones íntimas y lo bastante alta para mantener secretos protegidos.

Un anfitrión las guió sin dudar, como si ya supiera exactamente quiénes eran y adónde iban. Maddy sintió que se le apretaba el estómago a cada paso.

La mesa reservada estaba en un rincón con vista privilegiada. Y, sentados allí, como si siempre hubieran pertenecido a aquel escenario, estaban Ryan Walker y Brian Grant.

Ryan no se levantó inmediatamente. Solo alzó la mirada.

Los ojos azules de él se encontraron con los de Maddy con una precisión que parecía física —como si la mirada fuera una mano que tocaba y no pedía permiso. Estaba impecable, claro, pero no parecía un hombre que necesitara esforzarse. El traje era oscuro, el corte perfecto, su presencia llenaba el espacio con calma.

Brian, a su lado, tenía la sonrisa fácil que siempre llevaba. Pero su mirada castaña se posó en Lily con una curiosidad que iba más allá de lo profesional, como si estuviera probando su reacción solo por diversión.

—¿Dónde está el resto del equipo? —preguntó Lily antes incluso de que Maddy encontrara su propia voz. Su tono era educado, pero firme.

Brian esbozó una sonrisa ligera, casi inocente.

—Solo ustedes dos. —Hizo un gesto para que se sentaran—. Queríamos hablar sobre algunas decisiones exclusivas del producto.

Exclusivas. La palabra entró como un susurro que Maddy no había pedido oír tan cerca del oído.

Se sentaron. Maddy sintió que la tela del vestido se enganchaba levemente en las piernas al cruzarlas, y la pequeña dificultad pareció demasiado grande bajo la mirada de Ryan, que no disimulaba la atención. Brian, por su parte, siguió a Lily con un interés que la hizo ajustar la postura, como si quisiera demostrar algo sin saber exactamente qué.

El camarero llegó con menús y una carta de vinos demasiado pesada para parecer casual. Las copas brillaban bajo la luz baja, reflejando pequeños puntos dorados que temblaban conforme las manos se movían.

—¿Un vino? —preguntó Brian, mirando a Lily, y no era una pregunta sobre bebida; era una provocación social.

—Acepto —respondió Lily con la misma calma de siempre, pero hubo un retraso mínimo, casi imperceptible, como si se estuviera ajustando al juego.

Maddy miró el menú sin leer de verdad. Ryan pidió con naturalidad, como si ya supiera lo que ella elegiría —y, de un modo irritante, acertó cuando sugirió algo ligero, elegante, "que combina con la noche".

Los primeros minutos fueron trabajo. Un trabajo real, con términos técnicos y decisiones estratégicas, con preguntas que exigían atención y respuestas precisas. Brian conducía la conversación con ligereza, sacándole detalles a Lily como quien sabe exactamente dónde apretar para hacerla hablar más de lo que planeaba.

—Tienes una manera de corregir sin humillar —comentó Brian, en cierto punto, con los ojos fijos en los de ella—. Eso es raro.

—Yo humillo solo cuando vale la pena —devolvió Lily, seca. Pero había una sombra de sonrisa en la comisura de la boca, y Maddy lo notó.

Brian rió bajo.

—Entonces tengo que tener cuidado.

—Tienes —confirmó Lily, y por fin sonrió. Pequeña. Controlada. Pero real.

Maddy intentó seguir, pero su atención se rompía cada vez que Ryan hablaba. Su voz era baja, firme, y cada palabra parecía elegida. Cuando se inclinaba hacia delante, los puños de la camisa aparecían, y el reloj en la muñeca capturaba la luz como un aviso silencioso de que aquel hombre tenía tiempo —y aun así se empeñaba en gastarlo allí.

La rodilla de Maddy rozó levemente la mesa, y se dio cuenta de lo cerca que él estaba. No físicamente —la distancia entre sillas era normal—, sino de una manera que no se medía con centímetros.

En un momento, al alcanzar la copa, los dedos de ella pasaron demasiado cerca de los de él. No llegaron a tocarse, pero la proximidad fue suficiente para que su cuerpo reaccionara como si hubiera pasado algo.

Ryan no apartó la mirada. Observó. Como si estuviera registrando cada pequeña pérdida de control.

La cena avanzó, platos bien presentados, sabores que deberían haber sido el foco, pero Maddy apenas recordaría el gusto después. Recordaría la manera en que Ryan sostenía la mirada sin prisa. La forma en que escuchaba, como si todo lo que ella dijera tuviera una importancia que ella aún no entendía.

Cuando el móvil vibró dentro del bolso, Maddy casi se asustó. El sonido pareció demasiado alto en aquel ambiente de elegancia controlada.

—Con permiso —dijo ella, ya sacando el aparato, con el corazón acelerado por motivos que nada tenían que ver con el timbre.

—Claro —respondió Ryan, y su tono llevaba una paciencia que parecía peligrosa.

Maddy se levantó con cuidado, esquivando las sillas, y siguió por el pasillo hasta una terraza exterior indicada por un cartel discreto. Afuera, el aire estaba más frío, con un viento ligero que le tiró de algunos mechones del pelo y se los echó a la cara. La ciudad se extendía abajo, iluminada, viva, indiferente.

La llamada era del banco, algo burocrático sobre una transacción reciente. Maddy respondió con firmeza, confirmó datos, colgó en pocos minutos. El tipo de cosa que debería haber sido totalmente olvidable.

Pero cuando bajó el móvil y respiró, ya sintió la presencia antes de ver.

Ryan estaba detrás de ella, tan silencioso que parecía haber surgido del propio viento. Maddy se giró rápido y la mano se le fue instintivamente al pecho.

—Ah… no te vi llegar.

—Me di cuenta —dijo él, acercándose despacio, como si le diera a su cuerpo tiempo para decidir si quería retroceder. Se apoyó a su lado en la barandilla, con los ojos puestos en Manhattan por un segundo —. ¿Todo bien?

—Sí. Era solo… el banco.

El silencio que vino después no era incómodo. Era denso. Lleno. Como si cada sonido distante de la ciudad sirviera solo para dar más contraste a lo que pasaba entre ellos.

Maddy apoyó los brazos en la barandilla, intentando parecer casual, intentando recordar que aquello era una reunión de trabajo. Pero el vestido le apretaba levemente en la cintura a cada respiración, como si el cuerpo delatara la tensión que quería esconder.

—Gracias… por aquel día —dijo por fin, con la voz saliendo más baja de lo que pretendía—. En el lavabo.

Ryan giró el rostro lentamente hacia ella, pero antes sus ojos pasaron por una parte del horizonte, como si estuviera eligiendo cuánto iba a revelar.

—Cuando oí a aquella mujer hablándote de esa manera… —empezó, y se detuvo un instante, la mandíbula contrayéndose— …me dio asco.

Maddy sintió un choque caliente en el pecho. La palabra era demasiado fuerte para ser elegante, y por eso pareció verdadera.

—Ya pasó —intentó minimizar, casi automática, como si la hubieran entrenado para disminuir sus propias heridas—. Está todo bien.

Ryan no aceptó la frase. No con palabras. Solo la miró, y su mirada entró como una cuchilla en una costura antigua, abriendo un lugar que ella había cosido con prisa.

Los ojos azules bajaron del rostro de ella a la boca por un instante —y Maddy recordó. Recordó la habitación, la luz suave, la manera en que él la observaba como si fuera incapaz de apartar la vista. Recordó su propio cuerpo respondiendo antes del pensamiento, el calor, la entrega.

Tragó saliva e intentó decir algo sobre eso, sobre la noche, sobre la regla no dicha que los dos habían intentado mantener.

—Ryan, sobre aquella…

Él se acercó y la besó antes de que terminara.

Fue un beso que no tuvo la delicadeza de pedir permiso, pero tuvo la verdad de quien ya no sabía fingir. La boca de él estaba caliente, con un sabor ligero a vino y café. La de ella, más dulce, con el rastro afrutado de la bebida que había tomado en la cena. Las manos de Ryan subieron y le sujetaron el rostro con firmeza, como si quisiera impedir cualquier huida —o cualquier mentira.

Maddy sintió que las piernas perdían parte de la fuerza, como si el beso le robara al cuerpo el derecho de mantener la postura. El viento golpeaba, frío, pero su piel ardía por dentro.

—Ryan… —susurró ella contra los labios de él, y el nombre salió como una rendición.

Él se apartó abruptamente, respirando pesado, como si hubiera tocado algo que no podía sostener sin hacerse daño. Miró alrededor rápido —la terraza, la puerta, el pasillo— buscando, con la mirada, una salida para su propio impulso.

Había una puerta discreta al lado, casi escondida por la arquitectura. Ryan la vio y la decisión fue instantánea. Cruzó el espacio, la abrió sin esfuerzo, y el interior reveló un pequeño depósito del restaurante.

Luz amarilla tenue. Estanterías metálicas. Cajas de vino apiladas, toallas dobladas, materiales de servicio. Un olor a madera, cartón y alcohol que parecía prohibido solo por existir allí.

Maddy entró justo detrás de él, aún desorientada por el beso, con el corazón latiendo demasiado alto para un lugar tan pequeño.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con la voz baja, nerviosa—. No podemos estar aquí.

Ryan cerró la puerta lentamente, sin apartar los ojos de ella. El clic del pestillo pareció alto, definitivo, y el aire en el espacio estrecho cambió, como si el oxígeno se hubiera vuelto algo más denso.

Se acercó, paso a paso, hasta estar demasiado cerca para ser considerado razonable. Demasiado cerca para ser trabajo. Demasiado cerca para que ella fingiera que era solo una noche repitiéndose.

—Te quiero ahora —dijo él, y su voz era baja, cargada de deseo, ronca como si la hubieran raspado por dentro.

Sus ojos bajaron por el cuerpo de ella, por el vestido azul que la moldeaba, y Maddy sintió la evaluación como un toque.

—Desde el momento en que llegaste con ese vestido… ya no pude concentrarme bien.

Maddy intentó aferrarse a la lógica como si fuera una cuerda.

—No podemos… —empezó, pero él se inclinó y besó el lateral de su rostro, bajando al cuello con una precisión que desmontaba cualquier frase—. Yo soy tu empleada…

—Nadie dice lo que puedo o no puedo hacer —respondió Ryan contra la piel de ella, y el tono no era arrogancia vacía; era hábito de mando.

Maddy le tiró del rostro de vuelta hacia el de ella, jadeante, con los ojos verdes brillando con un desafío que apenas podía sostener.

—Yo lo digo.

Ryan pegó la frente a la de ella por un segundo, como si aquello fuera una pausa antes del impacto. Su mirada sujetó la de ella con una calma peligrosa.

—Entonces dime que no quieres.

Maddy abrió la boca. Lo intentó. Su cuerpo, sin embargo, ya había respondido antes. El aire entraba en pequeñas dosis, como si el pecho estuviera apretado por manos invisibles.

—Yo…

—Yo sé exactamente lo que quieres —la cortó, bajo, y la frase fue dicha como si hubiera estudiado cada reacción de ella en los últimos días.

El aire dentro del depósito estaba pesado, caliente, casi sofocante. La luz amarilla tenue de la bombilla vieja creaba sombras largas e íntimas, volviendo el pequeño espacio aún más prohibido.

Ryan deslizó las manos por la cintura de Maddy con firmeza y, despacio, levantó el dobladillo del vestido mientras su boca devoraba el cuello de ella —besando, lamiendo, chupando la piel sensible. Cada centímetro de tela que subía iba acompañado de un beso más hambriento.

Maddy perdió por completo el control de la respiración. El aire entraba y salía en sollozos cortos y temblorosos.

—Ryan… —gimió ella bajito, el nombre de él escapándose ronco y desesperado.

Él capturó su boca en un beso urgente, ahogando el sonido mientras su mano derecha subía por la parte interna del muslo de ella. Sin dudar, apartó la braga a un lado y le metió dos dedos, sintiendo el calor húmedo y apretado que lo recibió. Empezó a embestir

profundo, rítmico, curvando los dedos en el punto correcto mientras el pulgar presionaba el clítoris hinchado en círculos rápidos.

Maddy arqueó el cuerpo violentamente, clavándole las uñas en los hombros. Los sonidos húmedos de los dedos entrando y saliendo de ella llenaban el espacio estrecho.

Ryan encontró la encimera lateral de metal. Con un movimiento posesivo, la levantó y la sentó allí. El vestido subió hasta la cintura. Se encajó entre las piernas abiertas de ella y volvió a tocarla con los dedos, ahora más fuerte, más profundo, más rápido.

El orgasmo la golpeó como una ola violenta. Maddy convulsionó alrededor de los dedos de él, con el cuerpo temblando descontroladamente mientras intentaba ahogar el gemido alto contra la boca de Ryan. Él siguió embistiendo despacio, prolongando el placer hasta el último espasmo.

Cuando por fin retiró los dedos, Maddy aún estaba jadeante, con el pecho subiendo y bajando rápido, las piernas temblorosas. Ryan alzó la mirada y la miró directamente. Sus ojos azules, normalmente calmados, ahora estaban oscuros, intensos, ardiendo de pura lujuria.

Sin apartar los ojos de ella, se llevó los dos dedos brillantes de su excitación a la boca y los lamió despacio, uno por uno, saboreándola con un gemido bajo de aprobación. La escena era tan cruda e íntima que Maddy sintió el vientre contraerse de nuevo solo de mirar.

Él sonrió de lado, satisfecho, mientras terminaba de lamerse los dedos.

Con una delicadeza sorprendente después de tanta intensidad, Ryan le acomodó la braga, le bajó el vestido con cuidado sobre los muslos y le arregló los tirantes de la blusa que se habían deslizado. Alisó la tela y dio un paso atrás.

—Creo que tenemos que volver —dijo él, con la voz ronca y grave.

Maddy parpadeó, aún aturdida y jadeante, con las mejillas ardiendo.

—Sí… claro —murmuró ella, con la voz débil.

Se bajó de la encimera con las piernas inestables y caminó hasta la puerta. Cuando iba a girar el pomo, Ryan le sujetó el brazo con delicadeza y la giró de vuelta. Su mirada estaba seria ahora.

Le sostuvo el rostro con las dos manos.

—No quiero que esto se quede solo aquí —dijo, con la voz baja e intensa—. Quiero más de ti, Maddy.

Ella sostuvo aquella mirada, sin poder responder nada. El corazón le martilleaba fuerte en el pecho.

Ryan le dio un beso ligero en la frente, la soltó y abrió la puerta. Salieron del depósito en silencio y caminaron lado a lado de vuelta al restaurante, con el aire fresco contrastando con la piel aún caliente y el cuerpo de ella palpitando a cada paso.

—Creo que tenemos que volver.

Maddy parpadeó, aún intentando reconectar el cerebro con el cuerpo.

—Sí… claro.

Se deslizó de la encimera con cuidado, con el corazón aún acelerado, las piernas inestables por motivos que no quería nombrar. Cuando dio un paso hacia la puerta, intentando recuperar el mínimo de dignidad, Ryan le sujetó el brazo con delicadeza —demasiada delicadeza para alguien que acababa de perder el control— y la giró de vuelta hacia él.

La sonrisa desapareció. Su mirada se puso seria por primera vez aquella noche. Y eso fue, de algún modo, lo que más la golpeó.

—No quiero que esto se quede solo aquí —dijo Ryan, cada palabra encajada con precisión, como si se estuviera obligando a hablar en vez de mandar—. Quiero más de ti.

Maddy no respondió. No porque no tuviera opinión, sino porque cualquier respuesta parecía demasiado peligrosa. Solo sostuvo la mirada de él, sintiendo el pecho apretarse de una manera que no era solo deseo. Había algo allí que amenazaba con volverse otra cosa.

Ryan le soltó el brazo y abrió la puerta, devolviéndole al mundo el aire frío y la música distante del restaurante.

Y volvieron.

El salón parecía más iluminado que antes, o tal vez eran ellos los que estaban diferentes, llevando una llama escondida bajo la ropa bien elegida. Maddy se arregló el pelo como si eso pudiera reorganizar también su propia cabeza. Caminó al lado de Ryan, intentando no mirar a nadie, intentando no pensar en cuánto tiempo había estado fuera.

Cuando llegaron a la mesa, Lily estaba distraída, riéndose de algo que Brian acababa de decir. Era una risa rara en ella —corta, pero genuina. Brian se recostaba en la silla, demasiado cómodo para un hombre que sabía exactamente el efecto que tenía.

Ryan se sentó con una expresión peligrosamente calmada y cínica, como si no hubiera pasado nada. Como si él aún fuera el CEO intacto, dueño de sí. Maddy se sentó con cuidado, sintiendo la cara caliente, la boca aún sensible, el cuerpo entero delatando lo que quería esconder.

Brian miró a Ryan con una comprensión inmediata —la lectura rápida de un hombre que conoce al otro desde hace demasiado tiempo. Su sonrisa se inclinó, ligera, cargada de ironía.

—Tardaron.

Maddy se puso roja en el acto, con el calor subiéndole por el cuello como una alarma. Abrió la boca para responder cualquier cosa, pero ninguna excusa parecía sobrevivir a la manera en que Ryan sostuvo una pequeña sonrisa de lado, casi imperceptible, como si la provocación de Brian fuera un elogio.

Brian se levantó primero, acomodándose la chaqueta con calma.

—Bueno, creo que ya me voy. Fue muy bueno hablar con ustedes.

Asintió a Maddy con educación y luego mantuvo la mirada en Lily un segundo más de lo necesario. Lily levantó la barbilla, intentando no demostrar que lo había notado —pero Maddy vio el pequeño cambio en su respiración, el minúsculo retraso antes de apartar los ojos.

Ryan también se levantó.

—¿Quieren que las lleve a casa?

—No —respondió Lily primero, rápida, con el reflejo protector funcionando antes incluso de que Maddy abriera la boca.

—No hace falta —reforzó Maddy, y el sonido de su propia voz le pareció extraño, demasiado bajo, como si se hubiera gastado en el depósito.

Ryan insistió una vez, con la mirada fija principalmente en Maddy, como si la pregunta no fuera sobre transporte.

—Tengo coche aquí.

Maddy sostuvo el "no" con el poco control que aún tenía.

—Yo… estoy bien. Cogemos un taxi.

Ryan asintió, aceptando sin aceptar. El tipo de concesión que parecía temporal.

—Está bien. —Miró de Maddy a Lily con formalidad—. Nos vemos en la empresa.

La última mirada que le dio a Maddy fue intensa y demasiado larga para ser casual. Una mirada que llevaba la frase que había dicho en el depósito: quiero más de ti. Y que, por eso, parecía una amenaza suave a la poca paz que ella aún tenía.

Ryan salió junto con Brian, los dos hablando algo bajo, y la mesa se quedó con un silencio residual, como si el aire hubiera sido removido y aún no se hubiera asentado.

Maddy intentó coger la copa para ocupar las manos. Los dedos le temblaban levemente. Fingió que no lo notaba.

Lily tardó unos segundos, observando la puerta por la que habían salido, y luego giró el rostro hacia Maddy despacio. Su expresión era una mezcla desconfiada y divertida, como quien junta piezas demasiado obvias y decide, por un segundo, dejar que la persona se explique sola.

—Pero ¿qué fue lo que pasó con ustedes dos, eh?

CAPÍTULO 18

No Voy A Perderme

La luz del sábado entraba con suavidad por las rendijas de la cortina, como si Nueva York hubiera decidido hablar bajo solo para no asustarla. El cuarto de Maddy Mitchell aún guardaba el desorden honesto de alguien que no tuvo energía para organizar ni los propios pensamientos: sábanas arrugadas, una almohada en el suelo, el vestido de la noche anterior doblado por la mitad sobre la silla — como si también estuviera cansado.

Se despertó tarde, pero no descansada. Había un cansancio diferente, que no venía del cuerpo: venía del esfuerzo de fingir que aquello había sido solo una secuencia de decisiones impulsivas y malas ideas.

El primer pensamiento llegó incluso antes de que abriera los ojos.

Ojos azules.

El recuerdo atravesó la mañana como un reflejo involuntario: el depósito sofocante, la luz amarilla, la manera en que Ryan Walker la había mirado como si la ciudad entera estuviera afuera y no importara. Y, más nítida que cualquier toque, la frase dicha en un tono demasiado serio para ser solo deseo.

No quiero que esto se quede solo aquí.

Quiero más de ti.

Maddy abrió los ojos de golpe, como si la propia cama se hubiera convertido en un lugar peligroso. El techo era el mismo de siempre, con una pequeña mancha de pintura cerca de la esquina — un defecto que ella solía ignorar. En ese momento, la mancha parecía un recordatorio: la vida real todavía estaba ahí, intacta, exigiendo normalidad.

Empujó la sábana, se sentó en el borde y apoyó los pies en el suelo frío. El silencio del apartamento era tan completo que se podía oír la propia sangre. Maddy respiró hondo, una vez, luego otra, como si estuviera entrenando al cuerpo para obedecer.

— No voy a perderme — murmuró, más para el cuarto que para sí misma.

Se levantó antes de que la mente acomodara más motivos para quedarse allí. Caminó hasta la cocina pequeña — la misma cocina donde ella y Lily ya habían comido pasta barata y se habían reído de problemas que parecían enormes en aquella época. El espacio tenía ese acogimiento de cosas usadas de verdad: una encimera estrecha, un escurridor de platos siempre medio lleno, imanes en la nevera con tarjetas antiguas. Un hogar que no intentaba impresionar a nadie.

Puso agua a hervir, molió café con prisa, como si el ruido pudiera espantar pensamientos. El olor fuerte tomó el aire y la ancló a un tipo de realidad que no seducía ni amenazaba.

Cuando el café estuvo listo, Maddy llenó una taza y apoyó el costado de la cadera en la encimera. La ventana de la cocina daba a un recorte de Manhattan: edificios alineados, un pedazo de cielo despejado, la vida sucediendo sin saber que ella casi se había deshecho en un depósito de restaurante la noche anterior.

Tomó un sorbo. Amargo, caliente, simple. Perfecto.

El problema era que, incluso con la lengua quemándose, el recuerdo no cedía. No era solo la imagen del rostro de Ryan. Era la sensación: la forma en que él ocupaba los espacios, como si hasta el silencio obedeciera. Y, peor, cómo una parte de ella — la parte que debería saber protegerse — le gustaba eso.

Maddy apretó la taza entre los dedos.

— Basta — dijo, bajito, como si estuviera imponiéndole un límite a alguien en la sala. A alguien dentro de ella.

Lavó la taza rápido, como si necesitara concluir una tarea inmediata para probar que aún tenía mando sobre cosas pequeñas. Se puso una ropa casual — vaqueros, camiseta, una chaqueta ligera — se recogió el pelo en una cola de caballo y agarró el bolso.

Quedarse en el apartamento significaba enfrentar el silencio. Y el silencio, ella había descubierto, era donde Ryan más existía.

En la calle, Manhattan parecía una versión más humana de sí misma. El sábado tenía un ritmo diferente: menos prisa, más pasos sin destino. La gente caminaba con vasos de café en la mano, parejas con bolsas de panadería, perros pequeños tirando de las correas como si tuvieran compromisos. El aire estaba lo bastante frío como para hacer arder las mejillas, pero no agresivo.

Maddy caminó sin auriculares, intentando dejar que la ciudad ocupara su cabeza. Pasó por una cafetería con la puerta abierta y olor a masa dulce. Vio una floristería con cubos de tulipanes y peonías, demasiados colores para un día tan temprano. En otro momento, se habría detenido, quizá habría comprado un ramo solo por comprar.

Hoy, necesitaba algo más básico: normalidad en la cesta.

Entró en un mercadito elegante de barrio, de esos que venden frutas con brillo de anuncio y exhiben panes como si fueran joyas. La

campanilla de la puerta sonó, discreta. El aire allí dentro era más cálido, olía a pan fresco y limpieza.

Agarró una cestita y fue apilando lo que encontraba por el camino, como si cada artículo fuera un ancla.

Cereales. Leche. Huevos. Frutas — plátanos, fresas. Pan. Café, aunque ya tuviera en casa, solo para tener la sensación de elección.

En la caja, la dependienta sonrió con la amabilidad automática de quien no sabe nada sobre la noche prohibida de nadie.

— Buenos días — dijo la chica.

— Buenos días — respondió Maddy, y se dio cuenta de que su voz sonaba más firme de lo que se había sentido al despertar.

Afuera, el sol daba en los edificios en un ángulo que hacía que todo pareciera más brillante y menos amenazador. Volvió al apartamento con las bolsas balanceándose, el plástico cortándole un poco los dedos — un dolorcito concreto que era, extrañamente, reconfortante.

En casa, puso las compras en la encimera y empezó a guardar todo despacio. Como si el acto de organizar la leche en la nevera pudiera organizar también lo que no tenía valor de nombrar.

Pero el silencio volvió. El mismo silencio que, pocas horas antes, había cargado la frase de él como un eco.

Quiero más de ti.

Maddy sacó una caja de cereales de la bolsa y se quedó con ella en la mano demasiado tiempo. La palabra "más" parecía tener peso. Más de ella. Más de esa mirada. Más de esa sensación de no pensar.

Soltó la caja en la encimera con un pequeño golpe.

— No — dijo, firme, como si Ryan estuviera allí, apoyado en la puerta, con ese control absurdo. — No puedo quedarme aquí pensando en eso todo el día.

Agarró el móvil antes de que el valor se evaporara, abrió el grupo con Kevin y Lily. Los tres tenían un tipo de intimidad que hacía que cualquier frase impulsiva pareciera menos vergonzosa.

Escribió y envió, sin releer:

— ¿Se apuntan a salir a beber hoy?
— Necesito emborracharme.

La respuesta de Kevin llegó casi instantánea, como si él tuviera un radar emocional encendido veinticuatro horas.

— Mira… entonces vamos a hacer una cosa MUY importante para tu salud mental.
— Dime la hora y voy.

Maddy soltó una risa corta, sorprendida con su propio sonido. Era pequeño, pero era real.

Unos minutos después, Lily respondió con la objetividad típica, como si estuviera marcando una reunión.

— Estoy en el gimnasio ahora.
— Pero me apunto.

Kevin mandó un audio enseguida. Maddy le dio a play y apoyó el móvil en la encimera, como si fuera una presencia en la cocina.

— En el gimnasio un sábado, ¿sabes quién podría estar? YO. — su voz llegó teatral e indignada. — Pero ustedes prefieren humillar mi sedentarismo. Ustedes son tóxicas. Voy a abrir un proceso emocional.

Maddy se rió de verdad, con todo el cuerpo. Por un segundo, la frase de Ryan no tuvo espacio para respirar.

Escribió, todavía sonriendo:

— Ibas al gimnasio para mirar gente guapa y fingir que sabes usar las máquinas.

Kevin respondió al instante:

— Iba a hacer networking fitness. Ustedes no entienden mi visión de futuro.

Lily entró:

— La visión de futuro de Kevin es encontrar a un millonario en la cinta.

— Multimillonario, querida. — corrigió Kevin. — Yo tengo estándares.

Maddy apoyó la frente en la puerta de la nevera por un segundo, sonriendo sola. La amistad era eso: un lugar donde ella podía existir sin explicarse entera.

Por la noche, el rooftop bar era un recorte bonito de Manhattan. Luces cálidas colgadas como pequeñas constelaciones, música lo bastante baja para permitir conversación, el skyline abriéndose al fondo como un escenario que nunca cansa. El viento pasaba entre las mesas y hacía temblar las llamas de los calefactores.

Maddy llegó primero y eligió una mesa más apartada, cerca del parapeto — vista amplia, pero sin la sensación de escenario. No quería ser observada. No hoy. No con el cuerpo todavía recordando demasiado.

Lily apareció pocos minutos después, elegante de un modo casual — como si hasta la simplicidad en ella hubiera sido planeada. Un abrigo

claro, el pelo recogido con un cuidado que decía yo tengo control, incluso cuando no lo tenía.

— ¿Estás bien? — preguntó Lily, antes de sentarse, observando el rostro de Maddy con la precisión de quien siempre veía más.

— Estoy — respondió Maddy demasiado rápido. — Hoy lo estoy.

Lily arqueó una ceja, pero no insistió. Solo le tocó el brazo levemente, un gesto pequeño, de presencia.

Kevin llegó como un evento. Abrigo abierto a pesar del frío, sonrisa grande, energía de quien ya había decidido convertir aquello en una noche memorable.

— ¡Dios mío, mira esto! — dijo, abriendo los brazos como si pudiera abrazar la ciudad. — Esta vista. Esta gente. Este aire de dinero. Yo nací para esto, ¿lo sabían?

Lily puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

— Tú naciste para hablar — corrigió.

— Yo nací para ser escuchado. — Kevin la señaló, satisfecho. — Es diferente.

El camarero trajo la primera ronda de tragos — vasos altos, hielo brillando, alguna cosa cítrica y demasiado bonita para ser inofensiva. Maddy agarró el suyo inmediatamente y bebió un sorbo como si fuera un remedio.

Kevin se sentó, miró a una y luego a la otra, y el brillo en sus ojos cambió al modo investigador dramático.

— Entonces… — empezó, apoyando los codos en la mesa. — ¿Cómo fue su reunión misteriosa?

Maddy se atragantó un poco con su propio trago y lo disimuló tosiendo. Lily tomó un sorbo largo, claramente intentando no reírse.

— Kevin — advirtió Maddy, ya sintiendo el calor subirle por el cuello. — No.

— ¿"No" qué? — preguntó, demasiado inocente para ser verdad. — ¿No fue una reunión? ¿No fue misteriosa? ¿O no pasó?

Lily desvió la mirada hacia la vista, pero la comisura de su boca lo estaba delatando todo.

Kevin señaló a las dos, entrecerrando los ojos.

— Gente… ustedes están como… ¿liándose liándose? Porque ayer había una energía MUY seria.

Maddy sintió que la cara se le calentaba como si alguien hubiera acercado una llama. Bajó la mirada al vaso, como si los cubitos de hielo pudieran ofrecer una respuesta.

— Kevin, no hace falta entrar en los detalles — dijo, intentando mantener la voz ligera.

— Ay, Dios mío, qué maravilla. — Kevin se llevó una mano al pecho. — Rooftop. Manhattan. Multimillonario. Era literalmente esto lo que yo quería para mi vida.

— Él no es tuyo — recordó Lily, seca.

— Por eso es trágico — respondió Kevin, sin perder el drama. — El universo tiene un sentido del humor cruel.

Maddy se rió, pero la risa duró poco. Porque, cuando el asunto dejaba de ser broma, lo que quedaba era la frase que no se le iba de la cabeza desde la mañana.

Giró la pajita entre los dedos y, cuando habló, la voz le salió más baja.

— Él me dijo…

Kevin se quedó callado. Lily también. Fue instantáneo, el tipo de silencio que solo existe cuando la amistad reconoce que algo cambió de verdad.

Maddy tragó saliva.

— …que no quiere que esto se quede solo en aquello. — Miró a los dos, como si pidiera permiso para continuar. — Que quiere más de mí.

Lily bajó el trago despacio, como si el peso hubiera aumentado de repente.

— No puedo creer que haya dicho eso — dijo, y no parecía impactada por el romanticismo, sino por las implicaciones. Por la línea cruzada. Por el peligro.

Maddy se encogió de hombros, pero fue un gesto frágil.

— Amiga… no sé qué pensar.

Lily abrió la boca como si fuera a responder con lógica, con un plan, con una lista de pros y contras — pero Maddy sintió que, si escuchaba, se iba a derrumbar. Entonces, antes de que Lily construyera un muro, Maddy llevó el tema al lugar más seguro: provocar.

— Pero mírate hablando — dijo, señalando levemente con la pajita. — Cuando volví a la mesa estabas toda risueña con Brian Grant.

Lily levantó la barbilla, inmediatamente a la defensiva.

— Yo no estaba risueña.

Kevin dio unas palmaditas, completamente satisfecho consigo mismo.

— POR FIN. Lily Turner sintiendo emociones humanas.

Lily puso los ojos en blanco, pero acabó riéndose — un sonido bajo, raro, que siempre hacía que Maddy se sintiera como si hubiera ganado algo.

— Vale — cedió Lily, como si admitirlo fuera un acuerdo de paz. — Ese hombre es peligrosamente encantador. Y inteligente. Eso lo empeora todo.

— Lo empeora de verdad — coincidió Kevin, serio por un segundo. — Hombre inteligente es la trampa más sofisticada que existe.

Maddy inclinó el cuerpo hacia delante, divirtiéndose con el cambio de foco.

Kevin señaló a Lily como si estuviera presentando a una testigo en un tribunal.

— Cuéntalo todo, Lily. Quiero dar mis consejos.

— ¿Tus consejos? — repitió Lily, divertida e incrédula.

— Tengo un repertorio enorme — garantizó Kevin. — Solo no tuve oportunidad de aplicarlo porque la vida me odia.

Maddy se rió, y la risa le salió fácil. El trago ayudaba. La compañía ayudaba más.

— Prepárate, ¿eh?, Lily — provocó Maddy, con los ojos brillando. — Él no parece el tipo que acepta un no fácilmente.

Lily se quedó levemente incómoda — lo que, en ella, era casi una declaración pública. Movió el vaso, mirando el hielo.

— Sé defenderme — dijo, pero no había convicción total.

Kevin inclinó la cabeza, interesado.

— ¿Pero quieres defenderte?

Lily abrió la boca para replicar, pero se detuvo. Y, cuando respondió, fue más honesta de lo que solía ser.

— Él me escucha de verdad. — Levantó los ojos, encontrándose con los de Maddy por un segundo. — Y eso es irritantemente atractivo.

Maddy sonrió, sintiendo una especie de alivio. Si Lily podía admitir eso, quizá Maddy también pudiera admitir otras cosas algún día. Quizá.

Lily respiró y añadió, casi como si estuviera soltando la frase para que el viento se la llevara.

— Incluso me invitó a salir.

Kevin echó la cabeza hacia atrás dramáticamente, llevándose una mano a la frente como si fuera a desmayarse.

— Ay, Dios mío. Mis dos amigas enamoradas de multimillonarios. Y yo soy el único hombre sin mi CEO rico.

— Me tienes a mí y a Lily — recordó Maddy, riéndose.

— Las tengo a ustedes, pero yo quería tener un ático — respondió Kevin, haciendo que las dos se rieran aún más.

La conversación siguió un rato más, alternando bromas y confidencias, como si el rooftop se hubiera convertido en un lugar protegido del resto del mundo. Maddy se dio cuenta, en algún punto, de que estaba relajada de verdad. Los hombros habían bajado. La respiración no estaba atrapada. Hasta el nombre de Ryan, por unos minutos, parecía solo una palabra.

Cuando salieron, el aire frío golpeó la cara con un choque agradable. Se despidieron en la acera, entre abrazos y promesas de mensaje cuando llegaran a casa.

— Mándame la ubicación si algún multimillonario intenta secuestrarte — dijo Kevin, apretando a Maddy más fuerte de lo necesario a propósito.

— La mando — prometió ella, riéndose.

Lily le besó la mejilla, rápida, y la mirada que lanzó después era la de siempre: atenta, protectora, seria.

— Ve con cuidado — dijo.

— Tres manzanas — respondió Maddy. — Estoy bien.

Empezó a caminar sola, manos en los bolsillos del abrigo, el cuerpo calentado por el alcohol y por la compañía. Manhattan de noche tenía un brillo diferente — las luces se reflejaban en el asfalto como si la ciudad hubiera sido mojada por dentro. El viento corría por las calles, arrastrando conversaciones, risas, pasos apresurados.

Maddy caminó más despacio de lo normal. No por miedo, sino porque, por primera vez en días, no estaba huyendo de sí misma.

Los pensamientos sobre Ryan aún venían, sí — como un perfume que insiste. Pero, en ese momento, parecían menos afilados. Podía mirar aquello con cierta distancia.

Quiero más de ti.

¿Qué significaba eso, exactamente? ¿Era deseo? ¿Era ego? ¿Era peligro?

¿O era solo… verdad?

Llegó al edificio y subió las escaleras — el ascensor viejo estaba, como siempre, con un cartelito de "mantenimiento". Cada escalón crujía un poco, un sonido familiar que ella conocía de memoria. El pasillo del piso estaba silencioso, luz amarillenta, olor a limpieza antigua y puertas cerradas.

Maddy caminó hasta la suya y sacó la llave del bolso. El metal frío encontró su piel y se concentró en ese detalle, como si el mundo pudiera caber ahí: en el acto simple de abrir su propia puerta.

Cuando la llave tocó la cerradura, el móvil vibró.

Se detuvo.

Fue un movimiento automático, casi perezoso — como si fuera solo otro mensaje de Kevin diciendo alguna tontería, o Lily preguntando si había llegado. Maddy sacó el móvil del bolsillo sin prisa, la luz de la pantalla encendiéndose en el pasillo oscuro.

Y, en el instante en que vio el nombre completo iluminando la pantalla, su cuerpo reaccionó antes que la mente.

Ryan Walker.

El corazón se aceleró como si hubiera oído una alarma. La respiración cambió, corta. Los dedos apretaron la llave con fuerza, el metal lastimándole la piel.

No era un mensaje.

Era una llamada.

CAPÍTULO 19

Detrás De La Frialdad

La llave se quedó atrapada entre los dedos de Maddy como si tuviera demasiado peso para algo tan pequeño. El pasillo del edificio estaba silencioso, iluminado por lámparas amarillentas que no lograban quitar el aire viejo de las paredes. El sonido más alto era el zumbido discreto del ascensor distante —hasta que el celular vibró, insistente, en la palma de su mano.

Ella miró la pantalla como si fuera un reflejo que pudiera mentir.

Ryan Walker.

El nombre completo, blanco y limpio, ocupando la pantalla con la misma frialdad elegante con la que él ocupaba cualquier sala.

El corazón de Maddy falló un latido y, en el siguiente, decidió compensar. La garganta se secó; la mano con la llave tembló, y la punta metálica rozó levemente la cerradura antes de que ella lograra detenerse.

No debía contestar.

El pulgar se quedó suspendido sobre el botón, mientras el pasillo parecía estrecharse, como si el edificio entero aguardara su elección.

Cuando la vibración cesó por un segundo y volvió más fuerte —como si el aparato supiera que ella estaba dudando— Maddy cerró los ojos, tomó aire con cuidado y contestó.

—¿Hola?

Del otro lado, la voz llegó baja. Ronca. Casi demasiado íntima para caber en esa hora, en ese pasillo.

—Hola.

Maddy tragó en seco. La palabra de él parecía haberse apoyado en su piel, como un toque.

—Ryan…

Se instaló un silencio pequeño —y, aun así, cargado. Ella oyó su propia respiración, y tuvo la incómoda impresión de que él también la oía. Como si él estuviera esperando exactamente eso: el sonido de ella, la forma en que ella intentaba recomponerse.

—Necesitaba oír tu voz —dijo él, sin prisa, como quien entrega una verdad demasiado simple para ser discutida.

El pecho de Maddy se apretó con una mezcla de irritación y… algo más cálido, más vulnerable.

Apoyó la frente levemente en la puerta del apartamento, sintiendo el frío de la madera pintada.

—¿Qué quieres? —preguntó, e intentó poner firmeza en la frase. Salió casi entera. Casi.

—Que bajes.

Maddy frunció el ceño, como si el gesto pudiera atravesar la llamada y obligarlo a explicar.

—¿Bajar? —repitió. —¿Cómo así?

—¿Estás en tu apartamento?

Ella miró la cerradura, la llave aún en la mano, como prueba de que su vida no estaba fuera de lugar. O como si estuviera intentando convencerse de eso.

—Estoy terminando de entrar. —Miró su mano, el metal atrapado entre los dedos. —Estoy literalmente girando la llave ahora.

Del otro lado, Ryan no pareció sorprendido. Su calma tenía un efecto casi irritante: como si él estuviera siempre un paso adelante, siempre sosteniendo la situación con dos manos firmes.

—Estoy aquí abajo.

El aire se detuvo a mitad de camino. Maddy se quedó inmóvil, con la llave a centímetros de la cerradura, y por un instante no hubo nada más que una sensación de caída —como si el suelo del pasillo hubiera cedido, solo para ella.

—¿Estás aquí abajo? —su voz salió más alta de lo que pretendía, y miró instintivamente a los lados, como si alguien pudiera oír. —¿En mi edificio?

—Sí.

La respuesta llegó sin adorno. Su certeza atravesó la llamada y golpeó a Maddy de lleno.

El primer impulso de ella fue retroceder, como si Ryan pudiera surgir del propio aire del pasillo. El segundo fue una indignación que vino a proteger el corazón.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Hubo una pausa corta —no de vacilación, sino de elección. Como si él estuviera calculando cuánto sería honesto sin sonar… peor de lo que ya sonaba.

—Lo saqué del informe de la empresa.

Lo absurdo de la frase golpeó y, por un segundo, Maddy no supo si quería reír o gritar. Soltó una risa nerviosa, corta, que murió demasiado rápido.

—¿Hablas en serio? —preguntó, y la mano que sostenía el celular apretó tanto que el borde del aparato marcó la piel. —¿De verdad estás aquí?

—¿Quieres que suba?

La forma en que dijo eso —directa, simple— le revolvió el estómago. No era una pregunta inocente. Era una línea trazada en el aire. Una oferta. Un desafío.

Maddy respondió demasiado rápido, como si necesitara impedir la posibilidad antes de que su mente traicionara a su propia boca.

—No. —Respiró hondo e intentó ajustar el tono. —No… yo voy a bajar.

Cuando colgó —o cuando se dio cuenta de que la llamada ya había terminado, porque la pantalla se quedó oscura y reflejó su rostro— Maddy se quedó quieta unos segundos. La llave aún en la mano. El pasillo aún el mismo. La vida aún la suya.

Pero algo se había desplazado, como un mueble pesado arrastrado por dentro, dejando marcas.

Miró la puerta del apartamento, la cerradura que la esperaba, y por una fracción de segundo deseó entrar y cerrar con llave todo, fingir que no había visto su nombre, que no había oído aquella voz.

El corazón no estuvo de acuerdo.

Maddy se dio la vuelta, guardó la llave en el bolsillo del abrigo y empezó a bajar las escaleras. Demasiado rápido. El sonido de sus propios pasos parecía alto en el silencio del edificio. A cada escalón, la imagen de él surgía como destellos: los ojos azules en la sala de reuniones, el toque en su rostro en el lavabo, la voz diciendo que quería más.

Apretó el pasamanos para anclarse en el presente.

Cuando llegó a la planta baja, el aire pareció diferente —más frío, más real. La puerta del condominio tenía vidrio, y del lado de afuera el mundo era un recorte oscuro de la ciudad adelante: luces distantes, sombras de autos pasando, viento golpeando los árboles delgados de la acera.

Maddy empujó la puerta.

La noche le mordió la piel con un frío afilado. El viento tiró de algunos mechones del cabello aún húmedo —no se lo había secado bien después del baño, se había dejado llevar por la prisa de llegar a casa. Ahora la humedad hacía que el frío pareciera aún más íntimo, pegado.

El edificio detrás de ella se cerró con un clic suave. Y, por un instante, Maddy se sintió expuesta, como si hubiera cruzado una frontera.

Ryan estaba allí.

Parado cerca del portón, como si el lugar le perteneciera —no por el lujo, no por el estatus, sino por la presencia. Abrigo oscuro, cuello levantado contra el viento, manos en los bolsillos. El cabello, que en la oficina parecía siempre en el lugar correcto, estaba levemente despeinado, algunos mechones fuera de sitio como si se hubiera pasado la mano con impaciencia más temprano.

Y los ojos. Los ojos azules que encontraron los de ella en el segundo en que apareció, como si hubiera sentido la puerta abrirse incluso antes de oír.

Maddy se detuvo, incrédula, a unos pasos de él.

—Ryan… —su voz salió baja, casi una prueba, como si decir su nombre pudiera confirmar que aquello era real. —De verdad viniste.

Él no sonrió. No de la manera en que Brian sonreía, por ejemplo, con ligereza. Lo que había en el rostro de Ryan era una calma peligrosa, una seriedad que parecía siempre contener algo por debajo.

Maddy se abrazó a sí misma por el frío —y también porque necesitaba alguna barrera. El viento empujó el cabello contra su rostro, y apartó un mechón con dedos temblorosos.

—¿Pasó algo? —preguntó, intentando buscar una justificación práctica, una crisis, un motivo que no fuera lo que temía que fuera. —¿Por qué estás aquí?

Ryan la miró directamente, como si no existiera nada más alrededor: ni la calle, ni los edificios, ni el viento. Solo ella.

—Porque necesitaba verte.

La frase cayó entre ellos y se quedó. Densa. Sin salida fácil.

Maddy sintió el calor subirle por el pecho, como un reflejo que no pedía permiso. Se apretó los brazos con más fuerza, pero no era eso lo que temblaba dentro de ella.

Se tragó la ridícula ganas de dar un paso hacia él —como si el frío pudiera ser una excusa, como si la cercanía pudiera volver aquello más simple.

—Ryan… no sé qué pensar sobre esto.

Él dio un paso hacia ella.

No fue un avance brusco. Fue controlado, casi cuidadoso. Aun así, la distancia disminuyó y el cuerpo de Maddy reaccionó como si alguien la hubiera tocado. El aire entre ellos pareció calentarse, o tal vez era su memoria calentándolo todo por dentro.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Maddy levantó la mano, instintivamente, como si pudiera interrumpirlo con un gesto. Como si pudiera interrumpirse a sí misma.

—No. —La palabra salió antes del pensamiento. Y, cuando se dio cuenta, ya estaba completando, rápido, como si el cerebro intentara construir un muro con frases. —No podemos hacer esto. Soy tu empleada. Tú eres mi jefe.

Ryan no se ofendió. No alzó la voz. No intentó dominar con volumen. Su calma tenía otro tipo de dominio —el que viene de quien no está acostumbrado a que lo detengan, pero tampoco necesita probarlo.

—¿Y aquella noche?

La pregunta alcanzó a Maddy en un lugar demasiado blando. Desvió la mirada por un instante, hacia el concreto de la acera, hacia la sombra del portón, hacia cualquier cosa que no fueran esos ojos.

El viento pasó otra vez, y sintió la piel erizarse. Pero no era solo el frío.

—Aquella noche fue un momento —dijo, y forzó las palabras a salir con una organización que no combinaba con lo que sentía. —

Necesitaba olvidar algunas cosas. Y terminé estando contigo. Luego me desperté al día siguiente y descubrí que eras mi jefe.

Levantó el rostro despacio. Sus ojos verdes encontraron los de él, y por un instante el mundo pareció reducirse de nuevo al espacio mínimo entre los iris, como si la ciudad entera pudiera esperar.

Ryan la observó en silencio. No había juicio en su rostro. Había atención. De esa que hace que una se sienta demasiado vista.

Cuando habló, la voz llegó más baja, como si el viento pudiera llevársela, como si la calle no mereciera oír aquello.

—Puedes interpretar esto mal… —empezó, y la pausa en medio de la frase pareció una elección cuidadosa, casi una contención. —… pero yo lo interpreto como destino.

El estómago de Maddy dio un pequeño salto. Destino era una palabra peligrosa —demasiado grande para caber en la vida real, demasiado íntima para que alguien como Ryan Walker la dijera con esa seriedad.

Abrió la boca para rebatir, pero no salió nada. ¿Qué tenía? ¿Un argumento? ¿Un miedo? Una lista entera de motivos. Solo que, ante la forma en que él miraba, los motivos parecían menos sólidos.

Ryan continuó, como si hubiera percibido que ella necesitaba que él sostuviera la idea por unos segundos más.

—Porque me quedé pensando en ti. —Dio otro medio paso, lo suficiente para que Maddy sintiera el calor de su cuerpo mezclado con el frío de la noche. —Y si el destino no quisiera que yo volviera a ti… no habrías aparecido en mi oficina aquel día.

Maddy se quedó sin respuesta. Su respiración, que venía corta desde el pasillo, empezó a desacelerar, como si el cuerpo estuviera

intentando rendirse a una sensación de seguridad en la que ella no confiaba.

Parpadeó despacio. El mundo parecía más quieto. Hasta el ruido distante de los autos parecía lejos.

—Fueron muchas cosas —dijo, y la voz salió diferente, más baja, más desnuda. —Salí de una relación horrible. Todavía estoy intentando entenderlo todo.

La sombra de algo cruzó la mirada de Ryan —no ira, no exactamente. Una dureza breve, como si esa información hubiera tocado algo que él no aceptaba bien. Pero, cuando habló, la firmeza llegó sin agresividad.

—Entonces deja que duela. —Lo dijo como quien da permiso, no como quien ordena. —Deja que cure. Pero no intentes huir de mí por eso.

Maddy sintió la garganta apretarse. La forma en que él ponía las palabras parecía tomar sus partes rotas con cuidado —demasiado cuidado para alguien que, en la oficina, parecía hecho de acero.

Intentó aferrarse a lo que era más fácil: la realidad.

—Somos de mundos completamente diferentes.

Ryan cortó de inmediato, sin dudar.

—No me importa.

La frase salió seca, definitiva, y aun así no sonó arrogante. Sonó… honesta. Como si aquello fuera una línea que él no pretendía discutir porque, para él, no era un obstáculo real.

Sostuvo su mirada.

—No me importa de dónde vienes. No me importa cuánto dinero tengo. —Su voz bajó aún más al final, y el pecho de Maddy se apretó como si hubiera sido tocado. —Solo quiero estar cerca de ti.

La luz del poste cercano dibujaba una línea pálida en su rostro, tomando el contorno de la mandíbula, el arco de la nariz, y dejando los ojos más oscuros, más hondos. Y, incluso con la calle fría, Maddy sintió calor en la punta de los dedos.

Debería haber retrocedido. Debería haber recordado reglas, contratos, carrera, chismes, cómo eso podría destruir su vida recién reconstruida.

Pero lo que llegó fue la verdad que venía sofocando desde el lavabo, desde el balcón, desde el depósito, desde la primera mirada en el bar.

—Todo esto empezó demasiado rápido —susurró. —No sé en qué va a terminar esto.

Ryan se acercó despacio, como si se estuviera acercando a algo que podría romperse si él se equivocaba de ritmo. Su mano salió del bolsillo, y Maddy contuvo la respiración incluso antes del toque, como si el cuerpo se anticipara.

Levantó la mano y apoyó los dedos en su rostro con un cariño suave, casi contradictorio con el hombre que parecía ser a la luz del día. El pulgar pasó levemente por su pómulo, y luego apartó un mechón de cabello que el viento había arrojado hacia adelante.

El toque fue pequeño. Simple.

Pero Maddy sintió como si él hubiera encontrado un lugar que nadie tocaba desde hacía tiempo.

—Entonces deja que pase —dijo Ryan, con la voz tan baja que casi se volvió parte del viento.

Maddy se quedó en silencio. Los ojos le ardieron, y lo odió. Odió sentir las ganas de creer. Odió que la presencia de él, allí, fuera del edificio de ella, hiciera que la soledad del apartamento pareciera más real que nunca.

Ryan inclinó el rostro, y por un segundo Maddy creyó que él iba a besarla. Su cuerpo se preparó —un impulso involuntario, un sí que no pasaba por la cabeza.

Pero él no fue a sus labios.

Le besó la frente.

Un beso demorado, calmo, que no exigía nada más que permiso para existir. Y eso fue exactamente lo que la desarmó: no había prisa, no había provocación. Solo presencia.

Cuando se apartó lo suficiente para hablar, la voz llegó cerca, cálida contra su piel.

—Dame una oportunidad de hacer que esto pase.

El mundo pareció suspendido por un instante. Maddy miró los ojos de él, clavados en los suyos con una intensidad que no combinaba con la palabra "oportunidad". Ryan Walker no parecía un hombre que pidiera. Y, aun así, allí estaba, parado en el frío, esperando una respuesta como si ella importara —como si ella fuera la parte decisiva.

Maddy sintió su propia vida equilibrarse sobre una línea fina.

Si decía que sí, ¿qué significaría eso? ¿Qué perdería? ¿Qué ganaría?

Quería creer. Eso era lo más peligroso. Quería permitir que ese tipo de cuidado fuera real —que no fuera solo una forma diferente de control, que no fuera solo deseo con ropa de gentileza.

La garganta se le apretó otra vez. La respuesta que debía dar se quedó atrapada detrás de los dientes.

Y, en lugar de ella, salió lo que Maddy podía ofrecer sin entregarse entera.

—Buenas noches, Ryan.

La frase fue un susurro, una huida elegante, una puerta cerrada despacio para no hacer ruido. Vio la forma en que los ojos de él cambiaron por un segundo —no frustración, no ira. Algo más silencioso. Un entendimiento que dolía.

Ryan sostuvo su mirada unos segundos más. Como si quisiera grabar su rostro, o como si estuviera decidiendo respetar la barrera que ella acababa de levantar con dos palabras.

—Buenas noches, Maddy —respondió él, bajo.

Maddy dio un paso atrás, y el frío entró donde había estado el calor de él. Se dio la vuelta lentamente, como si cualquier movimiento rápido pudiera quebrar el frágil valor que tenía para irse.

Empujó la puerta del edificio y entró. El aire del pasillo interior parecía demasiado cálido después de la calle. El silencio volvió a envolverlo todo.

Antes de que la puerta se cerrara por completo, Maddy miró por encima del hombro.

Ryan aún estaba allí, afuera, mirándola como si su cuerpo no quisiera irse. El viento movía el abrigo, despeinaba más el cabello, pero él no parecía sentir frío.

La puerta se cerró despacio, y el vidrio se empañó levemente con el cambio de temperatura, como si el edificio también intentara borrar la escena.

Maddy se quedó quieta un instante, oyendo su propio corazón latir demasiado alto para un pasillo vacío.

Entonces, con la sensación de aquella mirada aún pegada a la piel, empezó a subir —lenta, como si cada escalón estuviera cargando el peso exacto de lo que no tuvo valor de decir.

CAPÍTULO 20

Ella Vio

El lunes llegó con un tipo de pereza colectiva que dejaba incluso aquel piso impecable un poco más humano.

El aire acondicionado seguía en la misma temperatura calculada, las pantallas aún brillaban con gráficos y plazos, pero las voces tenían otra textura — más sueltas, menos afiladas. En el área de café, había risas bajas y el olor fuerte de espresso recién hecho. Un grupo cerca del ascensor comentaba sobre un brunch en el SoHo como si fuera un gran logro. Otro hablaba de un viaje rápido a París, con la naturalidad de quien decía que había ido a la esquina.

Maddy entró en el espacio intentando imitar aquella normalidad. Su tacón tocó el piso pulido con seguridad entrenada, pero el cuerpo aún cargaba demasiados recuerdos: la noche fría en la puerta del edificio, la voz baja de Ryan, el beso en la frente que parecía más íntimo que cualquier cosa que ellos habían hecho en el calor.

Pasó la credencial, respiró hondo y siguió hasta su propia mesa. Los dedos encontraron el borde del tablero como quien se ancla.

— ¡Buenos días, Maddy! — alguien cantó del otro lado, y ella respondió con una sonrisa rápida, entrenada, de esas que encajan bien en ambientes corporativos.

Encendió el ordenador, abrió los archivos del proyecto, organizó un bloc de notas, alineó el bolígrafo con el mismo cuidado de siempre. Tareas pequeñas para mantener la mente en el lugar correcto. Pero,

por debajo del gesto, había expectativa — esa tensión silenciosa que ella ya reconocía en su propio pecho cuando pensaba en cruzar un pasillo y encontrarse de frente con ojos azules.

El sonido de pasos firmes y seguros no llegó.

En su lugar, oyó un comentario casual cerca de las impresoras.

— Walker no aparece hoy — dijo un hombre que ella no conocía bien, sosteniendo una carpeta. — Viajó temprano. Reunión con inversores, o socios, alguna cosa así. Cerraron agenda con otra empresa. Todo el día fuera.

La frase no era sobre ella. No era para ella. Y aun así, fue como si el aire hubiera cambiado dentro del pecho de Maddy.

Se dio cuenta de que su propio cuerpo se relajaba en un nivel casi vergonzoso. Los hombros bajaron un centímetro. La respiración encontró un ritmo menos corto.

Una parte de ella quiso reírse de su propia reacción. Otra parte quiso esconderse de sí misma.

Sin Ryan en el edificio, no habría encuentros en el ascensor, ni esa sensación de estar siendo vista incluso antes de ser notada. No habría el juego constante entre mantener la postura y luchar contra una electricidad que insistía en existir.

Era… alivio.

Era también un vacío extraño, como cuando el ruido de una calle desaparece de repente y el silencio incomoda.

Maddy recorrió el pasillo con la mirada, automáticamente, como si aún esperara verlo. No lo vio. Vio solo la rutina: personas quitándose abrigos, poniendo bolsos bajo las mesas, quejándose del lunes con humor ligero.

Giró el rostro hacia la mesa de Lily.

Vacía.

El lugar donde Lily solía sentarse — siempre con postura impecable, mirada atenta, dedos rápidos en el teclado — parecía demasiado grande sin ella. Maddy lo miró por un segundo y, entonces, el recuerdo llegó con una nitidez casi cinematográfica: Lily había dicho, la noche del viernes, que Brian la había invitado a que los dos tomaran "un desayuno" el lunes. Y Maddy, que conocía a la amiga desde antes de que la vida adulta pareciera un contrato, sabía que Lily solo llamaba a algo "desayuno" cuando no quería admitir que estaba interesada.

La comisura de la boca de Maddy se levantó sola.

Se imaginó a Lily, tan controlada, intentando mantener la racionalidad mientras Brian Grant, con esa sonrisa de quien se siente cómodo en cualquier espacio, sacaba conversación como si el mundo entero fuera un terreno privado. Imaginó la firmeza de Lily siendo puesta a prueba y, por primera vez, no pensó que eso fuera peligroso. Pensó que era… justo.

Feliz por la amiga, Maddy se descubrió curiosa. Quería detalles. Quería ver a Lily negar y, después, admitir. Quería ver a Lily riéndose de su propio descontrol, aunque fuera por un segundo.

Sacudió la cabeza, como si apartara una nube de pensamientos, y se obligó a volver al trabajo.

Las primeras horas transcurrieron con una ligereza rara. Habló con colegas, revisó archivos, respondió correos, alineó una presentación interna, discutió un detalle de interfaz con un desarrollador que parecía no haber dormido desde el jueves. Fue productiva. Fue competente. Fue ella misma.

Y, aun así, en pequeñas pausas — una pantalla cargando, una taza llenándose — había un espacio donde Ryan cabía sin pedir permiso.

Echaba de menos la tensión y odiaba eso. Echaba de menos como quien echa de menos un mal hábito: no por ser bueno, sino por ser inevitable.

Cuando el reloj pasó de media mañana, la oficina ya había vuelto al ritmo normal. Teclas, notificaciones, pasos apresurados, voces amortiguadas en salas de cristal. Maddy estaba concentrada en una revisión cuando oyó un movimiento diferente, un murmullo que empezó bajo y creció rápido.

Una compañera del sector — la misma que siempre sabía de todo antes de que se convirtiera en tema — apareció cerca de la mesa de Maddy con una sonrisa demasiado abierta para ser solo simpatía.

— Maddy, mandaron entregar esto para ti.

Maddy levantó la mirada, confundida.

— ¿Para mí?

El repartidor apareció justo detrás, sosteniendo un ramo demasiado grande para ser discreto. Flores claras, elegantes, con follajes oscuros que daban un contraste sofisticado. Nada de exagero infantil. Era un arreglo pensado — caro, sin necesidad de gritar que era caro.

El pasillo pareció detenerse por un segundo. Cabezas se giraron con una naturalidad indecente. Sonrisas aparecieron en rostros que, normalmente, solo exhibían concentración.

— Mira a ella… — alguien murmuró, riendo.

— ¿Quién está enamorado así? — otra persona provocó.

— No lo creo — una tercera voz completó, como si aquello fuera más sorprendente que cualquier lanzamiento de la empresa.

El calor subió por el cuello de Maddy antes de que pudiera reaccionar.

— Gente… — intentó, pero no le salió ninguna frase que pareciera firme.

Firmó la entrega con la mano que temblaba casi imperceptible, tomó el ramo con cuidado y, por un segundo, no supo dónde poner aquello. Era demasiado grande para el espacio de la mesa. Demasiado grande para la vida que ella venía intentando mantener controlada.

— Vale, pero… ¿quién lo mandó? — insistió la compañera, inclinando el cuerpo como si pudiera leer la respuesta en el tallo de las flores.

— Debe de ser algún ex arrepentido — comentó alguien desde el fondo, y Maddy contuvo la respiración en el mismo instante, el recuerdo de Lucas intentando invadir su paz con mensajes entrando como una molestia rápida.

No. No era Lucas.

Vio la tarjeta sujeta entre las flores con una cinta fina, elegante. Pequeña. Casi demasiado discreta para lo que causaba.

Maddy sacó la tarjeta con cuidado, como si fuera frágil. Las uñas tocaron el papel grueso. El perfume de las flores subió más fuerte cuando la acercó al rostro.

Leyó.

No había exageros. No había frases hechas. Era delicado e íntimo como una mano sosteniendo la suya en la oscuridad.

“Para que recuerdes, en medio del ruido, que alguien está pensando en ti.”

La firma era solo una letra.

R.

El corazón de Maddy dio un salto tan alto que pareció golpearle la garganta.

El mundo a su alrededor continuó, pero ella lo oyó todo como si estuviera bajo el agua: risitas, preguntas, el aire acondicionado, los pasos. Se quedó parada con la tarjeta en la mano, los ojos clavados en aquella letra como si fuera la cosa más peligrosa y bonita que alguien pudiera dejar encima de su mesa.

R.

No necesitaba apellido. No necesitaba explicación.

Sintió que una sonrisa quería nacer, y eso la dejó aún más cohibida. Porque la sonrisa no era solo un reflejo. Era una confesión.

— ¿Quién es R? — preguntó un chico de marketing, señalando la tarjeta con descaro. — ¿R de… Rodrigo? ¿Rafael?

— O… ¿“Rico”? — bromeó alguien, y la risa llegó en oleadas.

— Cuéntanos, Maddy — insistió la compañera, con los ojos brillando de cotilleo.

Maddy apretó la tarjeta entre los dedos y forzó una risa corta.

— Es… solo un amigo — dijo, con la voz saliéndole más baja de lo que pretendía.

— ¿Un amigo manda esto? — la compañera abrió los ojos, como si acabara de recibir confirmación del universo. — Está bien.

— Gente, tengo trabajo — respondió Maddy, intentando recuperar el territorio. Metió la tarjeta en el cajón de arriba demasiado rápido, como si guardara un secreto que pudiera ser robado por el aire.

Apoyó el ramo al lado del monitor, improvisando espacio, y volvió los ojos a la pantalla. Las letras parecían bailar. El cursor parpadeaba como si se riera de ella.

Intentó concentrarse. Intentó recordar el objetivo del correo abierto. Intentó ignorar el perfume constante de las flores, que ahora parecía haber invadido el aire de todo el sector.

Pero su cabeza seguía en la puerta del edificio, en el toque del dedo de él apartando un mechón, en la voz diciendo deja que pase. Y ahora… esto. Un gesto que no era público, pero que, inevitablemente, se había vuelto público de la manera más obvia.

Porque no había forma de ser discreta con flores de ese tamaño.

El resto del día pasó como una película acelerada. Reuniones cortas. Ajustes. Mensajes. Un café que tomó sin sentir el sabor. Cuando se dio cuenta, ya estaba guardando cosas en el bolso y mirando el reloj con un agotamiento que no venía del trabajo — venía de existir por dentro con tantas cosas al mismo tiempo.

Cuando se levantó, el ramo pareció pesar más de lo que debería. Lo sostuvo con cuidado, intentando no aplastar nada, y salió de la oficina bajo miradas curiosas y sonrisas insistentes.

— ¡Chao, Maddy! Buenas noches para ti y para el… R — provocó alguien, y ella levantó la mano en un saludo rápido, sin valor para mirar directamente.

En el ascensor, sola por unos segundos, miró las flores como si aún no creyera que aquello era real. El reflejo del espejo mostraba a una mujer intentando mantener el control mientras los ojos delataban algo mucho más simple: alegría.

Entró en el edificio, subió, abrió la puerta del apartamento y, al cerrar detrás de sí, el silencio la recibió con familiaridad.

Maddy puso las flores sobre la encimera de la cocina con cuidado. El contraste entre el arreglo elegante y el espacio simple del apartamento hizo que se le oprimiera el pecho. Se quitó el abrigo despacio, tiró el bolso en el sofá y se quedó un instante parada, solo mirando.

Sin darse cuenta, estaba sonriendo.

Cuando el móvil vibró, se sobresaltó levemente — el tipo de sobresalto que el cuerpo aprende después de semanas emocionalmente intensas.

Era una videollamada de Kevin.

Contestó, y la pantalla se llenó con su rostro, demasiado iluminado, como si él hubiera elegido el mejor ángulo para existir.

Kevin abrió los ojos en el mismo segundo.

— DIOS MÍO.

Maddy se rió, ya sabiendo que él había visto el enorme ramo de flores al fondo del vídeo.

— Kevin…

— ¡Te mandó flores de película! — casi gritó, inclinando el móvil como si quisiera entrar en el apartamento. — ¿Estoy viendo? ¿De verdad estoy viendo? Esto es gigantesco. Esto es… ¡esto es declaración, esto es amenaza, esto es todo!

Maddy intentó parecer indiferente, pero la risa le salió floja.

— No es nada del otro mundo.

Kevin puso una cara de juicio teatral.

— ¿Nada del otro mundo? Amiga, esto tiene más presencia que muchos hombres que ya he conocido. — Respiró hondo, como si necesitara controlarse. — Vale, vale. ¿Y Lily? ¿Qué dijo de todo esto?

Maddy se mordió el labio, mirando automáticamente el ramo otra vez.

— Ni apareció en la oficina hoy — respondió. — Creo que el desayuno con Brian se convirtió en almuerzo, postre…

Kevin abrió una sonrisa enorme y empezó a reír alto, con esa risa que le tomaba el cuerpo entero.

— ¡Lo sabía! Lo sabía. Ese hombre la estaba mirando como si ya hubiera elegido hasta los nombres de los hijos.

Maddy se rió más relajada, imaginándose a Lily poniendo los ojos en blanco y, aun así, quedándose.

— Eres imposible — dijo, secándose una comisura del ojo que ni estaba mojada, pero que parecía caliente.

Kevin levantó las manos en un gesto dramático.

— Amiga, yo no puedo juzgar nada. Hasta un golpe le daba a ese hombre.

— ¡Kevin! — reprendió Maddy, riendo de verdad ahora, el sonido llenando el apartamento como si estuviera menos vacío.

Él fue bajando la sonrisa despacio, los ojos volviéndose más atentos. Kevin tenía esa habilidad irritante de bromear hasta el punto exacto y, después, dar en el centro.

— Deberías hablar con él — dijo, más serio.

Maddy se quedó callada un instante, la mirada cayendo en la tarjeta escondida en el cajón, como si pudiera verla a través de la madera.

— No sé… — respondió, y la frase salió con el peso de todo lo que ella venía intentando equilibrar.

Kevin inclinó la cabeza.

— Amiga, lánzate. — Su voz salió firme, sin exagero. — Estás feliz. Se nota en tu cara.

Maddy pasó los dedos por el tallo de una flor distraídamente. El perfume subió otra vez, suave e insistente, como un recuerdo.

Se quedó unos segundos en silencio, oyendo su propio corazón. La imagen de Ryan en la noche fría volvió: parado, manos en los bolsillos, mirada fija en ella como si ella fuera la única cosa sólida.

Respiró y dijo, despacio, como si la decisión necesitara nacer con cuidado:

— ¿Sabes qué?

Kevin ya abrió una sonrisa, anticipando.

— Voy a llamarlo — completó Maddy, y sintió una ola caliente atravesarle el pecho, mitad valentía, mitad miedo.

Kevin explotó inmediatamente.

— ¡ESO! ¡Eso es lo que quiero! ¡Ve! — Aplaudió fuera de sincronía, el sonido reventando en el micrófono. — Voy a colgar para que llames. ¡Ve, ve, ve!

Maddy se rió nerviosa.

— ¡Vale! ¡Para! — Sacudió la cabeza, intentando contener su propia ansiedad. — Cuelga ya.

— ¡Colgando! — Kevin señaló a la cámara como si estuviera dando una orden oficial. — ¡Y quiero actualización. Exijo actualización!

La llamada terminó con la imagen de él congelándose en una sonrisa animada.

El silencio volvió de golpe, más pesado ahora porque estaba lleno de expectativa. Maddy se quedó parada delante de la encimera, las flores ocupando espacio como una presencia. El apartamento parecía demasiado pequeño para la valentía que ella estaba intentando construir.

Cogió el móvil con las dos manos. La pantalla le iluminó el rostro en un tono frío, contrastando con la luz amarillenta de la cocina.

Su nombre estaba ahí, guardado con una simplicidad peligrosa:

Ryan Walker

Sus dedos se quedaron suspendidos sobre la pantalla por un segundo demasiado largo. Caminó hasta la sala, luego volvió dos pasos como si no supiera dónde colocar su propio cuerpo. Se detuvo cerca de la ventana y vio Manhattan allá abajo, una constelación de luces indiferentes.

Inspiró hondo, sintió el aire quedarse atrapado en el pecho, y apretó para llamar.

El móvil se pegó a la oreja. El tono de llamada sonó, regular, paciente — cada toque un empujón en su pecho.

Maddy empezó a caminar por el apartamento sin darse cuenta, pasos cortos, la mano libre cerrándose y abriéndose. El corazón latía demasiado alto para un espacio tan pequeño. Miró las flores como si les pidiera apoyo, como si ellas pudieran decir que aquello no era una locura.

El teléfono sonó una vez más.

Y entonces, la línea hizo clic.

Una respiración del otro lado. Un silencio que parecía consciente.

Hasta que su voz llegó, grave y calmada, como si siempre hubiera estado ahí:

— ¿Hola?

CAPÍTULO 21

Esto No Tiene Sentido

— ¿Hola?

La voz de Ryan Walker atravesó la línea con la misma calma que él llevaba en la sala de reuniones — grave, controlada, como si nada en el mundo tuviera prisa. Aun así, fue suficiente para que el corazón de Maddy perdiera el ritmo.

Se quedó parada en medio del apartamento por un segundo, el celular pegado a la oreja, las flores enormes en la encimera de la cocina pareciendo aún más absurdas ahora que tenían dueño.

Después, empezó a caminar despacio, como si el movimiento pudiera impedir que el nerviosismo se filtrara por la voz.

— Hola…

Del otro lado, ella imaginó la sonrisa antes de oírla. Un silencio demasiado pequeño para ser formal, demasiado grande para ser casual. Ryan no necesitaba decir que lo había notado; él siempre lo notaba.

— Entonces recibiste las flores.

Maddy miró automáticamente el ramo. Pétalos claros, tallos largos, un arreglo impecable, del tipo que parecía haber sido montado por alguien que conocía el peso del lujo y se aseguraba de no pedir disculpas por ello.

— Las recibí. — Se mordió la comisura del labio, mirando la tarjeta arrugada de tanto que la había cogido y soltado a lo largo del día. — Y todavía las mandaste a la oficina. Todo el mundo se quedó preguntando quién era el tal R.

La risa de él salió baja, casi demasiado cerca, como si él estuviera apoyado en la pared de su sala y no al otro lado de la ciudad.

— Tal vez me guste la idea de que nadie lo sepa todavía.

El "todavía" quedó suspendido en el aire. Pequeño. Incómodo. Prometedor.

Maddy sintió que se le calentaba la cara, y no había nadie allí a quien culpar además de a su propia imaginación.

— Entonces fuiste tú de verdad.

— Fui yo. — Dijo, simple, como si solo hubiera confirmado una reunión. — Pero aparentemente necesito mejorar.

Ella frunció el ceño, desviando la mirada de las flores hacia la ventana. La ciudad afuera seguía sucediendo — faros, pasos, sirenas lejanas. El mundo no tenía idea de lo que se estaba diciendo en su cocina.

— ¿Mejorar?

— Porque todavía no he descubierto cuáles son tus flores favoritas.

El comentario era ligero, pero la atención detrás de él no lo era. Maddy apretó el celular con un poco más de fuerza, sorprendida por cómo eso atravesaba su defensa con facilidad. No era sobre flores. Era sobre él mirar un detalle y decidir que quería saber su origen.

Pasó los dedos por el borde de la encimera, buscando algo sólido.

— Me gustaron estas.

— Genial. — La respuesta llegó rápida, satisfecha. — Porque quiero aprender todo sobre ti.

El silencio que siguió tenía textura. Maddy parpadeó, la garganta cerrándose de un modo extraño, como si las palabras tuvieran que pedir permiso para salir.

Respiró hondo, intentando llevar el tema a un lugar donde pudiera controlar la temperatura.

— Tenemos que hablar.

Ryan no respondió de inmediato. Y el retraso, en él, no era duda — era elección. Como si estuviera evaluando qué versión de sí mismo iba a recibir ella ahora: el hombre del depósito, el CEO de la sala acristalada, o el extraño que la había mirado como si ella fuera la única cosa real aquella noche.

— Está bien. — Su voz salió más baja. — Hablamos.

Maddy esperó alguna resistencia, alguna frase sobre límites, sobre trabajo, sobre la línea que ya habían cruzado más de una vez. Pero él continuó con la misma tranquilidad segura, casi irritante.

— Puedo pasar a buscarte para cenar mañana.

Ella dejó de caminar, otra vez. Como si la invitación hubiera tirado de un freno dentro de ella.

— Ryan…

— Sin presión. — La cortó con calma, y eso fue aún más desarmante que si hubiera insistido. — Solo cenar. Déjame hacerlo bien esta vez.

Maddy tragó en seco. “Hacerlo bien” parecía una frase inocente en la boca de cualquiera. En la suya, era una promesa con demasiadas implicaciones.

— Tú no… — empezó ella, pero la frase murió cuando su mente recordó la manera en que él la había arreglado después, con una delicadeza que no combinaba con lo que él le había hecho minutos antes. — Hablas como si fuera simple.

Ryan soltó un suspiro que sonó como una sonrisa contenida.

— Eres la mujer a la que quiero impresionar ahora.

El corazón de Maddy se disparó como si esa frase hubiera sido dicha al pie del oído. Llevó la mano libre al cuello, sintiendo la piel caliente, como si estuviera intentando esconder de sí misma el efecto que él tenía.

— Ryan… esto… — Cerró los ojos por un instante, buscando la parte racional. — Dices esas cosas como si fuera simple.

— Contigo no parece complicado.

Ella abrió los ojos, mirando las flores como si pudiera encontrar en ellas una explicación. El apartamento pequeño, la cocina estrecha, los muebles modestos — todo parecía aún más suyo cuando la voz de él ocupaba el espacio.

— No parece complicado porque tú no estás dentro de mi cabeza — soltó, antes de conseguir filtrar.

Ryan rió bajo, una sola vez, como si eso de verdad lo divirtiera.

— Entonces ayúdame. — Su voz se volvió más ligera, casi… curiosa. — ¿Qué te gusta comer?

Maddy parpadeó, sorprendida por el cambio de marcha. Eso era peligroso por ser normal. Porque la normalidad era la puerta más fácil para que ella olvidara el motivo por el cual estaba intentando mantener distancia.

— ¿Estás… haciendo un cuestionario?

— Estoy intentando no equivocarme. — Y, como si fuera obvio: — ¿Sushi? ¿Italiano? ¿Algo que odies?

Se sorprendió sonriendo sin darse cuenta. La sonrisa salió pequeña, traidora, pero salió.

— Me gusta lo italiano. Y odio… — Maddy pensó, la imagen de una comida específica pasando rápido. — Odio la aceituna.

— Anotado. — Oyó el sonido suave de algo moviéndose del otro lado, como si él realmente lo estuviera registrando. — Café. ¿Eres del tipo latte dulce o café negro que te hace sentir adulta?

Maddy se apoyó en la encimera, mirando el ramo como si fuera un cómplice.

— Café negro. Sin azúcar.

— Eso explica algunas cosas.

— ¿Qué? — preguntó ella, ya desconfiada del tono.

— La forma en que intentas convencerte de que no necesitas nada más que lo básico.

El comentario salió tan natural que ella se quedó en silencio por un segundo, el pecho apretándose. Ryan tenía una habilidad irritante de acertar puntos que ella no ofrecía.

— Y tú eres del tipo que cree que entiende a las personas demasiado rápido — le devolvió, intentando recuperar terreno.

— Te entiendo lo suficiente como para querer seguir intentándolo.

Maddy giró el rostro hacia un lado, como si el gesto pudiera impedir que eso entrara. No sirvió. Su voz atravesaba cualquier ángulo.

— Música — continuó él, como si de verdad estuviera armando una lista. — ¿Qué escuchas cuando estás sola?

Ella rió levemente, sin humor.

— ¿De verdad quieres saber eso?

— Quiero. — La respuesta llegó sin vacilación. — Quiero saber qué te calma. Qué te deja… — hizo una pausa mínima, como si escogiera el término, — vulnerable.

Maddy apretó los dedos en el borde de la encimera. Vulnerable era la palabra que venía evitando desde que Lucas destruyó la versión de ella que creía en promesas.

— Escucho indie. A veces cosas antiguas. — Frunció la nariz, juzgándose a sí misma. — Fleetwood Mac, dependiendo del humor.

— ¿Dependiendo de qué humor?

— Depende de cuántas veces me arrepentí de algo en la semana — soltó, intentando convertirlo en broma.

Ryan rió, y el sonido tenía un calor peligroso.

— No quiero que te arrepientas de mí.

Maddy cerró los ojos, una fracción de segundo.

— Ryan… — Intentó mantener la voz firme, pero salió más baja de lo que pretendía. — Llamé porque… las flores… y porque necesitaba entender qué crees que estás haciendo.

— Creo que estoy intentando. — Dijo. Y, enseguida, con la misma serenidad: — Mañana. Cena. Paso a buscarte.

El estómago se le apretó, mitad nervios, mitad… anticipación. Odió cuánto su cuerpo parecía ya haber dado una respuesta antes que la

mente.

— Yo no dije que sí.

— Te oí respirar como si quisieras decirlo. — Su voz ganó un matiz de provocación. — Pero voy a ser un caballero y esperar a que lo digas.

Maddy soltó una risa corta, más una salida que humor. Se odiaba un poco por estar sonriendo otra vez.

— Eres insoportable.

— Y tú estás sonriendo.

Ella tomó aire, acorralada por la verdad. No respondió. Del otro lado, él pareció aceptar ese silencio como algo íntimo, no como derrota.

— Te mando los detalles mañana — dijo Ryan, volviendo al tono calmado. — Hora. Lugar. Sin sorpresas.

"Sin sorpresas." Como si la propia existencia de él no hubiera puesto su rutina patas arriba.

— Está bien — respondió Maddy, y la palabra salió antes de que pudiera deshacerla.

Ryan se quedó en silencio por un instante que sonó satisfecho.

— Buenas noches, Maddy.

Ella miró las flores una vez más. La tarjeta con la "R" parecía un secreto infantil y peligroso al mismo tiempo.

— Buenas noches, Ryan.

La llamada terminó, y el apartamento volvió a quedar en silencio — pero no vacío. La presencia de él parecía haberse quedado atrapada

en las paredes por unos segundos, como perfume.

Maddy dejó el celular en la encimera, al lado del ramo. Apoyó la frente en el mármol frío y respiró, intentando entender cómo "cena" podía parecer una amenaza y un alivio al mismo tiempo.

Lo que no tenía sentido era esto: ella había llamado para retomar el control, y había terminado aceptando una cita con el hombre que más le quitaba el control.

…

La noche del día siguiente, la pantalla del celular iluminó el rostro de Maddy con el brillo familiar de una videollamada. Contestó antes del segundo timbre, todavía con el cabello medio recogido, una horquilla sujetando el flequillo, como si estuviera "solo en casa" — cuando, en realidad, ya se había cambiado de ropa dos veces y estaba intentando fingir que eso era normal.

Lily Turner apareció del otro lado y, por un segundo, Maddy creyó que había contestado al número equivocado.

Porque Lily estaba… diferente.

No era maquillaje. No era el cabello. Era la mirada. Un brillo quieto, un tipo de energía que Lily normalmente guardaba para victorias profesionales — y no siempre.

— Dios mío — soltó Maddy, incluso antes de saludar. — Estás feliz.

Lily puso los ojos en blanco, pero el gesto no vino acompañado de la armadura habitual. Vino con una sonrisa que intentó esconder y fracasó.

— No empieces, Maddy.

— Ni siquiera empecé. — Maddy se acercó al celular, los ojos verdes bien abiertos. — ¿Qué pasó?

Lily suspiró, como si estuviera a punto de admitir un crimen.

— Brian me llamó hoy temprano.

Maddy abrió la boca en una expresión de puro shock y alegría, la voz subiendo.

— ¿Y???

Lily se mordió la comisura del labio, y la pequeña vacilación fue la prueba de que eso importaba más de lo que ella quería demostrar.

— Vamos a empezar a conocernos mejor.

Maddy soltó un sonido que fue mitad risa, mitad celebración contenida. Se llevó la mano al pecho, genuinamente feliz de un modo que calentó el cuarto.

— Lily…

— No pongas esa cara — se quejó Lily, pero sus ojos estaban suaves. — No es… no es nada del otro mundo todavía.

— No es nada del otro mundo y tienes esa cara de quien acaba de ganar un premio.

Lily soltó una risa corta, derrotada.

— Está bien. — Alzó una ceja, como si decidiera ser honesta solo por cinco segundos. — El desayuno se convirtió en almuerzo. Y después nosotros… caminamos. Hablamos. Él… él de verdad me escucha.

Maddy se apoyó en el respaldo del sofá, observando a su amiga con una atención casi emocionada. Lily siempre fue la persona que ponía

orden en el caos — ver su orden tambalearse por alguien era una novedad deliciosa.

— Él presta atención a lo que dices — repitió Maddy, como si probara el sabor de la frase. — Eso te atrapó, ¿no?

— Es irritante — respondió Lily al instante, automática, pero rió justo después. — Porque estoy acostumbrada a gente intentando convencerme. Él no intentó convencerme de nada. Él solo… preguntó. Y escuchó.

— Entonces el vicepresidente finalmente sacudió a Lily Turner — provocó Maddy, con una sonrisa demasiado abierta para ser solo broma.

Lily puso los ojos en blanco con más fuerza, pero esta vez el gesto venía con risa.

— Ese hombre es irritantemente interesante.

El encuadre tembló un poco cuando Lily ajustó el celular. Maddy percibió, entonces, lo que estaba pasando del otro lado: la cama de Lily estaba cubierta de ropa. Un vestido colgado en la puerta del armario, zapatos en el suelo, un bolso abierto como si hubiera sido revuelto en busca de algo específico.

Lily levantó un vestido delante del cuerpo, evaluándolo en el espejo fuera de cuadro.

— ¿Crees que estoy bien vestida?

Maddy rió, una alegría ligera subiendo por el pecho. Lily preguntando eso era, por sí solo, una confesión.

— Amiga… estás preciosa.

Lily hizo una mueca como si el elogio fuera exagero, pero no soltó el vestido.

— Estás siendo sospechosamente amable.

Maddy levantó las manos, fingiendo inocencia.

— Solo estoy observando que está ocurriendo un milagro.

Lily estaba a punto de replicar cuando entrecerró los ojos, enfocándose en la imagen de Maddy. Su expresión cambió con la precisión de quien percibe detalles técnicos en un proyecto.

— Espera. — Lily inclinó el rostro. — Tú también estás demasiado arreglada.

Maddy se congeló por un segundo, como si la hubieran pillado robando.

— Yo no lo estoy.

— Lo estás. — Lily fue implacable. — ¿Por qué?

Maddy desvió la mirada hacia su propio reflejo en el espejo del pasillo. La luz del apartamento le daba en el rostro de lado, mostrando el cuidado que ella juraría que no había puesto: base ligera, rímel, un labial discreto. Y el vestido — simple, elegante, ajustado en la medida justa para hacer que su corazón trabajara más de lo que necesitaba.

Soltó el aire despacio.

— Ryan me invitó a cenar.

Por dos segundos, Lily se quedó muda. Luego la reacción llegó entera, sin filtro — y era tan rara que Maddy casi rió solo por eso.

— LO SABÍA. — Lily se llevó la mano a la boca, ojos muy abiertos. — Dios mío.

Maddy rió, nerviosa, y se pasó la mano por el cabello como si pudiera arreglar los pensamientos junto.

— No grites. Ya estoy entrando en pánico yo sola.

— No, no, no. — Lily señaló la pantalla como si estuviera dando órdenes a un subordinado. — Está bien. Respira. ¿A qué hora? ¿Dónde? ¿Él va a pasar a buscarte?

— Yo… creo que sí. — Maddy se mordió el labio, la ansiedad subiendo en oleadas. — Dijo que iba a mandar los detalles.

Lily abrió una sonrisa que mezclaba emoción y alerta. Su versión protectora todavía estaba allí, pero la mujer curiosa había ganado por unos minutos.

— Está bien. Entonces vamos a hacerlo bien. — Lily miró de nuevo a Maddy, evaluando como si ella fuera un proyecto a lanzar. — Gira un poco. Déjame ver ese vestido.

Maddy giró, sosteniendo el celular con cuidado. La cámara captó la cintura marcada, la tela oscura, la elegancia simple.

— No sé si está… — empezó Maddy, pero Lily la cortó.

— Está perfecto. — afirmó Lily, y luego entrecerró los ojos otra vez, como si el mundo hubiera vuelto al eje racional de ella. — Solo… no dejes que él te engulla, ¿vale?

Maddy sintió que la risa se le apagaba un poco. Engullir era una palabra demasiado buena para describir lo que Ryan hacía con su presencia. Miró su propio reflejo, los ojos verdes brillando de nervios y expectativa.

— No voy a perderme — dijo Maddy, más para sí misma que para Lily.

— Genial. — Lily se relajó un poco, pero su atención seguía afilada. — Y después me lo cuentas todo.

Maddy soltó una risa baja.

— Sabía que esto iba a convertirse en un interrogatorio.

— No. — Lily levantó un dedo. — Esto va a convertirse en un análisis. Y yo soy excelente en eso.

Las dos rieron juntas, y por un momento Maddy sintió que la tensión daba lugar a algo más ligero. Estaba ajustándose un pendiente, mirando demasiado al espejo, cuando el celular vibró encima de la encimera con un sonido seco que la hizo quedarse rígida por completo.

Maddy bajó la mirada.

La pantalla iluminada mostraba un mensaje nuevo, demasiado formal para el efecto que le causó.

"Buenas noches, Maddy. Acabo de llegar."

El aire pareció volverse más pesado en el apartamento. El estómago se le hundió y subió al mismo tiempo. Como si, hasta ese segundo, todo fuera una posibilidad distante — y ahora se hubiera convertido en realidad estacionada afuera.

Se quedó inmóvil, el celular en la mano, la respiración atrapada en un punto alto.

En la pantalla de la llamada, Lily se dio cuenta antes de que Maddy dijera cualquier cosa.

— ¿Qué pasa?

Maddy levantó los ojos hacia Lily, y su propia expresión lo entregó todo: pánico, excitación, incredulidad.

— Ay, Dios mío… — susurró. — Llegó.

CAPÍTULO 22

Cuando Todo Se Rompe

El mensaje aún brillaba en la pantalla cuando Maddy cerró la aplicación con el pulgar y encaró su propio reflejo en el espejo del pasillo. El vestido que había elegido parecía más serio de lo normal, como si pudiera contener el caos por ella. No lo contenía.

Respiró hondo, una vez, dos, y aun así el corazón siguió latiendo demasiado rápido, como si ya supiera que cada paso hacia el ascensor era un paso más cerca de algo que ella no había planeado sentir.

El ascensor bajó con una lentitud cruel, y Maddy observó los números cambiar como quien cuenta los segundos antes de un examen. En la planta baja, las puertas se abrieron a un vestíbulo amplio, iluminado y demasiado limpio, con el mármol reflejando las luces como si la noche allá afuera fuera un detalle distante.

El portero, el mismo de siempre, levantó la vista del mostrador en el instante en que ella cruzó la entrada. La conocía lo suficiente como para reconocer el "buenas noches" automático que ella solía dar cuando volvía cansada del trabajo. Y conocía su expresión lo bastante como para darse cuenta de que aquella no era una noche común.

— Buenas noches, señorita Mitchell — dijo, educado, pero con un brillo de curiosidad discreta.

— Buenas noches — su voz salió más baja de lo que pretendía.

Maddy sintió la mirada del portero siguiéndola mientras caminaba hacia las puertas de vidrio. Intentó parecer normal. Intentó caminar al mismo ritmo de siempre, como si no fuera a cruzar aquel vestíbulo para encontrar a Ryan Walker esperando afuera de su edificio, como si eso fuera algo que le pasaba a cualquiera un martes por la noche en Manhattan.

Las puertas se abrieron con un soplo frío de la calle, y el sonido de la ciudad entró como una ola distante — bocinas, voces, neumáticos mojados sobre el asfalto. Pero lo que capturó su atención fue el silencio distinto justo en la acera, casi como si el mundo alrededor hubiera retrocedido por un instante.

El Bugatti negro estaba detenido frente al edificio con una presencia casi irreal. Demasiado bajo, demasiado perfecto, demasiado oscuro. La carrocería brillaba bajo las farolas como si acabara de salir de un escaparate. Y junto a él, con la puerta del pasajero abierta, Ryan estaba apoyado levemente en el coche, las manos relajadas, la postura tranquila — el tipo de tranquilidad que no era calma, era dominio.

Levantó el rostro en el momento exacto en que ella dio el primer paso hacia afuera. Los ojos azules se encontraron con los de ella y, por un segundo, Maddy tuvo la sensación absurda de que él podía oír lo que ella pensaba incluso antes de que ella lo pensara.

Ryan no sonrió de inmediato. Solo observó, lento, como si estuviera absorbiendo cada detalle: la forma en que se recogió el cabello, el leve brillo en la boca, la tela del vestido contra la piel. Como si ella fuera una decisión que él había tomado y ahora confirmara, con sus propios ojos, que estaba en lo cierto.

Maddy se detuvo a pocos centímetros de él, sintiendo el frío de la calle en las piernas y el calor subiéndole al rostro sin pedir permiso.

Ryan inclinó la cabeza, la voz lo bastante baja como para parecer íntima incluso allí, afuera, bajo las luces públicas.

— Estás hermosa.

Maddy tragó saliva. El cumplido no tenía prisa, no tenía exageración. Era simple. Y aun así se posó sobre ella con un peso que le apretó el estómago.

— Gracias — respondió, la sonrisa apareciendo medio contra su propia voluntad, como si su cuerpo estuviera reaccionando antes que su cabeza.

Ryan se apartó un paso del coche e hizo un gesto silencioso para que ella entrara primero. No había prisa en el movimiento, pero había intención. Esperó, atento, mientras ella se acercaba a la puerta abierta.

Maddy pasó junto a él y sintió su perfume antes que cualquier otra cosa — un olor limpio y caro, con algo más oscuro debajo, como madera y cuero. Era el mismo perfume que se le quedó en la memoria después de aquella primera noche, y el simple hecho de estar tan cerca ahora hizo que su piel lo recordara.

Entró en el Bugatti y el mundo cambió de textura.

El interior era negro, sofisticado, casi minimalista. El acabado parecía más suave de lo que debería existir en un coche; el cuero del asiento la recibió como si hubiera sido hecho para ella, y las luces suaves del panel dibujaban líneas discretas, sin llamar la atención, pero imponiendo lujo en cada detalle. El olor a coche nuevo mezclado con el perfume de Ryan llenaba el espacio cerrado y la hacía demasiado consciente de su propia respiración.

Ryan cerró la puerta con cuidado y rodeó el coche. Maddy observó por la ventana la forma en que se movía — sin prisa, sin intentar impresionar a nadie. Parecía simplemente… correcto. Como si cualquier lugar se ajustara a su alrededor.

Cuando se sentó en el asiento del conductor, el espacio se hizo más pequeño. No físicamente, sino de una manera que tenía que ver con la presencia.

Ryan encendió el coche, y el motor respondió con un sonido bajo, controlado, casi un ronroneo. Sin música. Nada para llenar lo que había entre ellos además del tráfico distante y el aire acondicionado soplando suave.

Maddy sostuvo el bolso en el regazo como si pudiera servir de ancla, pero notó el detalle ridículo: sus manos estaban ligeramente tensas. Relajó los dedos despacio, como quien intenta no demostrar que está nerviosa.

El Bugatti salió con suavidad, como si la calle hubiera sido diseñada para él. Ryan conducía con la misma calma con la que comandaba una sala. Y eso, de algún modo, solo la hacía más consciente de la cercanía.

Maddy fue la primera en romper el silencio, no porque tuviera algo urgente que decir, sino porque necesitaba demostrarse a sí misma que podía respirar allí dentro.

— Entonces… ¿a dónde me vas a llevar? — preguntó, intentando sonar casual.

Ryan desvió la mirada hacia ella por un instante, rápido, pero intenso. Lo suficiente como para hacer que se le contrajera el vientre.

— Pensé en llevarte a un restaurante italiano que me gusta — respondió, volviendo los ojos a la calle.

Maddy parpadeó, sorprendida.

— Mmm… ¿restaurante italiano? Me encanta la comida italiana.

Ryan sonrió de lado, una sonrisa corta, como si le hiciera gracia su propia elección — o la reacción de ella.

— Lo sé. Me lo dijiste ayer.

El corazón de ella dio un pequeño salto, una reacción idiota para una frase tan simple. Él había escuchado. Lo había guardado.

— Yo… tenía un restaurante al que iba cuando me mudé aquí — dijo, las palabras saliendo más fáciles conforme la memoria abría espacio. — Era pequeño. En un barrio más alejado, nada… nada sofisticado. Solo… bueno.

Ryan mantuvo la expresión tranquila, pero sus ojos parecían más atentos ahora, como si toda la ciudad hubiera quedado en segundo plano.

— ¿Ibas mucho? — preguntó.

— Cuando podía — respondió Maddy con media sonrisa. — Era el tipo de lugar que podía pagar en esa época. Y la comida era… increíble. O sea, de verdad. A veces pensaba: "Ok. Si todo sale mal, al menos todavía tengo este ravioli."

Ryan soltó una risa baja, casi un soplo, como si la imagen de ella diciendo eso fuera más íntima de lo que debería ser.

— ¿Dónde queda? — preguntó de inmediato.

Maddy giró el rostro hacia él, extrañando la prontitud.

— Ryan… está lejos. Y es sencillo. En serio. Es… es un lugar de barrio.

Ryan respondió como si eso no significara nada.

— Entonces vamos allí.

Ella se quedó unos segundos en silencio, intentando procesarlo. Había algo desconcertante en la facilidad con que él aceptaba. Ella esperaba… cualquier señal de vacilación, de aburrimiento, de "mantengamos esto en mi mundo". Pero él parecía dispuesto a entrar en el suyo sin convertirlo en un evento.

— Ryan — insistió, riendo nerviosa, porque era más fácil reír que admitir que estaba emocionada—, es demasiado sencillo para ti.

Él la miró de nuevo, rápido, pero esta vez se quedó un segundo más.

— No me importa.

Maddy sintió que se le calentaba el rostro y desvió la mirada antes de que él notara el efecto completo.

— Me estás poniendo incómoda.

Ryan mantuvo los ojos en la calle, pero la voz le salió con un leve humor.

— Voy a sobrevivir.

Maddy soltó una risa baja, rendida, y el nudo en el pecho se aflojó un poco.

— Entonces está bien. Vamos.

El camino cambió — y con él el paisaje. La ciudad se volvió menos brillante, más real. Edificios más pequeños, esquinas con tiendas antiguas, luces más cálidas, gente que no parecía estar yendo a una fiesta de gala. Maddy observó el cambio como quien vuelve a casa después de mucho tiempo fuera y, sin darse cuenta, su postura se relajó.

Cuando el Bugatti finalmente se detuvo, la fachada del restaurante parecía aún más pequeña al lado de un coche así. Pequeñas luces colgaban sobre la puerta, y el letrero sencillo anunciaba el nombre con una tipografía antigua. Había dos mesas en la acera, ocupadas por una pareja y una familia con niños riendo bajo. Nada de valet. Nada de entrada teatral. Solo un lugar que existía porque era lo bastante bueno como para seguir existiendo.

Maddy salió primero, sintiendo el frío de nuevo y, enseguida, el calor del ambiente escapándose por la puerta cuando alguien entró. Ryan rodeó el coche, cerró la puerta con calma y caminó a su lado como si no hubiera ningún contraste entre él y aquel escenario.

Cuando entraron, el olor a salsa, pan y pasta fresca los envolvió de inmediato. Era un olor que Maddy conocía en el cuerpo, en la memoria. El tipo de olor que hace que el hambre aparezca sin pedir permiso. El lugar tenía pocas mesas, paredes con cuadros antiguos y un mostrador donde un señor conversaba con el camarero como si fueran amigos de décadas.

Un camarero simpático los recibió con una sonrisa.

— Buenas noches — dijo, mirando a Maddy como si la reconociera de algún lugar, o tal vez reconociera la forma en que entró allí, respirando como quien vuelve a un lugar seguro. — ¿Mesa para dos?

— Sí — respondió Maddy, y su voz salió más natural allí.

Ryan solo asintió, educado, observando alrededor con una atención silenciosa que no parecía juicio. Parecía curiosidad. Interés real.

Se sentaron en una mesa cerca de la pared, bajo una luz amarilla suave que hacía el ambiente más acogedor que cualquier restaurante elegante con luz calculada.

Maddy tomó el menú con la familiaridad de quien ya sabía lo que había allí incluso antes de leer.

— Vale — dijo, inclinándose un poco hacia él como si compartiera un secreto—, tienes que pedir la carbonara. Es… es esa carbonara que crees que ya no existe en Nueva York.

Ryan alzó una ceja, divertido.

— Que lo digas así hace que parezca un desafío.

— Es un desafío — respondió Maddy, y sus ojos verdes brillaron. — Y me va a gustar ganar.

Ryan la miró un segundo, y su mirada pareció más cálida allí, menos afilada que en la oficina. Menos armadura.

— Entonces pido la carbonara — dijo.

— Y yo voy con ravioli — completó Maddy, satisfecha, como si aquello fuera un pequeño acuerdo entre los dos.

El camarero anotó los pedidos, trajo agua y una cesta de panes aún calientes. Maddy partió un trozo y untó mantequilla sin pensarlo demasiado, y cuando se dio cuenta, Ryan estaba observando esa naturalidad como si fuera lo más interesante de la noche.

— ¿Qué pasa? — preguntó ella, atrapando su mirada.

Ryan no apartó la vista.

— Pareces… más tú aquí — dijo, simple.

La frase alcanzó a Maddy en un lugar vulnerable, y respiró despacio antes de responder.

— Creo que estoy menos… armada — admitió, mirando el pan en sus manos.

— Me gusta eso — dijo Ryan, bajo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue lleno. Como si estuviera siendo construido.

Cuando llegó la comida, llegó humeante, con el olor subiendo en oleadas. La carbonara de Ryan tenía un brillo cremoso, con pimienta molida por encima. El ravioli de Maddy venía con una salsa de tomate que parecía haber sido hecha con paciencia, con albahaca fresca.

Ryan probó primero. Llevó el primer bocado a la boca con calma, masticó y, por un instante, se quedó en silencio, como si no hubiera esperado que algo tan simple pudiera ser tan… bueno.

La miró, casi impresionado.

— Mmm… realmente es maravilloso.

Maddy sonrió, satisfecha, como si hubiera ganado exactamente lo que dijo que ganaría.

— Sabía que te iba a gustar.

Ryan mantuvo la mirada en ella más tiempo del necesario para responder.

— Parece que ahora tú también estás empezando a conocerme.

La frase llegó con un peso suave, casi una provocación. Maddy sintió que se le apretaba el estómago de una manera distinta — no de nervios, sino de conciencia. Como si, de repente, aquello no fuera solo una cena. Como si ellos estuvieran, de hecho, empezando algo.

Comió más despacio después de eso. La conversación se mantuvo ligera — comentarios sobre la ciudad, sobre el trabajo sin entrar en detalles peligrosos, sobre pequeñas cosas que hacían reír a Maddy y hacían que Ryan la mirara como si su risa fuera algo que él quisiera coleccionar.

Cuando terminaron, Maddy se limpió la boca con la servilleta con un cuidado casi automático. Y entonces, en lugar de seguir sonriendo, su cuerpo se quedó más quieto. La ligereza no desapareció; solo abrió espacio para otra cosa, más honda, más verdadera.

Ryan lo percibió antes de que ella hablara. No preguntó. Solo esperó, los ojos fijos en ella con esa calma que parecía decir: tengo tiempo.

Maddy bajó la servilleta y respiró hondo, como si se estuviera preparando para admitir algo que, en su cabeza, sonaba ridículo e inevitable al mismo tiempo.

— Ryan… — empezó, y su propia voz salió baja. — Tengo miedo.

Los ojos de él no cambiaron, pero la atención sí. Más densa.

— ¿Miedo de qué? — preguntó, sin presionar.

Maddy apretó los dedos en la tela de la servilleta por un segundo y los soltó, intentando no perderse en sí misma.

— De lo que la gente va a pensar — confesó. — Si… si esto pasa. Si nosotros estamos juntos.

Vio que su mandíbula se tensaba levemente, no de rabia, sino de comprensión contenida.

— Van a decir que soy interesada — continuó Maddy, el valor creciendo conforme salían las palabras. — Que es cazarfortunas, que quiero dinero, poder, estatus. Que te estoy usando. Y… no quiero vivir con gente mirándome como si yo fuera un chiste. Como si yo fuera un titular.

Tragó saliva, sintiendo que se le apretaba la garganta.

— Vengo de un mundo completamente diferente al tuyo — dijo. — Y ya… ya pasé por humillación suficiente para una vida.

Ryan escuchó todo sin interrumpir. No hubo un "no pienses en eso", no hubo un "estás exagerando". Él solo se quedó allí, entero, con la mirada firme en ella, como si cada miedo de ella fuera algo real que merecía ser respetado.

Cuando Maddy terminó, el silencio se volvió pesado por un instante. El sonido distante del restaurante — cubiertos, conversaciones bajas, una risa de niño — parecía venir de otro lugar.

Ryan extendió la mano sobre la mesa despacio, sin invadir. Solo ofreciendo. Sus dedos tocaron los de ella, y el contacto fue suave, pero seguro, como si estuviera diciendo: estoy aquí.

— No me importa nada de eso — dijo, la voz tranquila, pero con una firmeza que le erizó la piel. — Pasé toda mi vida rodeado de gente falsa. Gente que sabe exactamente quién soy incluso antes de que yo abra la boca. Gente que… quiere algo.

Hizo una pausa, y sus ojos parecían más humanos allí, más cercanos, como si la luz amarilla del restaurante hubiera disuelto una parte de la frialdad que el mundo conocía.

— Y entonces te vi aquella noche — continuó Ryan. — En medio de aquella discoteca. Tú… estabas perdida de una manera que no era débil. Era… real. No estabas intentando llamar la atención. No estabas intentando encajar. Tú solo… existías allí, diferente de todo el mundo que suele acercarse a mí.

Maddy sintió que se le apretaba el pecho con la imagen de él diciendo eso, como si él hubiera guardado un retrato de ella que ella misma no sabía que había dejado para alguien.

— Fuiste la única mujer en años — dijo, más bajo — que me trató sin interés. Sin intentar impresionarme. Sin saber quién era yo. Y…

no recuerdo la última vez que sentí algo así. Sin cálculo. Sin control.

Maddy parpadeó despacio, conteniendo la emoción como si tuviera miedo de derramarse allí, en medio de un restaurante pequeño que no tenía espacio para un colapso bonito.

Ryan apretó su mano un poco más, un gesto mínimo, pero lleno de intención.

— Me gustas mucho — dijo, sincero.

El mundo se quedó quieto por un instante que pareció demasiado grande para caber en la mesa entre ellos.

Maddy se quedó mirando a Ryan como si intentara encontrar alguna defensa, alguna ironía, alguna salida fácil. No la había. Solo su honestidad, desnuda, y la forma en que él no parecía ni un poco asustado por ponerse ahí.

Inspiró, y entonces hizo algo que ni ella sabía que tendría el valor de hacer.

Maddy se levantó despacio. La silla se arrastró levemente en el suelo, y Ryan siguió el movimiento con los ojos, sin decir nada, como si entendiera que aquello era una respuesta incluso antes de ser una frase.

Rodeó la mesa y se sentó en la silla a su lado, tan cerca que el calor del cuerpo de él rozó el de ella por el brazo. Ryan no se movió, pero su respiración cambió, casi imperceptible, como si su cuerpo hubiera reconocido el gesto como algo demasiado íntimo para ser ignorado.

Maddy alzó la mano y sostuvo su rostro con cuidado, los dedos tocando su piel como si estuvieran confirmando que él era real, que aquel momento no era una invención de su carencia.

Le dio un beso corto y prolongado — no apresurado, no desesperado. Un beso que parecía un "te escuché" más que un "te quiero".

Cuando se apartó, apoyó la frente en la de él y habló bajo, como si lo dijera solo para los dos:

— A mí también me gustas mucho. — Su voz falló casi imperceptiblemente. — Y quería descubrir qué es esto… contigo.

Ryan sonrió. No fue la sonrisa de lado que ella ya había visto. Fue una sonrisa leve de verdad, una que le cambiaba el rostro, como si por un segundo fuera solo un hombre y no el dueño del mundo.

Le acarició el rostro con el pulgar, un toque lento que hizo que Maddy contuviera la respiración.

— Yo también quiero — respondió.

El aire entre los dos se volvió menos pesado, como si la confesión hubiera abierto una ventana. Maddy soltó una risa baja, casi nerviosa, y Ryan la acompañó con un brillo divertido en la mirada.

— ¿Qué te parece que salgamos ahora a comer un postre? — preguntó, como si fuera lo más natural del mundo.

Maddy rió, sorprendida.

— ¿Ahora?

— Quiero pasar más tiempo contigo antes de dejarte en casa — respondió Ryan, simple.

Maddy inclinó la cabeza, provocando con una sonrisa que ya era mitad valentía y mitad osadía.

— Ah… ¿entonces solo quieres más tiempo conmigo?

Ryan se acercó un poco, su rostro tan cerca que su voz se volvió casi un secreto.

— Es una excusa para que al final yo te deje en casa, te acompañe hasta la puerta… y tú me invites a entrar.

El calor le subió por el cuerpo a Maddy de manera inmediata. Sostuvo su mirada, sintiendo que el valor crecía como una chispa que no estaba segura de si debía alimentar — y la alimentó de todos modos.

Su sonrisa se volvió más lenta, más afilada.

— ¿Y por qué no nos saltamos directamente esa parte antes del postre?

Ryan se quedó inmóvil por un segundo, como si a su cerebro le hubiera tomado un instante más seguir el impulso del cuerpo. Y entonces sonrió — provocador y apasionado al mismo tiempo, el tipo de sonrisa que prometía problemas y hacía que pareciera una buena idea.

Tomó su mano y se levantó, tirando de ella con una firmeza tranquila que hizo que Maddy se levantara sin pensarlo dos veces.

Ryan inclinó el rostro hasta su oído, la voz baja, cálida:

— Vamos.

CAPÍTULO 23

Sin Poder, Sin Máscara

Ryan sonrió como si aquella frase hubiera atravesado alguna barrera que él insistía en mantener en pie.

— Entonces, ¿por qué no saltamos directo a esa parte antes del postre? — Maddy provocó, con la valentía recién nacida del vino y de su mirada.

Él le sostuvo la mano con firmeza, el pulgar presionando la piel con una calma que era casi una promesa.

— Vamos. — La palabra salió baja, caliente, definitiva.

El camino hasta el coche pareció demasiado corto y largo al mismo tiempo, como si Nueva York se doblara en silencio a su alrededor. Maddy apenas registró el frío de la noche. Registró la manera en que Ryan le abrió la puerta, cómo la acomodó con un cuidado que no combinaba con el hombre que dominaba salas enteras sin levantar la voz. Registró la mirada de él, siempre volviendo a ella, como si toda la ciudad fuera un escenario secundario.

El trayecto fue una secuencia de luces reflejadas en el vidrio, un sonido suave de motor y la sensación de que algo dentro de ella había sido desplazado del lugar correcto — y ahora ya no volvía. Maddy mantuvo los dedos entrelazados con los de él en la consola, como si soltar fuera admitir que aquello era solo otra noche.

Cuando el coche se detuvo, ella alzó el rostro, viendo un edificio que parecía tocar el cielo. No había ostentación estridente; había la arrogancia silenciosa de quien no necesita probar nada.

Ryan la guio por el lobby como si fuera natural estar allí. Saludos discretos. Miradas rápidas que se desviaban. Y, aun así, Maddy sintió el peso del mundo. El de ella era pequeño. El de él… era un edificio entero.

El ascensor privado era un pasillo de espejos y metal pulido, sin música, sin anuncios, sin ruidos más allá de la respiración. La puerta se cerró con un susurro, y el silencio se espesó como algo físico.

Maddy observó los números subiendo. Uno, dos, tres… demasiado rápido. Y cada piso era una pregunta que ella no conseguía formular.

Sentía a Ryan a su lado, una presencia sólida que no invadía y aun así lo ocupaba todo. Él no estaba distraído. Estaba atento. A la línea tensa de los hombros de ella, a la manera en que ella contenía el aire antes de soltarlo, al modo en que los ojos verdes buscaban algo a lo que aferrarse.

— ¿Nerviosa? — preguntó él, sin ironía. Solo una constatación suave.

Maddy rió bajo, incómoda, y no apartó los ojos del panel iluminado.

— Un poco. — La palabra salió como si confesara un crimen. — Este ascensor parece… un secreto.

Ryan inclinó la cabeza, la comisura de la boca elevándose.

— Es solo un ascensor.

— En tu vida nada es "solo" algo, Ryan.

Él no discutió. Solo la miró por un instante largo, como si guardara aquello en algún lugar dentro de él.

Cuando el ascensor se detuvo, Maddy sintió que el cuerpo reaccionaba antes que la mente. La puerta se abrió directamente dentro del ático — sin pasillo, sin transición, sin preparación.

Y ella… se quedó paralizada.

La primera sensación fue la de espacio. Un espacio que respiraba. Techos altos, ventanales gigantescos que transformaban Manhattan en un océano de luces allá abajo. El suelo oscuro brillaba con una elegancia silenciosa, interrumpido por franjas de madera que calentaban el ambiente. Las paredes en tonos claros suavizaban el lujo, como si alguien hubiera elegido deliberadamente comodidad en lugar de frialdad.

La iluminación era amarilla, cálida, distribuida en puntos discretos: luminarias empotradas, una lámpara en un rincón, una luz indirecta bañando una obra de arte que Maddy no sabría nombrar, pero sentía que era cara solo por la forma en que parecía pertenecer allí.

Había sofás enormes, claros, de líneas limpias. Una mesa de centro con un libro de tapa dura abierto como si alguien realmente lo hubiera leído — no era decoración vacía. Pocos objetos, todos perfectos. Nada "lleno". Todo calculado. Y aun así… acogedor.

Maddy entró despacio, como si el suelo pudiera acusarla de ser una intrusa. Giró sobre sus propios pies, lentamente, la boca entreabierta, los ojos brillando de un encantamiento que no logró disimular.

— Dios mío… — se le escapó, casi infantil.

Ryan cerró la puerta del ascensor con un toque leve en el panel y se quedó observando. No había prisa en él. No había ansiedad. Solo un tipo raro de satisfacción silenciosa, como si ver a Maddy así —

honestamente impresionada, sin artificio — fuera más íntimo que cualquier elogio.

Ella dio algunos pasos más, la mano flotando cerca del respaldo del sofá sin tocar, como si temiera dejar marcas. El vestido azul que llevaba parecía más sofisticado allí, bajo aquella luz. Pero Maddy seguía siendo Maddy: ojos verdes demasiado grandes para mentir, cabello castaño oscuro en ondas, la expresión de quien no nació dentro de áticos y no aprendió a fingir indiferencia ante ellos.

Ryan se acercó, pero mantuvo una distancia respetuosa, como si quisiera que ella tuviera el espacio para sentir sin ser empujada.

— ¿Te gusta? — preguntó él, en voz baja.

Maddy soltó una risa corta, incrédula.

— ¿"Me gusta"? — Por fin lo miró, con un brillo en los ojos que era casi acusación. — Yo… yo nunca vi nada así.

Y entonces, como atraída por un imán, fue hacia las ventanas.

Las puertas de vidrio que daban al balcón parecían una pared entera de ciudad. Maddy se detuvo a un palmo, respirando despacio, sintiendo el calor del ático y la frialdad del vidrio del otro lado.

— Dios mío… qué vista tan hermosa. — La frase salió en un susurro reverente, como si la ciudad fuera algo vivo, y ella estuviera viendo su corazón desde arriba.

Volvió el rostro hacia Ryan, de pronto tímida, como si pidiera permiso para tocar un mundo que no era el suyo.

— ¿Puedo abrir?

Ryan no miró primero al balcón. La miró a ella, como si la pregunta fuera más sobre lo que ella se permitía que sobre la puerta.

— Puedes.

Maddy deslizó la puerta de vidrio. El sonido fue suave, casi inexistente. Un viento leve entró de inmediato, trayendo un frío delicado que le erizó la piel de los brazos y le desordenó algunos mechones del cabello.

Ella dio un paso hacia afuera, y la ciudad se abrió como un abismo iluminado: calles como líneas de luz, coches como pequeños puntos en movimiento, edificios con ventanas encendidas como constelaciones particulares. Manhattan entera parecía caber en la palma de una mano — y, al mismo tiempo, era demasiado grande para sostenerla.

Maddy contuvo la respiración, los ojos humedeciéndose por un motivo que no entendió de inmediato. Tal vez fuera belleza. Tal vez fuera contraste. Tal vez fuera la sensación de estar en un lugar que nunca imaginó alcanzar.

— Guau… — dijo, y la palabra era poco. — Nunca vi la ciudad así… tan alto.

Ryan se acercó despacio, sin prisa, como si la escena fuera un cuadro y él no quisiera romper el marco. Se detuvo detrás de ella, tan cerca que el calor de su cuerpo atravesó la tela del vestido.

— Te acostumbras a la altura — murmuró cerca del oído de ella. — O aprendes a que te guste lo que te hace olvidar.

— ¿Qué?

— El ruido. — La voz de él rozó la piel de ella. — Aquí arriba, a veces parece que el mundo no alcanza.

Antes de que ella respondiera, él la abrazó por detrás. No fue un gesto posesivo. Fue un gesto… protector. Sus brazos rodearon la

cintura de ella, firmes, y Maddy cerró los ojos por un segundo, como si la realidad por fin hubiera encontrado un lugar donde encajar.

Ella inspiró. El perfume de él era limpio, masculino, discreto y caro. Y el corazón de ella — traidor — se aceleró como si recordara que aún sabía sentir.

Maddy giró lentamente dentro de los brazos de él, hasta quedar de frente. El viento siguió jugando con el cabello de ella, y un mechón se le pegó a la mejilla.

Alzó la mirada, insegura de un modo que no combinaba con la mujer que enfrentó a directores y a un exnovio en público. Era un tipo diferente de valentía allí. Una vulnerabilidad que no tenía que ver con competencia.

— ¿Esto es real? — preguntó, como si la respuesta pudiera impedir la caída.

Ryan levantó una mano y le sostuvo el rostro con delicadeza, el pulgar tocando la línea de la mandíbula como si la piel de ella fuera algo que merecía respeto.

Miró directo a los ojos verdes de ella.

— Esto es tan real como que uno más uno es dos.

El pecho de Maddy se apretó. Porque lo dijo como quien cree. Como quien no está jugando. Y Ryan Walker parecía el tipo de hombre que no se permitía creer en cosas sin control… hasta ahora.

Ella bajó la mirada por un instante, luchando con algo que amenazaba con convertirse en lágrimas. No tristeza. Un tipo de asombro cansado — como si la vida hubiera sido dura durante demasiado tiempo y alguien por fin estuviera ofreciendo suavidad.

— Todavía no sé cómo te enamoraste de mí — confesó, casi irritada consigo misma por necesitar decirlo.

Ryan no dudó. No desvió la mirada. No hizo una broma. La respuesta llegó rápida, intensa, como si él hubiera estado sosteniendo eso durante demasiado tiempo.

— Y yo todavía no sé cómo viví toda mi vida sin ti.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue lleno. Lleno del viento, de la ciudad, de la respiración de ella fallando un poco, de la manera en que se le cerró la garganta.

Maddy parpadeó despacio. Y entonces, como si el cuerpo hubiera decidido por ella, se acercó. El beso empezó lento, casi reverente. Nada de urgencia. Nada de huida. Era un beso que preguntaba antes de tomar.

Ryan respondió con la misma calma, como si estuviera sosteniendo un vaso precioso con las dos manos. Sus bocas se encontraron y se reconocieron, y Maddy sintió que el propio pecho se le ablandaba — un lugar dentro de ella cediendo, abriendo una puerta que había mantenido cerrada desde Lucas, desde la humillación, desde la sensación de ser demasiado pequeña para el amor de alguien.

Cuando se separaron un centímetro, aún respirando el mismo aire, Maddy apoyó la frente en la de él por un segundo.

Los ojos de ella encontraron los de él otra vez, y había una valentía temblando allí.

— Quiero que me ames de la misma forma en que me amaste aquel día — susurró contra los labios de él.

Ryan cerró los ojos por un instante, como si esa frase hubiera dado en un lugar expuesto. Cuando los abrió, el azul parecía más oscuro. Más humano. Menos máscara.

La voz de él salió ronca, demasiado sincera para ser segura.

— No tienes idea de cuánto quiero eso. — Respiró hondo, y su pulgar acarició la mejilla de ella. — Pero hoy quiero compensar todos estos días que pasamos lejos el uno del otro. Todo este tiempo… sin poder amarte.

Maddy tragó saliva. El "poder" en la frase de él parecía cargar más que riqueza o autoridad. Parecía cargar el peso de haber elegido contenerse — y ahora elegir no contenerse más.

Ryan entrelazó los dedos con los de ella y la guio hacia adentro, dejando el balcón y la ciudad como un telón de fondo que no importaba tanto como el calor que ambos construían.

Mientras caminaban por el ático, Maddy sintió sus propios pasos como si fueran un tipo de rendición. No al lujo. No al hombre poderoso. A la sensación de ser vista de verdad.

El pasillo hasta el dormitorio era amplio, silencioso, con un arte discreto en la pared y luces bajas que transformaban todo en intimidad. Ryan abrió la puerta del dormitorio como si abriera un espacio protegido del resto del mundo.

El dormitorio era grande, pero no exhibicionista. La cama, enorme, tenía sábanas oscuras e impecables, y la iluminación era indirecta, amarilla, suave. Había una vista de la ciudad también allí, como si Manhattan estuviera siempre observando — pero ahora parecía distante, respetuosa, como si supiera que no estaba invitada.

El ambiente era masculino, sí: líneas rectas, pocos colores, un olor limpio. Pero había calidez. Había algo vivido. Un libro en la mesita de noche. Un vaso de vidrio vacío en el aparador. Detalles que decían que Ryan no era una estatua. Era un hombre.

En cuanto entraron, él la atrajo de vuelta hacia él, como si la puerta cerrada hubiera liberado algo que él venía conteniendo. El beso

volvió más fuerte, más intenso, cargado de emoción. Maddy sintió que sus manos subían a la camisa de él, los dedos temblando un poco al encontrar la tela.

Ryan le sostuvo la cintura con firmeza, anclándola, como si quisiera que ella supiera: él estaba allí, entero, presente.

Ella jadeó cuando el cuerpo de él se pegó al de ella, y el recuerdo de la primera noche atravesó como un rayo: la mirada de él, el control perdido por segundos, la forma en que él la hacía olvidar pensar.

Pero ahora era diferente. Ahora no era huida. Era elección.

Ryan apoyó la boca en la comisura de los labios de ella, y su voz salió baja, casi una petición disfrazada de orden.

— Tranquila… — Besó la mandíbula de ella, lento. — Hoy quiero amarte despacio. Pedazo por pedazo.

Maddy cerró los ojos. La frase deshizo algo dentro de ella, como un nudo que ni siquiera sabía que llevaba. Porque "despacio" significaba atención. Significaba quedarse. Significaba no usar el cuerpo de ella como distracción, sino como lenguaje.

Las manos de él fueron a la camisa, y la abrió con un cuidado que parecía deliberado — botón por botón, la tela apartándose de la piel, revelando su cuerpo en partes, como si estuviera ofreciendo más que piel: ofreciendo permiso para que ella viera al hombre detrás del CEO.

Maddy tocó el pecho de él, primero con vacilación, después con una necesidad silenciosa. La piel de él estaba caliente bajo la punta de los dedos de ella. Y Ryan respiró hondo, como si ese toque simple fuera suficiente para derribar alguna estructura interna.

Se quitó la camisa de los hombros, y la tela cayó al suelo sin sonido, como si hasta la ropa no quisiera interrumpir.

Ryan volvió a besarla — largo, profundo, sin prisa — y entonces sus manos encontraron el vestido de ella. No lo rasgó. No lo arrancó. Deslizó la tela hacia arriba con la misma reverencia con la que le había sostenido el rostro en el balcón.

Maddy levantó los brazos, ayudando, y sintió el vestido subir, rozar la piel, y luego caer al suelo con una suavidad casi triste, como si esa prenda hubiera cumplido su papel y ahora se retirara.

Quedó expuesta a la mirada de él, y la inseguridad intentó crecer — rápida, antigua — pero murió cuando Ryan la miró como si ella fuera la cosa más rara en todo aquel ático.

Su mirada no tenía prisa. No tenía juicio. Tenía hambre y, al mismo tiempo, respeto. Como si desear y cuidar pudieran coexistir sin conflicto.

— Maddy… — dijo él, y el nombre de ella pareció una caricia.

Ella le tocó el rostro, los dedos deslizándose por la barba incipiente, sintiendo la textura y al hombre detrás del papel. Y pensó, con una claridad dolorosa: podría perderme en esto.

Pero, por primera vez, no tenía miedo de perderse. Tenía miedo de no haber sido encontrada nunca antes.

Ryan la guio hasta la cama sin empujar, como si cada paso fuera un acuerdo renovado. La besó de nuevo, y Maddy sintió la respiración acelerarse, el cuerpo respondiendo antes que la mente. La piel se le erizaba donde pasaban los dedos de él, y cada toque parecía decir: te veo.

Ella lo atrajo más cerca, la necesidad creciendo — no solo de placer, sino de cercanía. De confirmación. De silencio lleno.

Ryan la recostó con cuidado, como si ella pudiera romperse — y tal vez pudiera, pero no de un modo frágil. Del modo en que las cosas

antiguas se rompen para abrir espacio a otras.

Besó el hombro de ella, luego la clavícula, demorándose en cada lugar como si estuviera memorizando. Maddy cerró los ojos y sintió el pecho subir y bajar, la respiración fallando en pequeños sollozos de aire, la garganta apretada de emoción.

— Mírame — pidió Ryan, en voz baja.

Ella abrió los ojos. Y encontró los de él.

Azules. Fijos. Intensos. Pero ahora no eran fríos. Eran… vulnerables. Como si, al tocarla, él también estuviera siendo tocado en algún lugar que no controlaba.

Maddy llevó la mano a la nuca de él y lo atrajo para un beso. Ryan gimió bajo contra la boca de ella, y el sonido hizo que todo el cuerpo de ella reaccionara, como si cada nervio se hubiera encendido.

Sus manos exploraron con cariño — firmeza y delicadeza juntas — y Maddy sintió el contraste como una verdad: Ryan sabía dominar el mundo, pero con ella elegía aprender a no dominar. Elegía sentir.

Y ella, que pasó tanto tiempo protegiéndose, se dio cuenta de que estaba allí… sin máscara. Sin fingir que no necesitaba. Sin fingir que no dolía. Sin fingir que no quería.

La noche se extendió como un secreto dulce. Entre besos demorados, respiraciones desacompasadas y pausas en las que se miraban como si se estuvieran reconociendo de nuevo, Maddy sintió que el tiempo perdía contorno.

Hubo momentos en que Ryan apoyaba la frente en la de ella y respiraba, como si necesitara asegurarse de que ella aún estaba allí. Hubo momentos en que Maddy le sostuvo el rostro con las dos manos y lo besó con una gratitud silenciosa que no sabía decir con palabras.

Cuando la intensidad crecía, Ryan la traía de vuelta a lo despacio — como si quisiera que ella recordara cada segundo, cada sensación, cada lugar donde él la tocaba con intención.

Maddy se dio cuenta de que, con Ryan, no necesitaba encogerse para caber. Él no exigía que ella fuera menos para ser amada. Él hacía espacio.

Y eso era tan aterrador como era bueno.

Más tarde — o demasiado temprano, no lo supo — la ciudad aún brillaba afuera, indiferente a lo que había cambiado dentro de aquel dormitorio. Las luces de Manhattan eran un fondo distante, y el silencio parecía por fin seguro.

Maddy estaba recostada sobre el pecho de él, la piel de ella caliente, el cuerpo relajado en un tipo de cansancio que no era peso — era paz. Oyó el corazón de él latiendo, constante, fuerte, humano.

Ryan pasaba los dedos por el cabello de ella despacio, repitiendo el gesto como si fuera lo único que supiera hacer sin pensar. Como si eso lo calmara también.

Maddy mantuvo los ojos cerrados, respirando al ritmo de él, sintiendo que, por unos minutos, no existía Lucas, no existía empresa, no existía miedo de lo que la gente diría.

Solo existía la rara sensación de pertenencia.

Ryan no dijo nada. Pero su toque decía lo suficiente. Y Maddy, por primera vez en mucho tiempo, dejó que el silencio fuera un lugar donde podía descansar.

CAPÍTULO 24

Elección

La luz de la mañana no entraba — se derramaba.

Se deslizaba por las enormes ventanas del ático como un velo dorado, tocando el suelo oscuro y brillante, dibujando rectángulos claros que se movían despacio con el sol. Abajo, Manhattan despertaba en capas: un zumbido distante de coches, una sirena que parecía pertenecer a otro mundo, el eco amortiguado de una ciudad que nunca se detenía, solo cambiaba de ritmo.

Maddy se despertó con el cuerpo aún pesado, como si el colchón la sujetara con cariño. Durante unos segundos, se quedó inmóvil, sin abrir del todo los ojos, sintiendo primero la tela suave en los brazos, después el calor a su lado. Un perfume discreto — amaderado, limpio, familiar de una manera que no tenía sentido tan rápido — estaba en la almohada, en las sábanas, en su piel.

Cuando abrió los ojos, el techo alto no era el del apartamento pequeño al que ella siempre volvía para recomponerse. Era amplio. Silencioso. Caro. Y, aun así, extrañamente íntimo.

Giró el rostro despacio.

Ryan estaba allí.

No el Ryan Walker de la sala de reuniones, con hombros duros y una mirada que cortaba el aire. No el hombre que entraba en un ambiente y reorganizaba todo sin decir nada. Era solo… Ryan. El

pelo ligeramente despeinado, un mechón cayéndole sobre la frente, la boca relajada en una línea casi suave. La luz de la mañana le daba en la cara y dejaba las pestañas más oscuras, como si un detalle tan humano no combinara con el resto del mito.

Maddy se quedó observando, sin prisa, como si mirar fuera una forma de confirmar que aquello no había sido inventado por su cabeza. Su pecho subía y bajaba con calma, una respiración tranquila que no cargaba ninguna orden. Su mano, abandonada cerca de la almohada, parecía demasiado grande para estar tan relajada.

Recordó, en destellos, cómo esa misma mano le había sostenido el rostro la noche anterior con una delicadeza peligrosa. Y el recuerdo hizo que un calor lento recorriera su piel, un tipo de vergüenza dulce, íntima, que no tenía público — y por eso era más verdadera.

Como si sintiera la mirada, Ryan se movió. Primero un pequeño ajuste en la almohada. Luego la cabeza girando un poco. Los ojos azules se abrieron despacio, aún turbios de sueño, y se posaron en ella con una pereza bonita.

Por un instante, solo miró. Como si estuviera anotando cada centímetro de su rostro, como si estuviera comprobando si ella seguía allí.

Apareció una sonrisa de lado, discreta, diferente de todo lo que ella ya había visto en él.

— Buenos días — la voz salió baja, aún ronca, como si la noche no hubiera terminado del todo.

Maddy sintió que su propio pecho se apretaba, y odió lo automático que fue eso.

— Buenos días… — respondió, y la palabra pareció demasiado pequeña para caber en esa cama, en esa vista, en esa realidad.

Ryan levantó la mano y le tocó levemente el brazo, un gesto casi perezoso que, aun así, la atrajo hacia él como si no existiera alternativa. Ella fue, sin resistirse, y encajó en el espacio que él abrió. Su cuerpo estaba caliente. Su piel, una invitación.

Él le besó la frente primero. Un beso que no tenía prisa ni urgencia, solo presencia. Luego la nariz. Luego la boca, despacio, con una calma que hacía que el mundo de afuera pareciera aún más distante.

Maddy suspiró contra los labios de él, y Ryan sonrió en medio del beso, como si le hubiera gustado el sonido.

— ¿Dormiste bien? — preguntó, la boca rozando la de ella, la pregunta casi un secreto.

— Mejor de lo que debería — respondió Maddy, e intentó poner humor, pero la sinceridad se le escapó junto.

Ryan soltó una risa baja, corta, ese tipo de risa que no estaba ensayada para nadie.

— ¿Eso es… bueno? — preguntó, y la forma en que dijo "bueno" hizo parecer que la opinión de ella tenía un peso real.

Maddy le pasó la mano por el pelo, aún medio incrédula de poder hacer eso con la luz del día.

— Es peligroso — devolvió ella, intentando bromear, pero sus ojos no consiguieron mentir.

Ryan la observó un segundo más, como si guardara la palabra "peligroso" para después. Entonces besó la comisura de su boca, suave.

— Me gustas peligrosa — murmuró.

Maddy tragó saliva, y la risa que salió fue más nerviosa de lo que quería.

Se apartó lo justo para poder levantarse, y la sábana se deslizó por su piel. El aire del cuarto estaba templado, pero la simple sensación de estar expuesta encendió una conciencia repentina: aquello era real. Estaba en su ático. En su cama. En su vida, aunque todavía sin nombre.

Ryan se apoyó en el codo y siguió cada movimiento de ella sin disimular. Su mirada no tenía prisa; tenía hambre tranquila. Admiración. Una atención que parecía exclusiva.

Maddy buscó algo para ponerse, primero por instinto y después por pudor tardío. Encontró una camisa de vestir blanca doblada sobre un sillón — la blancura impecable parecía absurda junto al caos de las sábanas.

Se la puso, y la camisa le quedó demasiado grande, cayéndole por los hombros, cubriéndole parte de los muslos, las mangas pasando de las manos. La tela tenía su olor, y eso fue casi indecente de tan íntimo.

Cuando se giró para salir del cuarto, Ryan estaba apoyado en el marco de la puerta, ahora de pie, aún sin la armadura del día. El pecho desnudo, el pantalón bajo, la expresión de alguien que había olvidado por unas horas quién necesitaba ser.

La miró de arriba abajo, y su mirada se detuvo en el borde de la camisa, como si creyera que ese detalle era un golpe.

— ¿Ahora vas a robarme mis camisas? — preguntó, la voz cargando una sonrisa.

Maddy pasó junto a él descalza, sintiendo el suelo frío bajo los pies.

— Considéralo como alquiler — respondió, intentando sonar segura.

Ryan soltó un sonido que podría ser risa o suspiro, y fue detrás de ella.

El ático estaba más bonito de día. No porque la decoración cambiara, sino porque la luz revelaba lo que la noche escondía: las texturas, las líneas limpias, la sencillez calculada. Las enormes ventanas daban la sensación de que la ciudad formaba parte de la sala. La vista era tan absurda que Maddy redujo el paso sin querer.

— ¿Te acostumbras? — preguntó, deteniéndose cerca del cristal.

Ryan se acercó por detrás y le pasó el brazo alrededor de la cintura, apoyando el mentón en la parte superior de su cabeza por un segundo.

— ¿A la vista? — preguntó.

— A todo — respondió ella, sin mirarlo, porque sabía que los ojos de él siempre le cambiaban el eje.

Ryan no respondió de inmediato. Solo le apretó la cintura levemente, como si dijera "estás aquí".

En la cocina, el silencio tenía otro tipo de sonido: el de la vida ocurriendo sin público. El brillo discreto de los electrodomésticos, el mármol claro, la organización impecable… y, aun así, la sensación de que alguien realmente vivía allí.

Maddy se apoyó en la encimera, tirando de la camisa hacia abajo por reflejo, y observó cuando Ryan abrió armarios con familiaridad.

— ¿Tú… cocinas? — preguntó, incrédula.

Ryan miró por encima del hombro, con la misma expresión de antes — como si la incredulidad de ella lo divirtiera.

— ¿Qué pasa? ¿Creíste que los multimillonarios nacen sabiendo solo firmar contratos e intimidar a la gente en reuniones? — dijo.

Maddy se rió, y el sonido salió más ligero de lo que había salido en semanas.

— Yo pensé que tú tenías… no sé. Un chef. Un asistente que hace café. Una persona responsable de… mantenerte vivo.

Ryan cogió una sartén y la puso al fuego, el gesto demasiado simple para el hombre que mandaba en tantas cosas.

— Tengo gente que hace muchas cosas — admitió, y sus ojos volvieron a ella. — Pero sé freír huevos. Lo prometo.

— Eso lo cambia todo — respondió Maddy, como si estuviera anotando un dato importante sobre su personalidad.

Ryan cogió huevos, pan, frutas. Preparó café negro con una precisión tranquila, como si el ritual se hubiera repetido muchas veces — solo que nunca con alguien apoyada en la encimera usando su camisa.

El aroma del café se extendió por la cocina y, junto a él, una normalidad tan rara que Maddy sintió un nudo en la garganta sin un motivo claro.

Ryan puso dos tazas en la mesa cerca de la ventana. La ciudad allá abajo parecía una maqueta viva, y el sonido que entraba era bajo, distante, como si el ático tuviera su propio clima.

Sirvió fruta cortada, tostadas, huevos. Un zumo que sacó de una botella de vidrio y puso con cuidado, como si la delicadeza fuera una forma de respeto.

Maddy se sentó y acercó la taza, las manos envolviendo el calor. La tela de la camisa le rozaba la pierna, recordándole, con cada

movimiento, que aquello no era “solo desayuno”. Era después.

Ryan se sentó frente a ella, relajado de una manera que dejaba su rostro más joven, casi peligroso de tan accesible. Llevó la taza a la boca, y Maddy percibió el detalle: sin traje, sin reloj todavía, sin la distancia. Solo él.

— Te ves… diferente aquí — dijo Maddy antes de pensar. La frase salió como observación y confesión al mismo tiempo.

Ryan arqueó levemente la ceja, interesado.

— ¿Diferente cómo?

Maddy se encogió de hombros, buscando las palabras.

— Menos… — movió la mano en el aire, frustrada. — Menos CEO.

Ryan soltó una risa corta.

— Gracias a Dios.

Ella mordió una tostada, y él observó como si fuera lo más importante que estaba pasando esa mañana. Maddy intentó ignorarlo. No pudo.

— Deja de mirar así — se quejó, pero la voz le salió sin firmeza.

— ¿Así cómo? — preguntó, demasiado inocente para ser real.

Maddy cogió un trozo de fruta del plato de él sin pedir, como una pequeña venganza.

— Así — dijo, y masticó despacio, deliberadamente.

Ryan bajó los ojos al plato, como si estuviera procesando el crimen. Luego levantó la mirada hacia ella, con un brillo divertido.

— ¿Acabas de robar de mi plato?

— Ya lo dije. Alquiler — respondió Maddy, y su satisfacción fue infantil.

Ryan apoyó el codo en la mesa y extendió la mano por encima, tocando la de ella. Sus dedos envolvieron los de ella con una naturalidad que hizo que el corazón de Maddy diera un salto silencioso, como si el cuerpo reconociera compromiso donde la mente aún llamaba riesgo.

— Entonces voy a cobrar intereses — murmuró.

Antes de que ella preguntara qué significaba, Ryan se inclinó y le besó la mano levemente. Un beso rápido, pequeño, que de alguna manera parecía más íntimo que lo que habían hecho la noche anterior.

Maddy sintió que el calor le subía por el cuello, y desvió la mirada hacia la ventana, intentando recordar cómo respirar sin parecer tonta.

El silencio se acomodó entre ellos de una manera cómoda. Comían despacio, como si el tiempo allí fuera maleable. En algún momento, Ryan se levantó para coger más café, y pasó por detrás de ella, dejando un beso rápido en la sien. Maddy cerró los ojos por un segundo y dejó que el beso se quedara.

Cuando giró el rostro, él estaba apoyado en la encimera, la taza en la mano, y la observaba como si hubiera encontrado algo que no sabía que buscaba.

— ¿Qué pasa? — preguntó Maddy, desconfiada de su propia paz.

Ryan negó con la cabeza, como si la pregunta fuera imposible de responder sin estropearlo.

— Nada — dijo. Y entonces, más bajo: — Solo tú aquí.

La frase pareció simple. Pero Maddy sintió como si la hubieran colocado en un lugar que no sabía si merecía. Movió la servilleta, mirando los dedos, y el mundo de repente se volvió demasiado grande alrededor.

Ryan lo percibió. Ella lo vio en la forma en que su cuerpo cambió — casi imperceptible —, como si él hubiera aprendido a leerla demasiado rápido.

— Maddy — la llamó, calmado.

Ella levantó los ojos despacio.

— ¿En qué estás pensando?

Maddy abrió la boca y la cerró de nuevo. La verdad parecía frágil.

— Estoy pensando que esto… — gesticuló entre los dos, la mesa, la vista, su camisa. — Parece demasiado bueno. Parece… una escena a la que no pertenezco.

Ryan se quedó en silencio un instante. No el silencio de quien está eligiendo una respuesta políticamente correcta. El silencio de quien estaba dejando que su frase se asentara.

— Yo también siento eso — dijo, por fin, la voz baja. — Que es demasiado bueno.

Maddy frunció el ceño, sorprendida.

Ryan volvió a sostenerle la mano, el pulgar dibujando un movimiento lento sobre la piel, como si esa fuera su forma de mantenerse anclado.

— La diferencia es que yo no estoy pensando que tú no perteneces — continuó, y sus ojos se volvieron más firmes. — Estoy pensando

que… tal vez he pasado demasiado tiempo creyendo que nada podría ser así.

Maddy tragó saliva. El pecho le dolió con una ternura inesperada.

— Ryan… — empezó, pero no sabía qué vendría después.

Él se inclinó y apoyó la frente en la de ella por un segundo breve, una pausa como respiración.

— Come — murmuró. — Antes de que haga otra cosa y volvamos a olvidar cómo se usan los cubiertos.

Maddy soltó una risa, aliviada por el humor como una boya.

El resto de la mañana ocurrió en pequeños gestos que no necesitaban explicación: ella levantándose para lavar la taza y él apareciendo detrás, quitándole la taza de la mano con un "deja"; ella abriendo la nevera y él besándole la nuca rápido, como si no pudiera evitarlo; ella intentando parecer seria y fallando cuando él sonreía.

Cuando el reloj finalmente entró en sus cabezas — trabajo, empresa, el mundo real —, el ático pareció encogerse un poco, como si entendiera que la burbuja tenía plazo.

Maddy fue al baño, y la luz clara se reflejó en el mármol, dejando todo aún más limpio, más perfecto, más intimidante. Se recogió el pelo, retocó el maquillaje con manos demasiado cuidadosas. Observó su propio rostro en el espejo: los ojos verdes aún llevaban algo de la noche, un brillo que parecía impropio para un lunes.

Fuera, oyó pasos y el sonido metálico discreto de un reloj ajustándose. Cuando salió, Ryan estaba frente a otro espejo, abotonándose la camisa con precisión. El traje aún no estaba en él, pero el mundo empezaba a pedirle que se pusiera la máscara de nuevo.

Maddy se detuvo sin darse cuenta, observando. Y él lo sintió. Levantó los ojos y encontró los de ella en el reflejo.

Por un segundo, los dos se quedaron así: lado a lado sin estarlo, conectados por un espejo como si el vidrio fuera una promesa silenciosa.

Ryan se giró y caminó hacia ella. No rápido. No como CEO. Como hombre.

Se detuvo demasiado cerca y, con las manos, le sostuvo el rostro con cuidado, como si aún estuviera aprendiendo dónde tocar sin asustarla. La mirada azul perdió la broma. Se volvió seria. Profunda.

El aire pareció cambiar de densidad.

— Maddy — dijo, y su nombre en la boca de él siempre sonaba como elección.

Ella respiró hondo, el corazón ya previendo que venía algo importante.

Ryan pasó el pulgar por su pómulo, un gesto lento, deliberado.

— Quiero intentar esto de verdad — dijo, bajo y sincero.

El mundo afuera continuó: la ciudad, los coches, el tiempo. Pero Maddy solo oyó esa frase. Y entendió, con una claridad aterradora, que él no estaba hablando de la noche. Ni del deseo. Estaba hablando de ellos como algo que podría existir a la luz del día.

El pecho se le apretó. Un miedo antiguo, automático, intentó levantar la cabeza: el miedo de creer y caer, de confiar y ser ridícula, de entregarse y perder. Vio ese miedo de reojo — y, al mismo tiempo, vio la paz de la mesa, el café, la camisa blanca, la forma en que él había reído sin pose.

Sostuvo su mirada durante segundos que parecieron demasiado largos para caber en cualquier rutina.

— Entonces intentémoslo — respondió Maddy, y la voz le salió más suave de lo que esperaba, pero lo bastante firme para ser real.

Ryan cerró los ojos por un instante, como si esa respuesta hubiera atravesado algo en él que no tenía nombre. Cuando los abrió, el azul estaba más claro, más expuesto.

Le besó la frente despacio. Un beso que no pedía nada. Solo guardaba.

— Gracias — murmuró, tan bajo que casi fue solo respiración.

El ascensor privado recibió a los dos en silencio. Las puertas se cerraron, y la ciudad empezó a bajar con ellos en números. Maddy se quedó frente al espejo del ascensor, arreglando la correa del bolso, intentando parecer una versión de sí misma que sabría entrar en la empresa sin temblar.

Ryan se ajustó los puños, se puso el reloj con un clic discreto. Su postura se alineó. La máscara subió, centímetro a centímetro, como si el mundo fuera un escenario inevitable.

Aun así, mientras el ascensor seguía, dio un paso mínimo hacia ella. Sus dedos tocaron los de ella — un contacto breve, oculto, como un secreto. Maddy giró el rostro, y él estaba mirando al frente, impasible, como si no hubiera hecho nada. Pero su mano apretó la de ella por un segundo.

Las puertas se abrieron en el piso de la empresa, y el aire cambió: más frío, más pulido, lleno de una eficiencia silenciosa. El pasillo era un mundo diferente, hecho de vidrio, luz blanca y pasos decididos.

Algunas personas pasaron y redujeron el ritmo sin darse cuenta. Se alzaron miradas. Pausas demasiado pequeñas para comentarse, pero

lo bastante grandes para notarse.

Maddy sintió que la sangre le corría más rápido. Su instinto fue retroceder medio paso. Ryan avanzó con naturalidad, pero no se alejó de ella. Su presencia a su lado era una declaración muda.

Oyó un "buenos días, Sr. Walker" aquí, un "buenos días" allá. Y, en medio de eso, una curiosidad que vibraba como electricidad en los ojos ajenos.

Ryan giró levemente el rostro hacia ella, y por un segundo, antes de transformarse por completo en el hombre que comandaba aquel lugar, dejó que la mirada se suavizara.

Fue casi nada. Pero fue todo.

Maddy respiró hondo, enderezó los hombros y caminó a su lado.

Como si algo, por fin, hubiera empezado de verdad.

EPÍLOGO

Un Año Después...

Un año después, Manhattan parecía un escaparate de luces frías y promesas calientes.

El invierno se había apoderado de la ciudad con la misma autoridad con la que los edificios de vidrio se apoderaban del cielo. Nieve vieja se acumulaba en las esquinas de las aceras, y los faros de los coches se reflejaban en calles húmedas como si la ciudad hubiera sido barnizada durante la noche. Las pantallas digitales —gigantes, agresivas, hipnóticas— no dejaban que nadie olvidara lo que había cambiado ese año.

El smartwatch estaba en todas partes.

En la muñeca de gente apresurada cruzando la Quinta Avenida, en atletas corriendo en Central Park con el vapor de la respiración dibujando fantasmas en el aire, en manos enguantadas sosteniendo vasos de café. En las pantallas gigantes: campañas impecables, gráficos de salud, notificaciones de productividad, un diseño minimalista que parecía demasiado obvio como para no haber existido antes. En letras elegantes, el nombre del producto había dejado de ser solo un lanzamiento —se había convertido en referencia mundial.

Y, en el centro de todo, había una mujer que un día solo quería olvidar.

Maddy Mitchell atravesó la entrada del evento como si aquello fuera una extensión natural de su cuerpo. Lo que un año le hacía a alguien era casi cruel: quitaba dudas, devolvía postura, enseñaba el peso exacto de cada paso. Llevaba un vestido largo negro de corte limpio, elegante sin esfuerzo, y el cabello castaño oscuro caía en ondas controladas —no porque necesitara demostrar algo, sino porque había aprendido que estaba permitido que le gustara sentirse bonita. Los ojos verdes, aún tan expresivos como siempre lo fueron, ahora tenían una firmeza que no existía cuando ella entró en aquel edificio por primera vez intentando no temblar.

Alrededor, el salón de lanzamiento de la nueva generación del smartwatch palpitaba en lujo discreto y precisión. Pantallas gigantes exhibían detalles del nuevo modelo; una banda sonora elegante sostenía el murmullo de prensa, inversores y celebridades; camareros pasaban con bandejas de champán como si aquello fuera parte del escenario. La empresa, ahora expandida, respiraba otro aire —más grande, más segura, más global.

Y Maddy formaba parte de la arquitectura de ese éxito como si siempre hubiera pertenecido.

Una credencial minimalista sujeta al bolso decía "Directora Creativa", pero la verdad estaba en los pequeños gestos: personas abriendo espacio para que ella pasara, cabezas girándose, saludos que venían con respeto real. Se detuvo por un instante, absorbiendo el salón, y sintió la misma sensación de vértigo de un año atrás —solo que ahora no era miedo. Era reconocimiento.

"Te dije que ibas a dominar una sala de esas", comentó Kevin a su lado, ya sosteniendo la segunda copa como si hubiera sido nombrado oficialmente embajador del champán.

Maddy se rió, bajo, sin apartar la mirada del movimiento del evento. "Dijiste muchas cosas, Kevin. La mayoría improbables."

Kevin llevó la copa a los labios con la gravedad de quien estaba a punto de pronunciar un discurso ante una nación. “Y, aun así, sigo siendo la voz de la razón. Una injusticia histórica.”

“Eres la voz del drama”, corrigió Lily, acercándose con una sonrisa que fingía no tener. Lily vestía un azul oscuro impecable, el cabello recogido de un modo que decía control —y, aun así, algo en ella traicionaba una ligereza nueva, casi irritante. A su lado, Brian Grant parecía haber sido puesto en el mundo con la única función de mirar a Lily como si fuera un descubrimiento reciente.

Brian pasó la mano por la cintura de ella con la naturalidad de quien ya tenía el derecho. Discreto, pero imposible de ignorar. “Y yo estoy de acuerdo con Lily”, dijo, porque Brian siempre se aseguraba de estar del lado correcto cuando Lily estaba cerca.

Lily arqueó una ceja. “¿Estás de acuerdo conmigo porque aprendiste o porque tienes miedo?”

Brian sonrió, encantado con su propio destino. “Porque tú siempre tienes razón. Y porque soy lo bastante inteligente como para reconocerlo.”

Kevin hizo una mueca de asco romántico. “Ay, gente. Ustedes son insoportables. Voy a denunciar esta relación por exceso de estabilidad emocional.”

Lily no resistió y se rió —una risa de verdad, que aún parecía una victoria. “Denuncia. Luego me mandas el protocolo.”

Maddy observó a los dos por un segundo, sintiendo un alivio silencioso. Lily y Brian habían encontrado un equilibrio improbable: él provocaba lo suficiente como para sacar a Lily de la rigidez, y ella sostenía lo suficiente como para impedir que Brian se creyera el centro del universo. Y, ese año, eso se había transformado en algo oficial —no por estatus, sino por elección. Ella vio a los dos discutir, reír, irritarse y volver siempre al mismo lugar: el uno al otro.

Era un tipo de certeza que calentaba por reflejo.

Entonces, del otro lado del salón, Maddy sintió antes de ver.

La mirada.

Ryan Walker estaba a unos metros, conversando con inversores y directores, impecable en el traje oscuro, la postura de CEO tan natural que parecía parte de su anatomía. Pero los ojos azules —esos ojos— no pertenecían al cargo. Le pertenecían a ella, y aún tenían el mismo efecto devastador: como si, en medio de cientos de personas, él lograra ver solo a una.

Ryan no sonrió de inmediato. No hacía falta. Su rostro, aún contenido, se quebraba por dentro cuando miraba a Maddy. Había una intimidad silenciosa ahí, construida en noches, mañanas, discusiones, reconciliaciones, risas bajas en cocinas que ya no eran solo de él. Un año de intento real. Un año de "vamos a intentarlo" convirtiéndose en "lo estamos haciendo".

Maddy sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario —y, como siempre, su cuerpo respondió antes que la mente.

Kevin siguió la dirección de su mirada y suspiró como si estuviera viendo una obra de arte. "Quisiera que alguien me mirara como Ryan te mira a ti", dijo, dramático. "Juro que me volvería una persona insoportablemente fiel."

Lily le dio un codazo en el brazo. "Ya eres insoportable sin nadie."

"Eso es talento, querida." Kevin se llevó la mano al pecho. "Y el talento no se cuestiona, se aplaude."

Un asistente pasó avisando que la presentación comenzaría en instantes. El murmullo se reorganizó, la gente se acercó al escenario, se alzaron cámaras. La música bajó hasta volverse un hilo elegante en el aire. Maddy sintió un frío breve en el estómago —no

de miedo, sino de memoria. Un año atrás, temblaba para presentar un proyecto en un primer día. Ahora, estaba a punto de oír su nombre resonar en un evento global.

Ryan subió al escenario.

Cuando tomó el micrófono, el salón entero se aquietó con una obediencia casi instintiva. Tenía esa presencia que no necesitaba ser anunciada; simplemente ocurría. Su voz, firme, cortó el aire con la misma precisión con la que cortaba reuniones.

Habló de crecimiento, de innovación, de responsabilidad, de futuro. Habló del impacto del smartwatch en la vida de las personas, de los avances en la integración de salud y productividad, de la nueva generación que sería lanzada. Los inversores asentían; la prensa anotaba; los flashes registraban cada ángulo.

Maddy escuchaba, pero no era eso lo que le apretaba el corazón.

Ella sabía que, en algún momento, él iba a hacer aquello.

Ryan terminó una parte del discurso e hizo una pausa. La pausa, en él, siempre cargaba algo. Miró por encima del público, como si buscara a una sola persona entre decenas de rostros importantes — y encontró. Sus ojos atravesaron el salón y se detuvieron en ella como si ese fuera el lugar correcto del mundo.

"Este producto nunca existiría", dijo Ryan, con la voz tan firme que parecía imposible que ella temblara, "sin la mujer más brillante que he conocido."

Por un segundo, Maddy no respiró.

Como si el aire hubiera sido arrancado y devuelto más pesado. Sintió el calor subirle por el pecho, el impulso absurdo de negar —porque una parte antigua de ella aún recordaba cómo era ser disminuida— y, enseguida, el impacto real de aceptar. Porque ella había hecho

aquello. Ella había construido aquello. Y, más que eso, había aprendido a no encogerse cuando alguien la veía.

Los aplausos estallaron en el salón. La gente la miró. Algunos con curiosidad, otros con admiración, otros intentando medir el tamaño de su influencia allí. Maddy sonrió —una sonrisa que no pedía permiso— y asintió levemente, con la elegancia de quien no necesitaba esconderse ni justificarse.

En el escenario, Ryan no apartó los ojos de ella ni por un segundo, como si el resto del mundo fuera solo decoración para ese momento. Y, detrás de la formalidad, había un mensaje íntimo, silencioso y entero: te veo. Siempre te vi.

Cuando la presentación terminó y el evento volvió a expandirse en conversaciones y música, Ryan bajó del escenario y fue engullido por felicitaciones. Aun así, de algún modo, llegó hasta ella como si todo lo demás fuera solo un obstáculo temporal.

Se detuvo cerca de ella, lo suficiente para que solo ella sintiera su perfume y la proximidad familiar. Su mano encontró la cintura de ella con naturalidad —no una posesión exhibida, sino un hogar.

"Estuviste perfecta", dijo bajo, demasiado cerca para ser solo un elogio público tardío.

Maddy respiró y lo miró. "Me expusiste delante de todo Manhattan."

Ryan inclinó la cabeza, una sombra de sonrisa. "Te di el crédito que merecías. Eso es diferente."

Ella intentó sostener la provocación, pero la emoción era una bestia terca. "Todavía no me acostumbro a que hagas eso."

"Yo todavía no me acostumbro a la idea de no hacerlo", respondió él. Y, por un instante, el CEO desapareció, dejando solo al hombre que

había aparecido el invierno pasado en la puerta del edificio de ella porque no aguantaba estar lejos.

Maddy apretó la mano de él levemente, un gesto pequeño que cargaba todo lo que ella no decía en voz alta: gracias por no rendirte cuando tuve miedo.

Del otro lado, Lily y Brian se acercaron. Lily evaluó a los dos con su mirada racional de siempre, pero había un brillo divertido en ella.

"Felicidades", le dijo Lily a Maddy, como si estuviera hablando del producto —aunque su sonrisa delataba que también hablaba de lo demás.

"Gracias", respondió Maddy, y fue sincero en todas las capas.

Brian brindó en el aire con su propia copa. "Y felicidades por haber sobrevivido al Ryan Walker enamorado."

Ryan le lanzó a Brian una mirada breve. "Cuidado."

Brian se rió, sin miedo. "Yo solo digo la verdad." Y entonces miró a Lily con esa devoción que aún lograba irritarla. "Resulta que ahora yo también tengo experiencia en el asunto."

Lily puso los ojos en blanco. "Tienes experiencia en hablar de más."

Kevin se acercó con prisa, como si hubiera oído la palabra "enamorado" desde lejos y eso fuera un llamado. "Hablando de enamorado…", empezó, pero se detuvo a mitad de la frase.

Maddy frunció el ceño. "¿Kevin?"

Él no respondió. Sus ojos estaban fijos en algún punto del salón, y su dramatismo habitual había sido sustituido por un shock genuino, casi reverente.

Lily siguió su mirada. "¿Qué pasa ahora?"

Kevin tragó saliva. “Dios mío…”

Maddy giró el rostro en la dirección que él miraba y vio a un hombre conversando con dos ejecutivos cerca del bar. Moreno, alto, el tipo de belleza que parecía dibujada con intención. El traje negro en él no era solo ropa: era una declaración. Un reloj caro brillaba en su muñeca, y su presencia tenía ese rasgo específico de quien está acostumbrado a ser notado —y no se disculpa por eso.

El hombre miró a Kevin. Discretamente. Y sonrió como si lo hubieran pillado en el acto de elegir.

Kevin soltó un sonido casi indecente de asombro. “Miró.”

“Kevin…”, empezó Maddy, intentando contener la risa.

Un empleado de la empresa pasó junto a ellos y comentó, casual, como quien habla del clima. “Ah, el señor de allí es el dueño de Larkwell Ventures. Entró como socio estratégico ahora. Uno de los mayores inversores del sector.”

Kevin abrió los ojos, llevándose la mano al pecho con la teatralidad de quien había sido alcanzado por una flecha invisible. “Dios… es mi billonario.”

Lily estalló en una risa rara y hermosa. Maddy se rió con ella, sintiendo una felicidad simple, completa, que no exigía defensa. Incluso Ryan soltó una risa baja, apoyando la frente levemente en la sien de Maddy, como si ese fuera el tipo de noche que coleccionaría en la memoria.

Kevin enderezó la postura, se arregló la ropa como si estuviera a punto de entrar en escena. “Con permiso, amigas… porque tengo un destino que cumplir.”

Tomó la copa con decisión y empezó a caminar en dirección al hombre, como si la música del evento hubiera cambiado solo para

él. El inversor siguió sonriendo, visiblemente interesado, y se giró un poco, esperando.

Maddy observó esa escena con un calor en el pecho que tenía poco que ver con el champán y mucho que ver con pertenencia. Un año atrás, estaba en el suelo por culpa de un hombre que no supo ver su valor. Ahora, estaba allí —con un hombre que la veía demasiado, con amigos que la sostenían, con una carrera que ella construyó con sus propias manos.

Ryan la abrazó por la cintura, atrayéndola más hacia él. El gesto fue simple, pero cargaba una promesa: me quedo.

Ella apoyó la mano sobre la de él, entrelazando los dedos. Miró a Lily y Brian riendo; miró a Kevin, dramático y valiente, yendo tras su propio caos romántico; y, cuando miró a Ryan, encontró en sus ojos azules lo mismo que encontró tantas veces ese año.

Elección.

No impulso. No escándalo. No una noche para olvidar. Una decisión repetida, diaria, entera.

Maddy respiró hondo, como si guardara ese instante dentro de sí para los días difíciles que inevitablemente vendrían —porque la vida siempre venía con días difíciles. Pero, ahora, ella sabía: no estaría sola.

Ryan besó levemente el lateral del rostro de ella, casi imperceptible para el resto del salón. “¿Eres feliz?”, preguntó bajo, como si eso fuera más importante que cualquier número de ventas en la pantalla gigante.

Maddy sonrió sin apartar los ojos del camino de Kevin. “Lo soy.”

Y, mientras el evento seguía con luces, música y futuros siendo firmados en manos importantes, se quedaron allí —cuatro personas

que se habían encontrado del modo más improbable y, aun así, inevitable. Riéndose. Enteros. Como si, al final, lo que la ciudad vendía como coincidencia siempre hubiera sido otra cosa.

Al final, quizá Manhattan realmente fuera demasiado grande para coincidencias —pero perfecta para destinos.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Gracias por dedicar tu tiempo a esta historia.
Entre páginas, diálogos y noches en vela, Maddy y Ryan terminaron volviéndose muy reales para mí, y espero que se hayan vuelto especiales para ti también.

Escribir este libro fue sumergirme en emociones intensas, inseguridades, encuentros inesperados y en ese tipo de amor que llega sin pedir permiso y lo cambia todo en el camino.

Gracias por acompañar cada mirada, cada conflicto, cada momento de tensión y cariño de estos personajes. Nada de esto tendría sentido sin alguien del otro lado viviendo esta historia junto conmigo.

Con mucho cariño,
D. Sempere.